¿Quién está detrás de la conjura para matar a Felipe II en Sevilla?

JUAN CARTAYA

# EL REY MORIRÁ *en* SEVILLA

ALMUZARA

JUAN CARTAYA

# *El rey morirá en Sevilla*

*Una trama criminal en la Sevilla de 1570*

NOVELA HISTÓRICA

Editorial Almuzara • Colección Novela histórica
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición de Rosa García Perea
Conversión a epub de Rosa García Perea
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com
ISBN: 978-84-11317-72-6

«Y habiéndose derramado muchas relaciones de todo esto no verdaderas, y confusas, fuera de la razón y elegancia que tales cosas deben tener, mandóme Vuestra Señoría que, pues yo me había hallado con los diputados en el trabajo de lo más de ella, gozase de ponerlo en limpio y lo escribiese para que los de la misma ciudad y los ausentes, que estaban en la misma falta y deseo, lo leyesen, y como aficionados a Sevilla, se holgasen. Púdelo hacer por ser ayudado de mi diligencia y de relaciones verdaderas de los que en todo se habían hallado [...]».

Juan de Mal Lara (1524-1571)
*Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla a la Católica Real Majestad del Rey don Felipe Nuestro Señor.*
Sevilla, 1570

# *DRAMATIS PERSONAE*[1]

(Por orden de aparición)

## *En el Reino de Granada*

HUSEIN, capitán de jenízaros, enviado del Gran Turco en 1569 como consejero de Abén Humeya (Hernando de Válor) y después de

HERNANDO ABENABÓ, también llamado ABENCILLO, rey de los rebeldes granadinos durante la guerra de las Alpujarras.

KARAÇAJ, teniente de jenízaros, hermano de Husein, al que asisten don auxiliares moriscos.

HERNANDO EL HABAQUI, noble morisco natural de Guadix, general de Aben Humeya.

## *En Sevilla*

El muy magnífico señor doctor JUAN DE LIÉBANA, teniente de asistente de Sevilla en 1570.

BARTOLOMÉ DE HOCES, veinticuatro de Sevilla y obrero mayor de la ciudad.

El muy ilustre señor don FERNANDO CARRILLO DE MENDOZA, VII conde de Priego, asistente y capitán general de Sevilla desde abril de 1570 hasta 1573.

HENRIQUE FREIRE, mercader portugués.

ALEXANDRO, antiguo cantorcico de la capilla musical de la catedral de Sevilla.

JUAN DE MAL LARA. Humanista sevillano, fue uno de los intelectuales más relevantes de la ciudad durante el Renacimiento.

FERNANDO DE MEDINA (también conocido como Fernando Díaz de Medina), jurado y posteriormente veinticuatro de Sevilla.

MIGUEL DEL CARPIO, inquisidor de Sevilla desde 1552 y tío del poeta Lope de Vega.

LOPILLO, después LOPE FÉLIX DE VEGA Y CARPIO, el *Fénix de los Ingenios*, poeta y el mayor dramaturgo del Siglo de Oro hispano.

Garrote, esclavo negro, verdugo al servicio del mercader Henrique Freire.

FRANCISCO PACHECO. Humanista, erudito y poeta latino, tío del suegro homónimo del pintor Diego Velázquez.

FRANCISCO DUARTE, factor de la Casa de la Contratación en 1570.

Dos hermanos y el Hermano Mayor de la Hermandad de la Santa Caridad, congregación fundada en el siglo XV que recogía cadáveres de ahogados en el río para enterrarlos.

El doctor en medicina FRANCISCO FRANCO, natural de Játiva. En 1570 ejercía su labor en la ciudad con gran prestigio.

LEONOR PÉREZ, esposa del jurado Fernando de Medina.

Varios conspiradores sevillanos: dos hampones (uno de ellos llamado Rodrigo Martínez), un morisco, un anciano mercader y un caballero bien relacionado, informante de Freire.

El maestro FRANCISCO GUERRERO, uno de los más importantes músicos de la España del siglo XVI y del Renacimiento europeo.

CÁRDENAS, un cantorcico de la catedral, antiguo compañero de Alexandro.

GILA DE OJEDA, una de las dos hijas del matrimonio de Juan de Mal Lara y María de Ojeda.

LUIS MARTEL, alguacil de los Veinte de a Caballo, que tomaba posesión de su cargo en abril de 1570.

BENVENUTO TORTELLO. Escultor y arquitecto italiano. En septiembre de 1566 partió para España. En 1569 fue nombrado maestro mayor de Sevilla.

GONZALO ZATICO DE MOLINA, más conocido por el nombre de Gonzalo Argote de Molina, con el que ya firmaba en 1577. Escribió su notable e inacabada *Nobleza del Andalucía* (1588) y unos manuscritos *Elogios de los conquistadores de Sevilla*.

MELCHOR DE HOROZCO, apodado *el Indio*, mercader en Indias natural de Huete (Cuenca), de donde era regidor y donde falleció en 1587.

FRANCISCO VÁZQUEZ, racionero, miembro del clero de la parroquia de Santa Ana de Triana.

Un mayordomo, criado del anciano mercader que conspiraba con Freire.

El II conde de Gelves, DON ÁLVARO DE PORTUGAL Y COLÓN DE TOLEDO, y la condesa, DOÑA LEONOR DE CÓRDOBA Y MILÁN DE ARAGÓN, propietarios de la hacienda de Merlina, en donde se reunía la Academia de Juan de Mal Lara. La II condesa fue la musa del poeta FERNANDO DE HERRERA, quien le dedicó numerosas composiciones. Herrera, apodado *El Divino,* fue uno de los más notorios poetas del Siglo de Oro español.

Varios académicos de la institución fundada por Mal Lara: JUAN ANTONIO y BALTASAR DEL ALCÁZAR, JERÓNIMO DE CARRANZA, JUAN SÁNCHEZ ZUMETA, CRISTÓBAL MOSQUERA DE FIGUEROA, ANTONIO DE MAZUELO, CRISTÓBAL DE LAS CASAS o DON DIEGO DE LUGO. Sobre ellos aporta muchos datos su contemporáneo Francisco Pacheco en su *Libro de Descripción de Verdaderos Retratos* (Sevilla, 1599).

ORTEGA DE MELGOSA, contador de la Casa de la Contratación en 1570.

Barahona, escribano primero de la Casa de la Contratación.

TOMÉ SÁNCHEZ DORIA, teniente de escribano mayor del Ayuntamiento de Sevilla.

Zapata y Cabrera, dos alguaciles a las órdenes de MARTEL, alguacil de los Veinte de Triana.

DON JUAN DE SAAVEDRA, alguacil mayor de la Inquisición de Sevilla.

PEDRO OCHOA DE MURGA, mayordomo de don Manrique de Zúñiga en Bellaflor.

DON MANRIQUE DE ZÚÑIGA, hijo de los duques de Béjar, propietario de la quinta de Bellaflor.

LUCAS DE ATIENZA, aposentador real.

DON DIEGO DE SANDOVAL, alguacil mayor de Sevilla.

Alonsico, prostituto en el burdel de Freire.

JUAN ANTONIO VICENTELO, EL CORZO, rico mercader sevillano, después señor de Brenes, Villaverde del Río y Cantillana.

Diego, su mayordomo.

MATEO VÁZQUEZ DE LECA, secretario del cardenal Espinosa y después de Felipe II.

Salazar, descifrador y experto en criptografía.

DON ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN, VII duque de Medina Sidonia, yerno de RUY GÓMEZ DE SILVA, príncipe de Éboli y consejero de Felipe II.

EL CARDENAL DIEGO DE ESPINOSA, presidente del Consejo de Castilla e inquisidor general, ministro principal del rey.

DON PEDRO FERNÁNDEZ DE CABRERA Y BOBADILLA, conde de Chinchón, mayordomo de Felipe II.

FELIPE II DE AUSTRIA, rey de España (1527-1598).

GONZALO GUAJARDO, camarero de don Manrique de Zúñiga en su hacienda de Mures.

DON ANTONIO DE TOLEDO, caballerizo mayor de Felipe II.

DON GÓMEZ SUÁREZ DE FIGUEROA Y CÓRDOBA, I duque de Feria, jefe de la guardia de Felipe II.

DON PEDRO LÓPEZ PORTOCARRERO, veinticuatro de Sevilla y propietario de la hacienda de la Florida.

El mayordomo de Gonzalo Zatico de Molina en su casa de la calle de los Francos.

DON DIEGO DE CÓRDOBA, caballerizo de Felipe II.

DON FERNANDO MANUEL, veinticuatro de Sevilla.

---

1 Los personajes históricos se recogen en versalitas.

# UNO

*Órgiva, reino de Granada, miércoles 12 de abril de 1570*[2]

Los hombres, reunidos en torno a una mesa baja y sentados en almohadones a la manera morisca, hablaban en voz queda. La tarde ya caía, y la escasa luz de la estancia se reavivaba poco a poco a medida que algunos criados iban encendiendo velas y candiles. La cita que a todos había traído a aquel lugar había sido repentina e inesperada: acababa de llegar, traída por una fuente de confianza al capitán Husein, el oficial turco que comandaba las fuerzas mandadas a Granada por el *Sheik al-Islam*, Selim II, y que aconsejaba en nombre del sultán al reyezuelo morisco rebelde, Abencillo o Hernando Abenabó, una noticia desde Córdoba. Allí el rey Felipe II se hallaba celebrando cortes con el fin de encontrarse lo más cerca posible del teatro de operaciones de una guerra —la de las Alpujarras— que asolaba los campos y las sierras del antiguo reino nazarí desde 1568.

La rebelión había estallado tras renunciar el rey al subsidio propuesto por sus súbditos moriscos para que continuara la suspensión, promulgada por su padre el Emperador, de los decretos de 1526 que prohibían las costumbres musulmanas tradicionales en el reino. No sirvió de nada la comisión enviada por los principales de Granada, ni la opinión del marqués de Mondéjar, el capitán general: prevalecieron los argumentos contrarios defendidos por Pedro de Deza, entonces corregidor y presidente de la Chancillería granadina, por el arzobispo Pedro Guerrero y por el cardenal Diego de Espinosa, inquisidor general, que presidía el Consejo de Castilla. El notable Francisco Núñez Muley, en el memorial que remitió al monarca denunciando los malos tratos recibidos por los moriscos por parte de una buena mayoría de oficiales cristianos, quiso hacer ver al rey y al Consejo —sin éxito alguno— cómo el respeto de las costumbres podía impedir una revuelta, aún evitable, que de lo contrario podría producirse: «Paramos cada día peor y más maltratados en todo y por todas vías y modos, ansí por las justicias seglares y sus oficiales como por las eclesiásticas; y esto es notorio y no tiene necesidad de se hacer información dello…».

Finalmente la revuelta estalló: y la víspera de la Navidad del Señor de 1568, ya nombrado desde septiembre Hernando de Válor, que habría de tomar el nombre de Abén Humeya, se trató infructuosamente de sublevar el Albaicín. La guerra continuó cruelmente, favorecidos los moriscos por la enemistad entre los marqueses de Mondéjar y de los Vélez, que comandaban los ejércitos reales, y en marzo de 1569 los rebeldes tomaron Serón y sitiaron Vera y Órgiva. Estos exitosos golpes de mano no evitaron que una conjura

acabara con Humeya, asesinado por su primo Abencillo en octubre de ese año con la ayuda de los agentes turcos y argelinos que se movían alrededor de la revuelta: finalmente el rey Felipe decidió, en enero de 1570, poner al mando de las fuerzas cristianas a su medio hermano, don Juan de Austria, que con un ejército regular disciplinado sustituyó a las milicias locales, que tan poco fruto habían producido durante los enfrentamientos anteriores. En breve plazo conquistó Galera y Serón —pagando en esta última el doloroso peaje de la muerte de quien había sido su tutor desde niño, don Luis Quijada—, y entre febrero y marzo los ejércitos del duque de Sessa y de don Antonio de Luna se le unieron en los Padules.

Era, pues, un grupo desanimado y cada vez más desesperado, que asumía la derrota un poco más cerca cada día que pasaba, el que se reunió en la desvencijada sala cuyo suelo lleno de agujeros procuraba disfrazarse con las pocas alfombras que quedaban del esplendor perdido de Aben Humeya, para discutir una de las pocas opciones que —según todos entendían— les podían quedar para salvarse: con Abencillo, entre otros líderes y capitanes, se sentaban Aben Farax, Miguel de Granada Xaba, Luis el Hardon, Hernando el Habaqui y el teniente Karaçaj, hermano del capitán turco, que según se rumoreaba había asesinado a Humeya con sus propias manos, lo que le había ganado de inmediato un puesto en el consejo de su sucesor.

Tomó entonces, pidiendo permiso a Abencillo, cuyo rostro pequeño y grisáceo mostraba a las claras su gran preocupación, la palabra el capitán Husein, un jenízaro atezado y fornido, elegantemente vestido con su *dolarma* o caftán de reglamento —limpio y almidonado, casi como si no se hallara en permanente campaña—, con su gorro o *börk* emplumado a sus pies, al lado de su espada, exponiendo su parecer sobre el asunto que antes del rezo del *asr* —la oración antes del crepúsculo— les había convocado en la sala común de la casa que ocupaba el reyezuelo:

—Con el permiso de vuestra majestad, quiero informar de una importante noticia que he recibido hoy, traída por un *ulak*, un mensajero a sueldo de mi señor el sultán: la nueva viene desde Córdoba, donde se encuentra ahora el rey infiel. El monarca ha decidido finalmente acceder a la petición de la ciudad de Sevilla, que le había rogado que la visitara y quedara en ella por unos días. En breve plazo saldrá una carta para el concejo anunciando su llegada: mi agente cree que la corte puede ponerse en marcha a finales de abril, para llegar en los últimos días del mes o en los primeros de mayo.

Un murmullo sostenido siguió al comentario del capitán, y Abencillo, haciéndose eco de lo que sin duda pensaban sus consejeros, le interpeló:

—Gracias por vuestras noticias, capitán; pero no se me antoja en qué

puede interesarnos saber dónde estará en el mes próximo el rey Felipe. Más me importa conocer las intenciones de su hermano, don Juan de Austria, Satán le lleve consigo. Desde que asumió el mando de las tropas, Alá le confunda, no levantamos cabeza: las plazas caen una tras otra, la rebelión decae, los monfíes, nuestros guerrilleros, son cazados o capturados, y la guerra se pierde. Así es que no se me antoja, capitán Husein, qué importancia puede tener para nosotros dónde y cuándo haya de encontrarse el rey infiel.

Husein se inclinó levemente, reconociendo la preocupación del reyezuelo, y continuó mirándole a los ojos:

—Sepa vuestra majestad, mi señor, que el sultán, las bendiciones de Alá y el favor del profeta estén con él, tiene los oídos muy largos y orejas en todas partes. Esta noticia es de mucho mayor interés de lo que puede parecer. Sepa mi señor que Yuçef Nasí, el consejero del sultán, Dios le bendiga, cuenta con agentes fieles en la ciudad de Sevilla: agentes que podrían, bien pagados, organizados y aconsejados, forzar un golpe de mano y tratar de acabar con el rey Felipe, o bien herirle gravemente. El caos que se produciría en el reino sería inmediato, y detendría la ofensiva del Austria en la Alpujarra. Podríamos rearmarnos, solicitar más ayudas al *beylerbey* de Argel, Uldj Alí pasha y al sultán mi amo, y ganar un tiempo precioso —se detuvo un momento, y levantó la cabeza mirando a los asistentes de hito en hito—. Tengo un nombre, el de un agente que ya nos ha servido bien en el pasado: pido a mi señor que permita a un emisario, y para ello propongo a mi hermano Karaçaj, que marche a Sevilla y hable con el hombre del que me han dado razón desde la Sublime Puerta. Si pudiera hacerse, sería una oportunidad que no deberíamos desaprovechar.

Seguidamente el capitán se sentó, cruzando una imperceptible mirada con su hermano, y cerrando los ojos dejó fluir los comentarios que, en voz cada vez más alta, intercambiaban entre sí los consejeros de Abencillo. Finalmente, fue este último quien tomó la palabra:

—¿Creéis, capitán, que este plan puede tener alguna posibilidad? ¿Qué piensan mis consejeros? Tomad la palabra, y haced vuestro oficio de aconsejarme. Hernando, sabéis que fío de vuestra opinión: decid con libertad lo que pensáis.

Hernando el Habaqui, inteligente estratega y cercano consejero del rey, uno de los líderes del levantamiento desde sus inicios y respetado jefe militar, un hombre ya en la plena edad de la vida, de pelo ralo y cano, con penetrantes ojos oscuros que pintaba con kohl para evitar el resol que los dañaba, y modestamente ataviado sin joyas ni bordados, solo con una rígida cuera que le defendía en el campo de batalla, movió sus manos fuertes hacia el capitán y hacia los reunidos, se aclaró la garganta con algo de agua —turbia, ya que hacía tiempo que

no llovía y los pozos estaban casi secos— y habló ante la invitación del rey morisco:

—Mi señor, no perdemos nada por probar. La situación es ya desesperada: dejemos al capitán trazar su plan. Si triunfamos, tenemos todo por ganar: si no, solo perderemos algunos hombres, aunque quizá esté entre ellos el propio Karaçaj. Supongo que habrá valorado bien el riesgo: va a meterse en la boca del lobo, y el tiempo para dar el golpe de mano no es mucho. Dineros hay, en más número que comida y armas, desgraciadamente. Démosle recursos y veamos lo que puede suceder.

Abencillo miró lentamente al Habaqui, al capitán turco y a su hermano y dijo, inmediatamente antes de levantarse con esfuerzo —una herida que no curaba le tenía maltratado desde hacía semanas— para salir fuera, al patio, para el rezo:

—Sea. Sea... tienes razón, Habaqui. Yo también estoy de acuerdo con lo que aquí se ha dicho. Capitán, organizadlo todo. Que vuestro hermano, con dos hombres que él mismo escoja para que vayan en su compañía, se mude las ropas por otras cristianas, apareje las bestias y los equipajes y parta cuanto antes. Que allí valore si es posible realizar lo que se ha propuesto. Y que sea aquello que Alá quiera; Dios sea siempre bendito. Si su favor nos acompaña, el rey morirá en Sevilla.

---

2 El calendario es aún el juliano. El actual o gregoriano no se implantaría en España, en su imperio, en Portugal y en Italia hasta doce años después, en 1582.

# DOS

*Sevilla, viernes 14 de abril de 1570*

Las gruesas paredes de la sala, techada por los magníficos relieves que representaban, dentro de grandes casetones rectangulares finamente labrados, a los treinta y seis monarcas de León y de Castilla desde los primeros Alfonsos y Bermudos hasta la reina Juana y el Emperador, protegían y aislaban del ruido y del bullicio exterior de la vecina plaza de San Francisco —así nombrada por hallarse a las espaldas del gran cenobio de la orden franciscana en Sevilla, que ocupaba una enorme extensión tras las casas consistoriales— a los gobernantes de la ciudad. Sentados en bancos de piedra corridos labrados en las paredes, los caballeros veinticuatro prestaban en ese momento toda su atención a la lectura de la carta que el escribano del capítulo realizaba a instancias del muy magnífico señor doctor Juan de Liébana, teniente de asistente desde el cese en su cargo el año anterior de don Francisco de Mendoza, conde de Monteagudo. Atentos desde sus escaños, los capitulares escuchaban por boca del lector la intención del rey de atender la petición de Sevilla, que le había sido remitida semanas atrás aprovechando su estancia en la cercana Córdoba, de visitar la mayor y más rica ciudad del reino de Castilla.

En los incómodos asientos, apenas revestidos por unos escuetos cojines de un raído y manchado terciopelo, oían la pausada lectura varios de los individuos con más influencia en la urbe sevillana, fruto —la gran mayoría de ellos— de unos estudiados entronques familiares y económicos, que en algunos casos se remontaban a la propia conquista de la ciudad por Fernando III.

Con atención escuchaban la lectura Garci Tello, Diego Ortiz Melgarejo, don Pedro de Villasís, don Guillén de Casaus, García de León, Hernando Marmolejo o don Francisco Tello; abstraídos en sus pensamientos —y en cómo podría afectar esta visita a sus pretensiones o a sus medros personales— estaban en ese momento Gaspar Suárez, Melchor Maldonado, Pedro Caballero de Illescas o García de Céspedes; Bartolomé de Hoces, obrero mayor de la ciudad, se removía inquieto en su escaño, ya que la organización de la visita, al menos en todo aquello en lo que el cabildo se fuera a involucrar directamente, habría de depender de su gestión: una responsabilidad que sin duda habría de ser abrumadora. El alguacil mayor, don Diego de Sandoval, se felicitaba porque su cargo le permitiría estar próximo al rey durante la visita, e incluso acompañarle en su entrada en la ciudad, una oportunidad que debía aprovechar adecuadamente; Fernando de Herrera, don Hernando de Solís, don Juan de Mendoza, don Fernando Manuel, Gaspar Ruiz de Montoya, don Juan Tello, Hernando Díaz de

Herrera, don Juan de Torres y Melchor y Pedro del Alcázar hacían complejos cálculos valorando los costes —que serían ingentes— y los beneficios —que sin duda también podrían serlo— que podrían obtener de la visita regia.

Terminada la lectura, Liébana, el teniente de asistente, tomó la palabra usando del privilegio que le permitía (desde que en un lejano día de 1478 los Reyes nombraran al primer asistente de la ciudad, Diego de Merlo) abrir y cerrar los debates del cabildo:

—Como verán vuestras señorías su majestad nos comunica en su carta no solo su visita, sino también la comisión que ha otorgado al señor conde de Priego para que, como nuevo asistente de la ciudad, tome posesión del cargo y supervise la jornada real. Con la carta del rey ha venido otra, a mí dirigida, en la que el conde me participa su salida inmediata de Córdoba, anticipándose al rey nuestro señor. Llegará por tanto aquí en muy breve plazo para tomar posesión de su cargo, y creo que sería necesario tener ya camino andado antes de recibirle, lo que no se demorará más allá de pocos días. Así, propongo la inmediata creación de una comisión para el recibimiento que pueda, desde ahora, proponer, debatir y acometer las obras y los trabajos necesarios para que toda la jornada posea la brillantez que deseamos. Será el señor conde, a su llegada, quien la presida; pero ahora propongo al obrero mayor, Bartolomé de Hoces, para que se ocupe desde este momento de gestionar los recursos y de acudir a todo lo necesario. A él acompañarán varios capitulares y jurados que conformarán dicha diputación.

Tomó la palabra en ese momento, tras una seña del teniente, el propio Hoces:

—Señores capitulares, como saben la situación económica de la ciudad no es la mejor. Las pestes de los dos últimos años han hecho mella en las arcas, y por eso será lo primero y principal encontrar los recursos que nos permitan recibir con dignidad al rey: los gastos serán muchos. Hay que acondicionar puertas y calles, decidir el itinerario de su majestad, proveer y aderezar las estancias del Alcázar, comprar los medios para abastecer a la corte durante su estancia, vestir con decencia a los oficiales del cabildo, contratar los artífices que realizarán los adornos que deberán embellecer las calles, que igualmente habrán de estar despejadas y limpias; preparar los festejos y regocijos… y según nos dice la carta, el rey pretende salir de Córdoba en breve plazo y estar en Sevilla antes del final de este mismo mes. Dos semanas, señores: solo tenemos dos semanas. Bien es cierto que, previendo el éxito de este negocio tras el envío de nuestra solicitud al rey tiempo atrás, algunas personas, y entre otras el maestro mayor Tortello, ya han comenzado los trabajos de planificación con el fin de tener, al menos, iniciadas o bien previstas

una buena parte de las obras y trabajos que debemos emprender. El factor Francisco Duarte, el maestro Juan de Mal Lara o el beneficiado Pacheco están también involucrados en los proyectos de este recibimiento.

Gozando de la atención y del asentimiento de los capitulares, Liébana propuso en ese momento a los miembros de la comisión municipal que habría de gestionar la participación del cabildo en todos aquellos actos que dependieran de la ciudad: serían, entre otros, don Manrique de Zúñiga, hijo de los duques de Béjar; el marqués de la Algaba, don Fernando Enríquez, García de Céspedes y don Pedro López Portocarrero.

Votada la propuesta con el acuerdo de los veinticuatros, seguidamente los miembros de uno de los cabildos más importantes del reino de Castilla comenzaron a debatir sobre un importantísimo tema, que les llevó el resto de la sesión: el precio y la calidad de las telas con las que, en tan corto plazo de tiempo, habrían de revestirse y de adornarse ellos mismos para recibir, con la dignidad que el cargo requería, a un monarca cuyo poder abarcaba las dos mitades del orbe. Por supuesto, pagándose con cargo al erario municipal: ya que ese dinero no iba desde luego a salir de sus bolsillos.

# TRES

*Camino de Granada a Sevilla, martes 18 de abril de 1570*

Karaçaj y su hermano, el capitán Husein, habían sido raptados siendo muy pequeños en uno de los ataques de los piratas berberiscos a las pequeñas aldeas del Levante español. Bien poco recordaba de ese pasado remoto, confuso y difuminado en su memoria tras tantos años: debía tener en aquel tiempo unos ocho años, y ahora contaría —o eso pensaba él— con algo más de treinta, y su hermano Husein contaba entonces unos diez. No procedían por tanto estrictamente de ese impuesto en especie, el *devsirme* o tributo de sangre, según el cual las poblaciones cristianas de los Balcanes que se hallaban bajo dominación otomana estaban obligadas a entregar a sus hijos al sultán, que les obligaría a convertirse al islam, formando parte después de su conversión de la élite administrativa y militar; y entre esa élite se contaba el cuerpo de jenízaros.

Ambos eran hijos —no pocas veces lo habían recordado, aunque el recuerdo era doloroso y solían evitarlo cuando se hallaban juntos y hablaban algo, no mucho, del pasado— de un pobre escribiente que, pese a su pobreza, les había enseñado las primeras letras y les había bautizado con nombres cristianos que ya casi habían desaparecido de su conciencia. No recordaban a su madre —habían llegado incluso hasta a olvidar su nombre—, que debía haber muerto siendo ambos niños. Su inusual dominio de las letras hizo interesarse por ellos a los reclutadores del sultán, que sin hacerles pasar al mercado de esclavos los asignaron directamente a la escuela coránica, en donde les circuncidaron, les vistieron de un llamativo rojo para que no pudieran huir, registraron sus orígenes y en donde también comenzó su adiestramiento. Husein y Karaçaj no fueron destinados al *Enderun* —la escuela que preparaba para el servicio en el palacio— ni finalmente tampoco a la escuela de los escribas, la *Kalemiyye*. Tampoco, y eso fue una suerte, su aspecto físico justificó su inclusión como *köçeks* o jóvenes bailarines, músicos y hombres de placer masculinos, violados y usados por sistema por sus clientes y por sus superiores. No: los dos hermanos pasaron a formar parte, con el tiempo, del cuerpo elegido de los jenízaros, los *yeni çeri,* la guardia de élite de los sultanes. Para ello habían aprendido a hablar, leer y escribir turco, árabe y persa, algo de teología y de derecho, ciencias, poesía, habían recibido adiestramiento físico y practicado el combate cuerpo a cuerpo. Una vez se graduaron y celebraron su salida de la escuela, su *çıkma,* tanto Husein como Karaçaj pasaron algunos años como soldados sin otros privilegios; hasta que su eficiencia y su valor los elevó a formar parte de la escogida guardia del sultán como *beyliks,* y se les encomendaron

misiones letales y delicadas, como la que les había llevado a Granada y la que ahora le estaba llevando a él mismo a Sevilla.

Su aspecto físico —que no difería en nada de cualquier otro que pudiera verse en las calles de la ciudad andaluza, ya por entonces un maremágnum de razas, lenguas, trajes y colores— y su dominio fluido del idioma ayudarían al turco a poder, con facilidad, mimetizarse entre la multitud que circulaba, salía y entraba por las amuralladas puertas de la urbe sin llamar la atención de nadie. Se había dejado barba y el pelo crecido durante los largos meses de campaña en Granada, y ataviado ahora adustamente —gola y jubón, calzas, medias y altas botas negras, gorra de cuero negro, espada y daga al cinto, con una pequeña cadena de oro al cuello de la que pendía una piadosa medalla, que había arrebatado a un prisionero antes de matarlo— se aseguraba de que nadie le miraría dos veces. Sus dos acompañantes, que llevaban en las grupas de sus caballos gruesas alforjas con armas, dinero y equipaje, tenían, de hecho, un aspecto mucho más meridional que el suyo: pero eso tampoco importaría en Triana, la collación extramuros de Sevilla donde iban a alojarse, en donde buena parte de la población estaba compuesta por moriscos —procedentes de Almería y también como botín de la guerra de Granada, siendo algunos de ellos «moriscos de paz», a los que el rey había permitido asentarse en otras localidades de Castilla lejos del reino granadino—, que habitaban en corrales cercanos a las Cavas, a las fábricas de jabón, de alfarería y a los astilleros instalados en esa banda del río. Allí, en Triana, en la quinta de un mercader portugués llamado Henrique Freire, el oculto agente del turco en Sevilla, sería donde el teniente jenízaro habría de permanecer escondido durante todo el tiempo que estuviera en la ciudad, sin llamar la atención de los curiosos. Solo dos días más de camino, durmiendo en cobertizos, chozas y casas apartadas, y llegaría a su destino: y a partir de ese momento habría de comenzar los preparativos para, si fuera posible —Alá lo quisiera así— disponer lo preciso para atentar contra el rey castellano.

En ese momento, los caballos de sus compañeros se detuvieron en medio del camino: desde lejos, unos pastores y unos arrieros avanzaban en su dirección con sus rebaños y sus recuas, protegidos por dos cuadrilleros —desde allí podían ver los tres jinetes sus mangas verdes— de la Santa Hermandad. Entendiéndose con la mirada, el turco y sus dos acompañantes decidieron, por elemental prudencia, evitar un encuentro que pudiera ser incómodo o arriesgado, lo que habían venido haciendo desde que salieron emboscados de Órgiva. Tomando una pequeña vereda que se abría a la derecha a un frondoso y fresco bosquecillo vecino se pusieron al paso para no mostrar temor o prisa, y dejaron de lado el camino real y su peligrosa concurrencia: esperarían a que pasaran los rebaños y los cuadrilleros, y después,

siguiendo camino y ya cerca de Estepa, pararían para dejar descansar a los sudorosos caballos, comerían algo y buscarían unas cabañas cercanas a la ciudad en donde unos leales moriscos, unos hacendosos y nada conflictivos aparceros del marqués Juan Bautista Centurión que no daban que hablar en absoluto, les esperaban para acogerles. Y de allí, en dos días más viajando con rapidez y cambiando los caballos, llegarían por fin a su destino y al designio que les llevaba hasta la gran Babilonia de España.

# CUATRO

*Sevilla, jueves 20 de abril de 1570*

Tras varios días de acelerados preparativos y de no pocos nervios, que se habían resumido en hoscos debates y deliberaciones entre los gobernantes de la ciudad, finalmente el nuevo asistente había llegado a Sevilla. Tras preparar en lo indispensable su acomodo, Priego había acudido, en su vistoso pero baqueteado coche tirado por cuatro mulas y rodeado de varios caballeros de su casa, al cabildo extraordinario que había sido convocado por el doctor Liébana a primera hora de la tarde. Así pues, el muy ilustre señor don Fernando Carrillo de Mendoza, VII conde de Priego, estaba siendo confirmado en esos momentos por nuevo asistente de la ciudad, como disponían las cartas patentes del rey que el conde había entregado a los escribanos municipales antes de tomar la posesión, sosteniéndolas sobre su cabeza en señal de acatamiento a las disposiciones del monarca. Una vez recibido por los capitulares presentes, y felicitado por todos ellos —siempre era bueno, y eso lo tenían muy claro los veinticuatro sevillanos, calentarse al favor del nuevo sol que alumbraría la ciudad desde entonces, durante el tiempo que el monarca dispusiera— nombró por su teniente al propio Liébana, y seguidamente se dio por concluida la solemne reunión, aunque Priego decidió ver esa misma tarde a quienes formaban las comisiones que organizaban la visita.

El nuevo asistente de Sevilla era un avezado cortesano adscrito a la facción del príncipe de Éboli, Ruy Gómez de Silva, y acababa de heredar el título condal tras fallecer su padre, don Luis Carrillo. Su habilidad en la corte le había granjeado, primero, un puesto de gentilhombre de la casa de Borgoña —creada tras la reforma del protocolo real por el Emperador— en 1548, cuando el rey era todavía príncipe, aunque ya el joven don Felipe estaba hecho al gobierno como regente, en nombre de su siempre ausente pero glorioso padre; y había sido hasta recientes fechas mayordomo mayor de la estrella emergente de la corte, el joven y heroico don Juan de Austria, a quien conocía bien y con quien tenía gran amistad y confianza. Embajador y emisario del monarca hasta hacía pocos días en Portugal, acababa de llegar al nuevo cargo sevillano a instancias del rey, que le había enviado a la ciudad andaluza para organizar su entrada en ella y su visita con la solemnidad que el acontecimiento requería. Priego sabía bien cómo la ciudad, orgullosa por entonces de su poder y sus riquezas, había escrito días atrás al monarca, invitándole a visitar la sin par urbe —como había hecho su padre, el difunto Emperador, en marzo de 1526 con ocasión de sus bodas— en donde también se terminaba de aprestar la galera construida en las atarazanas de

Barcelona que habría de comandar el generalísimo don Juan de Austria, para dirigirla en la ocasión que se esperaba cercana contra el turco.

El conde se proponía servir su nuevo cargo con la meticulosidad que le había caracterizado en todos los oficios desempeñados hasta entonces: poco a poco estaba pulsando —llevaba muy poco tiempo en Sevilla, solo escasos días—, con el fin de comprenderlos, los resortes del poder, que estaban cambiando de manos poco a poco gracias a la riqueza llegada de las Indias.

El nuevo asistente había advertido nada más llegar a Sevilla cómo la gran noticia de la visita real, por la que tanto había rogado la ciudad al monarca a través de sus procuradores, traía de cabeza a la que era, si no en nombre propio sí en todo lo demás, la capital de ambas Andalucías: «El palomar se ha revuelto no poco con la buena noticia», pensó en silencio con una breve sonrisa que le hizo abandonar, tan solo un momento, la máscara solemne y grave del cortesano. Esa misma tarde, en unos minutos, se reunirían con él en las casas del cabildo buena parte de los regidores y con ellos Francisco Duarte, factor de la casa de la Contratación, a quien habían señalado como persona de toda confianza, ducho en abastecer y en ordenar y gobernar hombres y recursos: eso había hecho también su padre, otro Francisco Duarte —cuyos restos ya descansaban de sus trabajos mundanos desde 1554 en su fundación del convento de la Victoria, junto a Triana— como abastecedor general y comisario de las armadas del Emperador. «De casta le viene al galgo», se dijo Priego con voz queda. Hoy debía dejar marcadas claramente las líneas maestras de la recepción, según las instrucciones que había recibido días atrás del propio rey, y había muy poco tiempo. Esa era, con seguridad, la única certeza que tenía en aquel momento el nuevo asistente: habría que ver la capacidad, y los medios, de los que podría usar la ciudad para recibir a su señor. Y solo quedaban doce días, o tal vez menos, para que llegara. Dejando caer la mano sobre su bufete, acarició un pomo de olor que le dejó un dulce rastro en la palma, y tocando una campanilla ordenó al criado que seguidamente abrió la puerta que trajera a su presencia a quienes había citado esa tarde para preparar la venida del monarca.

***

Henrique Freire era un exitoso hombre de negocios. Tenía una sucursal de su firma en Sevilla donde recibía y enviaba el género que llegaba de África y de las Indias, un apostadero al que se desplazaba varias veces al año desde Lisboa, donde se encontraba la casa madre desde la que dirigía y controlaba sus tratos y contratos con medio

mundo conocido: especias, traídas desde las lejanas Molucas por los comerciantes y navegantes portugueses, que se pagaban a precio de oro no solo en Sevilla, sino en Castilla y en toda Europa; plata, que llegaba desde México hasta la ciudad del Guadalquivir, y que, aunque no pocas veces intervenida por el rey y por la casa de la Contratación, en otras ocasiones le permitía llenarse, bien llenas, las alforjas; y esclavos, que traídos y llevados a través del Atlántico en rutas que partían de los ríos de Guinea o de Cabo Verde llegaban finalmente —salvo las naturales mermas de las largas travesías, el riesgo era el riesgo— a sus esperados destinos: Lisboa, Sevilla, Nueva España o Tierra Firme.

Los barcos de los mercaderes de quién era factor (un hecho que había facilitado su naturalización como castellano algunos años atrás), la *Concepción*, el *San Mateo*, el *Espíritu Santo*, la *Candelaria*, la *Victoria* o el *San Martín* llegaban con sus bodegas cargadas de género, lo que le iba enriqueciendo cada año. Otro mercado en el que especulaba —este más arriesgado y que nadie, salvo él y sus hombres de mayor confianza, conocía— era el de los esclavos blancos: su firma negociaba con Argel y el mediterráneo oriental, y por supuesto con Estambul, un siglo atrás Constantinopla, surtiendo los mercados de mujeres y hombres jóvenes, niñas y niños raptados de las aldeas de las costas levantinas. Desde Valencia hasta Grecia, Freire se los adquiría a los piratas berberiscos que las asaltaban. El negocio no era limpio, pero no todos los negocios —y mucho menos los rentables— pueden serlo, pensó descuidadamente.

Otro negocio, de igual manera silencioso como el de los esclavos levantinos, se desarrollaba en la casa apartada, entre las huertas ubicadas en los aledaños de Tablada cercanos a Triana, en la que el mercader se encontraba en ese momento. Era un lugar —¿cómo decirlo?— en donde se reunían ciertos espíritus raros y selectos, con gustos difíciles y también muy caros, y que pagaban en buen oro por satisfacer aficiones exquisitas y muy particulares. La casa era, debido a esta causa, un oasis de privacidad: rodeada de una cerca y en medio de varias huertas y jardines que la aislaban del exterior, no dejaba escapar ningún ruido hacia afuera y su discreto aspecto nunca podría hacer pensar lo que sucedía en su interior. Incluso una ancha y antigua cloaca, que a través de un sistema de compuertas desaguaba en una zona poco frecuentada del río, un cañizal espeso al que muy poca gente tenía la curiosidad de acercarse y que limpiaba constantemente la rápida corriente, facilitaba a Freire deshacerse de comprometedoras evidencias cuando las cosas se salían de su cauce.

En ese momento, cuando la tarde ya caía tras la comida y la larga siesta, la casa tranquila y silenciosa comenzaba a salir del letargo al que le había llevado la noche anterior, que había sido particularmente

movida: algunos mercaderes italianos y varios caballeros de la ciudad —todos ellos obligadamente discretos, enmascarados y embozados— habían probado, y apreciado, el género que servía el portugués; un género que a veces era escaso y le obligaba a buscar nuevas promesas por los apartados jardines de la Huerta del Rey, donde la lejanía, el silencio y la discreción reunían en Sevilla a no pocos amigos de un amor peligroso y callado, que podía dar con quienes lo practicaran en el nada misericordioso quemadero. Era también negocio, y a juzgar por los réditos que daba, mucho más que bueno. Él tenía a su familia aún en Portugal —una mujer con quien le casaron concertadamente sus padres y los de ella, mercaderes ambos, como un negocio más; e hijos a los que veía escasamente y sin ningún interés—, pero en realidad no dejaban de atraerle esos mozos lampiños y pintadillos, delgados y de largas piernas, con un leve bozo si acaso, que revoloteaban durante la noche por los estrados de la hacienda atrayendo, como coloridas mariposas, a sus selectos clientes.

Se incorporó en la cama y miró la delgada y lisa espalda del joven que compartía con él el lecho. El arrepentimiento —ya le había ocurrido otras veces— pasaría pronto, y de nuevo volvería a llamar a su lado a un cuerpo que le recordara lo que había sido años atrás, y lo que nunca volvería a ser: un joven como aquel al que miraba fijamente. Este en particular le atraía irremediablemente: se llamaba Alexandro, y había sido cantorcico de la capilla musical de la catedral, de donde huyó hacía ya más de un año. Poco le quedaba entonces más que la prostitución, a la que se dedicó algún tiempo junto a las tapias del convento de Santo Domingo de Portaceli, de donde Freire lo había recogido para llevarlo a su muy selecto prostíbulo.

También había sido castrado de niño, por lo que su papel en su relación, siempre que le llamaba a su lecho —y lo hacía cada vez que venía a Sevilla a sus negocios, con el arribo de las flotas— no podía ser otra cosa que el de paciente: pero el mozo, que no tendría más allá de doce o trece años, era listo y avispado; y había aprendido algunas habilidades de su oficio que hacían transitar al portugués desde este valle de lágrimas a otro paraíso en el que llegaba a perder, abandonado por el placer, la conciencia. Tanto a él como a los otros muchos clientes que solicitaban acariciar sus largas guedejas rubias, casi de niña en ciernes, y que subían a la galería de la primera planta con el chico, tan impacientes que apenas podían evitar despojarle de sus ropas —no pocas veces de mujer, lo que redondeaba el equívoco— en las salas de abajo.

Deslizó lentamente la sábana que le cubría a medias, y mirando el cuerpo bien dibujado, casi perfecto, percibió con claridad cómo el tiempo pasaba cruelmente: en unos años, ese cuerpo habría perdido su frescura; las enfermedades, la pobreza o la edad lo habrían aniquilado

o abotargado. «La realidad siempre es cruel —pensó—. El tiempo pasa y la juventud se acaba». Tomó una jarra de vino, aún fresco, de la mesa baja que había junto a la cama, y se sirvió una copa en un delicado cristal veneciano: otro de los ricos, valiosos y delicados objetos con los que comerciaba, igual que el propio muchacho, la plata, las especias o los esclavos. Asentó firmemente los pies en el cálido suelo —el barro cocido del diseño de olambrilla con lunas y soles despedía un calorcillo agradable— y comenzó, por este orden, a abrocharse las calzas y las medias de aguja de seda, el jubón forrado o estofado de raso negro de Valencia, decorado con trencillas de seda y con las mangas picadas, y, ya que no iba a salir de la casa, optó por una cuera bermeja para sustituir a la más amplia ropilla. Unas gotas de un caro perfume de ámbar gris completaron el aseo: acababa de llegar un importante visitante a verle, enviado por su secreto señor Juçef Nasí, y había que causarle una buena impresión. Al salir de la cámara, Henrique Freire no se volvió: escuchó por última vez la apagada respiración del muchacho que seguía en la cama y, cruzando el umbral, cerró la puerta desde fuera.

Una vez salió Freire de la cámara, Alexandro —que había simulado dormir hasta que su amo abandonó la habitación— se levantó ágilmente de un salto: se subió el calzón, que Freire había rasgado horas atrás, y las calzas (no se había quitado las medias cuando el portugués le llevó al lecho, entre caricias) y se colocó, metiéndola apresuradamente por la cabeza, la camisa; y sobre ella, sin abrochar, el jubón. Quería seguir a su amo: había aprendido, y con presteza, que la información era poder. Y aspiraba a obtener un puesto más cercano, y de más confianza, cerca del rico mercader. Si conociera alguna información valiosa, si pudiera acceder al círculo cerrado e impenetrable del que se rodeaba Freire, podría hacerse imprescindible para este y su fortuna —eso pensaba el mozo— estaría hecha. Así, prudentemente, casi como uno de los gatos silvestres que se movían libremente por el jardín y las huertas, siguió a su amo hasta el edificio contiguo a la casa grande de la finca, adonde el portugués, lentamente pero a paso constante, se dirigía.

***

El maestro Juan de Mal Lara dejó, con un entumecimiento, reposar su pluma en la mesa oscurecida por los años, llena de manchas de tinta y con los gruesos nudos de madera apenas desbastados: su pobreza, de la que desgraciadamente no le habían sacado sus muchos conocimientos, impedía que pudiera permitirse un mueble mejor. Las manos, que ya acusaban las torpezas de la edad y los malos tratos que había sufrido algunos años atrás, en 1561, cuando se le encarceló en

el castillo de Triana desde febrero hasta mayo, acusado de hacer correr por la ciudad unas hojas volanderas en las que se criticaba acerbamente al clero, agradecían el reposo que se prolongaría hasta el día siguiente, aunque con las primeras horas del alba Mal Lara volvería a sus hojas y a su cálamo. El día había sido fructífero y propicio: días atrás el cabildo le había comisionado, con otros intelectuales y artistas de la ciudad, el encargo de ocuparse del diseño de los arcos triunfales, de la redacción de las leyendas y del planteamiento de los motivos alegóricos y decorativos con los que habrían de adornarse las calles de la ciudad durante los felices días de la visita regia. Después de trabajar toda la tarde, se sentía satisfecho: mañana iría a ver al factor Duarte a la Contratación, y así le pondría al día del rico mensaje simbólico, ya casi totalmente pergeñado, con el que haría que la ciudad recibiera a la sagrada majestad del rey Felipe.

También Mal Lara había sido el responsable de decorar la nao capitana de la que sería la flota de la Liga Santa, que colmó de arcanos símbolos, de ejemplares enseñanzas y de propicias alegorías que sin duda facilitarían la victoria al nuevo y juvenil Alejandro de la Casa de Austria. Su éxito en este cometido, lógicamente, le aseguró este nuevo encargo: el de redactar los textos y el trazado alegórico de los arcos que habrían de adornar el paso del monarca desde la puerta de Goles hasta la Iglesia Mayor, por lo que Mal Lara se aplicaba desde hacía varios días, tras haber recibido el encargo incluso antes de confirmarse la jornada real, y trabajando de firme en crear, desde su erudición y su inacabable imaginación, un repertorio digno de tan gran ciudad y tan gran rey. Esa misma tarde había, quizá simbólicamente, concluido los versos latinos que exornaban el pedestal dedicado a Hércules —que, como todo el mundo bien sabía, era antepasado directo de los reyes hispanos— ubicado en uno de los arcos: *«Alcides adsum…».*

Notando el doloroso quejido de las delgadas rodillas que con los años se hacía más acucioso, el maestro miró las oscuridades de lo que años atrás había sido su aula, hoy devastada como él mismo: en sus bancas se habían sentado jóvenes pobres y ambiciosos que buscaban una vida mejor, bien por el saber que habrían de acumular entre sus austeras paredes o bien al aprovechar hábilmente el favor de los ilustres conocidos de quien era su abnegado profesor, que abría a sus alumnos las puertas de su aula y de su hoy ajada casa de la Laguna, dando a muchos el calor del interés que no recibían en sus propias viviendas. Si el rostro, como decía el adagio, era el espejo del alma, sin duda el de Mal Lara reflejaba su bondad, al igual que sus rozadas y desgastadas ropas avisaban de su austeridad inevitable y obligada y de sus adustos y parcos hábitos, no reñidos con su bonhomía.

Avanzando por la sala, Mal Lara miraba los asientos en donde, desde 1548, se habían sentado sus alumnos: don Álvaro de Portugal, aún por

entonces heredero del condado de Gelves; Cristóbal Mosquera de Figueroa, Fernando Suárez, Francisco de Medina e incluso un siempre inquieto y revuelto Mateo Alemán, cuyo padre pagaba cuando podía, que no era siempre, el coste de la educación de ese hijo que poseía una inteligencia vibrante y explosiva. Finalmente se detuvo ante la puerta, apagó el candil y salió al ya por entonces casi totalmente oscurecido patio de la que era —ah, la siempre esquiva fortuna— su desvencijada casa, donde el maestro pasaba, con estrechez pero con una infinita dignidad, los años que restaban de lo que había sido una inquieta vida, a la que —algo que Mal Lara sabía y para lo que cada mañana se preparaba con resignación y con sosiego— no le quedaba mucho tiempo para terminar.

***

La noche había conquistado lentamente los cielos aborregados que cubrían la collación de San Bartolomé. Aún no habían sonado, aunque faltaba poco para ello, las vísperas, y el jurado Fernando de Medina esperaba que tañeran las campanas de la vecina iglesia, antaño sinagoga, a la que en otros tiempos acudieron a los rezos sus antepasados: algo que procuraba, al igual que lo habían hecho su padre y su abuelo anteriormente, olvidar con tenacidad. No estaban los tiempos para recordar pasados incómodos, como bien se pudo ver —y con él lo vio toda la ciudad— con ocasión del auto de fe que había traído de cabeza a Sevilla tan solo ocho años atrás, en 1562, en el que no pocos conocidos suyos se vieron obligados a abjurar de sus errores como judaizantes o como luteranos, aunque otros penitenciados no habían tenido la suerte de poder contarlo: sus cenizas se esparcieron a los cuatro vientos en el quemadero de Tablada.

Dejando un candil de aceite que sontenía en la mano apoyado en su bufete, se acercó a los postigos de la ventana para abrirla, y asomado a la reja vio consumarse la muerte del día, que terminaba. El jurado —sin saber exactamente por qué— se hallaba inquieto.

Había subido a primera hora de la tarde al que era su refugio, el silencioso y seguro gabinete de su casa en la calle que decían de los Levíes. Comenzó a revisar sus cuentas, que le habían llegado remitidas por su mayordomo en la villa de Pilas, en el cercano Aljarafe, donde la familia había conseguido salvar los restos del naufragio de la hacienda de su bisabuelo, el almojarife Sancho Díaz de Medina, que había escapado de Sevilla en 1481, evitando el penoso trago de ser capturado por el Santo Oficio y seguidamente relajado al brazo secular —es decir, quemado públicamente ante las turbas—, aunque la hacienda real incautó todos los bienes familiares que pudo encontrar. El almojarife, hecho al tráfico siempre volátil de los impuestos y a los

avatares inseguros del comercio, y desde atrás buen conocedor de la naturaleza humana, viendo venir lo que se le echaba encima no solo se aseguró de poder huir con plazo a Portugal, lugar sin duda para él más saludable, sino que estableció un hábil entramado de fieles y de testaferros, de arrendadores elevados de golpe a propietarios, que salvaron para sus descendientes no pocos de sus bienes.

Eso sí, la casa familiar, un muy rico palacio al lado de las casas de los duques de Alcalá, y que servía para prestigiar públicamente al adinerado bisabuelo —y aquí el jurado exhaló, casi sin darse cuenta, un breve suspiro— se perdió en manos de don Álvaro de Portugal, quien (tal vez para hacerse perdonar por el pecado contra el séptimo: no robarás) levantó en el solar un rico y alhajado convento dedicado a Nuestra Señora, ante el que el jurado procuraba no pasar a menos que fuera estrictamente necesario.

Encerrado en esa cáscara segura y cálida que ahora le rodeaba, con los anaqueles que contenían sus muchos libros —por entonces orgullosamente Medina podía contar más de doscientos en romance, en latín y en toscano— que se alternaban con los ahora oscurecidos cuadros que representaban escenas mitológicas y bustos de emperadores, miraba atentamente a las colmadas paredes de su cámara y podía aún vislumbrar los trazos que relataban las torturas de Ticio y su pecho abierto por el águila, de Sísifo con su piedra inacabable o de Tántalo, colocado este último —siempre hambriento y sediento, como era de esperar— al lado de unas espléndidas, suavemente lascivas y carnosas Artes liberales. Sus afinidades humanistas se exhibían en las pinturas de su cámara.

Finalmente sonó la campana de vísperas (a esa hora y ya sin luz de poco servía el pequeño reloj de sol que estaba colocado en la fachada de la casa de enfrente, la de los jurados Almansa), acompañada por los sonoros ladridos de su podenquillo *Moro*, terror de los conejos del Aljarafe y jovial compañía durante las jornadas de caza con su vieja ballesta, que estaría sin duda, como solía, persiguiendo pajarillos y ratones en el jardincillo trasero; y tomando del bufete su pequeño, pero rico, libro de horas, acercó sus delicadas páginas al candil y se dispuso a rezar. Una vihuela, que hasta entonces había estado sonando en el patio, entonando una pegadiza melodía —aún de moda— de Juan Vásquez, y que sin duda había estado tocando Leonor, su mujer, que era algo más que hábil para tales menesteres, calló de pronto detenida por el tañido que marcaba la hora ineludible del rezo. En ese momento, el jurado comenzó su oración y el silencio se adueñó del gabinete.

***

La mirada preocupada del ya anciano inquisidor Miguel del Carpio sobrevoló el rostro arrebolado de su pequeño sobrino, el siempre travieso Lopillo, al que una fiebre tenía —por una vez obligadamente tranquilo— sujeto a su estrecha cama de niño en su cuarto de la casa de Triana, cercana al castillo —donde el inquisidor se había mudado un año atrás, dejando sus cuartos en la fortaleza para buscar mayor espacio, independencia y comodidad— en la que ahora habitaba su tío. Con sus escasos siete años, Lopillo había llevado algo parecido a la alegría a la vivienda, antes de su llegada siempre austera, de Carpio. Este último, celoso y severo, había dedicado su vida al estudio, lo que le había llevado al envidiable cargo que ocupaba: bachiller en 1529, en derecho civil en 1534, licenciado en cánones en 1542, letrado del todopoderoso duque de Medinaceli, don Gastón de la Cerda, entre 1545 y 1552, abogado en la Chancillería de Valladolid en 1551; estos éxitos aseguraron que en 1556 firmara don Fernando de Valdés su nombramiento como inquisidor, mediando con gran destreza en diversos conflictos que por entonces escandalizaban al tribunal sevillano debido a las ásperas, y cada vez más violentas disputas entre el inquisidor Rojo y el receptor Azpeitia: unos enfrentamientos que él mismo repetiría después especularmente con otro inquisidor, Gasco, que sucedió a Rojo en el oficio. Gasco, ese hombre furioso que le había causado no pocos disgustos con el obispo de Tarazona, mandado por el Santo Oficio a calmar las revueltas aguas sevillanas y a perseguir celosamente herejes, que en tantos riesgos ponían a tan católico reino.

También los fríos y las intemperies pasados a lomos de mula, las visitas a las alejadas villas de Niebla, de Gibraleón, de Ayamonte o de Sanlúcar para velar por la fe habían pasado factura en su salud: los achaques, el reuma que empeoraba con la humedad del río cercano, la artritis que le deformaba las manos eran consecuencia de una edad que cada vez se hacía más pesada, aunque ahora recibía los consuelos de esa vida joven y alegre que, temporalmente reducida por la fiebre a un obligado y desganado silencio, sin duda volvería en breve a acompañar con sus incansables preguntas, con sus recitados, con sus ejercicios de escritura y de caligrafía las solitarias tardes de don Miguel, que había encontrado en el niño un afecto inesperado, repentino, alegre y ya para él imprescindible.

Pero no había que preocuparse: el doctor había pasado por la casa un rato atrás y había asegurado que no había peligro, así es que Lopillo volvería a correr por las calles, como acostumbraba —pese a las advertencias, los castigos y las riñas— en pocos días. Además hoy había perdices para cenar, que eran la debilidad del viejo inquisidor: el olor ácido, pero apetitoso, del escabeche —laurel, pimienta, limón y hierbas— inundó su nariz cuando salió de la pieza a la modesta

galería de columnas de palo desbastado, y le instó a apresurarse a la cocina.

***

El teniente turco, con cuidado y con la mano derecha asegurando su daga, abrió la puerta de su cámara, dejando pasar adentro a Freire. Su anfitrión le había alojado en un edificio contiguo al principal que servía como un ala de este último, cercano a las caballerizas de la quinta, y había pasado a visitarle una vez supo que el viajero había descansado y se había aseado lo suficiente como para poder recibirle. Así pues, Freire entró en la espaciosa y cómoda habitación ocupada por Karaçaj: había mucho que tratar, mucho de que hablar y no poco que organizar, si en tan pocos días querían conseguir sus objetivos.

Una hora después, cuando su huésped había explicado a Freire lo que quería —y durante la cual ambos habían finalmente perfilado un plan— el teniente turco y el mercader portugués tenían las ideas más claras: el recibimiento real, con su mucho ruido y confusión, podría ser un marco más que adecuado para atentar contra la vida del rey. Tras aclararse la garganta, y en un tono algo gutural que delataba a un observador atento su origen extranjero, el primero terció ante su interlocutor:

—Así pues, Freire, vuestra opinión es que habrá oportunidades para poder acabar con el rey Felipe durante su visita a la ciudad. Bien, eso os lo concedo. Pero aún no sé con cuánta gente puedo contar para dar el golpe de mano. Solo he traído de Granada a dos, los dos moriscos que me acompañan; y para este asunto necesitaremos más. ¿Cómo planteáis que se haga?

—Bien, teniente: como ya sabéis por nuestro señor común, Juçef Nasí, en esta ciudad existe una red, no muy grande pero sí eficaz, de gentes cuya voluntad está comprada por nuestro muy dadivoso ministro. Yo controlo y coordino esa red. En ella hay incluso alguna persona principal, que me ha rendido hasta ahora buenos servicios, siempre bien remunerados. Hasta ahora, su uso ha sido sencillo: facilitar que al sultán le llegaran con cierta facilidad algunas noticias, diversos recursos y suministros que solo aquí se pueden obtener. Pero eso es muy distinto a lo que ahora se pretende: aunque tenemos, como os digo, a alguien introducido en el gobierno de Sevilla. En principio, habrá que procurar que nos informe; después, ya veremos. Así es que lo primero que haré será recabar información: cuándo llegará el rey, cuántos días se alojará aquí y dónde, aunque supongo que será en el Alcázar… a qué sitios irá y a quién visitará. Quién le acompañará, y cómo podría accederse en algún momento a ese reducido grupo. Una vez sepa todo esto, podremos organizar el ataque. Hay en la ciudad

algunas bandas, hoy bien disimuladas y escondidas, de gentes que odian al rey y a todo lo que él representa: gentes que años atrás fueron perseguidas por el monarca o por el Santo Oficio y que ya lo han perdido todo. Algunos de ellos están desesperados, y podrían ser las manos de las que nos sirviéramos para cumplir nuestros designios.

—Sí, no dudo de lo que decís. Pero el riesgo es grande, y no quiero poner mi vida, ni el éxito de mi misión, en manos de gentes en las que no confío plenamente: por eso necesito tener la absoluta seguridad de que… —un ruido atenuado traspasó el vidrio soplado de la ventana a su espalda, y volviéndose rápidamente Karaçaj alcanzó a ver a través de ella a un mozo rubio, descalzo y espantado, que según parecía lo había escuchado todo y que corría, alejándose de la casa:

—¡Maldita sea, Freire! ¿Esta es vuestra seguridad? Ese mozo ha debido enterarse de todo. Poned en aviso a vuestros hombres, no puede escapar o estamos muertos. ¡Salid y llamad a vuestra gente, yo le seguiré y procuraré atajarle antes de que trate de salir de la finca!

Freire reaccionó en principio con incredulidad: ¿quién iba a estar espiándole en su propia casa? Pero reconoció de inmediato a Alexandro en aquel que huía. Rápidamente, salió a la puerta gritando: ¡A mí, a mí! ¡A mí, negros, a mí, Garrote! —En un instante, tres negros de gran envergadura, y uno de ellos, el llamado Garrote, armado con un palo y una cuerda, se acercaron a la puerta y, mirándose con determinación, se distribuyeron por el jardín, ya a oscuras, para capturar al cantor y evitar que se escapara.

Alexandro corría. Si no hubiera sido por el maldito gato vagabundo que le había atacado, hubiera permanecido en su escondite sin llamar la atención, y después habría olvidado con toda rapidez lo que había oído, porque sabía que en ello le iba la vida. Sabía también que tenía que correr, que no podía detenerse, que parar haría que tal vez no volviera a ver amanecer un día más. El dolor comenzó a asentarse en su costado; le costaba respirar y se detuvo brevemente, mirando, casi acorralado, a izquierda y derecha. La tapia de la quinta, que ahora distinguía ya claramente, era alta, demasiado alta: quizá pudiera escaparse, quizá pudiera despistar milagrosamente a quienes le perseguían, quizá pudiera esconderse entre los matorrales ornamentales que describían avenidas con caprichosos dibujos entre fuentes, por donde horas atrás había paseado entre risas con su amo, el portugués. Aunque los quizás ya eran demasiados. Paró otra vez, jadeando de nuevo: nunca lo hubiera hecho, porque de pronto y por donde menos podía esperarlo, surgió una negra e inmensa sombra que lo atrapó y que lo levantó en volandas. Su captor —no, sus captores— le ataron pies y manos, y solo soltaron brevemente su boca, que infructuosamente trataba de morderles, para meter en ella una apestosa bola de tela que le impediría hablar. El sabor espeso, agrio y

punzante del áspero tejido le hizo derramar lágrimas saladas: eran las primeras que habría de verter durante una noche que sería muy larga. Decididamente, la idea que le había llevado hasta el jardín había sido todo menos buena.

***

El beneficiado Pacheco se pasó la mano derecha —un hábito mecánico del que ya casi ni se daba cuenta— por la algo descuidada tonsura que ornaba, como muestra de su condición sacerdotal, su encrespada cabeza: había cerrado la reja de la capilla de San Pedro, en donde había celebrado minutos atrás el sufragio diario por las ánimas de los difuntos arzobispos fray Diego de Deza y Juan de Tavera, sus patronos, tarea a la que le obligaba su cargo de capellán —que había ganado, en dura oposición, cinco años atrás— y en ese momento se incorporaba, con la soltura y la firmeza que le daban sus todavía jóvenes treinta y cuatro años —pese a su ya pesado cuerpo, fruto de su gusto por la buena comida— del suelo de la capilla de la Antigua, donde había rezado ante el pilar que albergaba a la bella Virgen que, pintada sobre él al fresco, recogía la mayor parte de la devoción sevillana.

Tras concluir el último Ave María (*«nunc et in hora mortis nostrae, amen»*) Francisco Pacheco buscó la nave hacia los pies de la grandiosa seo, que aún estaba —como ocurría desde hacía más de un siglo— en obras, para tomar la calle de Génova hasta su vivienda, justo enfrente, en el vecino colegio de San Miguel, donde residía con otros clérigos catedralicios. Aún no había llegado el momento de que el cabildo le concediera una casa propia, algo que deseaba con verdaderas ganas, pese a sus más que evidentes méritos. Dejando las llaves de la capilla que tenía encomendada a uno de los porteros que cerraría hasta el día siguiente los accesos a la gran fábrica, la iglesia más grande de toda la Cristiandad por entonces, el beneficiado entró en el patio porticado que daba luz y aire a la casa, que en ese momento —ya era llegada la hora de la cena, y Pacheco, goloso, nunca la perdonaba— olía acogedoramente a cálidas y espesas empanadas y a crujientes fritos, que hicieron ronronear, complacido, el estómago del clérigo.

Sentado a la mesa, el ama le acercó una damajuana de vino, y abrió con un afilado y estrecho cuchillo una humeante empanada de la que salieron, inundando explosivos su olfato, los olores de la canela, del clavo y del jengibre, del agraz y de la carne suave, comprada esa misma mañana en la vecina carnicería del cabildo (que se abastecía directamente de las dehesas de Tablada), guisada en la olla durante horas antes de ser colocada sobre la trabajada masa que después se pasaría por el horno, ya deshecha y desmenuzada con mimo, tal y

como mandaba la receta del maestro Ruperto de Nola.

Aún quedaba noche por delante: en un rato sonarían completas, y Pacheco tenía que trabajar. A primera hora de la tarde había pasado a ver al maestro Mal Lara para revisar entre ambos algunos textos y diversas ideas: los dos, el humanista y el clérigo, estaban dando forma al próximo recibimiento del rey, e iban haciéndolo sobre la marcha, pues no había tiempo. Esta nueva venía trayendo a toda la ciudad cabeza abajo desde días atrás, no solo a los dos literatos: había que vestir a las milicias y a los cabildos, que dotar las fiestas y los regocijos públicos, que asegurar el orden y la quietud de la ciudad… Las ideas le iban y le venían, y en ese momento estaba reteniendo una, relativa a un texto latino con el que iba a ilustrar, aludiendo a la presencia mítica de Baco en la villa de Lebrija, uno de los decorados triunfales: «*At Nebrissa Dyoniseis…*»

Mañana habría de ir también a la cercana iglesia de la Caridad, donde oficiaba como capellán; una responsabilidad que no le resultaba gravosa, sino reconfortante. En fin, pensó, la vida era buena. El estudio y la Iglesia le habían, como a otros, sacado de la pobreza (su padre era un sencillo tendero del Toranzo avecindado en Jerez, y él era hijo extramatrimonial de un desliz paterno) y le habían permitido prosperar en la vida: su dedicación le había dado tranquilidad, prosperidad y una razonable felicidad. Sus conocimientos, incluso, habían resultado ser de grandísimo valor para el recientemente fallecido maestro mayor de la catedral, el cordobés Hernán Ruiz, ya que los textos —y algunos diseños, como el de la Giganta que coronaba desde dos años atrás la ahora ennoblecida torre, cuando la fundiera con acierto el broncista Bartolomé Morel— con los que ahora se adornaba el antiguo alminar habían surgido de sus ideas, de su influencia o de su mano.

Este prestigio y sus réditos también le permitían, justo en ese momento en el que recogía el cobro bien pagado del día que concluía, regalarse con esa suave, cálida, untuosa, dulce y a la vez picante empanada, fruto del ingenio del cocinero que la concibió en su afamado recetario, que Pacheco, ante la mirada feliz y sonriente de la imprescindible ama —quien le atendía y cuidaba desde años atrás con dedicación infinita— comenzó a devorar con hambre y ganas. En ese momento, un pequeño picotazo le molestó: dejando la comida a un lado, metió dos dedos por el cuello, desabrochado para estar más cómodo, y extrajo una pulga de sus ropas, que aplastó seguidamente. No iba a dejar que nada le estorbara el disfrute de su cena.

***

Los hijos habían ido ya camino de sus lechos, de sus cálidas y seguras

camas, y a la luz de las velas —una mezcla barata de sebo y cera que dejaba ascender un hilo caracoleante de humo negro— el jurado Medina se asentó firmemente en su silla de vaqueta, mientras su mujer, sentada sobre almohadones en el estrado, bordaba —acompañada de una dueña con la que charlaba en un tono reposado—, en el cuello de una de sus camisas, en un hilo níveo de tan blanco, un intrincado diseño de sierpes muy de moda y de buen gusto. Hoy no había amigos a los que recibir, no había animadas tertulias en su casa, así que el silencio —pensó— favorecía la sosegada lectura, para la cual había tomado un libro del estudio: un libro cuyo título, pensó resignadamente, nada tenía que ver con su verdadero contenido. Tras unas guardas de pergamino, ennegrecidas y sudadas del uso, que anunciaban los valerosos hechos de Belianís de Grecia, impresos en la imperial Sevilla en 1545, las primeras páginas de las aventuras y disparates de tan gran caballero dejaban paso —cercenando sin piedad sus amores con la hermosa Florisbella y sus enemistades con Perianeo de Persia— a otras más peligrosas y prohibidas, las que componían los *Coloquios* del simpar Erasmo, que aunque antipático, poco amigo de todo lo que oliera a español pese a sus muchos admiradores y seguidores hispanos y siempre adusto, irónico y amargo, dejaba traslucir entre sus ácidas reflexiones la gran erudición que había caracterizado su profundo pensamiento.

Impresos en la misma ciudad por Juan Cromberger en fluido castellano en 1529, y prohibidos desde 1559 por el duro inquisidor que fue Fernando de Valdés, a quien se había premiado su celo —su persecución incansable de luteranos, de alumbrados y del desgraciado arzobispo toledano Bartolomé de Carranza—, con un arzobispado de Sevilla del que le había separado la muerte tan solo un año atrás, los textos de Erasmo, con los que se había educado toda una generación de sabios allegados a la corte del Emperador, eran ahora retirados y escondidos, disfrazados y ocultados para que no llevaran la desgracia a quienes hasta entonces se habían considerado sus afortunados poseedores. La peligrosa condena del autor de la ambición de los reyes, de las guerras que llenaban en el siglo Europa y de las matanzas y el saqueo de los soldados, de la avaricia y del afán de poder de los consejeros, de la vanidad de los hidalgos encumbrados por el tintineo del oro, del lujo de los mercaderes ricos, de los matrimonios concertados, de las supersticiones que pasaban por devociones, del tráfico de indulgencias, del abusivo culto a las reliquias o de la lascivia que había abierto las puertas de Europa al mal francés tras el descubrimiento de las Indias no hacían de sus páginas una recomendable lectura para unos poderes, el civil y el eclesiástico, siempre preocupados por mantener el control sobre una minoría culta, leída y avisada que podía significar un riesgo, incluso un peligro, para

el mantenimiento del seguro y firme orden de las cosas.

El jurado —que tras haber recibido una esmerada educación, acrecentada por sus muchos intereses a lo largo de los años, formaba sin duda parte de este peligroso grupo—, carraspeó levemente y continuó leyendo: la sabiduría de Erasmo siempre le asombraba.

***

Horas después —ya descansando el jurado, el inquisidor y el beneficiado, todos ellos ajenos a la tragedia que se estaba desarrollando en la huerta de Triana— Alexandro sabía que su tiempo en esta tierra había terminado; y que concluía entre lágrimas, sangre, miedo y suciedad, manchado por sus propias necesidades. El cuerpo que ayer olía a redomas de perfume ahora olía a orines, sudor ácido, excrementos y vómitos. El dorado cabello que le circundaba como una aureola angélica estaba arrancado, sucio y pegado a mechones a su frente lívida. Un bebedizo de sabor fuerte había aquietado sus infructuosos intentos de escapar, había dilatado sus pupilas y le había llevado a un mundo irreal en el que los sentidos no le respondían como hasta entonces. Desnudo sobre una losa helada, atado como un animal a unas argollas fijadas a una sólida pared, intuyó más que oyó abrirse la puerta a sus espaldas, y percibió cómo una mano suave y fría, sobre todo fría, tocaba su espalda. Conocía esa mano, que tantas veces le acarició en el pasado. Aunque ya no tenía la mordaza que le habían colocado al capturarlo, apenas pudo articular palabra: no bebía desde que tragó, con toses y estertores, el bebedizo blanco como la leche que una vieja negra, tan sucia y mugrienta como ahora estaba él mismo, le había administrado; y la boca, seca y pastosa, ya sin saliva que le pudiera refrescar, no le permitía emitir más que un gemido apagado, casi un doloroso ronroneo.

Tratando de fijar la vista vio entre las sombras, entre la paja podrida que alfombraba el suelo, una rata muerta, sus carnes ya secas y cuarteadas, en una de las esquinas de la pequeña pieza que iba a ser, a menos que un milagro sucediera —y no esperaba ninguno—, también su última morada en vida. Olía a muerte rancia y vieja, hoy refrescada con su sangre nueva. Con un estremecimiento notó la respiración pesada del hombre que acababa de entrar en ese sótano en el que hacía tanto frío. Notó también los dedos suaves que bajaban hacia el recto, ahora cerrado y comprimido; pero hoy ese movimiento no auguraba placer, sino dolor. Mucho dolor. Freire le miró y suspiró, como si le pesara hacer lo que iba a hacer: pero después rio bajito y murmuró quedo —«adiós, Alexandro»—, y entonces el dolor estalló como un relámpago. La noche, desgraciadamente, solo acababa de empezar; y sería larga, no le cabía ninguna duda.

***

Absolutamente ajeno a lo que ocurría a algo menos de media legua de su propia quinta, Quitapesares, que se asomaba desde su privilegiado emplazamiento al río, al Arenal y a la torre del Oro, el factor Francisco Duarte tenía el sueño tardío e inquieto. Esa misma tarde, el nuevo asistente le había confirmado oficialmente, ayudado por el obrero mayor de la ciudad y por el maestro Tortello, el hasta entonces oficioso mandato de organizar la visita del rey. El día había sido acelerado, los acontecimientos se habían sucedido a borbotones, y pese a su intención y a su empeño, no lograba en modo alguno poder dormir. Con el fin de poder trabajar tranquilo, sin los inconvenientes que para ello tenía su grande, pero poblada y ruidosa casa de la collación de San Nicolás, Duarte se había trasladado esa misma noche a su finca y huerta de la banda de Triana, en donde podría pergeñar, con toda la prisa que era necesaria y con el silencio que ahora le acompañaba y reconfortaba, un plan de actuación para que la ciudad recibiera a su rey con la solemnidad que tan gran acontecimiento merecía. El rey Felipe había acabado en 1561 con la tradición itinerante de los reyes castellanos, que convertían el lugar en el que se aposentaban en efímera corte, por lo que nunca había visitado hasta entonces la ciudad: ahora, solo Madrid era corte y capital. Sevilla lo había sido también en el pasado: aún se oían en las salas y cuadras del Alcázar los ecos de las voces de Fernando III, de Alfonso X, de Alfonso XI, de Pedro I… había que procurar que, al menos durante unos días, esta ciudad fuera tan corte o más que esa inhóspita villa que Felipe II había elevado entre todas las ciudades de sus reinos.

Duarte se acomodó, buscando en vano el sueño: al menos, contaba con el apoyo del asistente y con un presupuesto —que como bien sabía luego crecería sin cesar, y se desbordaría como siempre—, y con la colaboración de artistas, pintores, escultores, arquitectos y hombres de letras, que, como Mal Lara, se habían puesto a su disposición incluso desde antes de haberse confirmado la noticia. Desengañado ya de poder dormir esa noche, el factor de la casa de la Contratación se levantó de la cama y salió al balcón: el olor del azahar, proveniente de los naranjos que en múltiples planteles rodeaban la casa, inundó sus sentidos. La primavera había sido tardía ese año, y los capullos de las pequeñas flores aún se estaban abriendo. El perfume tierno le llevó a quedarse un rato en la balconada, pensando ideas que tomaba y desechaba sucesivamente: la entrada triunfal del rey debía ser algo nuevo, diferente, solemne y a la vez original. Mientras pensaba velozmente, varias naos cruzaron ante la torre del Oro y la grúa de madera, la *machina*, situada a su lado y junto a la desembocadura del cauce del Tagarete, que en su día había servido para descargar de los

barcos que venían del Puerto de Santa María las piedras destinadas a la construcción de la catedral. Los buques iban en ordenada fila: sin duda procedían de Sanlúcar. Y en ese mismo momento, como en un relámpago y sin duda alguna, Duarte supo qué era lo que iba a hacer: algo que, desde luego, jamás se había visto hasta entonces en Sevilla. Algo sorprendente.

***

El mozo, muerto ya, había quedado desmadejado y lívido, amarrado de pies y manos, sobre la losa fría, tan fría como lo estaba él. Lo último que vio en este mundo, tras sufrir lo indecible, fueron las manos negras que le habían capturado en el jardín —decoradas con unos puntos oscuros y tribales tatuados en la áspera piel— retorciendo una soga y un palo en su cuello y dándole un garrote que le quebró la garganta, casi una liberación después de todo lo que había padecido, sin compasión alguna, durante tan larga noche. Una vez muerto, todo fue muy rápido: los negros, los esclavos de confianza del mercader que le habían torturado y quitado la vida, le dejaron caer a un pozo subterráneo. El cuerpo lacio, desmadejado, chocando contra las paredes de argamasa, despellejándose por los troncos y las raíces con los que topaba, se deslizó por la amplia cloaca en pendiente que desaguaba un cuarto de legua más adelante, bajando el talud sobre la orilla en la que se apiñaban huertas y cultivos.

Llegado al río, el espesor del cañizal y de los cañaverales no dejaría ver el cadáver hasta que estuviera del todo irreconocible —si es que llegaba a salir a flote, y no quedaba enredado al fondo—, y entonces, si se le encontraba, los restos irían a parar a cualquier carnero, cualquier fosa común de las que las constantes epidemias habían obligado a construir extramuros. O bien la fuerza de la corriente, que venía brava debido a las últimas lluvias, lo llevaría a un lugar alejado. Freire estaba satisfecho, sin embargo: el secreto estaba seguro y no habría indiscreciones. Pero era una pena haber matado a Alexandro: esa noche había perdido dinero. Bien, habría que buscar otro mozo; un poco más joven quizá, para poder adiestrarlo adecuadamente. Quién sabe si incluso sería mejor que el que había terminado su carrera hoy. Mañana daría órdenes a los negros para que dieran con alguno adecuado. Entrando en la casa, y echando una última mirada al oscurecido cielo —la luna, grande y clara, estaba sin embargo velada por las nubes— quedó ante la puerta de su ahora definitivamente desierta cámara pensando un poco más en todo ello: pues todo, como bien sabía, era negocio. Y luego, sin dedicarle un recuerdo más a aquel mozo del que se había encaprichado y al que tan rápidamente había dejado caer en el olvido, Henrique Freire se fue a

dormir.

# CINCO

*Sevilla, viernes 21 de abril de 1570*

La mañana era aún fría, y la niebla espesaba todavía en los márgenes salvajes del río. La barca, que se alumbraba por un par de faroles —dos velas dentro de unos fanales de hierro forjado, sujetas por unas pértigas a proa— recorría lentamente la orilla del Guadalquivir por la banda de Triana, ya pasado largo rato atrás el convento de los Remedios y el ajetreo, que comenzaba a despertar con un nuevo día que aún apenas apuntaba, de los barcos encallados en la playa del Arenal frente al monte del Malbaratillo.

Los dos hermanos de la Caridad, ayudados del barquero y de dos criados, cumplían esa mañana de abril con la regla de su cofradía y con el servicio al que ella les obligaba, que ordenaba recuperar y enterrar cristianamente aquellos cadáveres que nadie reclamaba o que se hallaban, víctimas de una ciudad que devoraba sin piedad a sus hijos más abandonados y más pobres, ahogados en las riadas y en los desbordamientos o sepultados en la tumba líquida, y siempre adversa, del río que —como una trágica ironía— también traía su enorme riqueza a la urbe.

La piadosa hermandad a la que ambos pertenecían ya era antigua por entonces: asentada en el barrio de la Carretería, muy cerca del cauce del río, había comenzado su actividad más de un siglo atrás gracias a un legado del racionero catedralicio Pedro Martínez —a quien se apodó por ello de la Caridad—, que permitiría a los hermanos poder recoger y enterrar, gracias a esos fondos, a los pobres difuntos que morían sin amparo. Reyes como Enrique IV o Isabel de Castilla, y sus sucesores después, habían confirmado algunos privilegios que la hermandad había ido atesorando con los años, continuando sin cesar —y en Sevilla nunca faltaban ajusticiados y ahogados no reclamados para enterrar— con su misión. Hoy, por tanto, no era un día diferente: sin duda, la pasada noche habría habido reyertas o robos con resultado de sangre, y los hermanos de la congregación sabían sobradamente que casi cada noche pasada traía una nueva cosecha de cadáveres. Además, la noticia de que el rey iba a llegar a la ciudad en breves días les había hecho aplicarse mucho más de lo habitual en buscar los tristes y empapados vestigios que estaban acostumbrados a recoger: esa mañana, muy temprano y antes de la amanecida habían salido cuatro barcas desde la torre del Oro para recorrer el cauce del río y sus orillas; dos hacia la Cartuja de las Cuevas y el monasterio de San Jerónimo de Buenavista y otras dos hacia la vega de Tablada y los lugares del Alfarache y de Gelves.

No habían dado con nada, por ahora: a veces los cuerpos, hinchados

por los gases, flotaban hacia la lejana desembocadura del río alimentando a los esturiones y siluros que habitaban en los meandros de las islas. Otras veces, enredados entre la vegetación de las márgenes, simplemente se pudrían con lentitud y alimentaban igualmente a la prolífica y minúscula fauna que en ellas residía y prosperaba. El frío, que cortaba los cuerpos envueltos en pesadas capas de fieltro y que helaba las manos aunque las resguardaran los guantes, atería a los dos hermanos de la cofradía que ocupaban la barca, asomados cada uno a un lado del bote, bajo las lámparas encendidas que daban la luz que podían a un agua opaca, turbia y espesa.

Los gritos de algunas aves que se apiñaban en uno de los cañizales cercanos les llamaron la atención: dieron la orden al barquero y a los criados, que manejaban el timón y los remos, de dirigirse hacia la margen derecha del río. Entre las cañas se veía, medio sumergida, una forma difusa y blanquecina. Aproximándose más, hallaron un cuerpo: pero no eran esos pobres restos como los de los otros ahogados que solían encontrar.

Mirándose uno al otro con perplejidad, y a medida que iban apreciando claramente los muchos maltratos que el cadáver había sufrido, decidieron subirlo a la barca con una de las cuerdas que llevaban para ese fin: sosteniendo el cadáver de quien había sido hasta algunas horas atrás el agraciado Alexandro, consiguieron con la ayuda de las sogas dejarlo en el ahora empapado suelo de la barca. Tomando una de las lámparas, iluminaron el cuerpo maltratado: además de los picotazos de las aves, que sin embargo no habían dispuesto de mucho tiempo para realizar su macabra faena, el agua y el roce del cadáver con las cañas y las raíces de la orilla habían dejado su huella en este último; pero no eran esas marcas las que mostraron con claridad a los ocupantes de la barca que el difunto había sufrido un verdadero calvario antes de morir.

La muerte debía haber sido muy reciente, lo que advirtieron los ojos entrenados de los cofrades, ya que el cuerpo aún no estaba rígido ni hinchado, ni tenía el aspecto pastoso y casi líquido de los que llevaban varios días en el agua. El inverosímil balanceo de la cabeza mostraba que le habían roto el cuello, y el cadáver presentaba a los horrorizados espectadores un rostro atormentado y dolorido, con los ojos azules velados y apagados, y la boca abierta en un último grito mudo. Lleno de moratones, aún tenía atados muñecas y tobillos. En algún momento de la tortura le habían aplicado un cuchillo candente con el que le habían quemado ambas areolas, y solo algunos mechones de un cabello que ahora era rubio sucio le quedaban fijados a la cabeza: el resto se lo habían arrancado a tirones. No era, desde luego, un ahogado. Espantados por lo que veían, cubrieron el cadáver con una

lona que siempre llevaban con ese fin en la barca, y seguidamente —ya habían tenido bastante por esa mañana, desde luego— cuando el sol despuntaba en el horizonte por la banda opuesta, dieron la vuelta y regresaron al Arenal, desde donde habían partido.

***

La mañana, con su incesante movimiento y todos sus innumerables sonidos, había hecho irrupción en la casa del jurado Medina. Ya habían sonado laudes y prima, y el jurado —que era hombre cuidadoso de su aspecto, aunque no dado a mayores ostentaciones— había cambiado el camisón de dormir por una camisa y unas medias limpias, había vestido calzas, mangas y jubón, rizada y corta gola y una abrigada capilla, tomado su gorro y, tras colocarse un pequeño cordón de oro que indicaba su calidad al cuello y un par de anillos en las manos, había bajado de su cámara, donde dormía solo —aunque visitaba a su mujer en la suya muy a menudo, no quería que nada le estorbara el sueño y el descanso, o la lectura cuando la hacía en su cuarto—, y con la casa aún dormida había pasado a la alacena y a la vecina cocina, donde una esclava morisca heredada de sus suegros le había preparado una breve y rápida colación para tomarla antes de salir a la calle.

Eran cerca de las siete, y hasta las nueve no tendría que estar en las casas capitulares para tomar parte en un cabildo de jurados que esperaba interesante: sin duda se daría razón de la visita del rey, una noticia que había corrido como la pólvora por la ciudad; y sería de interés conocer tan importantes nuevas. El patio aún retenía el fresco de la noche: unas plantas traídas de las Indias y sembradas hacía poco en las macetas (tomateras, las llamaban) le darían al recinto, cuando crecieran sus frutos —que por lo que sabía, eran venenosos—, una bella coloración roja.

Pero la prisa de Medina no le llevaba ahora a la plaza de San Francisco, sino al Arenal, donde se hallaba la sede de la hermandad de la Santa Caridad, a la que pertenecía desde hacía algunos años atrás. Entre los no muy numerosos hermanos se repartían la asistencia a las obligaciones de la cofradía, y en esa semana él era el encargado de velar porque los entierros de los ahogados, obligación fundamental de su regla, se llevaran a cabo con decencia y con la piedad adecuada. Por ello pasaría ahora por la iglesia y por las casas aledañas donde la hermandad llevaba a cabo su piadosa encomienda: había que ver si la pasada noche había traído novedades y proceder con acuerdo a ello. Así pues, salió de su casa de la calle de los Levíes, dejó atrás la de Toqueros, la de los Mármoles y la de los Abades y buscó la salida a las Gradas; desde ahí, por la calle de Bayona y la del Pescado, siempre

bulliciosa por el mercado que le daba nombre, se acercaría a las Atarazanas y a la pequeña capilla en donde la hermandad celebraba sus ritos. En poco tiempo —o eso pensaba entonces— habría cumplido con sus obligaciones y estaría de camino hacia el cabildo para conocer las noticias del día.

***

—Tenga cuidado vuestra merced. Envolvamos el cuerpo y coloquémoslo sobre las angarillas. Tómelo por la cabeza; yo lo haré por los pies.

Los dos hermanos de la cofradía habían acomodado el cadáver sobre una camilla que siempre llevaban en los botes cuando recibían el aviso de que se había dado con un ahogado en el río. Habían procurado envolverlo de modo que no se viera desde fuera de la lona que le cubría, ayudados por dos guardias que se hallaban junto a los galeones, en la orilla de la arenosa playa que daba nombre al barrio fluvial y marinero del Arenal. Con prisas, precedidos por los criados —el barquero se había quedado en el bote— los dos hermanos cargaron con el cuerpo, como les obligaba su regla, y recorrieron penosamente las cien o ciento veinte varas que había desde la orilla hasta la muy humilde sede de la cofradía, que se anegaba con cada crecida del río, ese Betis fiero e impredecible.

Dejando de lado la entrada principal accedieron a un pequeño edificio anexo: los criados despejaron una robusta mesa que se usaba para colocar los cuerpos recogidos del agua, y los hermanos colocaron el bulto cubierto de arpillera sobre ella. Resollando ambos, aspiraron el olor profundo y algo agrio, como a muerto ajado y antiguo, de la pieza apenas iluminada por unas escasas claraboyas ubicadas en la parte alta de los muros. Había que llamar al alguacil; y que pedir al médico que ayudaba a los hermanos de la casa cuando era necesario que viniera a examinar los restos, únicas evidencias del terrible crimen que con ellos se había cometido. Los dos cofrades deshicieron con cuidado el fardo y miraron de nuevo a quien había sido un mozo antes vivo, ahora muerto y tan terriblemente maltratado. Los ojos abiertos pero opacos lanzaban una súplica muda; las manos y los pies, tumefactos, mostraban a las claras el dolor del suplicio; y las heridas…

Espantado y casi tan blanco como el difunto, el hermano de mayor edad acercó ambas manos a la torcida cabeza y la acomodó para devolver en algo la decencia al muerto, en línea al fin con el desnudo cuerpo, tapándolo nuevamente. No había visto, desde luego, cosas muy agradables en los años en los que llevaba realizando su piadosa labor: pero esto lo superaba todo.

En ese momento, el doctor Franco entró en la penumbra de la sala.

Los hermanos saludaron y miraron con atención al médico que servía a la hermandad, enteco y delgado, de escaso tamaño, su rostro suave y casi sin arrugas, compuesto por una luenga barba ya sin embargo casi blanca y con el ralo cabello cubierto por un tocado similar al clerical, con bonete y unas largas orejeras que le protegían los delicados oídos, ya cada vez menos útiles y más propensos a dolerle con los fríos. Unos gruesos anteojos ocultaban unos ojos garzos y pequeños, enrojecidos por las muchas lecturas y el estudio, y de la nariz salía una levísima agüilla que le obligaba a apretar un pañuelo, con aspecto de algo más que muy usado, que sostenía en su mano izquierda, obligado por las fiebres del heno que le atacaban cada año.

El doctor Francisco Franco, natural de Játiva y que se había graduado de bachiller en la universidad de Valencia, había estudiado medicina en Alcalá, donde se había licenciado y doctorado en 1543, obteniendo una cátedra en ese mismo año. En 1549 había marchado a Portugal, donde el rey don Juan III le nombraría su médico de cámara, ejerciendo además como docente en Coimbra; diez años antes había sido nombrado catedrático de prima en el colegio de Santo Tomás de Sevilla, y ejercía su labor en la ciudad con gran prestigio: solo un año atrás, en 1569, Alonso de la Barrera había dado a sus prensas, con no poco éxito, sus tratados sobre el uso de la nieve y sobre las enfermedades contagiosas. Era pues un respetado erudito quien saludó a los cofrades, con la familiaridad que daba el trato y en un tono cantarín fruto de su naturaleza valenciana y de sus años en Portugal:

—Buen día tengan vuestras mercedes. ¿Es esto lo que han recogido del río?

—Buen día tenga vuestra merced, doctor. Acabamos de traerlo. Pero creemos, como verá, que no se trata de un ahogado cualquiera.

El médico levantó las cejas con cierta perplejidad, y se arrebujó en su capa: el frío que trasminaban las paredes de ladrillo ayudaría a conservar, aún sin olores durante algún tiempo, el cuerpo yacente que se hallaba sobre la mesa, cubierto con la arpillera que le habían colocado nuevamente; pero también helaba al enteco y frágil galeno. Franco retrocedió un paso, instintivamente, al ver el triste estado del cadáver una vez le retiró la sucia tela que lo cubría. Aún atado de pies y manos, con la insegura cabeza apenas asegurada por los tejidos y los músculos al tronco, el horror de los padecimientos del chico se hacía evidente: con una expresión de misericordia, el médico cortó las ligaduras del mozo, colocando ambos brazos a los lados del cuerpo. Aún no había hecho su aparición la rigidez propia de un cadáver, lo que indicaba a las claras que el joven llevaba menos de un día muerto. Advirtió los moratones y las quemaduras que una soga gruesa había provocado en el delgado cuello: al chico le habían dado garrote para matarlo, no sabía si por algún tipo de oscura piedad, tras someterlo a

las mayores torturas.

Un movimiento inesperado le hizo volver la cabeza: dos nuevos hermanos habían entrado en la reducida cámara. Uno de ellos era el hermano mayor de la cofradía; y le acompañaba el jurado Medina, a quien Franco conocía bien, ya que le atendía —a él, a su mujer y a sus hijos— en las dolencias que de vez en cuando le llevaban a visitar la calle de los Levíes. Adivinó, más que vio, las caras de espanto de ambos visitantes y retomó su nada agradable tarea. Además de los picotazos de las aves, los golpes y las quemaduras —no había dado tiempo, sin embargo, a que los insectos anidaran en el cadáver— le llamó la atención la evidente emasculación de ambos testículos. No era reciente, sino de tiempo atrás: la bolsa arrugada, ahora vacía y fláccida había cicatrizado con una oscura marca. Eso le hizo reflexionar, y carraspeó brevemente. Mientras tanto, se había sumado al grupo —avisado por el hermano mayor— el alguacil de los Veinte que guardaba, con sus hombres, la collación y el puerto. Se colocó a su lado en silencio y con aspecto sombrío, pues pensaba sobre las complicaciones que este turbio asunto podía acarrearle.

Todos esperaban el veredicto del galeno: Franco miró a Medina con un ruego mudo, animándole a ayudarle para volver el cadáver y dejarlo de espaldas. El dorso tumefacto mostró a las claras cómo el joven había sido torturado con parsimonia antes de su muerte. Seguramente con un cinto de cuero, ya que algunos puntos oscuros mostraban los dos cierres de lo que parecía la hebilla de un grueso cinturón. Acercó unos candiles a la mesa, y tras comprobar de cerca algo que le había llamado la atención, con ambas manos desplazó con suavidad el trasero para facilitar su ingrata tarea, sin pronunciar una sola palabra. Terminado el examen, el médico pidió que solo quedaran con él el alguacil y Medina, que por su oficio de jurado ejercería las veces de testigo fiel de lo que tenía que decir. Obedientemente, el hermano mayor y los otros cofrades salieron de la sala, sin poder disimular su alivio.

—Escúchenme ambos. Este mozo ha sido herido, y repetidas veces, contra la naturaleza: *a tergo, non ante*. Pero el delito lleva mucho tiempo produciéndose: vean cómo el ano ha creado una rugosidad, una dureza que aparece cuando este tipo de relaciones se repiten y son frecuentes en el tiempo. No hay desgarro ni dilatación, por lo que deduzco que este chico ha cometido sodomía con frecuencia: *peccavi saepe*. Este mozo era puto, poca duda me cabe sobre ello, pobre desgraciado. Apenas se percibe ya, pero aún se nota si se mira con atención: hay un leve enrojecimiento de las paredes del propio ano. Este joven tuvo relaciones sexuales contra natura antes de morir, muy poco tiempo antes seguramente; pero las había tenido muchas otras veces, antes desde luego de su muerte, como digo.

Un silencio profundo y espeso siguió a las palabras del médico. El doctor y Medina volvieron a colocar piadosamente el cuerpo boca arriba, tapándolo de nuevo con la tela, después de asearle este último un poco —solo lo indispensable— con un trapo humedecido. Franco continuó:

—Algo me llama, y mucho, la atención: el mozo estaba castrado, y la operación se había realizado años atrás. No puedo dejar de pensar en ello. No es algo frecuente para estas edades, salvo en el caso de los miembros de la capilla musical de nuestra iglesia mayor, o bien la de la colegial del Salvador. Como ustedes saben, la pérdida de los testículos asegura la pureza de las voces. Creo, alguacil, que es ahí donde tendría que buscar. Porque todo me dice que este mozo formaba parte de ella. Si no, no me explico en absoluto nada de lo que he visto. Habría que hablar con el maestro de coro, o con alguno de los canónigos. Seguramente podrían conocerle, y así podríamos identificar el cuerpo. Díganle al hermano mayor, en cuanto salgan de la sala, que avise al beneficiado Pacheco, el capellán de la hermandad; tanto para celebrarle a este pobre difunto unas exequias adecuadas como para que ayude a reconocerlo, si la hipótesis que acabo de exponer ante ustedes dos resultara válida. Debería venir a verlo prontamente para sacarnos de dudas.

El alguacil —que pensaba en ese momento sobre cómo informaría al asistente del poco grato suceso— y Medina asintieron lentamente. La luz de los candiles titilaba sobre el cuerpo, de nuevo cubierto, mientras los hombres se miraban entre sí, tras asumir las nuevas obligaciones que el desdichado caso, a su pesar, les había asignado.

***

Muy cerca de la pequeña capilla de la hermandad de la Caridad, Juan de Mal Lara admiraba, en el dique seco de las vecinas Atarazanas Reales, los avances en la decoración de la galera real, la *Argo*, cuyo nombre había tomado de la gloriosa epopeya de Jasón, ganador contra Asia del vellocino de oro que era emblema secular de la Casa de Austria, y que habría de conducir en un futuro ya próximo al generalísimo don Juan, que entonces se hallaba en campaña contra los moriscos de la Alpujarra, a lo que el latinista —y con él, toda la cristiandad— esperaba como una gran victoria contra el tiránico turco en las aguas del Mediterráneo.

Como ya sucedía todos los días, lo que podía achacarse sin alguna duda a la edad que avanzaba sin demora ni compasión, Mal Lara había perdido el sueño un par de horas antes del alba, y el amanecer —tras una breve oración a la Virgen de la Consolación de la villa de Utrera, de la que era devoto— le había sorprendido ya en las calles de

la ciudad, lejos de su collación de San Martín y en dirección al Arenal, en donde, desiertas ya las antiguas aulas de su casa, pasaba las mañanas con los pintores, escultores, carpinteros y ebanistas de la obra que animaría a don Juan a seguir el ejemplo de los héroes de la Antigüedad. Su esposa, María de Ojeda, había quedado en casa tratando de apañar la comida del día —una sola, dados los escasos medios de la pareja— con los pocos recursos que aún podía reunir Mal Lara, ayudada por su hija Gila, que aún vivía con ellos: el conocimiento nunca se pagaba como se debía, y los favores de los poderosos no siempre eran remunerados, como bien sabía tras años de demoras, de buenas palabras y de estériles esperas.

De este mundo áspero, ruin y prosaico se refugiaba el antiguo maestro cuando accedía al orbe prodigioso y mítico de las antiguas leyendas en el momento en el que entraba en la gran nave gótica donde se aprestaba el buque: el olor de la madera fresca, de la pintura; las virutas en el suelo, caídas junto a las herramientas; los troncos de pino apenas desbastado que sostenían, inmóvil, la gran fábrica. Todo ello llenaba al humanista de gozo, y le permitía vivir algunas horas ajeno a las miserias humanas mientras departía amable con los artesanos y los operarios, acercándose a los paneles donde se representaban las victorias de los dioses y los héroes, apuntando ideas, versos y emblemas a su buen amigo el escultor Juan Bautista Vázquez, al broncista Bartolomé Morel o al pintor Pedro Villegas Marmolejo: las historias, las fábulas, las figuras, las empresas, los jeroglíficos, los dichos y sentencias recorrían las cámaras, las bordas, la popa y la proa de la grandiosa, brillante y rutilante nao, a la que apenas le faltaban unos toques para concluirse. El mismo rey, según había sabido, visitaría las obras en los próximos días, por lo que los nervios del humanista, de los artífices, de los capataces y de los obreros estaban más que justificados.

Mal Lara miró a Neptuno, cabalgando en la proa; al abigarrado jardín de las Hespérides y a Tetis, entre las águilas y los leones que portaban las armas de la Casa de Austria en la popa; a las virtudes —la Templanza, la Prudencia, la Fortaleza, la Justicia...— y al dragón guardando el vellocino, con Jasón derribando al toro al lado; a Argos, Palas Atenea, Mercurio, Prometeo, Ulises, Marte y a Diana; a Alejandro venciendo en Issos a los persas y a don Juan, que había sido nombrado capitán general de la Mar en 1568, en feliz camaradería con Neptuno: el dios que dirigiría sus naves con sus buenas corrientes y favorables vientos a una nueva victoria contra Asia. Todos ellos eran fruto de su fértil ingenio, tras haber rediseñado los motivos que el ya fallecido Bergamasco planteara y que se hubieran realizado en Barcelona, lo que impidió su muerte. Había sido un golpe de suerte, y también fruto de los muchos amigos que los humanistas sevillanos

tenían en la corte, que el encargo final del rey hubiera recaído en Sevilla: habría que esforzarse en esos días, pensó Mal Lara, mientras contenía una protesta de su estómago, al que apenas había engañado esa mañana con algo de caldo frío que quedaba en la vacía cocina, en demostrar a don Felipe que su elección no había sido errónea.

En ese momento, su amigo y a veces cordial rival en los favores cortesanos, el beneficiado Francisco Pacheco, se aproximó al arrobado latinista: él también había colaborado, como otros humanistas sevillanos del círculo del maestro, en la creación del discurso de la nave, y sentía, igual de legítimamente, la paternidad del mensaje que el gran buque quería expresar a quienes lo contemplaban. Una de sus aportaciones, la representación del banquete espiritual que se había ubicado en las bancadas de la carroza de popa, provenía incluso de otra similar realizada por hábiles canteros al mando de Diego de Riaño en el arco de entrada a la sacristía mayor de la catedral sevillana. Ambos, sin saberlo, pensaron lo mismo: en breve, este hijo de su ingenio, como hacían otros muchos hijos, marcharía de Sevilla para no volver más; para correr quizá una suerte impredecible, ya que el riesgo siempre es incierto en una batalla.

—Buenos días tenga vuestra merced, maestro.

—Buenos días igualmente, beneficiado. Como veis, en breve terminarán los trabajos en la galera real. Me va a costar despedirme, después de todo el tiempo que hemos ocupado en ella. ¿La echaréis de menos también?

—No le quepa duda. Pero en unos días también la verá el rey nuestro señor; y creo que todo eso justificará nuestro esfuerzo, y suavizará la pena por la obligada despedida.

—Sin duda y como siempre tenéis razón. Es ley de vida… los hijos —y esta nave es para mi casi como una hija más con las dos que tengo— se van. Y la *Argo*, algún día ya próximo, remontará el río hacia su destino, que esperemos sea próspero. —Mal Lara se atusó, un tic que ya se había convertido en costumbre, la rala barba; y mirando detenidamente a Pacheco, que traía un cartapacio lleno de papeles en las manos, dijo seguidamente:

—Pero bueno, beneficiado: veo que traéis algo en esa carpeta que lleváis. ¿Algunas propuestas para el recibimiento del rey? Si no tenéis mayor inconveniente, podríamos verlas. Pero aquí no; no tendríamos la calma que necesitamos. Si os parece, podríamos ir a vuestra casa, y allí, con tranquilidad, os escucharé con toda la atención que vuestras ideas merecen. ¿Qué me decís?

El clérigo asintió, pensando sin embargo que bien podría haberse aliviado de la carga del pesado cartapacio que traía entre manos, de haberlo sabido: en cualquier caso, siempre eran bienvenidas las visitas de su maestro a casa, y además podía así Pacheco hacer,

imperceptiblemente, la obra de caridad de compartir con el austero maestro su buena mesa. Al menos, que Mal Lara disfrutara hoy —sabía que muchos días no era así— de una comida decente.

Agarrado el maestro del brazo del beneficiado, ya que una caída a su edad, y sobre todo a su precaria condición, tendría seguramente consecuencias onerosas, salieron ambos en busca de la vecina torre de la Plata y de la entrada amurallada del postigo del Carbón, junto a las Atarazanas: la multitud, el gentío, se reunía en torno al Arenal y a la playa en donde, sin muelles permanentes que hubieran sido destruidos por las riadas, se apiñaba una verdadera multitud de barcos. Soldados, damas tocadas y tapadas, algunos caballeros, aguadores, algún coche, varias sillas de manos, un par de curas y de frailes, dueñas, mercaderes y marineros de todas naciones: flamencos, italianos, burgaleses, incluso ingleses, franceses y germanos; pícaros, prostitutas, mendigos, ladrones y descuideros, algún ebrio pese a ser la hora tan temprana, galeotes turcos cautivos vigilados por sus arraeces, negros jugando a los naipes sobre unos destartalados barriles, niños que corrían en bandadas salvajes haciendo peligrar los tobillos —y las bolsas— de las gentes; el olor de las especias, los colores de las frutas, las pesadas cajas de las mercancías consignadas y los inspectores de la Contratación con sus armas fiscales, las no siempre insobornables plumas y papeles que elevaban o destruían famas y fortunas.

A eso se sumaba el cielo limpio de abril —anoche había estado cubierto, aunque tras una espesa pero breve niebla matutina se había aclarado—, luminoso y surcado por los vencejos y por las gaviotas que siempre acompañaban a los barcos en sus travesías. Era un día para estar optimista, pensaba Pacheco mientras procuraba, sosteniendo con cuidado a Mal Lara, alcanzar el seguro refugio de la próxima muralla. Sin embargo, en ese momento un criado —al que reconoció como propio de la vecina hermandad de la Caridad, en la que el beneficiado prestaba sus servicios espirituales—, reconociéndole, se aproximó apresurado a la erudita pareja para darle un mensaje al clérigo: el hermano mayor rogaba su presencia en la casa de la cofradía urgentemente.

***

Perplejos, Pacheco y Mal Lara —que había insistido en acompañarle— miraron los pobres restos tendidos en la camilla. Aunque reducido a una terrible condición —«los muertos ya no tienen nada de humano», no pudo evitar pensar el primero— le reconoció de inmediato:

—Se llamaba Alexandro. Sí, Alexandro.

En ese momento, la atención de quienes permanecían aún en la fría y oscura sala estaba plenamente puesta en las palabras del clérigo: el

alguacil de los Veinte, Medina y el doctor Franco veían así resolverse uno de los misterios que les habían intrigado desde que comenzara el examen del cuerpo.

—Había sido cantorcico en la capilla de la catedral; tenía futuro en ella. Como veréis, de hecho, estaba castrado: la pureza de su voz lo justificó en su momento. Era lástima que un talento como este se perdiera. Sin embargo, sé que tenía un carácter complejo y conflictivo. Se habló incluso de que era mala influencia para otros cantores de menor edad que él. Había sido castigado, incluso azotado repetidas veces; pero estas correcciones no mejoraron su conducta.

Pacheco miró fijamente el cadáver de Alexandro, y se estremeció imperceptiblemente: cuántas veces había gozado de su voz en el coro, hasta que esta ciudad se lo tragara. Cuántas veces le había oído cantar incluso en las veladas con las que el marqués de Tarifa agasajaba a sus invitados en sus casas de San Esteban, en esos encuentros refinados tan deseados por los intelectuales que hacían más grande la ciudad. Esa voz pura, sin embargo, un día desapareció y no volvió a oírse. Alexandro había escapado: se había escondido bien, pese a los esfuerzos hechos por el cabildo para recuperarlo —y con él, su inversión perdida— y había desaparecido en una ciudad en la que era fácil, si se quería, perderse sin dejar rastro. Y aquí finalizaba, en esta mesa helada sobre la que el cuerpo ahora roto se iba poniendo cada vez más rígido, su huida y su búsqueda.

—No sabemos qué pasó con él. Un día no estaba entre los cantores; sin duda, alguien le ayudó a escapar. He oído que después se le vio por las huertas del convento de Portaceli: ya saben vuestras mercedes lo que eso significa. No me extraña, aunque lo lamento, que haya terminado así. Esta ciudad es cruel, y para estos infelices puede ser mortal. Supongo que querréis que oficie sus exequias: es mi obligación. Pero deberíamos preparar el cuerpo para los sufragios antes de que no sea posible meterlo en una caja.

El doctor Franco terció rápidamente, quitándose los anteojos y limpiándolos con el sucio pañuelo que, arrugado hasta lo indecible, sacó de la manga:

—Tiene razón vuestra paternidad. Yo ya he hecho por él todo lo que había de hacerse; ahora lo necesario es prepararlo para que en la muerte tenga la dignidad que no hubo en vida, a eso nos obliga nuestra regla. Pero espero que el alguacil y el jurado eleven al asistente el caso. Se trata de una muerte violenta, mucho más que otras que vemos producirse en este lugar cada día, y este terrible crimen no debe quedar sin resolverse.

Medina asintió, mirando a Pacheco de hito en hito:

—Tiene vuestra merced razón, galeno. Además del parte que el alguacil dará al nuevo asistente, yo voy ahora al cabildo de jurados y

luego pediré audiencia al conde para solicitarle la justicia que también entiendo como necesaria. Querría pedir también a vuestra paternidad si puede recabar alguna información más acerca de este Alexandro, o si puede pedirle razón a Guerrero, el maestro de capilla, para que aporte su testimonio sobre el mozo y sobre este caso si algo conociera, para que el asistente tenga toda la noticia acerca de él que pueda conseguirse.

—No tenga cuidado, Medina: hablaré hoy mismo con el maestro Guerrero. Aún está en Sevilla; aunque ha de salir en pocos días, antes de la llegada del rey, con el arzobispo don Gaspar de Zúñiga para recibir a nuestra nueva reina. Esta tarde llevaremos el cuerpo como es costumbre a la capilla de Nuestra Señora de la Antigua, para cumplir la regla; yo oficiaré el sufragio. Si lo desea, puede sumarse y acompañarme a hablar con el maestro de capilla, que a esa hora estará precisamente ensayando con los músicos en el coro, que queda habitualmente libre para ese fin entre nona y vísperas. Este hecho terrible no puede quedar sin el necesario castigo.

***

Don Fernando Carrillo había advertido en los pocos días que llevaba en la ciudad —no era ningún tonto— el delicado equilibrio, perpetuamente amenazado por la inestabilidad que reinaba en la urbe que le tocaba gobernar en nombre del monarca, que existía entre las diferentes fuerzas, en general contrapuestas entre sí, que coexistían difícilmente en la gran capital del Guadalquivir. Un equilibrio que el apresurado informe que le había dado verbalmente momentos atrás el angustiado alguacil de los Veinte podía romper sin remedio: la aparición de un mozo —y además, antiguo servidor de la catedral— muerto en tan graves, tan sucias y terribles circunstancias podía ser, si el cuento corría por las calles, la pólvora que quizá, y solo quizá, habría de encender una llama que hiciera arder sin remedio una ciudad tan bulliciosa.

Tras escuchar las noticias que le dio el alguacil, el conde le obligó a mantener en secreto el suceso, y le instó a olvidarse inmediatamente de él; y conociendo por los informes que había recibido antes de llegar a Sevilla que el jurado, que según el oficial estaba ya involucrado en los hechos como conocedor de aquellos, era capaz y hombre seguro y de toda confianza, decidió delegar en Medina las pesquisas para lograr determinar qué había podido llevar a aquel desgraciado mozo hacia la muerte. Mandó a un criado a que trajera al jurado a su cámara, tras la conclusión del capítulo de esa mañana.

Así pues, Medina se levantó —aunque nada extrañado, ya que en realidad esperaba esa convocatoria— tras la seña que le hizo el ujier a

la conclusión del cabildo de jurados de ese día, que había terminado algo después del de los veinticuatros, instándole a acompañarle a la cámara donde en ese momento se encontraban el asistente y con él el doctor Juan de Liébana, su teniente, con quien Priego había contado incluso desde antes de su llegada como su timonel en las siempre traicioneras aguas sevillanas, sobre las cuales Liébana le había remitido precisos informes tanto a Córdoba como durante su breve destino en Portugal. Don Fernando Carrillo, más ancho que alto pero fornido y fuerte, musculado por la práctica de las armas, de la equitación y del alanceamiento de los toros, con un cuello sólido que sostenía una cabeza bien dibujada y firme, de grandes ojos saltones y pardos, con una nariz aguileña que destacaba sobre una larga barba ensortijada, ya más canosa que rubia
—como lo fuera entonces, en sus años mozos— se hallaba al lado del enteco y suave letrado, ambos mirándole con rostros serios.

«Nada bueno puede salir de esto», pensó.

Fue sin embargo un rostro amable el que se volvió hacia el jurado, dándole la bienvenida a la habitación cuyas puertas había cerrado desde fuera el obsequioso ujier, e invitándole, tras tomar asiento él mismo y el doctor, a tomar una incómoda jamuga (que deslucía sutilmente ante los dos sillones de Moscovia suavemente tapizados en los que se acomodaban ambos capitulares: el asistente con ello le ponía, quizá involuntariamente, en su correcto sitio) en la que sentarse, para escuchar atentamente aquello que con tanta urgencia y premura habían de decirle los dos próceres, que cruzaron primero una mirada de inteligencia no disimulada. Rompió el hielo el conde ante la atención indudable de sus dos interlocutores:

—Sea bienvenido, jurado. El doctor Liébana y yo le hemos llamado porque hemos tenido noticia del hecho tan grave que vuestra merced ya conoce: un suceso terrible que pone en cuestión la tranquilidad de esta ciudad. Por ello, y conociendo su buen juicio como lo conozco, quiero encomendarle las pesquisas que puedan hacerse acerca de la muerte de ese mozo; cuál fue la causa y quiénes fueron, si son hallados, los culpables. La relación del difunto con la catedral es, cuando menos, molesta; no quiero incomodar al clero, pero ante todo deseo, como es mi obligación, hacer justicia y asegurar el buen gobierno de Sevilla. Tendrá todo el apoyo del cabildo que pueda necesitar: los alguaciles serán avisados para que le ofrezcan toda la ayuda que necesite.

Terció entre tanto Juan de Liébana, asintiendo severamente y cerrando los ojos mientas el conde continuaba con su parlamento:

—Es importante, Medina —dijo el conde—, que el cuerpo sea sepultado lo antes posible y sin ruido alguno. Dado el carácter del caso, no queremos que trascienda el suceso. Solo faltaba que días

antes de la llegada del rey nuestro señor tengamos alborotos que siempre son indeseables.

El jurado vio con claridad que no podía albergar muchas expectativas acerca del penoso encargo que había recibido, que en el fondo ya esperaba, y se resignó a cumplirlo:

—Por supuesto acepto la comisión que vuestras señorías me encomiendan, pero necesitaré tal vez más ayuda de la que puedan proporcionarme los alguaciles. ¿Es posible, señor asistente, que pueda hacerme ayudar de alguien más? La noticia la conocemos pocos; no es mi intención salirme de ese estrecho círculo. De hecho, ya he comprometido al beneficiado Pacheco para que recabe las noticias que pueda del maestro de capilla, el padre Guerrero.

—Sí, Medina, siempre y cuando guarden con celo el secreto como habrá de guardarlo vuestra merced. Imagine que el suceso trasciende; no quiero ni pensarlo. Por eso, como le reitero, ya que conocemos su buen juicio, le hemos encomendado este caso. Debe estar resuelto, y a ello le obligo, antes de la llegada del rey a la ciudad: no podemos permitirnos que un asesino salvaje y malintencionado ande suelto por las calles de Sevilla durante la visita de nuestro señor. El caso ha de estar concluido lo antes posible. Y recuerde: siempre antes de la entrada real. Ahora puede irse; proceda como guste, pero sin perder el tiempo. De esta comisión no quedará nota ni acta alguna, vuestra merced siempre me informará verbalmente. Sé, y me consta, pues así me lo han hecho saber, que su inteligencia es privilegiada, Medina. Ejercítela como debe.

Ya más tranquilo tras haber delegado tan desagradable preocupación, y satisfecho porque el jurado hubiera aceptado sin otros aspavientos la comisión tan delicada que le había encargado, el conde, que era avezado político y que procuraba no mancharse las manos siempre que ello no le reportara beneficio alguno, dejó de lado el asunto —no pocas preocupaciones tenía por entonces, con la organización de la visita del monarca—, despidió a Medina y, acompañado por el doctor Liébana, que trotaba a su lado conversando con él en voz baja sobre las intrincadas cuestiones que protagonizaban la siempre compleja vida municipal sevillana, descendió la escalera para seguir ocupándose de los asuntos que conllevaban gobernar la ciudad más importante del reino. Tañó en ese momento la campana del Ángelus —las doce ya, pensó Medina—, y rezaron los tres las oraciones dedicadas a la anunciación a María: *«Angelus Domini nuntiavit Mariae…».* Inmediatamente después, tras persignarse devotamente, el jurado salió a la calle, mientras ambos prohombres, estando ya Medina de espaldas a ellos, le miraban fijamente.

***

Medina se encaminó lentamente hacia la antigua judería, entrando en su casa. Iba cabizbajo y reflexivo, pensando en el caso que esta mañana le había dado la vuelta a su vida tranquila. No podía quitarse de la cabeza el estado en el que había quedado el cadáver del mozo cantor. Cruzó el patio, metió ambas manos en el agua fría de la fuente, y un sobresalto le hizo dar un respingo inesperado: su mujer, Leonor, había apoyado su pequeña mano sobre su hombro derecho, preocupada por el lívido aspecto que presentaba su marido tras haber llegado de la calle.

—¿Os ha sucedido algo en el cabildo, esposo? Os veo preocupado. Estáis —le cogió suavemente las manos húmedas— helado. ¿Os encontráis enfermo, queréis que dé aviso al médico?

El jurado la miró con el afecto que desde siempre le había tenido, desde sus ya lejanas bodas algo más de diez años atrás: el matrimonio había sido concertado, como era habitual, entre dos linajes que aún llevaban un estigma manchado, el de los conversos. Pero sus padres habían acertado al vincularle a esta lejana pariente con quien se entendió con suave voluntad, con un acuerdo y una concordia que siempre le sorprendían, desde que pasaron todas las tiranteces propias de los primeros días de la coyunda en los que los caracteres se amoldaban y asentaban. Leonor era, y había sido desde el principio, el seguro refugio pacífico que el jurado necesitaba y deseaba en el matrimonio: y a ello se sumaba el acuerdo, sorprendentemente físico, que a ambos les provocaban todavía arrebatos de un afecto que pocos matrimonios, que él supiera, conocían, aunque el jurado también había buscado en ocasiones —lo que por otra parte hacía todo el mundo— otros consuelos fuera de los muros de su casa.

Los hijos, que en este caso eran fruto del aprecio, habían ido llegando prontamente: la primera Luisa, que ahora tenía poco más que nueve años y de la que pronto habría que concertar el compromiso; Fernando, el único varón, con ocho años y que se estaba educando con los jesuitas en la calle de Laraña, en unas aulas en las que los padres, a quienes popularmente se conocía como teatinos, le enseñaban gramática, retórica y filosofía. Otras cinco hijas llenaban de ruido y de algazara la casa del jurado, hijas que seguramente acabarían en el claustro donde la pequeña nobleza, caso de Medina, enviaba a sus vástagos menores con el fin de que no entorpecieran el valor del mayorazgo del varón o de la cuantía de las dotes de sus hermanas mayores. Era una lástima; sabía que no había que encariñarse mucho con unas pequeñas que, más pronto o más tarde, nunca volverían a ver a sus padres. Pero era lo que había de hacerse, aunque perdiera el consuelo de oír los gorjeos, los llantos y las risas que llenaban de vida la casa entera.

—No os preocupéis por mí, esposa. He pasado frío en el cabildo de

esta mañana, y no me encuentro del todo bien. No sé si estoy hoy con las tercianas, que como sabéis no me dejan tranquilo. Debería colgarme al cuello un atadillo de hierba senecio, que las alivia. De todas maneras, creo que me iré a mi cámara a reposar un rato; no voy a comer ahora. Me levantaré antes de nona y saldré de nuevo si me hallo mejor: he de ir después sin falta a ver a la catedral al maestro Pacheco, el beneficiado, porque he de hacerle una consulta. Comed en paz, señora, pues no os acompañaré. Pasaré a despedirme por el estrado antes de marchar.

Los ojos grandes, verdosos y dulces de Leonor le siguieron por el patio, mientras el jurado subía las escaleras hacia el piso de arriba: algo no iba bien. No, desde luego no iba bien. Su marido no solía estar nunca tan abatido, aun en los días de fiebres. Pero en ese momento, un grito y un estrépito procedente del cuarto de los niños le hizo desviar la mirada y marchar, con firme resolución, a castigar a quien hubiera sido el autor del infantil altercado y dejar esa preocupación que comenzaba a nacer para otro momento en el que pudiera volver a pensar en ella.

***

El veinticuatro Francisco Duarte era un hombre minucioso. Ahora trataba de pasar al papel la idea —no, mejor la epifanía— que había tenido la noche anterior, mientras veía navegar los barcos por el río. Algo que le tenía hasta entonces no poco desazonado era el mal aspecto que mostraba la entrada de la ciudad por la puerta de la Macarena, por donde había entrado en Sevilla el césar Carlos: calles sin empedrar o enladrillar, sucias, angostas y llenas de baches; solares derribados o en obras; basuras y animales muertos por todas partes; huertas desatendidas que salpicaban, aquí y allá, una muralla que había conocido tiempos mejores; y una población pobre, casi reducida a la mendicidad, que no podría allegar recursos para poder al menos blanquear las fachadas, y no digamos adornarlas o embellecerlas. El día anterior había recorrido la desastrada collación, acompañado de una pequeña ronda para garantizar su seguridad —la Macarena y la Feria eran zona de frecuentes algaradas— y había desestimado definitivamente, algo en lo que el cabildo municipal había estado concorde de inmediato, que el rey hiciera su entrada por tal puerta.

No; Felipe II no habría de entrar por ahí, sino por la puerta de Goles, mucho más amplia, que se abría a la calle de las Armas y de ahí a la plaza donde estaban las casas del duque de Medina Sidonia: esa amplitud y ese acceso más noble permitirían darle a la ceremonia la solemnidad que necesitaba. Pero esa, en realidad, no era la novedad en la que Duarte pensaba la noche anterior, ayudado por los nervios,

el cansancio y el insomnio —estos tres compañeros, pensaba, no le dejarían tranquilo hasta que el rey se hubiera ido de la ciudad—. Había tenido una idea nueva y sorprendente, que esa misma mañana había confirmado al conde de Priego: el rey entraría en la ciudad por el río, aprovechando que la flota se hallaba atracada en las orillas del Guadalquivir. El monarca no solo vería el esplendor y la maravilla de la ciudad, sino que también podría conocer los barcos que traían a ella la riqueza de un lejano e ignoto nuevo mundo, compuesto por unas provincias cuyos nombres tenían una indudable sonoridad familiar y antigua, pero también novedosa: Nueva España, Nueva Granada, Castilla del Oro…

Ah, los barcos... había que tratar con capitanes y maestres, y con los jefes de las milicias; prever las andanadas de honor, sin bala, que habrían de dispararse; preparar banderas, estandartes, gallardetes; adecentar las velas y pintar la obra muerta; calafatear la viva, y abrillantar, hasta la extenuación, los metales; contratar músicos y cantores; elegir las mercancías y el género —desde luego, el más rico — que habría de mostrarse al monarca. Determinar también hasta dónde habría de llegar la travesía real, patrullando y limpiando el río con antelación; escoger la falúa real y prever las que habrían de escoltarla. Y el puente. Ese puente de barcas frágil y maltrecho que no había sido sustituido aún por una obra magna, de piedra como en tantas otras ciudades, y que se rompía casi con cada riada. Habría que desmontarlo, cortando así el acceso a Triana por tierra, para que el buque que llevara al rey pudiera desplazarse libremente por el río hasta la curva cercana a la puerta de Goles.

Así pues, Duarte se hallaba a esa hora de la mañana volcado sobre su mesa y absorto en los mil problemas que debía resolver. Por la puerta de su cámara, que estaba en la planta baja de la casa de la Contratación, podría ver el patio al que aquella se abría, con los setos de tejos, los gráciles naranjos sembrados en los jardines, los parterres rehundidos decorados con arcos ciegos, los árboles que casi tapaban la decoración de los muros calados, abiertos al jardín por delicados arcos. No era, desde luego, un mal sitio para trabajar. En ese momento, un breve ruido y un pequeño golpe en la rica puerta labrada que daba paso al aposento, le hizo mirar en esa dirección: con una breve sonrisa, vio cómo Juan de Mal Lara y Pacheco pedían su permiso para entrar, a lo que Duarte accedió agradecido. Había comisionado al maestro para, ayudado por el beneficiado, diseñar las decoraciones y los arcos que habrían de colocarse para recibir al rey, y toda ayuda era por ello bienvenida. Les indicó con una seña que se sumaran con él a la mesa, y despejó esta última de plumas, restos, lámparas de aceite y papeles, indicando a Pacheco que colocara sobre ella la pesada carpeta de cuero que traía con él, y a Mal Lara que

hiciera lo mismo con la más liviana que llevaba en su mano derecha.

—Señores, sean vuestras mercedes bienvenidos. Estoy preparando y dando forma a una idea que he tenido para el recibimiento del rey nuestro señor: antes de entrar en la ciudad, don Felipe recorrerá el río y verá la flota engalanada para recibirle —en ese momento no pudo evitar sonreír, tras ver las caras de asombro de ambos visitantes, que percibieron lo acertado de la idea de Duarte—. Vengan, vengan conmigo, y muéstrenme lo que traen preparado: si su trabajo es como espero, dejaremos en el rey una memoria imborrable de su visita a Sevilla.

***

No habían pasado apenas dos horas desde que Pacheco y Mal Lara llegaran a su cita con Duarte, cuando en la otra banda del río un heterogéneo grupo se reunía con Freire y con el teniente turco —este último había pedido al portugués que no le identificara ante sus visitantes— con el fin de valorar, y de trazar, un plan para asaltar y, a ser posible, dar fin al rey durante su visita. Era un número reducido, ya que ni uno ni otro convocante deseaban que el plan corriera sin control por plazas y por mentideros y llegara a los oídos de las autoridades: quienes habían sido convocados eran tan solo cuatro personas que, según Freire aseguró al turco, estaban plenamente comprometidas con el siniestro designio que hasta allí les había convocado. Dos de ellos eran jefes del hampa sevillana, que habían visto negocio en la elevada paga que habría de darles Abencillo; otro, un morisco con gran influencia en la collación de Triana, que se había destacado en unos alborotos producidos por los marineros de las galeras reales unos meses atrás; y el último, un mercader cuyo hijo, el único varón, había sido relajado en el auto que había tenido lugar en 1562, y que deseaba una fría, pública y ejemplar venganza contra el monarca, a quien culpaba directamente de la saña que habían desplegado, contra los embrionarios protestantes sevillanos, los inquisidores comandados por el arzobispo Valdés.

Freire hizo uso de un pequeño pomo de olor que llevaba en las calzas: el olor a rancio de los conjurados le golpeaba casi con saña. No era más agradable tampoco ver su aspecto: los dientes podridos y las ropas raídas y manchadas de los hampones, la camisa sudada del morisco y sus alpargatas atadas a las pantorrillas, llenas de barro y de los excrementos que había ido dejando la calle, día tras día, en sus gastadas suelas de esparto; la larga y descuidada barba del mercader, que aún mostraba los restos de su última comida, y su jubón de un gastado negro ala de mosca, lleno de lamparones y de manchas de grasa. No eran, desde luego, una compañía de la que pudiera esperar

lo mejor; algo que también pensaba sin duda el jenízaro, ya que no dejó de mirarle con sorna y con escepticismo durante todo el tiempo que duró la reunión.

En cualquier caso, salieron de ella con el compromiso por parte de los conjurados de participar en la jornada que los dos agentes del turco les habían propuesto. Pero —pensaba Freire— las cosas cambiarían con su nuevo visitante: de él podían esperarse mejores y mayores empeños, y su ayuda en la conspiración haría que esta pudiera tener mucho mayores visos de éxito. Este último había exigido reunirse con Freire y Karaçaj sin ningún otro testigo cerca: para él, su anonimato era vital. La posición que ostentaba en la ciudad, su situación en el cabildo, permitirían a los conjurados poder acceder no solo a información, sino también acercarse al rey durante su visita, y consumar el atentado que tenían proyectado. El resto de los conspiradores eran perfectamente prescindibles, y de hecho desde el principio se había contemplado sacrificarlos como una opción probable: eran simples peones que nadie echaría de menos. Pero el alfil, la pieza del ajedrez que podía poner en verdaderos aprietos al rey, había que preservarlo a toda costa.

En ese momento, un criado de la casa introdujo al nuevo visitante en la pieza en la que ya solo quedaban el portugués y el turco: y una mano fina, cuidada aunque fuerte, bien dibujada y adornada con un hermoso y rico anillo en cuya piedra figuraba tallada una cabeza del dios Jano, el que mira a ambos lados y abre las puertas, se extendió hacia adelante para saludar cordialmente a los dos conjurados. Una voz profunda y bien modulada, educada, les interpeló a ambos:

—Tengan buena tarde vuestras mercedes, aunque no tengo el honor de conocer a este otro caballero. Le ruego nos presente, Freire, y cuénteme después aquello tan urgente por lo que me ha convocado a su casa con tanta premura y reserva.

El visitante, acostumbrado a andar en esa casa casi como en la suya propia, se acomodó en una de las sillas vacías que había en el estrado, sin desprenderse del cinturón donde llevaba sus armas: una larga y estrecha espada ropera de Toledo y una daga corta y ancha, de las llamadas de misericordia. Se acomodó con cuidado el jubón, sobre el que se apreciaba, colgado de una rica cadena, un precioso medallón de oro rodeado de esmaltes, y escuchó. El alfil comenzaba a moverse por el tablero.

***

Esa tarde, de nuevo la algarada —tantos días olvidada— se hizo presente en la casa del austero y anciano inquisidor: Lopillo ya estaba levantado desde aquella misma mañana, y alborotaba la galería con

sus saltos, sus juegos y sus ocurrencias, lejana ya la fiebre y el peligro del morbo:

—¡Este niño! Si malo, malo; si bueno, peor. ¡Aquí no se puede trabajar con tanto ruido! ¡Ama, venga para acá y recoja a su cuarto a este mozo! —Se hacía cruces don Miguel de las diabluras del chico, pensando en qué mal momento había ofrecido casa y comida al joven, que había ido a Sevilla a educarse en las primeras letras latinas bajo el amparo del tío: Lope, el nieto de su prima Catalina del Carpio, el hijo del bordador Felices de Vega, cuya familia pretendía darle mayor acomodo esperando hacer de él un erudito letrado, además de ahorrarse durante algún tiempo el coste de su manutención. Especialmente se lo había encomendado su madre, Francisca Hernández, que era por entonces criada de otro bordador, Jerónimo de Bruselas; pero este, a diferencia de su marido, era bien rico, e incluso próspero. Pero este crío, listo y decidor, gracioso y ocurrente como ningún otro, a quien el inquisidor quería como si fuera —algo que era desgraciadamente imposible— un nieto propio, tenía el diablo en el cuerpo: era la calle su mejor escuela y universidad, y para allá se dirigió Lopillo a la carrera y sin mirar atrás, prometiendo —y sin intención de cumplir en modo alguno su promesa— un pronto regreso.

El arrabal de Triana bullía de vida: los arrieros llegaban desde la calle de Castilla con sus recuas de mulas; los jaboneros de las cercanas almonas, con las manos enrojecidas y quemadas por la sosa, removían y mezclaban el agua y el aceite de oliva, al que añadían en su caso aceite de ricino y hierbas aromáticas si el jabón iba destinado a persona principal; los alfareros cocían los azulejos de cuerda seca que luego habrían de decorar patios, palacios y naves de iglesias y conventos, y dibujaban en los tornos los cántaros, los azumbres, los platos, las escudillas y los búcaros vidriados luego al calor del fuego; los trabajadores de los astilleros situados en la orilla del río calafateaban, negros de pez y sudorosos, las grandes panzas de las naos que luego habrían de cruzar el vasto océano; las lavanderas, desgreñadas y con los escuetos ropajes sueltos, se dirigían a lavar las prendas, metidas en grandes cestas de mimbre, al mismo río de donde partían las pequeñas barcas entoldadas que llevaban a los viajeros de una orilla a la otra.

Y los olores: las bostas de caballo, los orines, los excrementos de los perros callejeros, el olor a sudor fresco de una joven morisca o el hálito rancio de una anciana que iba a cumplir sus devociones a la vecina iglesia de la O; el cuero de los arreos de los animales de tiro, el olor a campo del cercano Aljarafe cuyas lomas se veían a lo lejos; el olor de la comida pasada, quemada o demasiado hecha, e incluso ya casi podrida, de los bodegones donde los marineros saciaban el hambre y la sed; el olor del incienso, de las hierbas aromáticas y de la

fruta de los puestos, de las baratas fritangas que ofrecían los precarios bodegones de puntapié: el mundo, y su escaparate más inmediato que era la calle —pensaba Lopillo, con los ojos abiertos y la mente alerta e inquieta—, era un lugar maravilloso. Y hoy, después de haber estado encerrado en casa y en cama durante tantos días, pensaba disfrutarlo como se merecía.

Así pues se dirigió a la cercana almona, en donde en sus alrededores se reunían niños y mozos, que jugaban según la edad bien a soldados y a guerras heroicas o bien a los naipes y a los dados, juegos que —pese a las prohibiciones, a los sermones y a las pragmáticas, e incluso pese a eruditos y sesudos tratados como el *Remedio de jugadores*, que escribiera el dominico Pedro de Covarrubias en los albores del siglo— seguían estando tan en boga como en el pasado. Lopillo buscó, ya que aún por su corta edad no se había dejado atraer por esas artes, algunos compañeros con quienes correr o con quienes conquistar, jugando a la guerra como menudos hombres de armas, cristianas plazas principales del feroz turco: y una vez dispuesto el batallón, aprestadas las armas, que eran poco más que juncos y palos sacados de la ribera del río, y algunos tablones de unos cajones abandonados y desfondados dejados junto a las tapias de las jabonerías de los Ribera —una industria floreciente de donde los duques de Alcalá sacaban sus buenos maravedíes—, comenzó un sañudo combate entre partes que, con su bullicio y su acaloramiento, impidió que Lopillo y sus nuevos compañeros advirtieran cómo tres esclavos negros de gran talla, sentados en corro algo más lejos junto a unos toneles vacíos, les miraban con no poco interés: incluso quizá con demasiado.

***

El maestro Guerrero era un genio de la música. Había formado parte de la capilla musical de la catedral desde muy joven; después había pasado a Toledo, donde había recibido las enseñanzas del gran Cristóbal de Morales. Con solo dieciocho años había conseguido la plaza de maestro de capilla de la seo de Jaén, dejando ese destino tres años después para ingresar como cantor en la de Sevilla, y ganando posteriormente otra oposición al cargo de maestro de capilla de la catedral de Málaga. Sin embargo, nunca llegó a marchar a esa ciudad: el cabildo de Sevilla le ofreció el puesto de maestro de los niños de coro, prometiéndole que a la muerte del maestro de capilla, que entonces era el ya anciano Pedro Fernández de Castilleja, se le asignaría la plaza, lo que no llegaría a ocurrir hasta 1574. Ya había publicado una extraordinaria colección de motetes para entonces (sus *Sacrarum Cantionum,* que dedicó al duque de Arcos, en 1555). En 1563 había editado en Lovaina su *Canticum Mariae Virginis,* dedicado a

Felipe II, y en 1566 un libro de misas —*Liber Primus Missarum*— para el joven rey Sebastián de Portugal. En este mismo año de 1570, en pocos días, Guerrero habrá de acompañar al arzobispo de Sevilla a recibir a la archiduquesa Ana de Austria, que venía a casarse con el rey, su tío; lo que provocará que ni uno ni otro —arzobispo y maestro de capilla— se hallen en la ciudad cuando el rey la visite. Y dará a las prensas en Venecia un nuevo libro de motetes, que había dedicado al papa Pío V, lo que apuntalará aún más su notoria fama.

Por entonces aún Guerrero dirigía el coro de los niños en la catedral; y mediada la tarde el músico se encontraba ensayando con los cantorcicos una pieza particularmente compleja, difícil de interpretar y que estaba exigiéndole aún más esfuerzo del habitual: prueba de ello eran las orejas coloradas de algunos jóvenes cantores, y la presencia bajo el brazo del compositor —por lo demás, paciente y bienhumorado, pese a su adusto rostro— de una flexible vara de álamo de los que tan frecuentemente crecían junto al río, que no dudaba en utilizar, si bien con una fuerza habitualmente medida, cuando una nota no se interpretaba como se debía o cuando alguno de los intérpretes, sin desearlo, desafinaba y arruinaba lo que debía de ser la máquina bien engrasada de una coral polifónica: un lenguaje musical que habría de elevar al auditorio al ámbito donde moraba la divinidad.

En ese momento Guerrero ensayaba con sus cantores el *Agnus Dei* a cinco voces —contratenores, altos, tenores, barítonos y bajos— de una de sus misas, y el trabajo no iba como él quería. Por eso, la interrupción de Pacheco y Medina fue bienvenida en un instante en el que, en otro contexto más favorable para sacar adelante el ensayo, los dos visitantes hubieran sido enviados afuera del coro con cajas destempladas. Así pues Guerrero dejó en manos de un ayudante su terminación, y marchó con ambos a través de las naves hacia las dependencias auxiliares que se hallaban cercanas a la capilla de la Antigua, donde los porteadores ya habían llevado la pobre caja de madera en la cual se hallaban los restos mutilados de Alexandro para que el beneficiado Pacheco oficiara unas sencillas exequias en su memoria. Sentándose en uno de los amplios bancos ubicados en las paredes en torno al pequeño patio en donde se habían acomodado —un lugar tranquilo en ese momento, en el que nadie podría oír nada de lo que hablaran los tres— el maestro de capilla preguntó a Medina y al clérigo:

—Vuestras mercedes me dirán que desean de mí. Estoy a su servicio. Debo volver, eso sí, en poco tiempo al ensayo. Estamos trabajando duro con el coro: está previsto un solemne *Te Deum* para recibir al rey en la iglesia mayor, y las voces no están tan finas como yo quisiera. Es cierto que hemos tenido algunas bajas entre los cantores, y los

suplentes aún tienen mucho que aprender. Pero confío en que todos estos problemas estén solucionados lo antes posible. Además yo no estaré para supervisar los cantos durante la visita del rey, y me llevaré conmigo a recibir a nuestra nueva reina a algunos de mis músicos, lo que dejará al coro de la iglesia mayor mucho más reducido del que es su tamaño natural.

Mirándole con fijeza y con cierta compasión, Pacheco tomó la ya sarmentosa mano de Guerrero, y le comunicó la terrible noticia que llevaba:

—Querido amigo, el jurado y yo venimos a verle por comisión del asistente, aunque no se trata de la visita del rey nuestro señor. Esta mañana, muy temprano, ha aparecido en el río el cadáver de uno de sus cantores, que escapó del coro hace ya más de un año: se trata del llamado Alexandro, del que sin duda vuestra paternidad se acordará. Esta tarde han traído la caja con sus restos a la catedral, y en un rato yo oficiaré una misa de difuntos por su alma en la capilla de la Antigua. Después se le llevará a enterrar extramuros.

La noticia causó una impresión notable en Guerrero: palideció y agachó la cabeza, mientras miraba a Pacheco y, seguidamente, a Medina.

—Dios le perdone y me perdone a mi. No me extraña lo que me dice, Pacheco. Siempre he pensado que este muchacho no acabaría bien. Alexandro es… era, un mozo conflictivo. Hube de castigarle muchas veces, quizá demasiadas, porque no admitía disciplina alguna y porque, cuando llegó a cierta edad, andaba con tratos con otros cantores que me daban mucho que pensar. Tratos poco adecuados. ¿Dice que han traído el cuerpo? ¿Cómo ha muerto? Querría verlo.

Pacheco consultó a Medina con una mirada y este, con una seña, indicó su conformidad. Pero antes, los visitantes querían conocer lo que Guerrero supiera acerca del mozo muerto. El jurado, entonces, tomó la palabra:

—Sepa vuestra paternidad que, como ya le ha dicho el padre Pacheco, el muchacho ha aparecido en el río, de donde lo ha recogido una barca de la Caridad. Pero no se había ahogado: estaba atado de pies y manos, y había sido torturado antes de matarle por estrangulamiento con un garrote aplicado con gran fuerza
—Guerrero palideció perceptiblemente—. Esta mañana, el doctor Franco ha examinado el cuerpo. Apreció también que había mantenido, y al parecer durante mucho tiempo, relaciones íntimas contra natura. Pero si desea verlo, no hay inconveniente, aunque ya el beneficiado le ha reconocido.

—Alexandro era hijo de la Iglesia y sin familia alguna que pudiera reclamarle. Entró pequeño en el coro, pero su voz era muy bella, y con el tiempo y la educación, más todavía: tanto, que pese a su

comportamiento continuadamente conflictivo y rebelde procuramos aguantarle entre los cantorcicos. Y no era algo fácil: se habían producido algunos hurtos inexplicables, las peleas por su causa eran frecuentes y además supimos que en los dormitorios comunes pasaban cosas entre algunos chicos, aunque nunca llegamos a tener evidencias veraces; pero llegaban rumores.

—¿Qué rumores, padre? —intervino Pacheco.

—Rumores de que Alexandro se prestaba, como paciente, a algunos de los chicos mayores, que le pagaban o le hacían favores por ello. Y que introducía a algunos menores en tales prácticas. Creo que él debió enterarse de nuestras sospechas, y por eso huyó. O quizá sus propios compañeros, temerosos de que pudiera delatarles, le obligaron a irse. Alguna vez nos han llegado al cabildo noticias de que lo habían visto allá por la Huerta del Rey; y ya sabe, amigo mío, lo que suele ocurrir de noche por aquellos parajes. No se lo ha visto, sin embargo, por otros lugares de la ciudad: eso me hace pensar que posiblemente haya vivido escondido hasta ahora, o quizá bajo la protección de alguien.

En ese momento intervino de nuevo Medina:

—No le falta razón a vuestra merced, maestro. El cuerpo, pese a su mal estado, daba muestras de haber estado bien alimentado; y los pies y las manos tenían la piel fina, no embastecida por la práctica de trabajos manuales o por caminar descalzo. El mozo había sido atendido y cuidado, no me cabe duda. ¿Tiene alguna noticia más que pueda darnos acerca del difunto? El asistente le estará muy agradecido.

—Me temo que no; es cierto que Alexandro muchas veces participaba con otros músicos en veladas ofrecidas en algunas de las casas más ricas de la ciudad, pero eso terminó cuando huyó de la capilla de cantores. Pero es posible que en alguna de esas salidas hubiera conocido a un protector. Como sabe, aunque se procura que estas noticias nunca se hagan públicas, dentro de la alta sociedad de esta ciudad hay quienes aprecian, y sin duda usan, de las prácticas en las que parece que Alexandro era consumado maestro. Quién sabe. Y yo, desde luego, nada sé. Había un cantorcico, Cárdenas, que era amigo suyo. Quizá él sepa algo más sobre qué pudo haberle ocurrido a Alexandro. Está ensayando con el resto ahora; cuando termine el canto podrán preguntarle. Ahora querría rezar por Alexandro, y si vuestra paternidad, padre Pacheco, me lo permite, me gustaría concelebrar los sufragios por este pobre mozo muerto tan desgraciadamente.

Levantándose, se acercaron a una pequeña y fresca sacristía situada al lado de la capilla de la Antigua, donde habían colocado la caja. Usando de un pequeño cuchillo, rebanaron la cera con la que se había sellado y levantaron la tapa: en la Caridad habían limpiado y

amortajado el cadáver dejando a la vista el rostro, aún azulado por los golpes y los moratones. Habían amarrado con una banda de tela la mandíbula al cráneo, por lo que la boca estaba cerrada, y con los ojos asimismo cerrados —salvo por los hematomas que podían apreciarse con claridad— parecía que el muchacho dormía. Guerrero santiguó la frente del chico, mientras decía en voz baja: —*Requiem aeternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei…*

La congoja del maestro era evidente: quizá incluso el sentimiento de culpa por no haber podido evitar esta muerte. Ayudado por Medina, Pacheco volvió a cerrar la tapa usando de una vela encendida para sellarla, y acompañó al maestro de capilla a la cercana sacristía de Cálices, en donde ambos se revestirían para celebrar el sufragio. Los dos operarios de la Caridad retiraban ya la caja para llevarla a la vecina capilla, y Medina, separándose de ambos sacerdotes, regresó al coro, pensativo, a esperar que el ensayo concluyera.

***

Un par de horas después, Medina se encontraba con Pacheco sentado a una de las mesas de una de las posadas de la vecina calle de Bayona, que partía desde la bulliciosa calle de Génova hasta la del Pescado, con una jarra ya mediada de vino de Alanís y unos aceitosos torreznos que, aliñados con cabezas de ajos, brillaban grasos y crujientes a la luz de los candiles. Pacheco acababa de llegar tras haber pasado un momento por su casa, y se reencontraba allí con el jurado —que previamente le había pasado aviso al portero de la puerta de San Miguel de la catedral— ya que finalmente Medina no había podido asistir al sufragio, puesto que el final del ensayo se retrasó, y la conversación con el mozo Cárdenas había durado más de lo que esperaba. Medina traía noticias de interés, y estaba más que dispuesto a compartirlas con Pacheco, en quien reconocía a un buen compañero de investigación:

—Al principio, el cantor no quería hablar del asunto. Me dijo que no había vuelto a tener tratos con Alexandro, pero se veía con claridad que no era cierto. No era capaz de mirarme a la cara, y solo parecía querer estar lo más lejos posible del lugar donde estábamos hablando. Pero la cosa cambió cuando lo llevé hasta la entrada de la capilla de la Antigua y vio la caja. Oh, sí: ahí la cosa cambió totalmente. Comenzó a temblar, y entre lágrimas me contó algo que sin duda interesará a vuestra paternidad, señor beneficiado.

—¿Y qué es tal cosa, Medina?

El jurado jugueteó con su copa de barro, y continuó hablando:

—Cárdenas me dijo que él no dejó de mantener contacto con Alexandro tras su fuga. Se veían incluso de vez en cuando. No penséis

lo que no es: el chico no había mantenido otra relación con el difunto que no fuera de amistad. Por lo visto se conocieron cuando les mantenía la hermandad del Amparo, que como bien sabe se ocupa de los huérfanos y de los hijos de nadie o de la Iglesia, por las obligaciones que estipulan sus reglas. El caso es que las últimas veces que lo vio, Alexandro parecía contento: decía que vivía extramuros de Triana, y que un amo que tenía le cuidaba y atendía bien a sus necesidades. Pero Cárdenas me ha dicho también que le sonsacó aunque con harto trabajo, y que finalmente el mozo reconoció que su amo vendía su cuerpo a mercaderes y a caballeros que pagaban por ello, y que además usaba él mismo de sus servicios.

—Siempre se ha sabido que en esta ciudad hay lugares en donde personas con ciertos gustos pueden satisfacerlos en la intimidad y con impunidad: no tengo que deciros qué les ocurre a quienes son atrapados en la comisión del pecado nefando. A esos se les hace, como bien sabe, pasar la puente hasta el castillo de Triana; y de ahí, al auto de fe y al quemadero.

—Por ello es siempre un mundo silencioso, huidizo y oscuro. Creo que va a ser difícil conseguir saber qué pudo sucederle al cantor difunto, pero alguna respuesta he de llevarle al asistente; me he comprometido a ello. Podría, y es una idea que se me ocurre, hablar con el alguacil de los Veinte que tiene a su cargo la collación de Triana: aunque el conde no me permita publicar o difundir detalles acerca de este crimen, hablar con el jefe de los alguaciles del barrio me está sin duda permitido. Es posible que las circunstancias del asesinato puedan darle alguna idea, y con eso me aclare algo acerca de lo que haya podido sucederle al muchacho. ¿Descansa ya en paz, no, don Francisco?

—Sí, ya reposa en paz. El maestro Guerrero y yo concelebramos la misa. Hubo muy poca asistencia: los dos criados que llevaron la caja y luego las angarillas con ella hasta el carnero, un par de hermanos de la Caridad que estaban avisados y los dos oficiantes. Nadie más fue a despedir al muerto. Después enterramos el cuerpo extramuros. De hecho, he llegado de allí tras pasar por casa un momento para cambiar los zapatos, que se me habían embarrado sin remedio. Ha sido, como vuestra merced imaginará, triste. Y dada la condición del mozo no ha sido enterrado en sagrado, aunque he acompañado la caja sin embargo: he creído que debía hacerlo.

Medina llenó con los restos de la jarra las dos copas, y miró a Pacheco con afecto por esa muestra —tan inusual en su mundo en demasiadas ocasiones despiadado y violento— de humanidad. En una sala cercana sonaban, atenuados, voces animadas, vihuelas, sonajas y panderos: algunos comediantes ensayando una mojiganga. En silencio, ambos bebieron. Y una vez terminaron la jarra, pidieron otra. Aún

quedaban muchos flecos por cerrar, y quedaba todavía mucha noche por delante antes de volver a casa.

***

Habían pasado varias horas, y la ciudad estaba en la calma que propiciaba la madrugada. Gila de Ojeda miró al hombre, desnudo de las calzas para arriba, que acariciaba su pecho pesado, firme y pleno, abultado y tirante con su bien dibujada mano en la que lucía un único anillo de oro y esmaltes con una cornalina en la que se hallaba, tallada, la figura de Jano. Sin que lo supieran sus padres, ya ambos embotados por lo que era una vejez más que evidente, la hija de Juan de Mal Lara había comenzado poco tiempo atrás una relación secreta con ese hombre extraño que la fascinaba: un aristócrata peculiar, muchas veces arisco y áspero y otras sorprendentemente cordial y dulce, que la había introducido, siempre con extrema prudencia para no hacer notar en público su mutuo trato, en un mundo de placer y de ansia que hasta entonces le había sido desconocido. Siendo la pequeña de su casa, e impidiendo la pobreza de sus padres que pudiera contar con una dote, Gila se sabía destinada al cuidado de los dos ancianos y no al matrimonio —al que sí había llegado su hermana mayor, que había consumido los recursos que permitieron dotarla—, y prefería no pensar lo que le depararía el destino tras la muerte de ambos: sin duda pobreza, soledad y días y noches interminables por delante.

Su padre siempre había insistido en que sus hijas, ambas, recibieran una buena educación: así pues, el latín de las poesías de Catulo, las *Metamorfosis* de Ovidio Nasón o incluso su *Ars Amandi* —que hurtó sin consecuencias por algunos días de la biblioteca del conde de Gelves, mientras su padre le visitaba— habían abierto a la sensual joven un mundo de deseos que no quería dejar de conocer; y un ansia de refinamiento y de goce regalado que deseaba colmar en cuanto encontrara la oportunidad adecuada. No quería llegar a vieja siendo una anciana pobre, entristecida, arrugada y amargada, lamentándose por una vida no vivida.

Bien es cierto que no abundaban las oportunidades: pero un día, aún no sabe si feliz, Gila conoció entre los humanistas que frecuentaban a su padre a alguien, alguien nuevo, más joven que el resto aunque algunos años mayor que ella, muy alejado de todos esos personajes adustos, eruditos, severos y solemnes —que sin embargo, no pocas veces y con mucho vino de por medio cambiaban por completo el porte y el discurso, satirizando y burlando sin recato donde antes era todo corrección y elevados términos—, que la fue seduciendo imperceptiblemente, día a día y jornada tras jornada, procurando quedarse hasta el final de las largas veladas, encontrándola al

descuido en un pasillo, en el patio, junto a la letrina, al lado del pozo, en el quicio de la puerta de la cocina…

La carne, finalmente, pidió paso: las manos que inicialmente tan solo habían rozado con descuido pasaron a tocar, a palpar, a apretar su cuerpo ansioso. Bajo su presión, Gila se abrió a un mundo nuevo que aún meses después seguía gozando y descubriendo. Ese hombre le había abierto caminos que nunca había conocido, y que por primera vez transitaba. ¿Amor? Tal vez: sin duda goce, y placer, y dependencia, y necesidad. Una necesidad que se hacía presente con la ausencia, mientras de noche, acostada en su lecho solitario se retorcía entre las almohadas y las sábanas, húmedas de sudor y de líquidos que nunca antes habían brotado de su cuerpo. También había una extraña felicidad, y Dios bien sabía que de eso Gila de Ojeda no solía estar bien provista. Buscando el placer que el hombre le daba, Gila había escapado esa noche de su casa, una vez sus padres ya dormían: con cuidado y sin ruido, había cerrado la puerta y había subido a una silla de manos cerrada que su amante había enviado para recogerla.

En fin: durara lo que durara, no quería que esa mano, húmeda de su cuerpo y que ahora la tomaba con una rudeza que en el fondo deseaba intensamente, parara en modo alguno. Aún quedaba noche, no mucha, por delante: en unas horas Gila volvería, tapada, a la solitaria e inhóspita casa de sus padres. Había que aprovechar los minutos de placer que aún tenía por delante: *carpe diem*. Un quejido, convertido en gemido tras el hábil manejo de los dedos del hombre, salió, sin ella apenas percibirlo, de su garganta seca. Todo su mundo, entonces, se volvió del revés.

# SEIS

*Sevilla, sábado 22 de abril de 1570*

La cabeza le iba a estallar: la falta de costumbre —no solía el beneficiado hacer eso de quedarse hasta altas horas con una jarra en la mano habitualmente— provocaba que levantarse para marchar al coro a una hora tan temprana fuera una auténtica ordalía. Descorrió con cuidado la cortina que aislaba el lecho, una buena cama de granadillo que era legado del anterior ocupante de sus estancias; puso los pies en el suelo y se irguió con prudencia, aunque enseguida, mareado, hubo de volver a sentarse en la cama. Las cosas estaban aún peor de lo que pensó anoche al acostarse. Pero no había otro remedio, así es que con más cuidado aún volvió a incorporarse, tomando una camisa limpia del arca situada a los pies: la sotana la había cepillado el ama al levantarse, aún más temprano que él, y junto al pequeño balcón que daba al patio estaban los zapatos que había usado para acompañar el sepelio de Alexandro, hoy ya limpios.

«Menos mal que tomé la decisión de dejarme la barba años atrás —pensó—. Si tuviera ahora que afeitarme sin duda me rebanaría el cuello con la navaja». Tomó agua de la jarra de barro vidriado, y echó algo en una palangana que tenía en una mesa estrecha junto al lecho. Metiendo ambas manos en el líquido todavía fresco, que el ama había sacado del pozo de la casa esa misma mañana, se restregó con fuerza cara, cabeza y cuello para espabilarse, y se puso la camisa dejándose el calzón de ayer, la sotana, el bonete de cuatro picos y el abrigado manteo. El obligado ayuno no le permitía tomar alimento alguno hasta que el oficio hubiera finalizado, así es que bajando la escalera se unió al grupo, cada vez más numeroso, de sus cofrades beneficiados, racioneros, medio racioneros, capellanes y canónigos que se dirigían, aún oscura la calle de Génova, al coro.

Algo más de una hora después, el servicio estaba concluyendo: colocado al final, donde la estricta precedencia del cabildo le había ubicado, y apoyado con todo su peso sobre la misericordia de su banco, Francisco Pacheco disfrutaba de la penumbra, del olor del incienso, de la solemnidad de la liturgia y del canto de la escuela catedralicia. La monotonía de la salmodia matutina le había permitido espabilarse lentamente, y en ese momento pensaba cuáles serían los siguientes pasos que habría de dar en los muchos frentes que aún tenía abiertos: en primer lugar, hoy debía pasar a ver al maestro Mal Lara, porque el tiempo corría y había que concluir el encargo que la ciudad les había hecho: en algo más de una semana el rey se encontraría ya en Sevilla, y los diseños de los arcos y de las decoraciones tenían que estar terminados para que los artífices los pasaran al temple y al óleo

sobre los soportes de lienzos y madera. También había acordado ayer con el jurado Medina pasar a ver al alguacil de los Veinte que aseguraba la tranquilidad de la collación de Triana, a fin de recabar más información acerca del suceso del cantorcico: Medina habría de pasar hoy también su informe al asistente de la ciudad, y no podía —como le explicó claramente anoche, en la taberna— presentarse ante el conde de Priego con las manos vacías.

Así pues, habría que ponerse seguidamente en marcha: esperaba a Medina finalizado el oficio, y a partir de ahí tomarían una barca para cruzar el río en la torre del Oro. Y una vez en Triana habrían de hablar con el alguacil, que residía junto a la iglesia de Santa Ana: por lo que le había dicho el jurado ayer, se trataba de un recién llegado al puesto, Luis Martel, que había sustituido en el puesto a Juan Gómez de Herrera, a quien le había comprado el cargo. Era cosa de ver cómo en esta ciudad, en esta nueva Roma o nueva Babilonia, ya que todo dependía del cristal con el que se la mirase, las compras y ventas no solo concernían a los habituales tratos mercantiles, sino también al propio gobierno de la ciudad, algo que sucedía a plena luz y cada vez con menos reparos.

Terminó, mientras tanto, el oficio: los prebendados y dignidades, lentamente y con sus violáceas capas, salieron del coro y se acercaron a las sacristías para dejar sus ropajes en las arcas y los armarios, y Pacheco hizo lo mismo. Apenas se detuvo a saludar a los canónigos doctoral y magistral, que se ocupaban en animada charla con el chantre, los licenciados Menchaca y Villafranca y el recién elegido canónigo Fernando de Arenillas: el estómago —ay, ese estómago que siempre le traía a mal traer— rugía y necesitaba calmarlo con algo de alimento. Menos mal que el ama, siempre atenta y dispuesta, le habría preparado un copioso desayuno, que tomaría con verdaderas ganas mientras esperaba la llegada de Medina. Nunca había que bromear con los requerimientos del hambre.

***

Era también de primera mañana cuando Henrique Freire recibía en su estancia al enviado turco: este último había recibido una excelente impresión del caballero que el día anterior les había visitado, y comentaba en esos momentos con el portugués los siguientes pasos a dar, mientras ambos desayunaban en la cada vez más soleada estancia, que daba a oriente. Su visitante había acordado tenerles informados en todo momento, y anticipadamente, sobre el itinerario que habría de seguir el monarca para entrar en Sevilla; y desbrozar, entre las múltiples actividades y visitas que realizaría el rey Felipe, aquellos momentos más adecuados para que, acercándose a él quien

finalmente pusiera por obra el siniestro designio, pudiera consumarse el magnicidio. Evidentemente, pagando por ello un elevadísimo precio.

—Amigo Freire, lo que está cada vez más claro es que la participación de vuestros socios en este empeño deberá limitarse, con toda seguridad, a servirnos de apoyo en la realización de nuestros designios. Es imposible que lleguen siquiera a acercarse de lejos al séquito del rey. Sí pueden ser útiles, en cambio, para preparar los abastecimientos que necesitaremos, o para infiltrarse entre el personal de servicio de los lugares que Felipe visitará. Por eso es muy importante que nuestro último asociado, que es de quién más fío, nos tenga bien informados acerca de los pasos que el Austria vaya a dar en Sevilla durante su visita. El mercader, sin embargo, me preocupa: no sé qué puede aportarnos. Debo deciros, incluso, que cuando hablamos con él yo le vi ido, fuera de razón. Eso es muy peligroso. ¿Qué me decís?

—He estado dando cuidadosas vueltas a todo esto, y opino también que el secreto y el sigilo son fundamentales. No podemos permitir que ocurra algo similar a lo que pasó la otra noche con el mozo: eso se solucionó rápido, pero no debemos hallarnos expuestos por otros flancos. El mercader es viudo y vive solo: únicamente tenía un hijo, que murió relajado por el Santo Oficio. Apenas tiene amigos. Dudo mucho de que se vaya a ir de la lengua, pero como decís es preciso asegurarlo todo hasta el extremo. No os preocupéis: con esa edad tan avanzada, una distracción o un tropiezo pueden ser fatales. Y esos tropiezos son sencillos de organizar.

—Me agrada mucho que concordéis conmigo, Freire: de no haber tomado vos tan sensata decisión, tendría que haberla puesto yo mismo en obra. Sé, porque así me lo han hecho saber, que sois hombre de fiar y de recursos. Y por lo que ahora me decís, veo que era cierto. En fin —dijo, levantándose de la mesa—: os ruego me disculpéis. He de escribir unas cartas para mi hermano, que deben llegar a Órgiva lo antes posible. Tengo que informar puntualmente al rey Abenabó sobre nuestros planes. Así es que me espera una mañana larga. Luego seguiremos hablando. La bendición de Dios sea con vos.

Una vez salió el turco de la cámara, Freire, pensativo, pensó cuáles habrían de ser sus siguientes pasos: acabar con el anciano mercader no sería un problema. Eso, al cabo, no era difícil. En fin: todo pasaba ahora por eliminar aquellos inconvenientes —y el anciano mercader lo era— que pudieran dificultar la feliz conclusión del designio que le había ordenado su señor Nasí. Con lentitud secó las manos húmedas, que acababa de lavarse en el cuenco que tenía a su izquierda, con una rica servilleta de hilo bordada. Bajaría ahora a ver a los negros, que según parecía habían traído esa noche a un mozo nuevo, uno que —

convenientemente preparado y adiestrado— podría quizá sustituir al asesinado Alexandro, que había sido una mina de oro mientras vivió. Y además tenía que organizar un accidente.

***

La barca acababa de tocar la orilla de Triana, guarda y collación de la ciudad que al otro lado del río se exhibía en toda su riqueza y su color; y Medina y Pacheco, esquivando cuidadosamente el amenazante barro que acechaba bajo la escueta pasarela que finalmente les permitió pisar el polvoriento y sucio suelo de la orilla, cerca del convento de la Victoria, dejaron a la izquierda la barrera de los Remedios y se adentraron por la calle del Puerto de Camaroneros —donde estaban ubicados los siempre inseguros molinos de la pólvora— buscando la parroquial de Santa Ana, cercana a unas casas donde por entonces se comenzaban a reunir los pilotos, maestres y mareantes, muchos de los cuales residían en el arrabal. Vecina a ellas estaba la casa donde vivía Luis Martel, el alguacil de los Veinte al que se le había encomendado escasos días atrás la policía de la collación. Así, dejando a su derecha la monumental iglesia de la Señora Santa Ana, que había comenzado a levantar el rey sabio en 1276 y que se había reedificado tras el terremoto de 1356, con su espléndida y elevada torre y sus tres naves góticas, los dos pesquisidores cruzaron con cuidado la calle Larga para entrar, a través de un acomodado zaguán, al lugar a donde esa mañana les habían llevado sus averiguaciones.

Un alboroto que venía del final del patio de la casa del alguacil alertó a Medina y Pacheco: un anciano sacerdote, acompañado por una dueña de avanzada edad, hablaba a grandes voces con quien seguramente era Martel. Pacheco le conocía: se trataba del inquisidor Carpio, con quien había compartido algunas veces tertulias literarias; un avezado teólogo que en el pasado había servido con utilidad al arzobispo Valdés, y que, con la muerte de este último, dejaba ya pasar sus últimos días de servicio en el Santo Oficio, dada su ancianidad. Carpio, apoyado en su nudoso bastón, delgado, enteco y de pelo blanco, ya encorvado, azotaba con sus gritos al desconcertado y paciente alguacil:

—Le digo, alguacil, que mi sobrinico falta de casa desde ayer tarde, que no vino a cenar, y que no ha dormido en su aposento. Nadie nos da razón de dónde pudiera encontrarse, y los últimos que le vieron fueron unos mozos con los que jugaba en las jabonerías. Después, según nos han dicho, marchó hacia mi casa, o al menos en esa dirección. Y no saben nada más. El muchacho está perdido, o desaparecido, o sabe Dios qué puede haberle ocurrido. Y su familia lo ha confiado a mi; no puedo decirles ahora que no sé dónde para ni

qué ha sido de él. Ruego a vuestra merced, como ya le he dicho, nos auxilie y provea los medios para hallarlo —en ese momento, el inquisidor se sentó, agotado, en una silla que el alguacil tenía prevista para cuando interrogaba a los testigos de los tan frecuentes delitos que se producían en el conflictivo barrio—. Hágame, se lo pido por compasión, vuestra merced esa caridad.

—Y yo le repito, señor inquisidor, que estoy presto a ayudarle; pero que ahora mismo mis agentes están recorriendo el barrio buscando y penando regatones, que esa es la encomienda que tengo actualmente de parte del señor asistente. Y que en cuanto regresen de esa tarea les pondré a buscar al mozo. Pero ha de comprender que en este instante no me es posible atender a lo que me pide vuestra paternidad, porque no tengo efectivos disponibles —Martel advirtió la llegada de los dos visitantes, y eso forzó a Carpio a volver la cabeza, localizando en la entrada de la cámara a Medina y a Pacheco—. Le ruego regrese en paz a su casa, que yo proveeré en la busca de su sobrino en esta misma mañana. Señores, disculpen, buen día tengan ambos. De seguido estaré con vuestras mercedes.

Carpio se levantó de la silla con una agilidad insospechada, apartando a un lado el pesado manteo:

—Señor beneficiado, le ruego interceda por mi causa ante el alguacil. No quiero pensar —y aquí el inquisidor se llevó la mano al agitado pecho— que haya podido ocurrirle algo malo por esas calles a mi sobrinico. Por favor, les suplico, señores, que me amparen en este trance.

Pacheco se acercó apresuradamente al anciano, le ayudó a acomodarse tomándole del brazo y consiguió, usando de breves pero tranquilizadoras razones, dejarlo más o menos calmado y conforme. Carpio, apoyado en el ama, volvió a su casa con la esperanza de estar en ella cuando Lopillo volviera: no podía —no quería— concebir otra alternativa. Ido ya el anciano, Pacheco y Medina se acercaron al alguacil. El jurado tomó entonces la palabra:

—Buen día tenga vuestra merced. Soy el jurado Fernando de Medina, y me acompaña el beneficiado Francisco Pacheco. Estamos aquí por comisión del señor asistente. Parece que hemos venido oportunamente, porque el mandato que me ha encomendado el conde de Priego trata de la resolución de un caso que podría tener algo que ver con la denuncia del doctor Carpio. ¿Puede vuestra merced pedir que nos dejen solos? Lo que he de decirle es reservado.

Martel, moreno y pequeño, de semblante amablemente ratonil y ataviado con sencillez, hizo un sencillo ademán con la mano derecha y la sala quedó vacía de inmediato: Medina no pudo menos que apreciar la autoridad, sencilla y sin aspavientos, que ese gesto denotaba. El alguacil les señaló la silla en la que Carpio había estado sentado y otra

vecina a ella, y los pesquisidores tomaron asiento. Medina, mirando tanto a Martel como al beneficiado, expuso lo que les traía a ver al agente de la ley en la collación:

—Señor alguacil: hace de esto dos días, apareció en la banda de Triana el cuerpo de un mozo. No ha debido tener noticia de ello porque fue llevado a las dependencias de la hermandad de la Caridad, y se informó al alguacil que tiene las competencias en el puerto. Este informó a su vez al asistente tras el examen que del cadáver hizo el doctor Franco, a quien vuestra merced sin duda conocerá. El caso es que fue identificado de inmediato por el beneficiado, aquí presente, como uno de los antiguos cantorcicos de la catedral, desaparecido de ella desde hace ya un año. Había sido maltratado, torturado y finalmente asesinado, sin duda poco tiempo antes de que su cuerpo acabara en el río. Había tenido también relaciones sexuales contra natura, y parece que a menudo. Estaba atado de pies y manos, y para matarlo le habían dado garrote. Ayer se le enterró. Tenemos la encomienda del señor asistente, tanto el padre Pacheco como yo mismo, de averiguar qué ha podido suceder y de apresar con su ayuda a quien haya podido asesinar al mozo. Y no me tranquiliza haber contemplado la escena que acabamos de ver: quiera Dios que el sobrino del doctor Carpio no haya seguido su triste destino.

Martel dejó sobre la mesa una pequeña pluma de ave que había estado afilando con un cuchillo, y mirando con interés a sus dos visitantes, respondió al jurado:

—Jurado, beneficiado… esto que les voy a contar exige igualmente su absoluta reserva. Yo acabo de llegar a este cargo en el que vuestras mercedes hoy me ven, pero Herrera, el alguacil anterior, me ha puesto al día sobre lo que podría encontrarme tras ocupar su plaza. Verán: él me ha contado cómo, de vez en cuando y sin regularidad alguna, se han encontrado algunos cuerpos, tanto en el río como en la orilla, que habían sido muertos del modo que vuestra merced me dice. Alguno de ellos ha llegado, llevado por el agua, incluso más lejos: a los meandros anteriores a las islas, aunque ya eran apenas reconocibles. Nunca se les ha visto del puerto camaronero hacia la puente: siempre se les ha hallado pasado de largo el convento de los Remedios. Son, en general, personas a quienes nadie conoce; algunos efectivamente mozos, y como dice, habían practicado igualmente con ellos la sodomía: alguno tenía el ano incluso desgarrado. Solo pudimos identificar a uno de ellos, un conocido tahúr a quien habían metido una baraja de cartas en la boca hasta bien entrada la garganta, y dado también garrote. Por lo que me dice, el caso de este mozo puede ser uno más de los que les hablo.

En ese momento intervino Pacheco:

—Señor alguacil, es muy grave esto que nos está diciendo. Lo que me

extraña es que no haya trascendido. ¿Cómo han logrado que esta noticia no se haya propalado por la collación? De saberse, incluso los habitantes del barrio podrían rebelarse.

—Padre, como sabe esta collación es, de suyo, siempre peligrosa: no es de extrañar que cada mañana aparezca alguna garganta rajada. Juego, deudas, mujeres, reyertas… y la impunidad, desgraciadamente, suele ser la norma. Aquí nadie habla y nadie ve. Es cierto que hay gentes que procuran recogerse antes en sus casas; y que mozas y mozos suelen ir en grupos, protegiéndose unos a otros. Esto evidencia que aquellos a quienes se han encontrado no suelen formar parte de la población que ha residido siempre aquí: en general, como les digo, son todos desconocidos. Se ha llegado a batir la zona en donde han aparecido los cuerpos, pero sin resultado. Muchas de esas huertas y fincas suelen estar vacías, ocupadas si acaso por caseros o criados las más grandes, con dueños que si pasan por ellas lo hacen ocasionalmente. Se ha llegado a pensar que incluso algunos de los cuerpos pudieran proceder de los barcos que van en busca de Sanlúcar.

Medina, que se había incorporado a medias en su asiento, cada vez más interesado en las palabras de Martel, terció seguidamente:

—Necesito, alguacil, un informe escrito de todo lo que nos está diciendo: puedo prometerle que solo lo verá el señor conde de Priego. Pero creo que estos hechos son tan importantes que no debe desconocerlos.

—Jurado, el conde sin duda debe saber ya de estos sucesos. El doctor Liébana había pedido a cada uno de los alguaciles un informe sobre los casos resueltos o sin resolver del último año, y me consta que pocos días atrás los recibió de mano de Herrera. Puedo, si quiere, decir a uno de mis escribientes que le haga una copia. Y por supuesto me pongo a su disposición para lo que necesite.

—Quedo muy agradecido, alguacil. Hoy mismo le mandaré a un criado para que recoja esos papeles. Nos marchamos ahora, pero sin duda volveremos en breve a verle de nuevo, y a consultar con vuestra merced nuestros avances. Le encomiendo la búsqueda del sobrino del doctor Carpio; no vayamos a sumar otro cadáver a esta terrible lista. Padre, vámonos: hemos de cruzar de nuevo a Sevilla, porque he de presentar mi informe ante el señor asistente. Martel, gracias por su generosidad y su atención. Nos veremos pronto.

Salieron con rapidez Medina y Pacheco; había mucho que hacer y la investigación apenas había comenzado. Pero los pesquisidores ya tenían algo sobre lo que trabajar. Seguirían tirando del hilo, como Teseo, a ver si finalmente pudiera llevarles hasta la bestia oculta, hasta ese feroz e implacable Minotauro.

***

El asistente había quedado hondamente preocupado tras recibir las noticias que Medina le llevaba: pidió a uno de los escribanos municipales que le hiciera llegar el informe de Herrera, el alguacil saliente de Triana, y mientras Medina le contaba lo que había averiguado, el conde leyó despaciosamente las páginas en las que Herrera le daba cuenta, cuando menos, de la existencia de uno o varios matadores que llevaban operando, si bien con algunos intervalos de tiempo, en la collación desde una larga data. Priego se levantó de su asiento aún con los papeles en la mano, se asomó a la ventana desde la que dominaba la plaza de San Francisco, llena de público —entre otros, una larga recua de arrieros que abrevaban sus bestias en el pilón central de la plaza, y que habrían llegado desde lejos— y pensó en los muchos riesgos que las gentes corrían en una ciudad tan grande y peligrosa como era Sevilla. La comisión que le había encomendado el rey no era, sin duda, fácil. Pensativo, dejó el breve legajo sobre su mesa, al lado del candelabro de bronce que iluminaba sus decisiones y resoluciones:

—Como imaginará, Medina, esto hace que debamos proceder con mayor urgencia. ¿Y dice que otro mozo ha desaparecido?

—Efectivamente, señor. Se trata del sobrino del inquisidor Carpio: la otra tarde salió a las calles y no ha regresado a casa. Tampoco ha dado noticia de su paradero. La familia está muy inquieta e intranquila: piden al alguacil una batida por Triana, para buscarlo o para hallar a alguien que haya podido verlo.

—Sodomía... como bien sabe, la práctica de este pecado en esta Babilonia que es Sevilla es más común de lo que quiere admitirse: los marineros de las flotas, los prostitutos que operan extramuros, sobre todo en el entorno de la Huerta del Rey. Se habla incluso de que hay personas principales implicadas en estas prácticas. Bien, parece que ahora tenemos un nuevo lugar donde suponer que puedan llevarse a cabo, ¿no, Medina? Parece que pasada Triana o en su entorno hay algún lugar en dónde, con sigilo por lo que podemos pensar, se cierran tratos de este tipo. Es posible que algunos de esos negocios salieran como no debían, o que los juegos a los que estos mozos pudieran jugar acabaran mal para ellos. No lo sé. Pero quiero este problema resuelto antes de que llegue el rey, como ya sabe, jurado: tome este billete y hágaselo llegar al alguacil de Triana. En él le ordeno que le preste toda la ayuda posible. Ah, Medina: y es prioritario, ¿entiende? prioritario, que den con el mozo desaparecido, el sobrino del inquisidor. No podemos tener al Santo Oficio en nuestra contra. Ahora puede marcharse, pero siga teniéndome informado.

Medina se inclinó brevemente, tomó el billete, buscó a uno de los

criados que servían al cabildo de jurados y le encomendó, dándole algunas monedas, que lo hiciera llegar de inmediato a Martel, con el aviso de que pasaría de nuevo a verlo. En la puerta del ayuntamiento, esperándole, estaba el beneficiado Pacheco. Enterado por Medina del contenido del informe del alguacil, y del interés explícito que el asistente había tomado en el asunto, Pacheco ofreció a Medina desplazarse esa misma tarde a Triana de nuevo para hacer sus propias averiguaciones:

—Pasaré a ver al inquisidor Carpio, para saber si hay novedades. Y también me acercaré a la parroquial de Santa Ana: tengo un buen amigo allí, el racionero Francisco Vázquez. Es hombre curioso, que conoce todo lo que hay que saber de lo que ocurre en la collación. Le preguntaré, a ver qué puede decirme. Tranquilo, es hombre discreto. Será casi un secreto de confesión —Medina asintió—. Ahora, con su permiso, marcho de aquí: ayer me cité a lo largo de esta mañana con el maestro Mal Lara en el taller de Tortello, el maestro mayor, que están ajustando los triunfos y las figuras que habrán de colocarse en la entrada del rey nuestro señor, y les llevo algunos textos. Le dejo, pues: pase mañana temprano por mi casa, cuando termine de oficiar la misa diaria en la capilla de San Pedro. Allí podré contarle aquello de lo que haya podido enterarme.

Tomando con brío su atiborrado cartapacio, y despidiéndose de Medina con una formal pero amistosa inclinación de cabeza, Pacheco comenzó a navegar en medio del mar de gentes que abarrotaba la plaza, evitando a los aguadores, cuchilleros, tahúres, esclavos moriscos y negros herrados y sin herrar, pícaros y alguaciles, obreros que montaban unos elevados andamios para la venida del rey, religiosos del vecino convento de San Francisco, litigantes que se acercaban a la vecina casa cuadra, donde se ubicaba la Audiencia Real; y con la mano libre se recogió sotana y manteo para no ensuciarlos con las inmundicias, excrementos y charcos de orines que hacían de su cuidadoso avance una travesía, desde luego, casi tan peligrosa como la búsqueda del despiadado asesino en la que se hallaba, al igual que Medina, inevitablemente implicado.

***

Benvenuto Tortello era un hombre de baja estatura, pero aún fuerte y musculoso. Su pelo rojizo, ya veteado de canas, todavía era abundante; y su gorra negra trataba inútilmente de contener una maraña de rizos prietos y espesos. Tortello había nacido en 1533 en Chiari, Brescia, de una familia de entalladores y escultores, y trabajado como escultor y arquitecto en lugares como Montecassino o Nápoles, colaborando con Perafán de Ribera, duque de Alcalá, en la

erección de diversas fortificaciones en las costas del virreinato napolitano. En septiembre de 1566 había partido para España, con la comisión del duque de renovar su palacio sevillano y su fortaleza de Bornos, además de organizar su extraordinaria colección de esculturas clásicas. Ya en Sevilla, en 1569 había sido nombrado maestro mayor de la ciudad tras la muerte de Hernán Ruiz el joven, y por aquel entonces también colaboraba con Mal Lara en la decoración de la galera real, la *Argo*. Era precisamente con el anciano maestro sevillano con quien Tortello, en medio de la confusión y el tráfago de su taller, por el que pululaban como en un hormiguero pintores, tracistas, escultores, oficiales, artesanos y aprendices, departía amigablemente en el momento en el que Pacheco, sofocado por el calor que ya comenzaba a hacerse sentir a esas horas y por las prisas con las que había recorrido el camino hacia el obrador, entraba en este último.

Al entrar el beneficiado vio las grandes tablas de madera que, posteriormente ensambladas, conformarían para el rey, en forma de arcos triunfales, la heroica visión de una Sevilla eterna; los moldes para rellenarlos con el papelón que construiría, como una ilusión de antiguos mármoles o de exóticas maderas, a los semidioses de la antigüedad; y los dibujos, que después se pasarían al panel, de los lugares de su alfoz: Lebrija, la Puebla, Sanlúcar la Mayor, Coria, Castil de las Guardas… en una de las esquinas de la sala, se ensamblaba con cola y con crin un elevado monte Parnaso, y en otra se pintaban con ricos y abigarrados colores las armas de la monarquía; una Victoria emplumada y recubierta por una armadura dorada relucía entre el polvo de yeso y el serrín, y los santos de la ciudad —santa Justa, santa Rufina, san Leandro y san Isidoro, san Hermenegildo...— esperaban, inertes y pacientes, ser sacados de los moldes y terminados por los oficiales que les dieran los necesarios retoques para ubicarlos, pintados en tonos de bronce, en los arcos una vez estos últimos se concluyeran. En otro rincón, varios pintores y calígrafos pasaban a la letra las empresas y lemas que habían diseñado y redactado Pacheco y el maestro Mal Lara.

Al humanista y al maestro mayor se acercó el beneficiado, saludando con afecto y cortesía a ambos, y dejó en manos de Tortello la pesada carpeta en la que llevaba por escrito un buen número de estrofas y de versos latinos que habrían de ubicarse a lo largo de las paredes de los arcos, convenientemente decorados con guirnaldas y cenefas cuidadosamente pintadas:

—Buena mañana tengan vuestras mercedes. Aquí le dejo, *signor* Tortello, casi todos los textos que faltaban: espero concluir el resto en breve. Veo que los trabajos están muy avanzados.

—No se sorprenda vuestra paternidad, ya que además de que llevamos varios días de faena previendo la respuesta afirmativa del

rey a la petición de la ciudad, ayer tarde mismo di la orden de interrumpir los trabajos en la *Argo* y de traer a todos los operarios y oficiales a este taller: las faenas en la nave están muy avanzadas, y el rey podrá verla casi terminada. Pero la verdadera urgencia estaba aquí, en las decoraciones para adornar el camino del rey desde la puerta de Goles hasta la plaza del duque de Medina, y de allí a la iglesia mayor. El trecho es largo, y hemos de lograr en muy poco tiempo resultados que en otra ocasión nos hubieran llevado meses y no días. Los costes, claro, se han disparado: y veremos si salen las cuentas. Por lo pronto, aquí tengo, como verá, a un numeroso personal que ahora mismo trabaja a destajo. El rey, como saben, es de sobras erudito: dicen que se fija en todo, y no quisiera tener ningún motivo de vergüenza que le enoje. Pero acompáñeme, padre: quisiera mostrar a vuestra merced y al maestro cómo van de adelantados los trabajos para la entrada de su majestad.

Obedientemente Pacheco y Mal Lara siguieron a Tortello, que se movía ágilmente entre maderas, pinturas, herramientas, paneles y estatuas y bustos inconclusos, completamente ajeno a los ruidos y al bullicio de un taller que estaba en plena efervescencia. Evitando los obstáculos y echando a un lado a los operarios, el maestro mayor comenzó un recorrido en el que, poco a poco, fue mostrando a ambos visitantes los diseños que, dibujados en grandes hojas de papel ya dobladas, arrugadas y manchadas de pintura, colocadas por las mesas y las paredes de la sala, iban tomando forma en las expertas manos de los artesanos:

—Abrirá el paso de la comitiva real este gran arco tripartito que se abrirá a la puerta de Goles y a la calle de las Armas, por donde entrará el rey a la ciudad, justo al lado de las antiguas casas de Hernando Colón: representa el monte Parnaso, donde moran Apolo y las Musas, que serán cantores y coronarán la fábrica ricamente vestidos; y entre las pilastras irán colocados los bultos de don Fernando el Católico, el emperador Maximiliano, el césar Carlos y el archiduque don Felipe, todos ellos decorados con guirnaldas y con las leyendas y textos alusivos que vuestras mercedes han realizado. Allí están trazando los pintores sobre los lienzos que formarán las torres con las que se adornarán los lados del arco, y ya están sacados los moldes de las grandes estatuas de papelón que irán pintadas de bronce, y que semejarán a Hércules y al río Betis —Tortello se detuvo, y escupió en el suelo un salivazo inusualmente blanco, debido a todo el polvo de yeso que llevaba tragando durante la agotadora jornada—. Como saben, el deterioro de la muralla por aquella parte nos obliga a cubrirla con lienzos y paneles, en donde se ubicarán concertadamente las representaciones de los lugares y tierras de Sevilla, dando principio en Lebrija y concluyendo con Alcalá del Río: allá pueden ver a los

operarios, que las están pintando. Otro arco pintado se colocará antes de llegar a la propia puerta, representando la bienvenida que le da Sevilla a su rey y señor: la ciudad estará figurada como una matrona a la romana, teniendo como su pareja al otro lado a la Victoria, y el arco estará coronado por la imagen del rey don Fernando III, de tan santa memoria, y a sus lados san Isidoro y san Leandro, con santa Justa y santa Rufina —aquí, Tortello se desplazó con una agilidad pasmosa hacia su derecha y siguió mostrando a la pareja sus diseños, esquivando a los aprendices que cargaban un pesado tablón—. Vean en este alzado cómo se va a revestir la puerta de Goles, repintándola y hermoseando su fábrica. Por último, ya en el Ayuntamiento, se colocarán unas tribunas que faciliten la vista del público trazadas a semejanza de mármol, decoradas con las armas reales, que hoy mismo se han comenzado a montar en la plaza de San Francisco. Sé que el cabildo catedral está también realizando otras obras para adecentar las puertas, y en particular la del Perdón, por donde entrará don Felipe.

Pacheco y el maestro quedaron muy favorablemente impresionados ante el volumen y la calidad de los trabajos realizados por Tortello, mirando con interés la laboriosa colmena en donde se afanaban los artistas. En ese momento, sin embargo, sonaron las campanas de la torre mayor dando la hora, y apresuradamente, mesándose la barba como era en él gesto habitual, se despidió Mal Lara:

—Puede quedar tranquilo, maestro: su trabajo, y puedo asegurarle que el del beneficiado Pacheco y el mío propio son impecables, aunque esté mal decirlo. Ni siquiera el maestro Arias Montano, el eruditísimo bibliotecario de su majestad, hallaría falta alguna en nuestras propuestas. Quedo muy tranquilo por lo que aquí estoy viendo: así se lo haremos saber ambos al factor Duarte, al veinticuatro Bartolomé de Hoces, el obrero mayor, y a toda la comisión municipal, a quienes vamos a ver seguidamente. Pacheco —y Mal Lara se volvió hacia el clérigo—, hemos de ir a la Contratación a informar de los avances en los preparativos del recibimiento. Nos esperan allí, con los armadores y los maestres de nao de la flota, para darnos razón de cómo será, finalmente y si no hubiera imprevistos, la llegada del rey. Maestro Tortello, una vez terminado será algo espléndido. Señor beneficiado, si venís conmigo…

Inclinándose ambos ante el maestro de obras, dejaron a Tortello cubierto del polvo de yeso que casi hacía irrespirable el aire de la gran sala, mientras alzaba la voz para reprender a dos aprendices que trataban descuidadamente uno de los delicados moldes; y bajando las escaleras hacia el patio y finalmente a la calle, ambos intelectuales, apresurados —uno delgado, magro y escueto, con sus piernas como palillos y el otro rotundo y en comparación incluso orondo, en una

imagen que a un espectador poco avisado pudiera incluso haberle resultado cómica— siguieron su camino hasta la no muy lejana casa de la Contratación.

***

El resol que entraba por la ventana del cuarto de la gran casa de la collación de San Martín, pese al gran esterón de esparto que trataba de impedir el paso de la luz, hizo que el caballero se volviera en su lecho, que tenía las cortinas abiertas, y se tapara la cabeza con una de las almohadas que, desperdigadas entre la cama y el cuarto, daban fe de la noche que había pasado con Gila de Ojeda. Poco a poco, los ruidos de la casa —los pasos de los criados en la galería, el rumor de la fuente del primer patio— terminaron de espabilarle, haciendo que se incorporara, incómodo. La noche anterior había merecido la pena: desde que la conoció, había advertido —y él era un buen conocedor del género humano— su necesidad, su ansia, por conocer de verdad la vida.

Y eso era lo que él le ofrecía, todas las noches en las que la mujer, hambrienta y sedienta de una vida que siempre había deseado y nunca tenido, venía a su casa. Una breve, pero incómoda erección se hizo presente al recordar algunos de los muy íntimos momentos pasados, aunque inmediatamente la redujo restregándose en la cara el agua fría de una palangana de plata que estaba colocada en una mesa de madera y forja al pie de la cama. El ruido alertó a un esclavito que esperaba en la puerta, listo para atender a su señor desde el primer momento del día, y que abriendo la puerta dejó pasar a dos criados que, conociendo las costumbres de su amo, comenzaron a asearle cuidadosamente con dos grandes esponjas marinas, empapadas en agua caliente que traían en dos bacines. Mientras le aseaban y le vestían, otro criado entró con una jarra de vino dulce y una bella copa de cristal, fruta escarchada y confitada y unos dulces a la morisca de miel y almendras. En la bandeja había una breve nota: su amigo, el alférez Gonzalo Zatico de Molina le solicitaba que le recibiera a lo largo de esa misma mañana.

Ya limpio y seco, peinado y acicalado, el caballero se enjuagó la boca con un poco de vino y de agua, y mordisqueó apenas una pequeña naranja escarchada: no tenía hambre alguna. Mandó a los criados que le dejaran solo —luego harían el cuarto, cuando bajara— y que indicaran al mayordomo que estuviera listo para recibir a Molina cuando llegara, tomándole el caballo y llevándolo a la caballeriza mientras le hacían pasar del zaguán al patio.

Gonzalo Zatico de Molina —aún se hacía llamar así en 1570, aunque siete años más tarde ya habrá adoptado el nombre de Argote de

Molina— era por entonces un mancebo expansivo: con diecinueve años recién cumplidos, el generoso capital reunido por su padre, el jurado Gonzalo de Molina, le había permitido poder dedicar sus recursos y sus ocios a sus dos grandes aficiones: la historia y el coleccionismo.

Bien relacionado, y pese a su joven edad, ya poseía en sus casas de la calle de los Francos un singular gabinete de curiosidades, no muy numeroso pero sí de notable valor: raros y exquisitos libros manuscritos e impresos, caballos finos y de raza, animales disecados —algunos de ellos tan extraños como un armadillo procedente de las Indias—, monedas y medallas, minerales y piedras raras, armaduras antiguas y modernas realizadas por algunos de los mejores armeros de Europa, además de pinturas —destacaba entre ellas su colección sobre las historias de la mitología griega— de gran mérito: de hecho, tenía previsto encargar en breve, tras recibir el buen consejo de su amigo el caballerizo real don Diego de Córdoba, una buena colección de cuadros de pequeño formato nada menos que a Alonso Sánchez Coello, el pintor del propio rey, que representaran a varios monarcas, cortesanos y eruditos.

Todas estas obras y curiosidades estaban reunidas en unas habitaciones de sus casas, una cámara de las maravillas que se abría a una puerta en cuyo frontispicio se encontraba un alegórico fresco pintado en la pared: un águila cazadora con una cierva muerta a sus pies, y el lema *«Tengo lo que doy»*, en elaboradas letras latinas. Dentro, un par de cientos de piezas notables se exhibían y albergaban en pulidas, enceradas y cuidadas estanterías realizadas con maderas nobles.

Era este joven erudito quien en ese momento entraba en casa de su amigo, con la naturalidad que dan la confianza y el mucho trato: dejando a un lado la danza de columnas de mármol que rodeaba el bello patio, arreglado hacía algunos años para cambiar los pesados pilares mudéjares por gráciles columnas genovesas y una sencilla y funcional alberca por una elegante fuente de mármol labrado, Molina, menudo y delgado, con un rostro alargado en el que destacaba una potente nariz aguileña y unos ojos claros y curiosos, vestido elegantemente con unas ropas en tono verde oscuro con las vistas negras, entró en el estrado en donde se hallaba, esperándole, el dueño de la casa:

—¡Mi muy querido amigo! ¡Noticias, traigo noticias! E importantes. Aguardad, me siento con vos y os cuento.

No extrañó a su interlocutor la vehemencia con la que Molina había irrumpido en la habitación, ya que era su habitual costumbre. Sin necesidad de hablar, el caballero le señaló una silla de vaqueta a su lado, mientras llenaba de un fresco vino aromatizado de Cazalla dos

copas venecianas —que formaban parte de un cargamento que tiempo atrás había recibido de Freire— y esperó a que el incansable torrente de palabras de Molina dejara de fluir:

—Como bien sabéis, su majestad el rey llegará a Sevilla en los últimos días del mes o en los primeros del próximo: el otro día me encontré a mi amigo el beneficiado Pacheco —que como sabéis, es consumado erudito y latinista— y me dio cuenta cumplida de los grandes esfuerzos que se están realizando para desarrollar los actos del recibimiento acordes a la gran riqueza y dignidad de nuestra ciudad —Molina bebió, casi de un trago, la delicada copa y reclamó a su anfitrión más vino—. Es el caso que hoy, de primera mañana, me ha llegado por la posta una carta de mi buen amigo don Diego de Córdoba, en la que me indica el interés que tiene don Felipe por conocer mi colección: según me dice don Diego, le habló un día al rey de ella; y hace unos días, cuando ya se había decidido la visita a la ciudad, el rey se lo recordó y le manifestó la gana que tiene de verla personalmente. Don Diego me comunica la visita real, que será de incógnito uno de los días en los que esté en la ciudad, y aunque me ruega la más absoluta discreción al respecto, no he podido evitar venir a contaros la feliz noticia: querido amigo, sé que sois de sobras discreto y que no contaréis a nadie esta nueva que acabo de daros, pero es que tenía que compartirla con alguien —Molina se secó el sudor que bañaba su frente, y se recostó en la silla mientras parecía que se le acababan las fuerzas, tal era su emoción. Su anfitrión le miró con interés, y secando los labios con una bella servilleta de hilo que había tomado de la bandeja sobre la mesa, una rica obra de piedras duras florentinas, le respondió amigablemente:

—Querido Gonzalo, os felicito: es todo un acontecimiento para nuestra ciudad la visita del rey, y desde luego es una magnífica noticia que su majestad visite vuestra casa. La colección, que como sabéis conozco bien —recordaréis que en su momento os regalé una o dos piezas raras para ella—, lo merece. Es motivo de alegría poder recibir al rey nuestro señor, y más aún si va acompañado de algunos de los grandes y caballeros que harán la jornada desde Córdoba con él: bien vale sin duda vuestra excelente colección una visita regia.

Molina, recostado en la silla, casi ronroneaba de placer: la noticia, y la notoriedad que ella le conferiría, le permitirían recibir un reconocimiento que en esa siempre difícil Sevilla estaría al alcance de muy pocos. Por ello, cuando su amigo le realizó un ruego —una solicitud que pareció surgir espontáneamente—, no pudo negarse a darle una resolución favorable:

—Quisiera rogaros, querido amigo, poder estar en la visita real con vos. Me mantendré apartado, pero sería un honor para mí y para mi casa poder acompañar al rey en la visita a vuestra colección. Os ruego

que le habléis a don Diego de mi intención cuando fijéis los términos de la visita de don Felipe, Dios le guarde, para poder estar presente en vuestra casa en ese día.

—Por supuesto, eso ni lo dudéis. No poco os debo, a vos y a vuestra familia. Siempre me habéis tratado con gran consideración y amistad, y ahora es un buen momento para demostraros mi agradecimiento y el mucho afecto que os profeso. Descuidad, que en lo que de mí dependa no dejaréis de acudir a mi casa cuando venga el rey. Pero os ruego, de nuevo, la mayor reserva.

—No esperaba menos de vos, y quiero agradeceros con un presente la consideración que tenéis conmigo —Molina protestó, afirmando que nada quería como regalo de su anfitrión, aunque sus ojos se agrandaron con verdadera ansia cuando este le entregó un libro muy antiguo que había tomado de su muy selecta y rica librería—. Mirad, se trata de una copia muy antigua y manuscrita de la obra del infante don Juan Manuel, la que escribió con el título del *Libro de Patronio*, también llamado por algunos conocedores *El Conde Lucanor*. Creo que estará mucho mejor en vuestras manos que en las mías. Quizá incluso, una vez leído, podáis estudiarlo y después darlo a las prensas para que otros puedan leerlo.

Argote miraba arrobado el obsequio: ya no podía negarse de ningún modo a que su generoso amigo estuviera presente en la visita real. El caballero, percibiendo claramente que con ese regalo la balanza se había inclinado definitivamente en su favor, sonrió ampliamente, palmeando con afecto el brazo de Molina: tenía, y sin esperarlo, muy buenas noticias que transmitirle a Freire. Tan buenas, que de hecho estaba pensando en dar una nueva vuelta a las condiciones de su sociedad en común. Esta noticia valía su peso en oro; precisamente, el oro que —si sabía bien lo que le convenía— Freire iba a pagarle por tan sobresaliente novedad. Y solo le había costado un viejo libro.

***

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, cerca de las casas donde el Corzo ya se aprestaba a recibir en breves días al cardenal Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla y uno de los hombres más poderosos del reino, se reunía en la casa de la Contratación la comisión municipal presidida por el veinticuatro Bartolomé de Hoces con el factor Duarte, el maestro Mal Lara y el beneficiado Pacheco. Al inicio de esa reunión, aunque posteriormente se marcharían de ella, asistían también los capitanes y maestres de las naos surtas en el río —había fondeadas noventa y dos a lo largo del cauce— que se estaban aprestando para su partida hacia Canarias y después a las Indias en los primeros días de mayo, ya que la partida se había retrasado por el

recibimiento real, puesto que el rey, navegando por el cauce del Guadalquivir en una falúa, habría de verlas, apreciarlas y revistarlas: y era cosa bien sabida que nada escapaba al ojo atento del segundo Felipe. Por ello, Duarte había ocupado una pieza de tamaño considerable, la sala del Almirante, presidida por una mesa de buen tamaño en la que los comisionados estaban sentados ante la pequeña multitud de marinos y de navegantes que esperaban con expectación novedades. Duarte se levantó de su asiento y tomó la palabra, ahuecando la voz y reclamando silencio:

—Señores, sepan vuestras mercedes que en la visita con la que su majestad el rey ha decidido honrar a nuestra ciudad, don Felipe navegará por el río y posteriormente recorrerá su orilla para entrar en la ciudad por la puerta de Goles. Con el fin de que el rey pueda desplazarse con libertad por el cauce, se desmontará el centro del puente de barcas que comunica Sevilla y Triana, montándose de nuevo posteriormente. Como suponen, la flota debe estar compuesta y ordenada, los barcos limpios y adornados con banderas y gallardetes, y la pólvora dispuesta para las salvas que se dispararán para recibir al rey. Los barcos deberán estar bien pintados, para que luzcan ante su majestad como deben, y aquellos que lo necesiten serán igualmente calafateados. Acaba de confirmarme el veinticuatro Bartolomé de Hoces que ayer el cabildo acordó liberar fondos para este fin. Como el tiempo que hay no es mucho, será necesario retirar de la vista a aquellos buques para los que no haya tiempo de poner el debido remedio. Les ruego que procedan a organizar sus naos según esta orden, y si tienen alguna pregunta o consulta los oficiales de esta casa, que ya están avisados, atenderán a vuestras mercedes con el mayor gusto. Se trata de una visita de la máxima importancia: la ciudad mostrará sus mejores galas, y la flota no puede hacer menos que eso. Les ruego ahora que salgan con orden de la sala: los comisionados tenemos aún mucho trabajo por hacer. Como apreciarán, todos tenemos el mismo interés en que este negocio salga todo lo bien que se requiere. Queden con Dios y pongan manos a la obra.

El zumbido, como de una colmena, del numeroso grupo de marinos que salían de la sala para adentrarse en los pasillos de la casa con el fin de ajustar con los oficiales los costes y gastos que iban a suponerles los aderezos y reparos de las naos, dejó de oírse una vez los ujieres cerraron las puertas que daban al patio presidido por la fachada de los palacios construidos por don Pedro de Castilla, el Justiciero, como el rey deseaba que se le llamara, pues el mote del Cruel le parecía impropio y poco respetuoso para un monarca. Duarte ya se había sentado, y tomó de nuevo la palabra ante los comisionados, indicando a un secretario sentado en una mesilla contigua que tomara nota de todo lo que fuera a tratarse en la reunión:

—Efectivamente, señores, como les he dicho a los capitanes y los maestres, ayer el cabildo acordó pedir al banco de Pedro de Morga algo más de nueve mil ducados para poder afrontar los costes de la real visita. El veinticuatro Hoces y los miembros de la comisión municipal me lo han confirmado antes de esta reunión, así es que una preocupación que teníamos, que era de dónde iban a sacarse los recursos para pagarlo todo, ya está, al menos en parte, resuelta. Aunque es seguro que luego las cuentas harán lo que el río, salirse de madre; esperemos que no nos ahoguen. Señor obrero mayor, le escuchamos.

Hoces tomó la palabra para explicar los últimos acuerdos municipales, que incluían la solicitud de financiación para las fiestas al banco de Morga. No se hallaban presentes todos los miembros de la comisión, puesto que con Hoces se hallaban solamente tres capitulares: García de Céspedes, Melchor Maldonado y don Pedro López Portocarrero. Otros veinticuatros, como el marqués de la Algaba, don Fernando Enríquez o don Manrique de Zúñiga habían excusado su ausencia porque precisaban ocuparse de diversos preparativos propios y de importancia del recibimiento, como era el caso de Zúñiga, que habría de hospedar al rey —y quería hacerlo magníficamente— en su hacienda de Bellaflor, en las afueras de Sevilla. Seguidamente, Mal Lara y Pacheco dieron cuenta a los presentes de los avances en los trabajos que se habían comisionado al maestro Tortello: su decisión de interrumpir los trabajos en la galera real y de desviar a todos los operarios a su taller para elaborar a tiempo los arcos, los paneles y las decoraciones había sido muy acertada. Todo, al parecer, estaría a plena satisfacción. Las cosas, pensaron los comisionados una vez se dio fin a la reunión, iban por fin saliendo tal y como debían.

***

El jurado Medina estaba solo, tras tomar una escueta colación de media mañana, en el despacho de sus casas de la Judería, leyendo la copia del informe del alguacil Herrera que Luis Martel le había hecho llegar por medio de un criado. No era muy largo, pero en sus tres o cuatro hojas de apretada letra de escribano se adivinaba un abismo que le estremeció. Las apariciones de cadáveres llevaban ya algún tiempo produciéndose, algo más de tres años, aunque espaciadas en el tiempo. Algo le llamó la atención casi inmediatamente: los cuerpos solo aparecían cuando estaba amarrada en el puerto alguna de las dos flotas, la de Nueva España, que partía en abril, y la de Tierra Firme o de los galeones, que salía en agosto. ¿Tendría alguna relación la presencia de las flotas en Sevilla con los crímenes? No sería de

extrañar, ya que los desórdenes y los problemas —al igual que la riqueza que cargaban sus profundas bodegas— acompañaban habitualmente a los barcos; no sería, desde luego, extraño que existiera alguna relación entre ambos hechos. Otra posibilidad sería que el aumento de población que la ciudad experimentaba durante esos meses —gentes de paso, mercaderes que acudían al calor de los negocios, delincuentes y transeúntes de toda laya— pudiera explicar, o cuando menos justificar, la aparición de esos cadáveres en las aguas del río.

En total, según podía leer en las páginas del informe, antes de la aparición del cuerpo de Alexandro se habían descubierto ocho cuerpos más: seis eran de niños o de mozos, que en general —algunos cuerpos estaban en tan mal estado que su edad no podría asegurarse— nunca aparentaban más allá de doce o trece años; otro el del que sin duda era un tahúr a quien le había salido mal su última partida, asfixiado con una baraja de cartas de las que se imprimían en la calle de la Sierpe; y el último era el de una joven negra. A todos ellos les habían matado de igual modo, a garrote, no sin torturarles previamente con un mayor o menor grado de saña.

El jurado se levantó de la silla y anduvo brevemente por la pieza. ¿Quién podría tener la necesidad de acabar con las vidas de otros de esa manera? La crueldad gratuita, la tortura, el ensañamiento que se traslucían de las escuetas pero precisas notas del escribano que había dado fe de los hechos mostraban claramente a Medina que se hallaban ante un criminal —o varios, aún no podría asegurarlo—, que, libre y suelto por las calles de la ciudad, hacía de las suyas con toda libertad y sin remordimiento alguno. El porqué —tenía que haberlo, sin duda— era lo que se le escapaba.

Tomando asiento de nuevo, papel y pluma, Medina hizo un breve croquis para extraer aquella información que percibía relevante del frío informe: las muertes habían comenzado en torno a 1566, y el primer cadáver aparecido había sido el de la mujer, al que apenas se le dio importancia: nadie reclamó el cuerpo, el de una esclava herrada pero bien cuidada y atendida. En los años siguientes los restos fueron apareciendo en unas fechas que no tenían relación alguna entre sí; aunque, como había advertido al principio de la lectura del documento, todas ellas coincidieran —como también era el caso de la esclava— con la presencia en el puerto de alguna de las dos flotas. Sin duda, había un motivo. Y una ocasión, y una necesidad. Pero tendría que averiguarlos. No, desde luego que no sería fácil.

***

Hacía ya calor a primera hora de la tarde, por lo que se agradecía la

sombra que proporcionaba el sucio toldo de lona —que alguna vez fue blanco— que cubría la barca que nuevamente le trasladaba a Triana. El beneficiado Pacheco tenía la intención de verse con otro clérigo, Francisco Vázquez, que poseía una ración en Santa Ana, y que conocía —bien por su oficio, bien por su continuada curiosidad— profundamente los entresijos de la collación en la que rendía un imprescindible servicio de cura de almas. El racionero le había citado en la casa de un vecino donde ese día había tomado la colación de media mañana: se trataba de Melchor de Horozco, apodado a sus espaldas como *el indio*, mercader residente en Triana pero natural de Huete y regidor de dicha ciudad, que vivía por entonces en la collación antes de volver definitivamente a su ciudad natal, tras haber pasado algunos años en las Indias, y que conocía tan bien o mejor que él los secretos del barrio.

Según sabía, Horozco quería también tratar con Vázquez algunas particularidades acerca de una fundación, una capilla y retablo dedicados a la Inmaculada Concepción que tenía la intención de dotar en la iglesia de Santa Ana; un concepto teológico que como bien sabía Pacheco era de suyo controvertido, por las pendencias que sobre él existían entre dominicos, por un lado, y franciscanos y jesuitas, por el otro. En fin… «esperemos —pensó— que esta necia controversia no desanime al generoso Horozco».

Andando con un vigoroso braceo que hacía arrebolarse al manteo ligero que había escogido de su arca debido al calor, el beneficiado rebasó la parroquia trianera y llegó a la calle del Espíritu Santo, en donde Horozco tenía su vivienda: una casa de buen tamaño, con un pequeño mirador torre sobre el río, en donde en ese momento se hallaban Vázquez y el mercader sentados a una mesa sobre la que había algunos panales de costoso azúcar y una fresca jarra de picante aloja —agua del río, algo de levadura, miel, jengibre, pimienta, canela, clavo y nuez moscada—, helada (lo que sin duda era un gran lujo) gracias a hallarse dentro de un gran lebrillo de barro lleno de nieve de la sierra de Granada adquirida en un vecino nevero, que iba poco a poco derritiéndose, y que llegaba a Sevilla con gran dificultad y con aún mayor coste. Pacheco había oído que en la corte se había puesto de moda beber helado, y que era el generalísimo don Juan uno de los mayores promotores de lo que ya se había convertido en una tendencia; pero ignoraba que en esta casa se siguiera tal moda. Sin duda Horozco era hombre de recursos, por lo que había podido ver de lo bien alhajado de la casa mientras que subía al alto: aunque claro, en esta ciudad no siempre las cosas eran lo que parecían.

—Buenas tardes tenga vuestra merced, señor beneficiado
—Horozco se había levantado presuroso a recibirle—. Venga, venga, tome asiento: aquí, al lado del racionero. ¿Desea una copa fresca de

aloja? Como verá, está enfriada con nieve. Si lo desea puede tomar un poco de hielo y echarlo en ella: el frescor, y más hoy que hace ya algo de calor, es delicioso. Habrá de servírselo usted mismo, lo que siento; pero no quería tener cerca esta tarde a nadie de mi servicio. Creo, por lo que me ha apuntado el padre Vázquez, que lo que le trae aquí puede ser un asunto grave y mientras menos oídos lo escuchen, mejor. Cuando guste puede hablar de ello, porque nosotros ya hemos acordado, y a gusto de ambos, el negocio que aquí traía al señor racionero. Como sabrá, quiero fundar una capilla en Santa Ana en agradecimiento por el buen fin de mis negocios en Indias, y según parece podrá hacerse finalmente, ¿no, padre Vázquez? Eso sí, mediante una generosa donación. En fin, bueno sea lo que bien acaba. Siéntese, siéntese y beba con nosotros.

Pacheco se sentó, y disfrutó de la espléndida vista que tenía ante sus ojos: el mirador le ofrecía, desde su elevada altura, una contemplación privilegiada de la orilla de enfrente. Apenas podía verse el Arenal, ya que los barcos de la flota, casi una centena en total, embarrancados en la arenosa playa y sobre los que los marineros estaban trabajando frenéticamente, se hallaban amarrados entre sí, de borda a borda, con sus velas plegadas y recogidas; a través de los aparejos, las vergas y los palos, el beneficiado podía apreciar los arrabales de la Cestería y del Baratillo, llenos de vida, que se asomaban al puerto: de ellos salían en ese momento hacia las naos varias carretas cargadas con barriles y grandes cajas, quizás llenas de todo tipo de mercaderías para vender en Indias, ropas de seda o lana, libros, vinos de Guadalcanal, Cazalla o Alanís. Surcaban las aguas del río una galera y una galeaza, y el olor repugnante de los galeotes, mugre y sudor acumulados durante meses, afrentó el olfato del beneficiado cuando la suave brisa lo hizo llegar hasta su nariz, mezclado con el de las hogueras que quemaban las basuras, los animales muertos, el agua estancada, los alimentos podridos y los excrementos, aunque también podía percibir entre el hedor una discordante nota de perfume. En la banda de Triana, ocupados operarios calafateaban ya algunos de los buques de la flota, dañados por las numerosas travesías atlánticas.

Por el Arenal, entre los gritos de las gaviotas y los ladridos de los perros callejeros, paseaban caballeros montados en espléndidas bestias, mendigos y lisiados importunaban a los viandantes solicitando su caridad y un coche de mulas bellamente enjaezado rodeaba cuidadosamente el Malbaratillo dejando atrás las Atarazanas, donde prontamente habría de terminarse la galera real que —ojalá— permitiera una gran victoria de la Liga Santa frente al turco. La muralla ya era apenas reconocible por la gran cantidad de casas que habían ido adosándose a ella: la ciudad crecía día a día, y los propietarios inmobiliarios aprovechaban cualquier resquicio para

edificar viviendas para los muchos recién llegados. El ruido, el tráfago y el polvo de las obras estaban presentes en todas las collaciones de Sevilla, en donde se levantaban de continuo casas y corrales para tratar de cubrir la enorme demanda de habitación.

Sobre todo ello señoreaba la iglesia mayor, que se imponía a las otras iglesias y conventos con su enorme presencia: San Francisco, San Pablo, Madre de Dios, Santa María de Jesús, San Ildefonso, San Isidoro, la colegial de San Salvador… y la torre. La gran torre, blanca y roja —blanca por la limpia claridad de la piedra con la que se había levantado el cuerpo de campanas, y roja por la oscura almagra de la que se había teñido el ladrillo de la fábrica almohade—, que destacaba como una inmensa atalaya sobre el gran hormiguero de la ciudad, recién coronada por su nuevo cuerpo de campanas, adornado por las leyendas que él mismo había redactado o escogido, y por su gran giganta de bronce, que acababa de ser dorada y que reflejaba, gloriosa, la luz del sol de la primera tarde. Era, sin duda, todo un espectáculo. Pero dejándolo desganadamente de lado —se hubiera quedado horas contemplando la vista—, Pacheco miró a sus interlocutores y lanzó una sencilla pregunta:

—Lo que les voy a decir ahora no puede salir de este lugar. ¿Tienen noticia vuestras mercedes de las gravísimas cosas que están pasando en la collación de Triana?

***

Horas después, y ya casi anocheciendo —Vázquez se había ido hacía un rato a celebrar las vísperas en la parroquia y Pacheco se había marchado con él—, el beneficiado salió de la casa del inquisidor Carpio, a donde había ido tras dejar la de Horozco: la visita desde luego había merecido la pena, por toda la información que el mercader y el racionero le habían aportado. En casa de Carpio, por el contrario, reinaba la desolación más absoluta: el anciano inquisidor, empequeñecido y devastado por la desaparición de su pequeño sobrino, apenas pudo articular en su presencia dos palabras razonables. Desazonado tras tan triste experiencia, se encaminó de nuevo a la orilla para tomar otra barca que le llevara a la torre del Oro, ajeno a lo que en esos momentos estaba pasando en una alejada hacienda, entre Tablada y el río.

Esa tarde, Henrique Freire había bajado con uno de los negros a ver la captura que habían hecho el otro día: un mozo bien parecido, con una crencha alta en el pelo, que no era de demasiada edad y parecía bien formado, de tez blanca y pelo castaño claro. Los negros que lo cogieron lo habían encerrado en uno de los sótanos en donde se guardaba el aceite con el que se llenaban las grandes tinajas de barro

encastradas en el suelo: le habían dejado manos y piernas libres, porque no querían estropear el delicado género, y la vieja negra que había asistido al suplicio de Alexandro —y que tantas otras cosas había visto— le había llevado algo de comer y de beber. Una vez Freire lo vio por la mirilla de la puerta, Lopillo —pues era él el prisionero del mercader—, dormía entonces embotado, maltratado y agotado, y el portugués decidió dejarlo algunas horas más: más adelante, ya más entrada la noche, volvería a verle y entonces le mostraría, con meridiana claridad, cuál iba a ser su futuro a partir de entonces.

Dejando al negro de guardia, para que le avisara una vez el mozo hubiera despertado, Freire subió las escaleras que le llevaban al gran almacén, lleno de diversas mercaderías que habría de embarcar en la flota con él mismo, ya que tenía prevista su partida a Santo Domingo en cuanto los barcos zarparan —ya se felicitaba por las ganancias de casi el mil por ciento que habrían de proporcionarle varios de los géneros que cargaba—, y se dirigió a la casilla en donde el turco se hallaba alojado, para darle cuenta de los que serían sus próximos movimientos. También esperaba la visita del caballero, que había enviado ese mismo día un billete para verle con urgencia.

El portugués caminó las pocas varas que separaban la casa principal del alojamiento del jenízaro; tras llamar con suavidad a la puerta, uno de los moriscos le abrió y le hizo pasar, atravesando un estrecho pasillo, a la sala donde el teniente se encontraba. Este levantó la cabeza de sus papeles —hoy le habían llegado unas cartas desde Órgiva a través de un arriero morisco amigo—, e indicó a Freire que se sentara a la morisca, como hacía él mismo: varios cojines colocados sobre la alfombra del suelo lo permitían con facilidad.

—Bienvenido, Freire. Tomad asiento. Tenemos prisa: desde Granada me apremian sobre nuestro empeño. Las fuerzas del rey están cada vez en peor situación. Las tropas de don Juan, a quien Dios confunda, aprietan sin pausa a los guerreros de Abenabó, y es necesario que el golpe de mano que planeamos salga como debe, porque es la única esperanza que tenemos de detenerle. ¿Habéis previsto ya algo?

Freire tomó despaciosamente una pieza de fruta de una fuente de cerámica que Karaçaj tenía a su lado, y la mordisqueó con ganas, después de limpiarla con la manga de su jubón. Seguidamente, respondió al turco:

—En primer lugar deseo deciros que ya no habremos de preocuparnos más por el mercader. Mañana mismo habrá dejado de existir. El morisco que vino a mi casa y con el que hablamos me ha dado una noticia de interés: el rey, según se murmura insistentemente entre los marineros, revistará la flota desde el río, seguramente embarcado en alguna falúa. Mis dos hampones también han traído

novedades: en el Alcázar hay un trasiego grande en estos días, metiendo muebles, tapices y alfombras, y arreglando y aderezando los jardines. Por ello es ya seguro que el rey se alojará en el palacio. He sabido también, aunque eso ya está en boca de todos, que el cardenal Espinosa vivirá durante la visita en las casas del Corzo. Uno de sus parientes Bocha, que como sabéis son no poco influyentes en el barrio de Triana, me lo ha confirmado esta misma mañana. También nuestro común amigo, que tanto os impresionó el otro día, me ha mandado un billete diciéndome que esta noche acudirá a verme: según parece, tiene noticias importantes.

—Mucho fío de ese caballero, pese a que el dinero sea el motivo que le mueve a colaborar con nosotros. Es, sin duda, el primer interesado en ganarlo.

—No os falta razón, teniente: llevo asociado con él en muchos tratos y nunca me ha dado un mal consejo o una noticia que no fuera veraz. Gracias a él he hecho, y espero seguir haciendo, buenos negocios. Hay, sin embargo, algo que me inquieta: he sabido que el cadáver del mozo ha sido hallado en estos días en el río. Me temo que mis necios negros, con las prisas, no lastraron el cadáver de Alexandro como debieron haber hecho.

—¿Creéis que esto puede afectarnos de algún modo?

—No, no lo creo en absoluto. Sería difícil que dieran con el hilo que les llevara hasta nuestro laberinto particular. No me preocupa. Pero no quiero aburriros: he mandado a los guardas de la puerta que hagan pasar a nuestro visitante y le acompañen aquí mientras esperamos comiendo algo. Guardad esas cartas y que no estén a la vista, porque he mandado venir mientras tanto a algunos músicos para que nos entretengan mientras comemos; deben estar ya al llegar. Relajémonos, aunque sea por un corto rato: eso nos dará fuerzas para lo que vendrá en los próximos días —dijo Freire, mientras mullía los cojines sobre los que seguidamente habría de recostarse.

Terminada la cena y la música, y tras el encuentro posterior con el visitante —que tras haber dado su noticia sobre la visita del rey a casa de Molina había también negociado exitosamente al alza el porcentaje de su participación en los tratos que tenía con el portugués— Freire se había retirado a su cuarto: esta noche estaba solo, no quería tomar a otro mozo para no cometer el error cometido con el desgraciadamente —al menos, para él— curioso Alexandro. Ya estaba avanzada la noche y los criados silenciosos apagaban las luces de la casa. Hoy no se había producido el movimiento acostumbrado, ya que Freire había dado orden a los guardias de que solo dejaran pasar al caballero, que le traía un importante recado, y a nadie más, fuera quien fuese, con el fin de que aquel no coincidiera con otras personas que pudieran conocerle. Pero la pérdida del negocio de esa noche había merecido la

pena: las noticias que su visitante había traído habían enervado la imaginación del mercader y del turco, que ahora veían con claridad una ocasión factible para atentar contra el monarca mientras visitara la casa de Molina. Sin duda las cosas se iban aclarando, y el siniestro designio que había traído al turco a la ciudad estaba cada vez más cerca de realizarse.

# SIETE

*Sevilla, domingo, 23 de abril de 1570*

Desde ya hacía varios años, el anciano mercader apenas salía de su casa. Casado a avanzada edad, el único hijo fruto de su tardío matrimonio había sido uno de los nueve relajados y quemados vivos por luteranos en el auto de fe del 26 de abril de 1562, en donde otros dieciséis fueron quemados en efigie, diez reconciliados, once penitenciados *de vehementi* y tres *de levi;* y otro más castigado por perturbador de la paz y la tranquilidad públicas. La historia venía de lejos: en 1557 se había descubierto en Sevilla un conventículo luterano dirigido por Constantino Ponce de la Fuente y por el doctor Egidio. Implicados numerosos e influyentes ciudadanos en la trama religiosa, la persecución del Santo Oficio obligó a huir incluso a buena parte de los monjes del monasterio de San Isidoro del Campo, que habían abandonado el cenobio escapando de Santiponce a Ginebra antes de que la Inquisición les echara el guante: entre ellos estaban Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera o fray Antonio del Corro. Menos suerte sin embargo tuvieron otros, como el arriero Julianillo Hernández, que traía a la ciudad en sus mulas los libros que obtenía en la Europa protestante, que repartía en secreto a los fieles. Su detención y su confesión provocó la catástrofe, la prisión, los procesos y el lento ajusticiamiento de los encausados: entre 1559 y 1562 se enjuiciaron a ciento sesenta y seis acusados.

Esta desgracia había acabado con las ganas de vivir del mercader, que trataba a menudo a Freire al tener negocios comunes con él. Su hostilidad hacia la Inquisición, el rey o cualquiera de los poderes que tuvieran, según él, cualquier responsabilidad en lo que consideraba la injusta muerte de su hijo, hizo al portugués sumarle a su causa y utilizarle como una fuente de interés para transmitir a su señor Nasí aquellas informaciones que el anciano, aún bien relacionado gracias a lo poco que le quedaba de su gran riqueza, le proporcionaba para que las pasara al turco.

Esa mañana, aún ni tan siquiera amanecido, el mercader —que tras las noticias que Freire le había dado el otro día en su casa había recuperado parcialmente el ímpetu y el gusto por una vida que desde la primavera de 1562 solo deseaba dedicar a la venganza— se aprestaba con prisas para salir a la calle: ayer noche había recibido un billete del portugués reclamando verle a primera hora del día, pidiéndole una cita para encomendarle diversas tareas relativas al atentado que los turcos mandados por Abencillo estaban planeando. Una vez leída, la inquietud, el afán de venganza y el soterrado furor del anciano le hicieron dejar a un lado el papel, llamar al criado para

que le ayudara a acostarse temprano y salir así lo antes posible a casa de Freire.

Antes del amanecer, y tras pasar una noche inquieta, el mercader salió de su cuarto dejando la esquela sobre un bufete arrimado a la pared entre recibos y cartas; bajó la escalera a la velocidad que le permitían sus cada vez más abotargadas piernas y, acompañado por un mozo con un farol en la mano, que le servía de paje y llevaba las riendas de su mula, salió por la puerta de la caballeriza de su casa de la calle de los Carreteros, cercana a los hoy apagados, por ser domingo, hornos de pan de Santa Catalina —allí se había mudado años atrás, desde su antigua morada de la collación de San Ildefonso, para estar de algún modo cerca del hijo preso en el castillo de San Jorge—, buscando la calle Larga de Triana para llegar, pasados los conventos de la Victoria y de los Remedios, a la quinta de Freire. Sin embargo, una vez volvió la esquina de la calle de Manga de Gabán, completamente solitaria a esa temprana hora, con las puertas y ventanas de las casas totalmente cerradas o atrancadas, advirtió molesto que un andamio, colocado de lado a lado de la calle, le bloqueaba el paso; y que una carreta llena de maderos, guiada por un par de malencarados carreteros, acababa de encerrarle por detrás. A todo esto, su mozo había desaparecido de repente. Airadamente y con prisas, se dirigió a un solitario obrero que trajinaba en el andamio que le impedía atravesar la calle:

—¡Eh, eh! Tengo que pasar. ¡Eh, el oficial o el maestro de obras! ¡Hola, mandad retirar el carro de detrás, que he de dar la vuelta!

El obrero le miró despaciosamente —¿en dónde había visto él recientemente esa cara, esos dientes grandes y podridos?— e hizo una seña a uno de los carreteros, que arreó con un palo a la bestia que tiraba del carro: la fuerza bruta del animal provocó que el andamio, colocado con precariedad y apenas sujetos entre sí sus pesados maderos, cediera completamente y golpeara a la mula, que asustada desmontó al anciano, le pisó y coceó, mientras los troncos que caían por todas partes le golpeaban con fuerza la cabeza y el cuerpo. Ensangrentado y con el corazón latiéndole a toda velocidad, el mercader, caído en el suelo y gravemente herido, recordó, como en un relámpago, antes de perder completamente la conciencia y seguidamente la vida, dónde había visto hacía pocos días esa cara que ahora le sonreía, divertida, en medio de una nube borrosa y rojiza: maldito, maldito fuera ese canalla, ese puto de Freire. Y en ese momento, con su postrer aliento, justo antes de morir y derramando una última, lenta y cálida lágrima, se dio cuenta que ya nunca podría vengar la muerte de su hijo, y que seguramente nadie habría de vengar la suya.

***

—*Ite, missa est.*

El beneficiado Pacheco acaba de terminar la misa matutina dominical, ofrecida hoy también —como todos los días, aunque en esta ocasión cantada y con mayor solemnidad— por la memoria de los patronos de la capilla de San Pedro, los Deza y Tavera, cuyo beneficio ostentaba. Pasó a la vecina sacristía a cambiarse, dejando los ornamentos a un lado para que el sacristán los colocara en los cajones y en las arcas. Saliendo de la catedral se dirigió a su casa: esperaba en un rato la llegada del jurado Medina, por lo que tendría algo de tiempo para repasar algunas de las páginas que habría de llevar al taller de Tortello para que las plasmaran en los decorados del recibimiento real. El sistema era sencillo: el maestro mayor le había hecho llegar en grandes pliegos copias de las decoraciones, de los arcos triunfales, de las efigies simbólicas que habrían de recrear ante el rey una Sevilla mítica y grandiosa, cuya actualidad se presentaba como fruto de su glorioso y antiguo pasado: un pasado que salía a la luz en calles como la de los Mármoles, en donde las enhiestas columnas de la antigüedad apuntaban al cielo azul de la ciudad presente, que reinaba feliz en los océanos. Sobre esos pliegos, tras emborronar hojas y hojas de papel, era donde Pacheco, Mal Lara y otros humanistas que colaboraban en tan importante empeño aportaban sus ideas, sus versos o sus epigramas en honor a la ciudad y al rey.

Diseñada ya la epigrafía que habría de acompañar a las figuras de los dos grandes arcos, y también a aquellas imágenes que se colocarían sobre la embellecida y remozada puerta de Goles, solo restaba a Pacheco concluir algunos textos latinos que se colocarían sobre las alegorías de las villas sevillanas: Bollullos, Guillena, Utrera, Alcalá de Guadaira… en fin, ya era cosa de poca monta. Prontamente —al menos, eso esperaba— podría enviar al taller de Tortello los textos terminados, y solo quedaría esperar a que los pintores y calígrafos los reprodujeran adecuadamente, lo que habría de supervisar de nuevo antes de que los lienzos y los paneles salieran del taller en cargadas y aseguradas carretas para montarlos en sus emplazamientos definitivos. Pacheco se levantó de su silla y fue a tomar de la estantería los *Emblemas* de Alciato, la edición de París de 1534 encuadernada en suave vitela, que estaba utilizando como inspiración y consulta para su trabajo y que había tomado en préstamo de la librería de Colón, que se custodiaba en la catedral. Se sentó de nuevo, cortó la pluma, afilándola, y cargó el tintero.

Un largo rato después, cuando ya había terminado el trabajo, se limpiaba las manchas de tinta con un sufrido trapo que para esos

menesteres guardaba en su escritorio y estaba preparando la carpeta con los originales para llevarla al día siguiente al taller —hoy era domingo y pese a las prisas no se trabajaba, por respeto a la fiesta—, el ama anunció la llegada de Medina, que se presentó en el quicio de la puerta de la sala en donde hasta ese momento Pacheco había estado trabajando:

—Bienvenido, jurado, me alegra verle. Siéntese, haga la caridad. Ama, traiga una jarra de agua fresca con dos buenos vasos y un azumbre de vino. Y algo de queso del de Pinto, con unas aceitunas y jamón de Aracena, que deben quedar en la despensa. No se puede trabajar sin asegurar el vientre, Medina. Tengo muchas cosas que contarle, e imagino que a vuestra merced le ocurrirá lo mismo.

—No le quepa duda, amigo mío. Pero le aseguro que no es necesario este banquete…

—Ande, ande: ¿qué banquete? Solo un poco de lustre para los estómagos, que tras haber celebrado y escuchado la misa siempre necesitan reponerse del ayuno.

—Bien dice vuestra merced. Hoy la he oído de primera mañana en mi parroquia, y vengo de decir unas Avemarías en el Antigua, que es costumbre que como bien sé comparto con vuestra paternidad.

—Y con media ciudad también, jurado. La devoción por Nuestra Señora es acendrada como bien sabe. He oído entre mis cofrades que incluso se ha propuesto sacar el pilar donde se encuentra pintada y pasarlo al altar mayor de la capilla, dándole el valor que su importancia merece. ¡Sería gran cosa desde luego!

Mientras tanto llegó el ama con el agua, el vino y la comida, y cerrando la puerta los dos pesquisidores comenzaron a departir amigablemente, contándose todo aquello que habían averiguado. Medina informó a Pacheco de sus sospechas relativas a las fechas en las que los cadáveres aparecían en el río y su relación directa o indirecta con las flotas, una idea con la que Pacheco concordó. Igualmente, le sorprendió el número de cadáveres que habían aparecido con el patrón común del garrote y la tortura: sin duda era la misma mano la que había cometido los crímenes. Crímenes que tenían, además, otras similitudes: las fechas en las que los cuerpos se habían encontrado, el lugar —la orilla derecha del río— en donde habían aparecido, y —salvo en los casos del tahúr y de la esclava negra— las huellas evidentes de la práctica de hábitos sexuales repetidos y contra natura.

Una vez Medina terminó de explicar a Pacheco todo lo que había colegido del informe que el alguacil de Triana le había facilitado, el beneficiado tomó la palabra, arrellanándose en su cómoda silla y jugueteando con la copa, más que mediada aún, de un vino espeso y fuerte de Esquivias con el que uno de sus penitentes, agradecido por

su indulgencia en el confesionario —esa nueva invención tridentina que permitía la privacidad y el anonimato del confesando ante el sacerdote, y que evitaba con mayor facilidad problemas recurrentes hasta entonces, como el de los clérigos solicitadores—, le había obsequiado:

—Verá, Medina: como sabe, ayer estuve con el racionero Vázquez y con Melchor de Horozco, que bien conocen ambos la collación de Triana, la que parece ser el campo donde se abonan todos los sucesos de los que estamos hablando. Ambos me contaron que no son desconocidos estos hechos: la gente habla y murmura, y los corrillos que se forman en plazas y calles están llenos de especulaciones. E incluso llegaron a concretar más: se dice, y se repite insistentemente por el arrabal que hay una casa a las afueras, aunque no han sabido darme razón de cuál era, en donde según parece muchas noches hay un tráfago constante de personas, muchas de ellas de calidad, que acuden a fiestas y saraos que en ella se convocan y organizan. Se oyen músicas, y estrépito; e incluso algunas veces llegan gritos ahogados por la lejanía a las inmediaciones del convento de los Remedios y a las huertas aledañas. También aparecen, como ya sabemos, esos muertos que —como el desdichado Alexandro— parecen haber sido castigados y ajusticiados por alguna falta. Y todo esto está en boca de la gente. Pero aún hay más.

—Siga vuestra paternidad: le aseguro que cuenta con toda mi atención.

—Y esto que viene ahora es precisamente lo importante, amigo mío. Ambos me han informado de que en Triana se habla, mucho y no para bien, de un portugués y de sus esclavos negros. La gente cambia de tema cuando se le pregunta, sin duda por miedo; pero es sabido que este individuo tiene alguna relación, sea la que fuere —por desgracia, no saben cuál es— con los oscuros negocios que se tratan en esa casa.

—¿Un portugués? Eso, como sabe, padre, es lo mismo que buscar una aguja en un pajar. Triana está llena de moriscos, corsos, portugueses, vascongados y oriundos de otras muchas regiones de España y de toda la monarquía, venidos al calor de los negocios y el comercio, y que están constantemente en movimiento, entrando y saliendo de la ciudad. Bueno es que esto nos ayude, como lo hará sin duda, a concretar mucho más nuestra búsqueda porque limita nuestros esfuerzos por encontrar a este hombre dentro de los miembros de esta nación; pero como sabe, el tiempo corre y hemos de dar solución pronta a este caso. En fin: bien es cierto que hoy estamos ya mejor que ayer. Recordará que la otra tarde me dijo el cantorcico Cárdenas, coincidiendo con lo que hoy ha conocido, que Alexandro vivía en una huerta a las afueras de Triana. Así pues, tenemos unas fechas, un lugar en la otra orilla de río que aún no hemos podido determinar con

certeza, y alguien que parece estar involucrado, según sus noticias —y crea que fío tanto como vuestra merced de ellas— completamente en este turbio negocio. Hoy el alguacil, al ser domingo, no tiene atención pública en su casa; pero pasaré a verle de todas maneras antes de esta noche, para compartir con él nuestra información. ¿Vendrá conmigo?

—Por supuesto, Medina. Debo atender luego un servicio, pero será en la última hora de esta mañana. Tengo todo el tiempo del mundo después para acompañarle. Y creo, como ya sabrá, que debemos aprovechar el poco tiempo que tenemos. Porque hemos de dar en unos días —y cada vez son menos— con los causantes de todos estos infortunios.

***

La calle de Manga de Gabán, desierta cuando el anciano mercader pasaba por ella antes del amanecer, estaba ahora llena de curiosos: el alguacil de los Veinte de Triana y sus corchetes tuvieron verdaderos problemas para poder hacerse un hueco ante el cuerpo que yacía, cubierto de sangre y de troncos del andamio desmoronado bajo los que había caído, hasta el punto de tener que utilizar las varas para abrirse paso. Una carreta tirada por un caballo reventado, que había sido acuchillado en el vientre y al que se le habían salido las tripas rosáceas, llenas ahora de zumbadoras moscas azules, se hallaba al lado del cadáver. Según parecía, el muerto había tratado de pasar por la calle con poca fortuna: quizá incluso montado en un animal del que ahora no había rastro alguno, ya que por su avanzada edad no era demasiado plausible que se hubiera enfrentado al camino contando solo con la fuerza de sus piernas.

Martel conocía al muerto: de hecho, también al hijo que perdió tras la acusación y la condena del Santo Oficio. La muerte sin duda rondaba al anciano, como a todos, pero en el caso del mercader era, al fin y al cabo, la salida inevitable de una vida ya sin motivo. No era, desde luego, un accidente: más bien parecía otra cosa, algo así como un atentado provocado. No había huellas de obreros o de operarios en la casa, vacía desde hacía largo tiempo y en la que nadie sabía que fueran a hacerse reformas; el andamio era también de ocasión: no estaba fijado a la pared, y un sencillo golpe, un simple empujón, lo había derribado. Tampoco se veía rastro alguno del carretero, que había abandonado al animal desventrado y la carreta. Mandó a sus hombres a que llamaran a las puertas vecinas para preguntar si alguien había visto algo, pero no consiguió nada tampoco: varias casas estaban vacías o parecían deshabitadas, y en otras los vecinos no sabían nada ni habían visto nada, pese al estrépito que tuvo que causar la caída del andamio que acabó con la vida del fallecido

mercader. Un fuerte golpe en la cabeza, seguramente de un gran tronco que yacía al lado del muerto, había terminado con su vida; pero se veía claramente cómo había sido pisado y coceado, no por el rocín muerto —sus cascos eran mayores que las huellas que salpicaban el cuerpo del difunto—, sino por otro animal de menor tamaño, quizá un borriquillo o una mula.

Con cuidado, los alguaciles levantaron los troncos que casi sepultaban al caballo muerto y al caído mercader; y uno de ellos fue a dar parte al guarda de las inmundicias del barrio, que desde 1566 se ocupaba de recoger las basuras y trasladarlas a los cercanos muladares —en este caso al que, señalado por un poste pintado de cal blanca, había junto al río—, para que se llevaran el caballo muerto y, si era posible, lo quemaran con las otras basuras antes de que oliera y emponzoñara el aire. Uno de los alguaciles enganchó su propio caballo a la carreta abandonada, y entre otros dos echaron dentro el cadáver, cubriéndolo con unas viejas lonas, para llevarlo al cercano hospital de Santa Brígida, en la calle Castilla. Después pasaría por allí, para escuchar lo que tuvieran que decirle los galenos acerca de cómo había muerto el anciano, aunque la respuesta era, desde luego, predecible.

Una pregunta rondaba la cabeza del alguacil de los Veinte: ¿Por qué un hombre mayor, que vivía retirado, había salido tan temprano de mañana a unas calles en las que apenas, durante esos últimos años, se había dejado ver? ¿Qué motivos tenía para salir un domingo a horas tan extrañas? ¿En busca de qué? Martel sabía que no había otros familiares: el hijo había muerto hacía unos años y la mujer aún antes. Pero quizá en su casa alguien de la servidumbre, algún criado, supiera darle razón. Así es que, subiendo de nuevo a su caballo y haciendo una seña a dos de sus alguaciles para que le siguieran, se dirigió a la casa del difunto, que según recordaba estaba en la próxima calle de los Carreteros. Tras llamar a la puerta y dar la noticia a un viejo mayordomo que le abrió, Martel supo por su boca que solo vivían ya por entonces cinco personas en la casa: el fallecido, él mismo, una anciana esclava que se ocupaba de las cocinas con su hijo, un mulato que en ese momento estaba en el pequeño huerto que crecía a las espaldas de la vivienda, y un paje jovencillo que habían contratado hacía poco tiempo y que había desaparecido —o al menos, no había regresado a la casa— tras la muerte del amo. También le dijo que el señor había recibido ayer una nota, un billete, cuyo contenido le había desazonado no poco, y que tras haberlo leído no había salido de su cámara.

—¿Sabe qué podía decir esa misiva?

—No, señor, no lo sé. El amo abrió el sobrescrito, que estaba cerrado con cera, y una vez lo leyó subió a su cuarto: me dijo que hoy por la mañana saldría temprano, que el mulato aparejara su mula y que el

mozo le acompañara con una luz, porque su intención era la de salir antes de amanecido. La trajo un negro, un esclavo robusto. Alguna vez le he visto con otros dos rondando las calles de la collación: solían ir acompañados por otros criados, creo que los de un mercader portugués que también vive por aquí.

—Dígame dónde está el cuarto del señor. Quiero ver si doy con la nota que recibió.

El criado le acompañó escaleras arriba, y utilizando una pesada llave de forja que estaba colgada de una escarpia al lado de la puerta, abrió esta última y dio paso al alguacil. El criado abrió los postigos para que entrara luz, y dejó a Martel solo en el cuarto. Este miró por encima la austera habitación que había albergado los últimos años del antes animoso y rico mercader: una cama aún deshecha con sus colgaduras y su cielo raídos, con unas sábanas sucias y de olor acre amontonadas en el suelo, una vieja alfombra persa —recuerdo de mejores tiempos— que ostentaba grandes rotos y agujeros, un contador cuyos cajones, vacíos, estaban abiertos y un bufete con algunos libros, cartapacios y papeles. En las paredes solo un pequeño cuadro, una tabla flamenca enmarcada en un pesado marco negro labrado, en la que figuraba un antiguo Calvario. El alguacil se acercó al bufete y revolvió los papeles; casi al instante dio con la nota que había provocado la salida intempestiva del anciano, y que decía, en una letra escrita con pulcritud, que el fallecido se aprestara a salir y acudir a la casa del desconocido remitente para recibir allí algunas noticias sobre un negocio que, según parecía, habían tratado días atrás; y en donde el anciano había de acometer algunas tareas que le serían comunicadas personalmente. Encarecía la discreción, aunque Martel desconocía el porqué de tal encarecimiento. La cera que cerraba la nota no llevaba sello.

Viendo que poco le quedaba por hacer, Martel decidió marcharse de la casa; pero cuando bajaba las escaleras hasta el pequeño patio —nada tenían que ver estas modestas habitaciones con la antigua y rica vivienda familiar de San Ildefonso, según podía recordar—, uno de los alguaciles apostados en la puerta le pasó recado de que el inquisidor tenía importantes nuevas que decirle, así es que, resignado —no había comenzado el día bien en absoluto, se dijo— se dispuso a visitar, haciendo lo posible por conformarse, al anciano y colérico Carpio.

***

Gonzalo Zatico de Molina contemplaba, con la satisfacción de un feliz propietario, la colección de curiosidades que a lo largo de sus todavía cortos años de vida había reunido: piedras raras, lapidaria medieval, árabe y romana, bellos libros iluminados entre los que estaban muy

presentes disciplinas como la historia o la heráldica, que le fascinaban enormemente; animales extraños, de otros mundos y de otras latitudes, eternamente detenidos y paralizados por la disección; mármoles, corales, camafeos, joyas, esferas armilares y formas geométricas, instrumentos científicos o náuticos extraños e ignotos, brillantes y pulidas conchas de grandes y pequeños animales marinos, algunas de ellas conservadas eternamente en la piedra; marfiles finamente labrados, ricos esmaltes, algunas santas reliquias —esas las custodiaba en su oratorio, al igual que guardaba los ricos jaeces que poseía en su caballeriza—, armaduras de fina manufactura y de gran valor, armas procedentes de algunos de los mejores armeros castellanos y alemanes, pinturas en las que se mostraban, con delicado trazo, las más notables leyendas de la mitología colgaban de las paredes de la pieza o se exponían en sus anaqueles, mostrando —en un lenguaje solo entendido por conocedores y eruditos— la inmensa diversidad del mundo conocido. Admiración de propios y extraños, la fama de su colección había traspasado las fronteras de la ciudad y había llegado a la corte: hasta tal punto que el rey, sabedor de su existencia gracias a don Diego de Córdoba, había expresado su deseo de conocerla.

Desde que sabía que el rey habría de visitar su casa, el estado de ánimo de Molina era de una absoluta efervescencia: esa noche apenas había podido pegar ojo, y en ese momento estaba aleccionando a su mayordomo acerca de cómo habrían de proceder los criados de la casa para que esta estuviera en perfecto estado de revista para el día de la llegada del rey: habría que limpiar, que fregar, que frotar, que pulir, que encerar, que embellecer; que quemar hierbas aromáticas y costosas resinas en los braseros; que prever un aderezado banquete por si el monarca decidiera comer algo; que descolgar y reparar reposteros y tapices, que limpiar cuadros y esculturas, que mantener en perfecto estado la colección y que explicarla —algo que, por supuesto, haría él personalmente— al monarca durante su visita; habría que arreglar la fuente del patio (Molina tenía el privilegio de recibir agua de pie en sus casas, procedente del acueducto que venía de Alcalá), y limpiar o sustituir dos de sus caños, que estaban atascados. Había que replantar los setos del jardín y traer al italiano experto en topiaria que daría simetría y formas caprichosas a los que hasta entonces habían sido simples matorrales.

Y habría también que redactar, para después remitir a don Diego con el fin de que en la corte la autorizaran, una selecta lista de invitados que asistirían a la absoluta consagración social del ambicioso hijo del jurado: la recepción del rey en su casa. Sabía con certeza Molina que en el momento en el que la noticia se corriera por las calles —sus criados tenían instrucciones de, aparentando extrema discreción,

dejarla sin embargo caer cuidadosamente en los lugares adecuados, pese a la reserva que el día anterior había rogado a su amigo el caballero— comenzarían a llover ante sus puertas los billetes y las esquelas protestando su amistad, ofreciendo su felicitación o su ayuda y, sobre todo, rogando del joven coleccionista la deferencia de contar con ellos, sus nada desinteresados corresponsales, para hallarse presentes —todo lisonjas y agasajos— en su casa bajo la mirada del todopoderoso don Felipe, cuya curiosidad en las artes y en las ciencias era notoria.

Pese a los nervios, o tal vez debido a ellos, en esa mañana Molina era absolutamente feliz. Dejando a su mayordomo inmerso en las casi titánicas tareas que debería resolver en el plazo improrrogable de una frenética semana, el coleccionista entró en su cámara y comenzó a redactar, apoyado en la tapa abierta de una rica papelera de carey, ébano y marfil, el codiciado listado que habría de entregar a Córdoba, y que recogía los nombres de los privilegiados visitantes que coincidirían en su casa durante la visita regia: y tenía muy cierto, y muy claro, quién habría de ser el primero de ellos —decidió, mirando con afecto la valiosa copia manuscrita de *El Conde Lucanor* que ayer mismo le habían regalado.

***

El barquero, que había sido el mismo que en los últimos días habían tomado Pacheco y Medina para cruzar hasta la banda de Triana, saludó a sus dos pasajeros —esto de cruzar al arrabal se había convertido ya en una costumbre— y puso a remar a los dos remeros que, con sus cuatro remos, rápidamente armonizaron la boga. El río estaba en ese momento atestado de tráfico: aunque era domingo, la falta de tiempo había obligado a trabajar a los peones que en ese momento estaban soltando las tablas y las amarras del puente, con el fin de dejar abierta en él una ancha calle que permitiera el libre discurrir por su cauce de la falúa real y de las barcas que habrían de acompañarla, puente que posteriormente quedaría amarrado junto al castillo de San Jorge para volverlo a colocar en su lugar una vez se hubiera cumplido la visita real. Ello provocaba que el tráfico soportado habitualmente por aquel había pasado a las barcas, y que en ambas orillas, las colas de quienes querían cruzar al otro lado fueran haciéndose cada vez más largas y prietas: la gente discutía, y algunos alguaciles trataban de imponer —y se veía que en muchos casos era un infructuoso empeño— cierto orden en la cada vez más alborotada multitud. Tampoco la travesía estaba resultando más tranquila: Medina y Pacheco notaban como su estómago, que habían llenado hacía poco rato con la colación del mediodía, se removía

incómodo, amenazando con dejar de contener en su interior las viandas con las que ambos se habían regalado en el almuerzo.

Llegados a la orilla, los pesquisidores evitaron por poco ser arrollados por quienes querían subir a la codiciada barca, lo que provocó que finalmente —algo que habían evitado con éxito en las visitas anteriores— los dos quedaran con el calzado, las medias y los bajos de la capa y la sotana embarrados a conciencia. Chapoteando en el lodo mientras unos perros vagabundos les miraban con curiosidad desde la segura orilla, consiguieron llegar al firme de la calle de la Vera del Río, desde donde emprendieron el camino habitual hasta la casa de Martel. Antes de llegar a ella pararon a un aguador ambulante para comprarle un poco de agua con la que someramente pudieron adecentarse, y llegados a la puerta del alguacil, pidieron a un corchete que anunciara su visita. Martel, que en ese día no tenía audiencia pública al ser domingo, salió al patio de la casa y pidió a los pesquisidores que le acompañaran a su cercano despacho. Una vez dentro, cerró la puerta con cuidado y ofreció a sus visitantes dos gastadas sillas en las que se acomodaron:

—Nunca se sabe quién puede estar escuchando. Hemos de procurar que lo que vayamos a compartir o a decidir desde ahora solo lo conozcamos nosotros, porque tengo que decirles algo importante, e imagino que vuestras mercedes también vendrán a compartir conmigo sus noticias. Les ruego que me hagan saber lo que hayan averiguado.

Medina y Pacheco no se hicieron de rogar, y explicaron al alguacil las novedades que traían, fruto de la detenida lectura del informe de Herrera por parte de Medina y de la fructífera conversación de Pacheco con Vázquez y Horozco: la casa en las afueras, los cuerpos que aparecían en el río únicamente durante la estancia de las flotas en puerto, la referencia al portugués y a los negros que tenía a su servicio… todo ello lo expusieron ambos ante un Martel que, asombrado, tomó la palabra tras las informaciones de los pesquisidores, para corroborar con las suyas algunas de las que acababan de exponerle:

—Pues sepan vuestras mercedes que ayer el inquisidor Carpio me pasó aviso de que fuera a verle a su casa, lo que hice tras atender un negocio inesperado, una muerte en lo que parece ser un atentado provocado, para darme noticia de una novedad surgida en el caso de su sobrino, en el que hasta ahora estábamos completamente a oscuras, pese a haber removido cielo y tierra con nuestros confidentes e informantes. El inquisidor estaba fuera de sí por el cuidado en que este asunto le tiene, pero hizo llegar ante mí a uno de los mozos que por lo visto estaban jugando con su sobrinico en el día en el que este desapareció: por lo visto, según pude saber por lo que me dijo el mozo, el muchacho y él habían vuelto hacia sus casas —él vive en los

hornos de Santa Catalina, y solían hacer el camino de regreso en buena parte juntos— sin mayores percances, aunque las calles a la hora a la que volvían estaban ya casi solitarias —Martel bebió un sorbo de agua y se aclaró la garganta seca—. Una vez se separaron, oyó gritos ahogados y ruidos apagados que parecían de pelea, y vio cómo tres negros de gran tamaño, que recordaba haber visto apoyados a la tapia de las jabonerías mientras jugaban, capturaban al sobrino de Carpio y lo metían en una silla de manos cerrada que tenían a la mano, sujeto con fuerza por uno de ellos: los otros dos cargaron la silla y partieron a toda la velocidad que les permitían las piernas. El mozo les siguió hasta donde pudo, aunque la prudencia le aconsejó, cuando la silla llegó hasta donde se encontraban otros dos hombres que les esperaban en una carreta y que parecían armados, esconderse tras las vallas de unos almacenes en desuso que hay pasado el puerto de Camaroneros, antes de la huerta de los Remedios. Según me hizo saber Carpio, esos negros eran conocidos: habían llegado a la collación con su amo, un portugués que suele embarcar en las naos para hacer sus negocios con Indias, y que los trae y los lleva según está en Sevilla o no, y según los necesita —Pacheco y Medina se miraron, apreciando la coincidencia entre las informaciones que habían llevado y la que Martel ahora estaba compartiendo con ellos—. Por lo que también hoy he sabido, esos negros podrían estar relacionados con la muerte de un mercader que ha ocurrido esta mañana. Ayer le dejó uno de ellos una nota, en la que el remitente le citaba a primera hora de la mañana de hoy, y casi al salir de su casa ha sufrido un atentado que han querido hacer pasar por accidente.

Así es que parece claro: estamos buscando a un portugués, que tiene varios negros a su servicio y que vive pasada la barrera de los Remedios. Según me dicen, se murmura por la collación que en esa casa suceden cosas, y no precisamente felices. Ahora será preciso enviar a mis agentes para visitar las huertas y fincas que existen por esa zona, que es además por donde han aparecido los cadáveres.

Medina, asintiendo, tomó la palabra:

—Creo, señores, que podríamos también buscar en los registros de la Contratación, que como saben están concienzudamente llevados: todos los pasajeros a Indias quedan registrados. Si buscamos a un portugués naturalizado castellano —porque, como bien conocen, de no serlo no podría embarcar en las naos—, cuyas salidas coincidan con las fechas que buscamos, podríamos dar con la persona y de ahí someterla a vigilancia, e incluso entrar en la casa y buscar al mozo. Quién sabe si ya está muerto.

—Esperemos no tener que llegar a eso. Su idea de indagar en los registros de la Contratación es excelente: le ruego me mantenga informado de sus pesquisas para organizar la vigilancia.

Desgraciadamente no tenemos mucho tiempo. Y todo el que pase de aquí en adelante, me temo, lo hará en nuestra contra.

***

Lopillo no entendía gran cosa: a primera hora de la tarde, la negra que hasta entonces había sido el único ser vivo —salvo algún que otro insecto u otras pequeñas bestezuelas que se habían paseado impunemente por el sótano donde se hallaba preso— había aparecido con otra esclava, esta moza, morisca y con el signo del cautiverio —una ese y un clavo— grabado a fuego en la mejilla. Ambas le habían limpiado, aseado, quitado cuidadosamente los piojos, que en tan poco tiempo le habían infestado, con una prieta lendrera, alimentado y vestido —sus propias ropas, llenas de bichos para entonces, eran ya irrecuperables— sin pronunciar una sola palabra, pese a las preguntas y la impaciencia del mozo; y una vez terminaron, le dejaron a solas tal y como le habían encontrado. Minutos después, la puerta se abrió nuevamente: acompañado por un fornido negro —Lopillo recordaba que era uno de los que le habían capturado— entró, dejando al esclavo fuera de la pieza, un hombre de edad mediana y atildado, vestido con elegancia y con escasas y discretas joyas. De baja estatura y delgado, se movía con delicadeza. Una barba castaña y corta, cuidada al igual que el cabello, mostraba la importancia que el hombre —que no era exactamente, aunque lo aparentaba, un caballero— daba a su aspecto. Mirando fijamente a Lopillo, le habló con una voz suave y un deje que mostraba claramente cómo el castellano no era su lengua materna:

—Buen día tengas, mozo. Imagino que te preguntarás lo que haces aquí, y por qué mis hombres te han traído a esta casa.

—Señor, ruego a vuestra merced que me suelte, que me saque de aquí. Mi tío y mi familia estarán inquietos. Hace ya días que falto de mi casa, y deben estar buscándome.

—Eso no va a poder ser, ¿sabes? Quien entra aquí no vuelve a salir. Debes saber que mis hombres te han atrapado porque yo así se lo he ordenado: vas a serme de notable utilidad. ¿Cuál es tu nombre?

Lopillo comprendió rápidamente —la escuela de la calle le había enseñado ya, pese a su juventud, valiosas lecciones— que poco podía hacer para conseguir de aquel hombre lo único que deseaba: su liberación. En ese momento, y viendo la ingrata situación en la que según todo parecía iba a quedar su causa, calló obstinadamente, negándose a responder a las preguntas que Freire le formulaba. Nunca lo hubiera hecho, porque a un gesto del portugués, el negro entró en la pieza y le propinó un fuerte puñetazo en el vientre que le dejó sin respiración, encogido y boqueando para obtener algo de aire.

—Verás, mozo: esto podemos hacerlo fácil o difícil. Si sigues empeñado en no responder a lo que te pregunte, o en no hacer lo que yo te mande, te dejaré en manos de Garrote y de mis negros. Y te aseguro, como habrás visto, que ellos no son tan pulidos y tan calmos como yo. Así es que responde: ¿Cómo te llamas?

Jadeando y tragándose las lágrimas, el niño respondió al portugués:

—Lope. Me llamo Lope… señor.

—Bien, Lope. Me agrada que te des cuenta rápido de lo que te conviene. Pareces listo. Toma, bebe un poco —Freire le acercó un pequeño cuenco de barro, en el que había vertido algo de agua de una desportillada jarra—. Verás: veo que tienes… digamos… muchas potencialidades para aquello en lo que yo quiero emplearte. Pero veo también que aún es preciso que pienses hasta qué punto me debes, aunque todavía no lo sepas, tu vida. Y más que me deberás, no te quepa duda. Así es que te quedarás aquí todavía un tiempo, hasta que estés de acuerdo en hacer aquello que yo te mande. Garrote —Freire se dirigió al negro—, que traigan al mozo un colchón limpio, sábanas y una manta. También algo de comida de arriba. Si pide algo, y es razonable, atended a lo que solicite. Yo volveré pronto, y espero que entonces estés mejor dispuesto que ahora a escucharme. No queremos que este precioso bien se nos estropee, ¿verdad, negro? Claro que no —concluyó, mientras miraba al niño.

Dejando a Lope sumido en mil preguntas y en un pozo de amargo desconsuelo —nada bueno parecía que fuera a salir de la situación en la que se encontraba—, Freire abandonó el sótano donde tenía retenido a su cautivo y salió al jardín, dirigiéndose a la casilla donde el turco le esperaba. Uno de los moriscos, como siempre, le abrió la puerta y le hizo pasar a la pieza en donde Karaçaj pasaba los días desde que había llegado a Sevilla. Freire le saludó con amabilidad, y seguidamente comenzaron a planificar ambos qué podría hacerse para conseguir que el atentado contra el rey prosperara como esperaban. El caballero había mencionado en su última visita cómo, según había podido saber, don Manrique de Zúñiga habría de recibir al rey en su hacienda de Bellaflor. Al tener que atender al rey y a la corte, Zúñiga se había visto obligado a contratar nuevos criados para su servicio, y un buen número de personal de refuerzo estaba cuidando y replantando sus jardines, que deseaba estuvieran en perfecto estado para cuando el rey, gran admirador de la naturaleza, llegara a su maravillosa quinta. Eso significaba que era posible introducir a algunos peones en el tablero contrario, algo que podía facilitar el acceso a los lugares donde habría de estar el monarca, haciendo más factible el atentado. No obstante, el teniente turco tenía una idea muy clara acerca de cuál habría de ser su propio papel en la trama, y así se lo dijo al mercader:

—Freire, debéis conseguir que yo pueda entrar en casa de Molina. Creo que hasta ahora, de entre todas las que hemos contemplado, es la mejor ocasión que tenemos para llegar a conseguir nuestro designio. Una vez allí buscaré el momento adecuado para lograr lo que queremos.

—Descuidad, teniente. Creo que podremos conseguirlo. En cualquier caso, seguiremos tratando de introducir a nuestra gente, como os he dicho, en la hacienda de Zúñiga. En el Alcázar es, como bien podéis imaginar, imposible; pero creo que podríamos cubrir un buen número de frentes en busca de la oportunidad que queremos hallar. Mi gente ya está mandando a algunos de los nuestros a Bellaflor. Si no surgiera ninguna oportunidad en ese lugar, nos quedaría lo seguro: atentar contra el rey en casa de Molina. Eso quedaría en vuestra mano. Pero imagino que sabréis que no saldríais, seguramente, vivo de allí.

—Creed que lo sé, Freire. Pero Dios tiene escrito su destino en la frente de cada hombre: si ese es el mío, habré de cumplir con él. Y estoy resignado a ello —el turco se levantó en ese momento—. Llega la hora de la oración: permitid que me retire. Y seguid teniéndome informado.

El portugués, admirado a su pesar por el valor del turco, le dejó atendiendo sus devociones y salió de la casilla. El sol ya caía, y con el crepúsculo se afinaban los maravillosos olores del jardín: las flores y las plantas aromáticas desprendían sus perfumes para deleite del portugués, que paseó brevemente entre los setos y los parterres antes de volver a la casa, en donde esta noche sí tenía prevista la visita de unos buenos clientes, que sin duda le harían recuperar las buenas sumas que no había ganado en la noche anterior. Mientras regresaba, vio a algunos de los mozos que trabajaban para él preparados para recibir a sus invitados: el negocio marchaba de nuevo, y eso era bueno. Y en breve, una vez tuviera al pequeño Lope bien dispuesto para hacer el trabajo que se le mandara, podría incluso subastar, entre los mejores conocedores, la novedad del mozo. Más dinero, que se sumaría a la recompensa que Nasí le había prometido si el designio contra el rey Felipe salía como debía. En fin: las cartas estaban ya en la mesa; solo quedaba por ver cómo se le habría de dar la mano. Y una buena mano siempre era un triunfo.

***

Hasta el centro del río, por donde se hallaba la barca que en ese momento transportaba a Medina y Pacheco hasta la ya cercana hacienda de Merlina, llegaba nítidamente el sonido de la música: los dos pesquisidores reconocieron la refinada melodía de un conocido villancico —el *Amargas horas* de Rodrigo de Cevallos, que ya entonces

era maestro de capilla de la catedral de Granada—, lo que les indicó que la fiesta hacía rato que había comenzado. El retraso en llegar se había debido a que Medina había recogido tarde —a la vuelta de Triana había insistido en pasar por su casa de la judería, para ver a su mujer y a sus hijos— a Pacheco en su domicilio del patio de San Miguel, lo que provocó la salida tardía de la barca que habría de llevarles, con Juan de Mal Lara, a la quinta del segundo conde de Gelves, don Álvaro de Portugal, que mantenía en sus predios sevillanos la prestigiosa academia dirigida y encabezada por el propio Mal Lara y en la que formaban los más notorios hombres de las letras sevillanas: con el maestro y humanista se sentaban el propio Pacheco, Juan Antonio y Baltasar del Alcázar, Fernando de Herrera, Jerónimo de Carranza, Juan Sánchez Zumeta, Cristóbal Mosquera de Figueroa, Antonio de Mazuelo, Cristóbal de las Casas o don Diego de Lugo, entre otros. Incluso el prestigioso Benito Arias Montano, asistente y bibliotecario del rey, había participado en sus sesiones. La academia llevaba funcionando, gracias a la generosidad del conde, desde cinco años atrás: una generosidad y liberalidad que sin embargo estaba vaciando inmisericorde las arcas condales, por lo que se rumoreaba que el de Gelves andaba bajo cuerda en tratos con el Corzo para, mediante el matrimonio de su primogénito con la hija de aquel, redorar sus maltrechos blasones. Pero ese no era un tema del cual se pudiera hablar en voz alta: al menos, no allí y tampoco esa noche.

Ya se percibían las oscuras sombras de las colinas del Balcón y del Pintado, que limitaban los lindes de la finca, y el muelle que daba acceso a ella desde el río, flanqueado por una fresca alameda que durante el día proporcionaba una amena sombra. El suave viento que corría esa noche hacía que las copas de los álamos entonaran un agradable rumor, que recibió a los visitantes del conde una vez bajaron de la barca, que quedó —como Medina había concertado con los barqueros— aguardando su regreso entre los espesos cañizales. Siguiendo a dos criados que portaban resinosas antorchas, que iban iluminando el camino definido por bien recortados setos y por parterres de hierbas aromáticas regados por unas norias que, con sus cangilones, subían agua del río hasta la terraza, los tres humanistas anduvieron el muy cuidado camino de tierra firme y bien batida que llevaba desde la orilla del río hasta la tapia que marcaba la entrada de la finca.

El segundo conde de Gelves había procurado dotar a su retiro campestre, la quinta de Merlina, de todos los refinamientos que pudieran precisarse, cualidades que Mal Lara había descrito a la perfección en uno de sus poemas, el *Hércules Animoso*: se trataba de una casa de placer, óptima para el reposo, el estudio o el descanso, situada entre Gelves y Coria. Renovada con un elevado coste por su

padre, don Jorge de Portugal, el primer conde, que añadió novedades renacentistas a lo que hasta entonces había sido una fábrica de origen medieval, fue don Álvaro quien deseó crear en este lugar, a imitación de las villas romanas y napolitanas, un lugar fresco y ameno en donde dedicar sus ocios a la contemplación y el conocimiento: un lugar en el que todo evocaba un mundo clásico que él y los académicos que esa noche se reunían aspiraban a recuperar de un pasado siempre añorado que continuadamente procuraban evocar.

Los tres tertulianos avanzaron, ya pasada la tapia de la finca, por una hermosa avenida bordeada por magníficos mármoles traídos por el primer conde desde Génova, que sostenían gruesos emparrados que poco a poco iban saliendo del invierno y adentrándose en la agradable fertilidad de la primavera. Antiguos torsos romanos, bustos de ignorados próceres recibían a los tres visitantes, dándoles paso a un fresco patio en donde, iluminados por perfumadas velas que creaban un ambiente mágico, se hallaban el conde y la condesa y buena parte —ellos eran los últimos en llegar— de los invitados de esa noche.

Don Jorge de Portugal, segundo conde de Gelves, señor de Almuédano, Torrequemada, Merlina y la suerte de Gamarra, de Villanueva del Ariscal y propietario de sus casas y palacios en la barrera de doña Elvira y en Carmona, soltó la mano de su esposa, doña Leonor de Córdoba, que permaneció sentada aunque con su bellísimo rostro alumbrado por una amplia sonrisa, dirigida a quienes acababan de llegar al patio en donde esa noche habría de celebrarse la cena que a todos les había convocado, y se dirigió al maestro Mal Lara, que se inclinó ante su antiguo alumno aunque este no le permitió completar su homenaje, sino que le abrazó con afecto y con cordial cariño, saludando con la cabeza a Pacheco y a Medina, y llevando a Mal Lara hasta un cómodo sillón ubicado a la derecha de la condesa, ya que a su lado estaba sentado el nuevo asistente, con quien hasta entonces mantenía una muy privada y concentrada conversación.

Los músicos, que habían interrumpido la pieza que hasta ese momento estaban tocando, continuaron interpretándola con mayor brío, y el ruido de las conversaciones —que se había atenuado a la llegada del esperado terceto— continuó fluyendo con una efusividad cada vez más espontánea: Baltasar del Alcázar terciaba con Fernando de Herrera en lo que sin duda era una verdadera batalla versificadora, mientras el clérigo poeta —Herrera era beneficiado de la parroquia sevillana de San Andrés— dirigía sus continuas miradas a la condesa, a la que veneraba continuada aunque silenciosamente, y a la que nombraba como *Lucero*, *Estrella* o *Divino resplandor* en sus poemas. Alcázar, sin embargo, alejado de los tormentos de amor cortés de su interlocutor, enhebraba una chanza tras otra, haciendo reír sin medida

al resto de los espectadores que le escuchaban. En otro rincón, Mosquera de Figueroa discutía en latín, con algún aderezo de griego, un punto erudito que había creado alguna controversia entre él mismo y su oyente, don Diego de Lugo, que se esforzaba —Lugo tenía inquietudes más vinculadas al mundo de las ciencias y las armas que al de las letras—, con no poca dificultad, en seguir los argumentos del vehemente letrado.

Todo era, en fin, como solía en la siempre mágica Merlina: las conversaciones, la música, la espléndida comida (los cocineros del conde tenían fama en las ya de por sí famosas cocinas de Sevilla, haciendo cierto el conocido adagio de que *a quien Dios quiere bien, en Sevilla le da de comer*) aseguraban el éxito de la velada.

Algún tiempo después, ya saciado, y tras haber ganado un par de escaramuzas dialécticas con uno o dos de sus cofrades —uno de ellos el notorio espadachín Carranza, por cierto— Medina se dirigió hacia la biblioteca de la casa: el conde siempre la dejaba abierta y accesible a las visitas de sus invitados, ya que sabía por experiencia hasta qué punto esos hombres vivían, amaban y morían por los libros.

La gran sala en la que en ese momento entraba el jurado albergaba una biblioteca que solo podía tener comparación con la grandiosa que en su día recogiera Hernando Colón en sus casas de la puerta de Goles, y que sus herederos, incumpliendo su testamento, que impedía sacarla de su vivienda —Colón había fallecido en 1539— habían trasladado al convento de San Pablo. La catedral ejerció sus derechos ante la Chancillería de Granada, ya que Colón la había nombrado —caso de que sus herederos no respetaran sus mandas testamentarias— como depositaria de sus libros: y así, en 1552 la sentencia favorable del tribunal aseguró que buena parte de la biblioteca colombina, de la que algunos fondos ya por entonces habían desaparecido, permanecieran desde 1562 en sus nuevas estancias de la nave del Lagarto del patio de la iglesia mayor, donde actualmente se encontraban.

Sin embargo, la librería reunida por el conde aún no había conocido disgregación o pérdida alguna, y Medina se sintió como en su casa rodeado de esos lomos jóvenes o añejos, rozándolos delicadamente con sus dedos. Un leve ruido a sus espaldas le hizo volverse, e inclinándose saludó a la condesa, que entraba en la pieza acompañada del conde de Priego.

—Señora condesa, señor conde… buenas noches tengan vuestras señorías.

—Buenas noches tenga vuestra merced. Mi acompañante, que hasta hace poco disfrutaba de la conversación entre mi marido y el maestro Mal Lara debe haberse ya aburrido de ambos, y me ha preguntado por usted: por ello me he prestado a acompañarle hasta encontrarle. Aunque eso no era difícil: sé de sobras que es mucho más amena esta

sala que el mejor emparrado o la más bella alameda de esta casa.

Terció entonces el asistente:

—La gentileza y la amabilidad de vuestra señoría es notoria y bien conocida, condesa. Deseaba consultar con el jurado algunas cuestiones que no he podido tratar hoy con él al no haber habido sesión en el cabildo, de ahí mi interés en verlo.

—Pues en tal caso les dejo a ambos en buena compañía. Vuelvo al patio, porque creo que allí se me estará buscando. No tarden en regresar, porque si no me equivoco hay prevista en un rato una pantomima que promete: los dos Alcázar se han esmerado en ella, y como bien saben ambos son notables y muy divertidos ingenios. Sería una lástima que se la perdieran. Queden con Dios.

La condesa, fulgurante en su elegante traje y cubierta de sus magníficas joyas, salió, seguida de una dama de compañía que se había quedado a la puerta de la pieza, y Medina y su visitante quedaron solos, rodeados únicamente por los miles de libros que el conde de Gelves había ido acumulando a lo largo de los años. Priego se sentó, indicando una silla vecina a Medina, y le instó a hacerle saber el estado de las pesquisas que ese día habían averiguado los dos investigadores. Medina explicó al asistente la situación en la que se encontraba la búsqueda del asesino de Alexandro, y mientras hablaba veía cómo la expresión del conde iba, progresivamente, animándose un tanto: por lo que estaba escuchando, la cosa no iba mal encaminada. «Sin duda —pensó Priego— no se equivocaron quienes me recomendaron a este inteligente jurado». Dejando terminar a Medina, el conde, una vez el jurado hubo terminado, apostilló:

—Yo veo, Medina, que por lo que me dice ahora procede que hagamos dos cosas: la primera, efectivamente, ver los libros de registro de la Contratación. Como bien sabe, Duarte está ahora más que ocupado con la visita regia; así es que mañana tendré lista una nota a primera hora en la que rogaré al presidente Vázquez, o si no le fuera posible a él al contador Ortega de Melgosa, que le permitan revisar a fondo los pasajes a Indias que se correspondan con las fechas que manejamos. Pero esto no es todo: como le digo, hay una segunda cuestión.

—Vuestra señoría dirá, señor asistente.

—Sería de interés verificar la zona en donde exactamente apareció el último cadáver. No me refiero solo al río, sino a la orilla y los campos vecinos. Como recordará, el daño del cuerpo estaba directamente relacionado con los maltratos que había sufrido, y no con su permanencia en el agua. Entre su muerte y el abandono del cadáver no debieron pasar más de unas horas. Quizá el lugar donde se haya encontrado el cuerpo esté próximo al sitio en donde ese pobre mozo, Dios le perdone, fue asesinado con tanta saña. O tal vez puedan

encontrar algún rastro. Sería por tanto procedente que vuestra merced, con Martel y si así lo desea también con Pacheco, vayan a remover ese lugar. Por cierto, y por su seguridad: llévense algunos hombres. Imagino que sus cofrades de la Caridad recordarán exactamente el sitio, o bien el barquero que les llevó. Mañana también daré órdenes a Martel para que esté plenamente disponible a su llamada.

—Es una excelente idea, señoría. De hecho, yo ya había pensado algo parecido en previsión de que pudiera aparecer un nuevo cuerpo: el del sobrino del inquisidor Carpio. Pero sobre ello aún no hay novedades, a Dios gracias. Mañana pasaré a recoger la nota, iré a la Contratación y me pondré de acuerdo con el alguacil para hacer la pesquisa en el río, una vez haya preguntado en la Caridad sobre el sitio en donde el cuerpo del mozo apareció exactamente.

—Bien, Medina. Parece que vamos avanzando. Pero ya queda menos de una semana para la llegada del rey: hoy mismo me han confirmado que hará su entrada el primer día de mayo. Así es que cada vez tenemos menos plazo.

En ese momento una gran carcajada proveniente del patio, acompañada de una burlesca trompetería y de las voces cómicas y en falsete de los cantores, anunciaron a Priego y a Medina que la jerigonza de los Alcázar había empezado: ambos salieron de la pieza, y fueron a incorporarse al animado grupo que se reía de lo lindo con las ocurrencias de los dos hermanos, cuyo divertido ingenio aliviaba frecuentemente las reuniones de una indeseada pesadez erudita: en sus textos, las primorosas Filis y las pastoriles Galateas se veían sustituidas por unos protagonistas mucho más prosaicos: los roscos de Alcalá acompañados de grasos y untuosos quesos, relucientes chorizos y gruesas morcillas repletas de arroz, piñones y cebolla que animada y cómicamente dialogaban entre sí. Y desde luego, tanto Priego como Medina necesitaban mucho en esos momentos que alguien —y en eso los Alcázares eran consumados expertos— les hiciera reír un poco.

# OCHO

*Sevilla, lunes, 24 de abril de 1570*

La lluvia batía, fuerte e incesante, casi tropical, en las paredes del cobertizo de la finca de Freire donde Garrote y el resto de los negros del portugués tenían su habitación. Pesadas gotas entraban por los elevados ojos de buey que dejaban pasar la escasa luz del día que acababa de comenzar. Un fuego hecho en el suelo, en un hogar realizado toscamente con pesados ladrillos, ahumaba y apenas calentaba la estancia.

Garrote, ya despierto, miraba la lluvia. La lluvia incesante era precisamente uno de los pocos recuerdos que tenía de lo que había sido su hogar, una aldea situada en las lindes entre la playa y la selva, cercana a la desembocadura del río Senegal. Un mal día llegaron, acompañados de otros negros armados y en pie de guerra, mercaderes portugueses que amenazaron al cacique con destruir sus chozas y quemar sus tierras, y le obligaron a entregar un tributo en el escaso polvo de oro que poseía y también en carne humana. Jóvenes, mujeres y niños cambiaron así de manos, no sin muchos lamentos; y entre otros Garrote y sus dos compañeros, con los que jugaba de niño en la blanca arena de la costa: unos felices días que ya habían desaparecido de su memoria. Metidos a empujones y a la fuerza en una oscura y apestosa carabela portuguesa, en bodegas ya se pudrían algunos esclavos que no habían soportado la travesía, fueron trasladados a la factoría de la isla de Santiago en Cabo Verde. Allí fueron vendidos por los traficantes, que una vez concluyeran sus tratos en el gran mercado de la isla emprenderían un nuevo viaje al continente para seguir aprovisionándose de mercancía.

Garrote y sus compañeros tuvieron suerte: al menos no serían vendidos a los compradores castellanos y se evitarían cruzar el Atlántico para trabajar, y con ello perder la vida, en las minas de los reinos de las Indias. El mercader que los compró, un por entonces joven Freire, los adiestró para garantizar su seguridad y los dedicó a su servicio personal. Eso les garantizó buen trato, comida sustanciosa y ciertas deferencias por parte de su dueño, que poseía muchos negocios tanto en Lisboa como en las Indias y en Sevilla: de hecho siempre estaba de viaje, y los negros con él. Incluso les había prometido que dentro de algunos años, si le servían fielmente, consideraría su liberación.

Garrote, mientras tanto, había perfeccionado algunas habilidades que le habían hecho imprescindible para su amo, y también le habían hecho recibir el temible apodo por el que se le conocía: el uso de sus fuertes manos y su destreza con la cuerda y el palo, que podía segar

una vida en cuestión de segundos. Además, a Garrote le gustaba el poder que daba quitar la vida, recibir el mágico halo que extraía de aquellos a los que asesinaba cuando exhalaban el último suspiro le hacían —y eso creía él firmemente— cada vez más fuerte. Invulnerable.

El mozo muerto la otra noche no había sido el único a quien Garrote había segado la existencia: otros le habían precedido siguiendo las órdenes de su amo, que evitaba siempre mancharse las manos. Algunos otros mozos, un tahúr que quiso pasarse de listo tratando de engañar a algunos apostadores en las mesas de juego del señor… pero también había tenido que matar a Ana. Ana, la esclava del amo. Ana, que había servido a Freire en la casa y en el lecho, que le había dado dos hijos que ahora eran siervos de su esposa en Portugal. El mercader, ya aburrido de ella, se la cedía de vez en cuando como premio por sus buenos servicios, para que le sirviera de consuelo durante las largas noches del cautiverio. Ana, cuyo verdadero nombre era Sunu.

Sunu, Ana, había querido escapar una vez de la quinta de Freire: el portugués, como castigo y para que no tuviera ninguna oportunidad caso de que tratara de hacerlo de nuevo, mandó darle una paliza y ordenó herrarla. Pero ella no cejó: era una mujer valiente. Como castigo Freire mandó encadenarla por las noches; pero en un descuido, una mañana que acompañaba a las otras criadas de la casa al mercado, Ana trató de huir. Garrote, que estaba avisado, la capturó: nunca olvidará la mirada, de infinito pesar y de inabarcable lástima, que le dirigió tras atraparla. El amo montó en cólera, en esa cólera fría y temible que le caracterizaba, una cólera espantosa que no levantaba la voz, y estuvo presente mientras él la estrangulaba. Algo se quebró en el negro mientras lo hacía: las siguientes muertes habían sido mucho más fáciles. Un trámite. La otra noche no solo había asesinado, sino también torturado, a petición del mercader y de su huésped, al mozo que hasta entonces había usado el portugués para su recreo particular: había querido saber demasiado, y eso nunca era bueno. Otros antes que él habían seguido el mismo camino: eran los resultados de juegos salvajes que acabaron mal. Un mozo asfixiado tras haber robado a un cliente furioso, otro que trató de escapar en mal momento… Garrote les daba siempre el golpe de gracia, lo que le hacía temible para el personal de la casa, que procuraba evitarle; por lo que la misma negra muda y medio ciega que atendía a aquellos a los que Freire tenía ocasionalmente cautivos se ocupaba también de él y de sus dos compañeros.

El otro día Garrote había capturado a un nuevo mozo: uno al que había visto jugar en las jabonerías de la orilla del río. El amo le había pedido que buscara un sustituto adecuado al desaparecido Alexandro,

y él le había traído uno con el que parecía que el amo podría estar contento. Tal vez, si como esperaba había acertado, Freire quedaría satisfecho y el momento de su propia liberación estaría un poco más cerca. Tal vez.

***

El jurado Medina había entrado, usando para ello de la puerta del Alcázar, a las dependencias de la aledaña casa de la Contratación. Arrebujado en su capa, con la que se protegía como podía de la lluvia que cada vez arreciaba más fuertemente —las gárgolas de la vecina catedral descargaban inacabables caños de agua turbia al embarrado suelo, deteriorado y mal pavimentado, haciendo el paso precario y peligroso—, Medina accedió a una sala en donde un ujier tomó su razón, informándole de que el presidente no podría atenderle en aquel momento, pero que el contador Ortega sí podría hacerlo. Pidiéndole que se acomodara brevemente mientras le esperaba, el ujier marchó a buscar al contador, mientras el jurado trataba de sacudirse la empapada capa, y de secarse con un lienzo el rostro por el que aún corrían gotas rebeldes.

El contador Ortega de Melgosa, un hombre de escueto tamaño y encorvado, con unas gruesas lentes ahora empañadas por la humedad que le desfiguraban la cara y tocado con un gorro de tela oscura que abrigaba lo que sin duda era una reluciente calva que se ocultaba con no demasiado éxito debajo, gorro del que sobresalían algunos cabellos blancos mal peinados, recibió a Medina con una amabilidad sin duda acrecentada por la clara y expeditiva nota que el asistente había ordenado redactar esa misma mañana con el fin de que los funcionarios de la casa le facilitaran la tarea al pesquisidor:

—Bienvenido sea vuestra merced, jurado. Leo en la nota que me han entregado que el señor asistente nos solicita que pongamos a su disposición los registros de los pasajes a Indias de algunos años a esta parte. Eso puede parecer sencillo, pero puedo asegurarle que habitualmente no lo es. ¿Podría decirme qué anda buscando? Tal vez pueda ayudarle.

—Gracias por su ofrecimiento, contador. Busco en concreto, en unas fechas que comprendan los últimos cuatro o cinco años, a mercaderes portugueses registrados como agentes o factores en Sevilla, que deben estar naturalizados puesto que se les ha permitido el paso a Indias, y que han debido embarcar en las flotas con cierta regularidad: tanto en la de Nueva España como en la de Tierra Firme.

—Bien, Medina. En principio eso no debería ser excesivamente complicado, por lo que me alegro por vuestra merced. Como sabe, en esta casa se llevan los registros concienzudamente. De ello depende en

buena parte la prosperidad de la monarquía. Sígame, vayamos a la escribanía. Allí se guardan los expedientes y los libros. Hablaremos con Barahona, el escribano primero de la casa: tiene, y no exagero, todos los asientos en la cabeza. Él sabrá decirnos dónde podremos encontrar lo que busca.

Medina siguió a Ortega a través de un oscuro pasillo, iluminado a trechos por lámparas de aceite que apenas aportaban una escasa claridad: casi al final del mismo, penetraron más profundamente en las entrañas de la casa bajando una escalera que llevaba al sótano, en donde la oscuridad era aún mayor, aunque Ortega no parecía necesitar de luz alguna para orientarse con facilidad dentro del dédalo de pasillos que le estaba haciendo recorrer. Finalmente, llegaron a su destino: Ortega abrió una pequeña puerta —tanto, que Medina debió agacharse para entrar en la pieza a la que daba paso— que mostró ya abierta al jurado lo que parecía una ordenada y eficiente colmena: ajenos al continuado chapoteo de la incesante lluvia que se escuchaba tras las gruesas paredes, los escribientes trabajaban sobre sus papeles bajo la mirada atenta de otro funcionario, este bajo y rotundo, con un cabello negro y espeso y una barba corta que iba desplazándose mesa por mesa para supervisar el trabajo de su personal. Ortega le llamó con un gesto:

—Jurado Medina, le presento al escribano primero Barahona. Él podrá sin duda ayudarle en su búsqueda. Barahona, por favor, atienda al jurado en lo que le pida: así nos lo ha solicitado el conde de Priego. Él le explicará con detalle lo que busca. Ahora discúlpeme: he de reunirme en breve con el presidente, y no quiero hacerle esperar. No me cabe duda de que, con ayuda del escribano, hallará lo que busca. Tenga vuestra merced un buen día.

Despidiendo al contador, Medina explicó a Barahona, con sencillez, aquello que buscaba: el escribano apenas tuvo que pensar un momento, e indicó al jurado que le siguiera a una de las paredes de la pieza, en donde dentro de unas carpetas de cuero cuidadosamente anudadas se hallaban las solicitudes —tanto aceptadas como no— de naturalización de mercaderes procedentes de otros reinos ajenos a Castilla, que habían solicitado ser reconocidos como castellanos, de residencia ya que no de origen, para poder embarcar en Sevilla hacia los fructíferos mercados americanos.

—Como verá, jurado, todo está organizado y ordenado. Los expedientes para las naturalizaciones consisten fundamentalmente en una prueba testifical realizada ante el juez de la casa, en la que los testigos avalan en general la solicitud del peticionario, que suele haber casado con mujer castellana o llevar residiendo aquí entre diez y veinte años, con su casa poblada en la ciudad donde tenga su vecindad. A las declaraciones de los testigos suelen añadirse otras

probanzas caso de ser necesarias, y certificados parroquiales o incluso del concejo sobre el avecindamiento del solicitante si fuera preciso, aunque eso no ocurre siempre. De ser admitidos, pagan una composición con la corona que se calcula a partir de un valor medio de sus tratos, y así todo el mundo gana algo. En estas librerías las tenemos todas, organizadas por los lugares de origen de quienes son sujetos de los expedientes. Como verá, son un fiel reflejo de las muchas naciones que hoy existen en esta monarquía. Aquí, en concreto, están los portugueses. A la izquierda los expedientes inactivos, ya que los solicitantes ya han fallecido o bien sus peticiones no fueron concedidas; a la derecha, los que permanecen activos al vivir aún, al menos que sepamos, los peticionarios. Me dice que busca a un mercader portugués naturalizado, que actualmente debe residir en Sevilla, y que embarca a menudo en las flotas. Bueno, esto último lo veremos después: vamos a comprobar primero los expedientes.

Subiéndose a un escabel que facilitaba el acceso a los estantes más altos, Barahona tomó varias carpetas que depositó en una mesa vecina, en ese momento aún vacía, pero que prontamente fue llenándose con un notable número de legajos que el escribano iba depositando sobre ella con cuidado.

—No se preocupe, jurado. Parecen muchos, pero solamente algunos de ellos responderán a lo que anda vuestra merced buscando. En realidad, de ellos solamente aprovecharemos los nombres y poco más. Siéntese conmigo y veamos. Lo primero es hacer una lista, y a partir de ahí continuaremos trabajando.

El tiempo pasó con lentitud mientras Barahona, que era un trabajador muy puntilloso, revisaba concienzudamente las solicitudes de naturalización. No dejó de tener razón en lo que le había expuesto a Medina, ya que de tan abultado número de expedientes solamente salieron siete nombres, que el escribano apuntó cuidadosamente en una hoja aparte. Tras dejar de nuevo las carpetas en su sitio y con ella en la mano, Barahona se desplazó —casi como si bailara una gallarda, con un sorprendente ritmo y una notable agilidad— hacia otra de las estanterías, en donde diversos y abultados volúmenes parecían esperar a su consulta. Tomó un solo y grueso libro, que comprendía los últimos cinco años de asientos de pasajeros que habían zarpado desde España a las Indias en las flotas, y entresacó de sus páginas uno de los nuevos índices que habían comenzado a elaborarse, realizado —como siempre solía hacerse en tales casos— por el orden que marcaban los nombres de pila: de los siete nombres solo quedaron tres que hubieran embarcado, durante ese período de tiempo, en alguno de los dos convoyes que, partiendo de Sevilla, hacían el viaje americano. Posteriormente comprobó los tres asientos, y tras ello pareció quedar satisfecho.

—Bien, jurado. Estos son los nombres de quienes reúnen las tres condiciones que me ha pedido: ser portugueses, estar naturalizados y haber embarcado en los últimos cinco años en las flotas que parten a las Indias. He desechado a cuatro que no lo han hecho. En esta lista están quienes han quedado: se trata de Benito Váez, de don Pedro Maraver de Silva y de Henrique Freire. Los tres portugueses, los tres comerciantes. Se dedican a tráficos diversos, aunque la trata de esclavos suele ser su actividad más habitual. Y sin duda lucrativa. Solo he de hacerle una puntualización: Maraver sigue actualmente en Indias, y no ha regresado todavía a España que sepamos. Así es que le quedan Váez y Freire.

—Váez y Freire… ¿Sabe, Barahona, en dónde residen?

—Váez sí, porque le conozco. Vive en la collación de Santa Catalina, cerca de la iglesia, prácticamente al lado de las casas del duque de Arcos y de los marqueses de Zahara. En el caso de Freire, desgraciadamente no. En los expedientes los dos figuran como vecinos de Sevilla, pero no se nos indica en ninguno de ambos casos la parroquia. En cualquier caso, tiene una sencilla opción: puede consultar los padrones fiscales del concejo. No me cabe duda de que ahí terminará encontrando lo que busca. El municipio suele ser exhaustivo en la confección de los padrones de cuantía, evidentemente porque mucho le conviene, aunque creo que hace ya tiempo que no los confecciona. Yo me acercaría al cabildo; habría de preguntar a don Pedro de Pineda, el escribano mayor, pero ahora se halla en la Alpujarra: tendrá que hablar con su teniente.

Agradeciendo a Barahona su inestimable colaboración —y sobre todo que le indicara el camino por el que salir con bien de tal laberinto—, Medina salió nuevamente del recinto del Alcázar. Durante el largo rato que había pasado en los oscuros sótanos de la casa, la lluvia había amainado y un tímido sol se dejaba ver en el cielo todavía oscuro, pese a que la mañana ya estaba avanzada. Cuidando el paso y evitando los charcos y el barro que propiciaba los resbalones y una sin duda dolorosa caída, Medina marchó hacia las gradas, de ahí a la Alcaicería de la Seda y recorriendo la calle de los Tundidores llegó finalmente a la plaza de San Francisco. Usando los hierros que para tal fin se habían colocado en los extremos de la labrada puerta de entrada, el jurado limpió de barro las suelas de sus altas botas, y entró en las casas capitulares buscando la escribanía mayor. Una vez entró en ella, consultó al teniente de escribano, Doria, acerca del motivo que le llevaba a su oficina:

—Necesitaría que me proporcionara una información importante, Doria. Tengo autorización del señor asistente para solicitarla, y es urgente.

—Diga vuestra merced, jurado. Estoy a su disposición y a la del señor

conde.

—He de consultar los padrones fiscales del último año en el que se hayan realizado: busco a un vecino que creo que vive allá por la collación de Triana.

—Eso no será problema. El último padrón se realizó algunos años atrás, en 1561, siendo asistente don Francisco Chacón. No hay registros nuevos. Para eso habría de consultar en las parroquias: algunas, no todas, están llevando ya unos padrones de cumplimiento pascual que recogen las confesiones y las comuniones obligatorias anuales. Esos estarán más actualizados, porque se llevan por cada año. Aunque como le digo, no todas las parroquias los hacen. En general, eso depende del interés y el tiempo que tenga el párroco. Si me acompaña… los tenemos en un arca que dejamos abierta, porque se consultan a menudo.

El escribano y el jurado se acercaron a una gran arca de madera, que una vez abierta mostró bajo su tapa un complejo diseño, el mecanismo necesario para una cerradura de tres llaves, que sin embargo habitualmente no se cerraba. El primero tomó un fajo de papel cuidadosamente atado, de mediano tamaño, en donde se recogían los ocupantes de las fincas que conformaban las collaciones de la ciudad. Acercándose a una mesa vecina, lo desató y fue pasando cuaderno a cuaderno hasta dar con el que Medina deseaba consultar:

—Aquí está: «Padrón de las casas y vecinos que hay en la collación de Santa Ana de Triana». Siéntese, jurado, y consúltelo con tranquilidad. Si necesita algo, dígamelo.

En ese momento las campanas de la torre dieron el toque de la una, y Medina se apresuró con el legajo. El escribano que lo había redactado no había sido demasiado cuidadoso, y algunas gotas de tinta manchaban las hojas, cruzadas varias de ellas al haber tenido que corregir sobre la marcha los datos. Dejando pasar las primeras, que contabilizaban a los vecinos que residían en las zonas más céntricas de la collación, el jurado avanzó hasta casi el final del cuaderno y allí encontró una de las referencias que buscaba: un somero epígrafe que decía: «En las huertas». Es decir, allí se habrían reflejado los vecinos que residían en las fincas y quintas esparcidas fuera del barrio y a lo largo de la orilla del río. Siguió leyendo atentamente hasta que volvió a dar con otro apunte que desde el primer momento había deseado encontrar: «Pasado el convento de nuestra Señora de los Remedios». Y unas líneas más abajo: «En la quinta. El portugués Freire», al lado del abono fiscal que le correspondía. Medina levantó el rostro de las páginas: por fin había dado con el esquivo portugués. Pero aún no estaba totalmente seguro; no quería dar pasos en falso, algo que el asistente no le perdonaría. Tampoco quería alarmar por anticipado a la liebre, como decía un viejo dicho de cazadores. Esa misma tarde,

acompañado de Pacheco, iría a la parroquia de Triana. Allí, en los libros, buscaría de nuevo a Freire. Quizá nuevos detalles le permitirían asegurarse de que era la persona que buscaban. Aunque desde luego —pensó—, todo hacía parecer que lo era.

***

Pacheco aún se estaba sacudiendo del hábito polvo de yeso cuando se encontró con Medina junto a la *machina* del puerto, al lado de la torre del Oro, que con sus garitas de madera vigilaba incansable la muralla y el río. Acababa de llegar del taller de Tortello, donde por fin había hecho la última entrega de sus textos, y sus ropas llevaban encima la prueba fehaciente de que los trabajos de preparación del recibimiento del rey marchaban a buen ritmo: el beneficiado todavía se quitaba virutas de madera pegadas al manteo y a la sotana. Pacientemente, los dos pesquisidores hicieron la cola para tomar una barca: delante de ellos había dos dueñas charlatanas que parloteaban incansablemente, un caballero que las miraba incomodado pero también resignado a soportarlas durante el tiempo que durara la breve travesía, y dos mozas que venían de comprar y vender mercancías en la ciudad. Cuando llegó la barca, Pacheco y Medina se hicieron sitio entre varias sogas acumuladas cerca de la popa, tratando de poner la mayor distancia posible entre ellos y las dos parlanchinas viajeras.

Medina apenas podía esperar a compartir las noticias con el beneficiado: le explicó, mientras los barqueros remaban a buen ritmo y el agua les salpicaba suavemente —el día ya se había abierto del todo y el aún húmedo toldo volvía a protegerles de un sol primaveral que pegaba con cada vez más fuerza—, sus hallazgos en los archivos de la Contratación y del cabildo, y su cada vez mayor certeza en lo tocante al hecho, ahora más plausible, de que Freire fuera la persona que buscaban. Pacheco coincidió con él en la necesidad de corroborar las averiguaciones del jurado, y para ello había pasado una nota al racionero de Santa Ana, que como siempre estaba dispuesto a ayudarle en el empeño de resolver los sucesos que estaban aconteciendo en el arrabal. Una vez la barca llegó a la orilla opuesta —Pacheco estuvo a punto, tras enredarse con el bajo de la sotana, de dar con su cuerpo a tierra mientras bajaba— los dos compañeros tomaron el camino de la parroquia de Triana. Una vez allí, Vázquez —que les esperaba en la puerta— les recibió acompañándoles hasta la sacristía, donde se guardaban los libros parroquiales, que se llevaban cuidadosamente, incluso exhaustivamente, desde 1502.

No había, a diferencia de los matrimonios o los bautismos, o las rentas y las obras de la iglesia, un registro que llevara explícitamente la cuenta de quiénes confesaban o comulgaban anualmente; algunos

años —cuando los párrocos o el clero parroquial deseaban ser más eficientes, o cuando se aproximaba una visita pastoral— los datos se registraban; otros no. Y los que no eran más frecuentes, desgraciadamente, que los que sí se habían recabado. Rebuscando con paciencia, el racionero dio con unas cuantas páginas sueltas que recogían un padrón inacabado: el párroco de entonces, seis años atrás, había comenzado a llevarlo pero no lo había terminado. Sin embargo, los pesquisidores habían sido afortunados: el escribano había comenzado sus apuntes desde fuera hacia adentro de la collación, y habían sido las huertas y las quintas, precisamente, las que se habían recogido con más precisión.

Vio, entre otros apuntes, una entrada que reflejaba la presencia del factor Duarte en su hacienda de Quitapesares; y eso le animó a continuar leyendo, cada vez con mayor interés. Hortelanos y arrendadores, con sus familias, se deslizaban por las páginas escritas con una caligrafía desatenta. Aún no aparecía nada. Pero en otra hoja, doblada y maltratada, y añadida al grupo mediante unos hilos casi desencuadernados, encontró Medina el apunte que buscaba: «Casa de la huerta grande cerca del río». En ella se relacionaban diez personas, el amo y nueve criados: el amo era Henrique Freire, y entre los criados figuraban tres negros, esclavos cuyos nombres no estaban recogidos en la lista. Medina suspiró, y señaló a Pacheco las breves notas en el manchado papel: lo tenían. Lo tenían por fin. Ahora solo faltaba acercarse sin despertar sospechas a la casa, y ver qué ocurría dentro de ella. Pero antes habría de dar con el lugar exacto, un lugar que todavía no podían determinar con certeza, y para ello tendría que contar con los hermanos de la cofradía que habían descubierto el cuerpo, que con suerte no habría acabado lejos de donde había sido torturado y muerto.

Satisfechos, ambos agradecieron a Vázquez su ayuda y siguieron camino hasta la casa de Martel, que les esperaba en su cámara:

—Buenas tardes tengan ambos, señores. Jurado, beneficiado… les estaba esperando tras recibir la orden del asistente, que me anunciaba que pasarían a verme.

—Buenas tardes, alguacil —respondió Pacheco—. Creo que tenemos algunas novedades que le sorprenderán. Pero será mejor que hable el jurado Medina, porque es quien tiene la información más cierta.

—Le escucho, jurado. Y puedo asegurarle que tiene toda mi atención.

—Bien. Esta mañana he estado en la casa de la Contratación y en el cabildo con órdenes del asistente de que me permitieran consultar sus libros, para tratar de dar con el hombre que buscamos. Y creo que ya lo tenemos: los dos archivos coinciden, y acabamos de consultar los libros de Santa Ana, en donde nuevamente aparece esta persona registrada, acompañada de algunos esclavos negros. En los tres casos

se indica que reside en las huertas cercanas al río, tras el convento de los Remedios, cerca de la orilla. Se trata de un mercader llamado Henrique Freire.

—¿Freire, dice? Le conozco de oídas, es notorio vecino de este barrio. Ha hecho su fortuna en África, con el tráfico de esclavos. Es factor también de otros mercaderes de su misma nación. Sé que es hombre influyente: se relaciona con lo más rico de la collación, aunque por lo que he oído es reservado y solitario, y no se sabe apenas nada de él. Efectivamente conozco que vive pasado el convento, en una quinta aislada junto al río antes de llegar a la dehesa de Tablada. No sé si sabría llegar a ella, sin embargo.

—No se preocupe, Martel —continuó Medina— ahora el beneficiado y yo pasaremos a Sevilla, y trataremos de hablar con alguno de los dos hermanos de la Caridad que encontraron el cuerpo del mozo asesinado. Mañana es necesario que emprendamos una búsqueda: la del lugar en donde se halló el cadáver, y que seguidamente examinemos el sitio. Eso he acordado con el asistente. A partir de ahí, debemos buscar la casa. Creo que sería mejor salir antes de amanecido, ¿no es cierto? De todas maneras, Pacheco, no sé si es realmente necesario que se incorpore a la batida, dada su condición. Usted es clérigo, no alguacil. Podría haber riesgos, y no me perdonaría que...

—Gracias, Medina. Pero no será ahora cuando yo me retire. Ahora precisamente no. Y más con lo que llevamos andado hasta aquí. Así es que les acompañaré, no lo duden. Luego justificaré ante el deán mi ausencia del coro para el primer oficio de la mañana, y así podré ir libremente con vuestras mercedes. Alguacil, debería prevenir hombres para que nos acompañen.

—Descuide, beneficiado. Iremos en dos barcas, que les recogerán de madrugada, a las cinco, en el muelle junto al Tagarete. Llevaremos hombres y algunos perros por si hubiera algún rastro que seguir. Y procure que al menos uno de esos dos hermanos de la Caridad que menciona les acompañe. Le aseguro que daremos con el sitio. Y encontrado el sitio, encontrado el hombre.

***

Dos patos chapaleaban en las calmas aguas de la laguna, conocida como la Laguna de la Feria, que se abría por uno de sus lados a las lindes del barrio de San Martín, donde el maestro Juan de Mal Lara tenía su vivienda. Aunque los insectos y otras bestezuelas pululaban ya por sus orillas, aún no era desagradable el paseo: en verano, con el sol implacable, los mosquitos y el olor penetrante del agua estancada las cosas serían muy distintas. La cercanía al río provocaba que la

laguna se rellenara con cada crecida, que anegaba la ciudad y la convertía en un lago por el que solo podían transitar almadías y barcas, pese a las protecciones de maderas embreadas que se colocaban en las puertas y postigos de la muralla.

Pero esa tarde de primavera, con el aire limpio tras la lluvia que había sacudido a la ciudad por la mañana, el paseo —cuidando de no pisar donde no se debía— era una ocupación agradable a la que placenteramente se dedicaban los ociosos sevillanos que transitaban por la orilla. Algunos grupos de hombres y mujeres entretenían el rato con copiosas meriendas llevadas en cestas y servidas por criados; algún que otro coche, parado bajo los árboles, albergaba a descansados ocupantes que habían salido a tomar el aire. Y la música —flautas y vihuelas— retumbaba suavemente en el fresco aire que hacía vibrar las copas de los árboles, que llegaban, pegados incluso a la estropeada muralla, hasta el cercano río.

Gila de Ojeda había salido de su casa acompañada por dos amigas que no hacían preguntas. Su padre estaba en ese momento rodeado de papeles, y su madre se había quedado, como solía por las tardes, rezando las horas en el patio. Las tres caminaban lentamente y en silencio, mirando cómo el viento hacía rielar el agua entre los cañaverales, un vientecillo fresco que animaba a los paseantes. Junto a ellas andaban dos esclavillos negros elegantemente vestidos, que abrían camino a un caballero con su dama, que montaba a su grupa; algunos individuos desocupados y sin prisas, y un par de ancianos graves y largamente barbados que de poco en poco detenían su andadura para darle énfasis a algún aspecto de su conversación. En el cercano río, un grupo de lavanderas habían dejado a un lado su trabajo y bailaban al son de un pequeño tamboril, acompañado por palillos y sonajas. La tarde era deliciosa.

Llegada a la mitad de la laguna Gila se excusó con sus amigas, alegando una repentina indisposición y negándose a ser acompañada de vuelta. Volvió sobre sus pasos, y cuando vio con claridad que nadie podía verla, dejó la orilla y se metió por un pequeño camino que llevaba hasta un escueto y solitario descampado junto a la muralla, en donde había esperándola un coche cerrado. Un criado mozo, tras verla acercarse, le abrió la puerta del coche. La mujer subió, encontrándose dentro con su amante tal y como habían acordado noches atrás.

—Mi señora…

—Si yo fuera vuestra señora, amigo mío, nos veríamos de otra manera. No a escondidas, como hoy; ni ocultamente de noche, como otras veces.

—Doña Gila, sabéis que de otro modo es imposible.

—Tal vez lo sea. Sin duda lo es. Pero vos no perdéis nada, y yo ahora mismo lo estoy arriesgando todo. Mi fama y mi honra, cuando menos.

Pero eso ya lo sabéis de sobra. Hoy no puedo tardar, amigo mío. Debo volver a mi casa pronto. Puedo estar con vos tan solo un corto rato.

El hombre se acercó a ella, y la miró de esa manera que siempre le hacía perder el sentido. Le tomó la mano y le volvió la palma, besando el dorso. Sus labios se quedaron en él, cálido y húmedo del sudor y la saliva, largo tiempo.

Gila gimió. No podía más. Ese hombre acababa con ella, la rompía; su voluntad desaparecía, se evaporaba, cuando estaba con él. Su mano, liberada del beso —y que en ese momento parecía que tenía vida propia— abrió su basquiña y descendió, lentamente, a lo largo del jubón ricamente adornado del caballero. Y ya no volvió a subir.

***

Poco tiempo después, ya de noche y regresada la hija de Mal Lara a su casa —al vivir ambos en la misma collación el caballero la había dejado en una barreduela desierta al lado de la iglesia, donde nadie la viera descender del carruaje—, el coche que los llevara a ambos había vuelto a la caballeriza, donde las mulas estaban ya siendo lavadas, alimentadas y atendidas. El caballero había subido a sus aposentos, donde le habían servido una parca cena. Y una vez terminada esta, preparado ya para ir a la cama, su mayordomo le anunció, entrando en su cámara con su habitual parsimonia, que un caballero embozado había venido a visitarle.

No extrañó en absoluto al hidalgo la visita: era costumbre que, para mantener en lo posible el anonimato, caballeros y damas se embozaran, saliendo a la calle con capas y largas tocas, e incluso máscaras que hicieran imposible su identificación. Él mismo había usado de esas artes no pocas veces. Sin embargo —la prudencia era importante— una cosa era reconocer la naturalidad de la costumbre y otra dar pie a un indeseado y mal momento: mandó al mayordomo y al criado que le acompañaba que permanecieran en su cámara hasta que pudiera identificar al visitante. Un visitante que entró, con paso tranquilo y sin rebozo alguno, una vez el criado le dio paso: el caballero vio con claridad, e igualmente con no poca sorpresa, quién era; y seguidamente mandó que les dejaran solos. Sentándose de nuevo mostró una rica silla a la visita, que se acomodó con naturalidad. Seguidamente, el turco —pues era Karaçaj quien había ido a ver al caballero— tomó la palabra, explicando a su sorprendido anfitrión los motivos de su presencia allí:

—Sé que no me esperaba, y por eso le agradezco que me haya recibido.

—Cuando le he reconocido, he imaginado que el motivo que le trae para verme debe ser importante, teniente.

—Lo es. Freire sabe que estamos ahora hablando, y he procurado llegar a Sevilla con el mayor cuidado. La almadía del portugués me ha trasladado a la otra orilla, y he entrado por el postigo de la Basura, cuyos vigilantes están a sueldo de mi anfitrión. Un hombre este último, sin duda, con muchas y bien aprovechadas capacidades.

—Muchas, desde luego. Freire es un activo que el sultán debería conservar a toda costa. Si el golpe que pretende finalmente puede darse como dice, su riqueza está hecha.

—Y la suya también, amigo mío. Precisamente por eso vengo a verle hoy. En su última visita a casa del portugués, nos contó cómo uno de sus amigos habría de recibir al rey en su morada. Creo que, aunque se prevean otras alternativas, no habrá otra mejor que esa ocasión para conseguir nuestro designio. Y por ello le digo que debo entrar en esa casa de algún modo. Mis actos no le comprometerán en absoluto. Nadie podrá achacarle nada. Y también puedo asegurarle que, no mucho tiempo después de esa visita, Felipe el segundo estará muerto.

—Muy cierto tiene, teniente, para sí ese resultado. ¿Cómo será eso posible? Porque créame vuestra merced que no lo veo.

—Tiene razón. Y si puede dedicarme algún tiempo más, puedo explicárselo...

Una hora después, el turco salía de la casa del rico caballero. Este último aún permanecía en su ventana viéndolo marcharse, hasta que se perdió de vista camino del postigo por donde había entrado en la ciudad. Sí, lo que había escuchado tenía sentido. Era factible. Tanto, que ya no dudó en ningún momento que la conspiración tenía muchas posibilidades de salir adelante. Y si salía adelante, todo serían ventajas para él. Muchas ventajas.

***

Una noche más, la quinta de Triana se revestía de luces y de sonidos casi mágicos, que atraían a su puerta a quienes buscaban, aunque con la prudencia que los tiempos dictaban como más que necesaria, los placeres que la casa proporcionaba a sus huidizos clientes. Hoy no era un grupo numeroso el que había acudido a la finca de Freire: tres o cuatro hombres, un par de jóvenes que acusaban una cierta desazón mientras que aguardaban en la sala, en silencio, con una copa de vino la llegada de un mozo pintadillo que en ese momento se abría paso por la sala contoneándose con oficio, vestido con riqueza y con el jubón ya suelto; y un caballero maduro que había llegado antes que ellos, tumbado en un amplio diván, con una copa llena en una mano y una jarra casi vacía de vino en la otra, que hablaba con otro chico espigado y de pelo claro: este reposaba su mano izquierda sobre las calzas del hombre y le acariciaba el encrespado cabello, moreno

aunque ya con hilos grises, con la derecha. Dos criados, inmóviles y mudos, esperaban junto a las paredes cubiertas de tapices y de ricas telas; y en una esquina de la pieza, un vihuelista ciego y un mozo interpretaban con languidez una pieza de contenido amoroso que glosaba la soledad de la vida: *«Ay, soledad amarga, que sueles ser tan dulce compañía...»*

Lopillo conocía esa tonada: la había escuchado en Triana, al regresar a su casa cuando caía el sol de la tarde, y cuando las mujeres y los mozos, tras las faenas del día, se recreaban en las plazas y en las calles del arrabal. El arrabal, donde él ahora quisiera estar, lejos, lo más lejos posible de esa sala. Freire se lo había dejado todo meridianamente claro: daría trato y conversación, y nada más, a quienes se acercaran a él. Nada más. Sin duda quería hacer negocio con lo que pretendía que fuera su primicia, por lo que no deseaba que nadie pudiera propasarse antes de tiempo. Para ello había dispuesto —como una especie de ángel guardián— a uno de los fornidos negros que le habían capturado, que esperaba apoyado e inerte en la pared vecina. De repente, el hombre maduro, dejando caer al suelo copa y jarra ambas ya vacías, levantó al mozo con el que estaba sentado en el diván, cuyo pálido rostro se había arrebolado perceptiblemente: le tomó de la cadera y dejando descender la mano la deslizó dentro de sus calzas, visiblemente enervado. Ambos salieron con rapidez, casi a empellones, de la sala por una puerta tapada por cortinas. Lope no quería saber qué habría tras la puerta; aunque su instinto y su conocimiento de la calle le indicaban con claridad lo que iba a pasar muy pronto en esa estancia, aunque no quisiera en absoluto saberlo.

De repente notó un nuevo movimiento en la sala: alguien que parecía un rico mercader, vestido de riguroso negro y cuidadosamente embozado, entraba a través de las arcadas de mármol que daban acceso a la casa, y subiendo la escalera junto a la entrada, llegaba hasta la galería en donde Freire le esperaba. El teniente turco —pues era él quien había entrado— quería comentar con el mercader las nuevas que traía sobre el acuerdo al que había llegado con su muy satisfactorio aliado. Lope, que había estado encerrado desde su llegada a la casa días atrás, nunca le había visto: había algo extraño, indudablemente marcial —tal vez por la violácea quemadura de pólvora que cruzaba un lado de su cara—, en la figura que ahora saludaba al portugués quitándose la máscara. Un rostro difícil de olvidar. Y una cara que sin duda alguna Lopillo no olvidaría en mucho tiempo.

# NUEVE

*Sevilla, martes, 25 de abril de 1570*

El jurado Medina había conseguido que uno de los dos hermanos de la Caridad que habían encontrado el cuerpo, el más joven, les acompañara a horas tan poco propicias de una madrugada que estaba siendo desacostumbradamente húmeda. Bajando desde la puerta de Jerez, que el jurado mandó abrir al pequeño piquete que la vigilaba haciendo uso de la autorización del asistente, los tres hombres —Pacheco, como ayer había anunciado, se había sumado sin reservas a la partida— cruzaron, asistidos de la luz de un pequeño farol sordo, la nueva pasarela de troncos lijados que se había colocado sobre el cauce del riachuelo tributario, que había sustituido a la ya antigua y deteriorada que hasta hacía unos días facilitaba el paso de una orilla a la otra: el cabildo había tomado esa medida con el fin de adecentar para la visita real un entorno por el que habría de pasar el rey Felipe.

Llegados a la esquina de la torre, advirtieron el movimiento que se estaba produciendo en la solitaria orilla: dos botes que acogían a Martel, a los barqueros y a varios alguaciles, acompañados por dos perros de gran tamaño que pataleaban inquietos en la arena, les estaban esperando. Martel les hizo sitio en su barca, enviando a tres de sus hombres a la segunda; y los barqueros de ambas sacaron por las bordas unas pértigas de junco terminadas en unos pequeños faroles de metal, protegidos por gruesos vidrios para que ni el viento ni el agua pudieran apagar las velas. Empujando con los remos, los barqueros alejaron las naves de la orilla. Los perros, ya con las barcas en el agua, dejaron de alborotar y de moverse.

—Siempre impresionan, ¿verdad? —dijo el alguacil—. Los barcos, digo. Vistos desde el agua, resultan imponentes.

—Cierto, Martel —respondió Medina—. Dice bien. Desde aquí se aprecia realmente su tamaño. Recuerdo cuando todavía había más carabelas que naos; y ahora hay aún más galeones, que son de mayor calado. Fíjese en la altura de las bordas, y en las cubiertas: algunos tienen dos e incluso tres niveles, cada uno de ellos con culebrinas y cañones, varios de ellos incluso de batir. Esos son los que van en guarda de la escuadra. Durante estos días han estado trabajando sin parar: el concejo ha librado fondos, como bien sabe el beneficiado, para adecentar las naves por la llegada del rey. Se han amarrado borda contra borda, pegadas entre sí: y aún así el río no es capaz de albergarlas todas. Algunas han zarpado ya hacia Sanlúcar, donde esperarán la llegada del resto de la flota para partir desde allí todas juntas a las Indias.

Las barquillas aún se veían más pequeñas frente a la elevada altura

del compacto muro formado por los buques que recorría las dos orillas: la blanca playa que conformaba el Arenal y la encharcada, escarpada y fangosa banda de Triana. El silencio, en parte por la necesidad del sigilo que les llevaba a la misión que habían comenzado y también debido al inconsciente respeto que en los ocupantes de las barquichuelas había producido la contemplación de las inmensas estructuras de los buques, cuyas arboladuras, cubiertas de sogas y de cables, apuntaban fijamente al oscuro cielo en el que brillaban fríamente las estrellas, solo se rompía por el croar de las ranas, los lejanos ladridos de los perros y el ruido que, en el agua, hacía de vez en cuando un pez que acababa de cazar un insecto. Medina se volvió hacia el hermano de la Caridad que le acompañaba en la proa:

—Recuerde vuestra merced avisar cuando crea que podamos estar cerca del lugar que buscamos.

—Descuide, hermano. Como sabe, sacamos el cuerpo del mozo en la banda derecha del río. Ya hemos dejado atrás hace un rato el convento de los Remedios; sería bueno que fuéramos poniendo proa y nos acercáramos más a la orilla.

Martel dio la orden al barquero, que giró un poco el timón y varió ligeramente el rumbo, poniéndose a la par de la orilla, aunque a cierta distancia de ella para que el cofrade, que ahora estaba apoyado con las dos manos en la borda y tenía buena parte del tronco fuera de la barca, diera con el lugar que cada vez percibía más cerca. Minutos después, dio la voz de alerta:

—Ahí fue. Seguro, sí. Ahí fue. En esa parte de la orilla lo encontramos. Barquero, vaya hacia esos cañizales de la derecha.

La barca se acercó con cuidado al lugar que el hermano le indicaba: un talud de tierra apisonada que terminaba en la orilla cubierta de juncos. Removiendo los cañizos con ambas manos, el cofrade mostró a Medina, Pacheco y Martel la oscura y amplia oquedad que estos tapaban: acercando una antorcha que un alguacil acababa de encender frotando un pedernal, vieron que el agujero era en realidad una cloaca de gran anchura y alta, de la que rezumaba un pequeño hilo de agua maloliente y fangosa. Sin duda, el albañal tenía en algún punto un dique, una barrera, que interrumpía el paso del agua; de ahí que en ese momento esta no fluyera.

—Aquí lo encontramos. Estaba enganchado en los cañaverales, que habían impedido que el cuerpo se hundiera o se desplazara más adelante.

Martel tomó la iniciativa: ordenando descender a los alguaciles con los perros, ayudó al jurado y a Pacheco a bajar de la barca, mientras los barqueros —no habían llevado remeros con ellos, ya que los alguaciles habían hecho ellos mismos tal faena— acostaban las barcas a la orilla, esperando la travesía de vuelta. Mientras tanto, los

alguaciles buscaban huellas o algún signo de que la orilla hubiera sido hollada por alguien, pero en vano. Los perros tampoco advertían rastro alguno a seguir. ¿Desde dónde podrían haber tirado el cuerpo? ¿Un coche, tal vez? Allí no había señal alguna de actividad, y el espesor de las plantas de la orilla —al igual que el aspecto desatendido de los campos colindantes— daba a entender claramente que nadie, en meses, había pisado el suelo que ahora ellos hollaban. Uno de los perros, sin embargo, escarbó en la oscura tierra húmeda hasta que dio con una superficie lisa, dura y llana: cuatro grandes tejas planas, anchas, de obra tal vez romana formaban una bóveda que protegía la gran oquedad que efectivamente ahora se confirmaba como cloaca. En ese momento, Pacheco intervino:

—¿Y no pudieron arrojarlo por el sumidero? Vean vuestras mercedes cómo es amplio. Parece incluso que su trazado es recto, en una pendiente suave que va ascendiendo por el talud. En una obra de este diámetro, un cuerpo puede llegar al río directamente sin que nadie lo vea, y no creo que quedara atascado en su curso. Habría que mirar hasta dónde lleva.

—Tiene razón, beneficiado. Se me acaba de ocurrir una idea. ¡Zapata, venga aquí! —el alguacil más joven, bajo de estatura y delgado de cuerpo, se acercó a Martel, que le había llamado, y esperó órdenes—. Zapata, sabía nadar algo, ¿verdad?

—Algo, señor. Puedo mantenerme a flote en todo caso.

—Bien, voy a explicarle lo que vamos a hacer: ahora le amarraremos a una de las cuerdas, y entrará con uno de los faroles en la cloaca. Tenga cuidado; seguramente habrá ratas de agua u otras bestezuelas. Lleve presto un puñal por si lo necesitara. Vamos a darle suelta a la cuerda a medida que vaya andando por el cauce, y si se acaba le amarraremos otra, hasta que llegue al final… o hasta que no haya más cuerda. Si llega al término, tirará de la soga para advertirnos; si nos quedamos sin más, tiraremos nosotros para que regrese. El canal es amplio, podrá moverse con facilidad: incluso casi podría hacer el camino andando encorvado. ¿No tiene unas botas? Que uno de sus compañeros le de las suyas. Ah, y deme una prenda, una que lleve encima: vamos a darla a oler a los perros, a ver si pueden seguir el rastro desde tierra. ¡Cabrera, quédese en el bote! Se ocupará de estar pendiente de la cuerda. El resto arriba, conmigo. Vamos a seguir el curso de la cloaca.

El joven alguacil le dio a Martel un escarpín que ahora no le servía para nada, y este último lo utilizó para darlo a oler a los perros. Estos, en un principio, formaron cierto alboroto en la entrada de la cloaca por la que Zapata ya había comenzado a desplazarse, y al cabo de corto tiempo, uno de ellos —el que había hallado las tejas que abovedaban la antigua construcción— encontró el rastro, que sin duda

se filtraba, imperceptible para los humanos pero no así para el animal, marcando la dirección hacia la que el alguacil, el jurado, el beneficiado y los corchetes dirigieron sus pasos. Iban a ritmo lento; los faroles iluminaban una orilla sin desbrozar, que los alguaciles iban limpiando como buenamente podían. El beneficiado andaba gracias a que Medina, previendo sus dificultades, le sostenía en el camino: la sotana se enredaba en los matorrales y en las plantas, y una vez estuvo a punto de perder el calzado en un agujero en el que cayó por un descuido. «Con este ruido —pensó— vamos a despertar a todo el mundo». Finalmente, el camino terminó en una tapia baja y maltratada. Subiendo como pudieron los hundidos peldaños de una escalera que llevaba a duras penas a lo alto de una torre abandonada que en su día —tal vez en un lejano pasado medieval— sin duda había servido como atalaya de vigilancia, advirtieron un solar vacío y yermo, y otra tapia, esta ya sí cuidada y bien pintada con cal blanca, después.

La alcantarilla debía continuar desde el solar hasta la quinta contigua, ya que se veían un par de pozos que seguían su curso y lo que era sin duda una compuerta que contenía las aguas que, seguramente de los mismos pozos, abastecían la finca. Esa compuerta anegaba o cerraba la cloaca, de eso no cabía duda: así es que todo lo que hubiera pasado por ella debía haber procedido de la finca que ahora contemplaban, una amplia extensión de frutales con algunos planteles de olivos, que llegaban hasta otra tapia baja donde podía verse, a lo lejos, el refinado diseño de un jardín. El viento traía hasta el grupo ruidos de músicas y voces apenas distinguibles, y lámparas y antorchas iluminaban la casa principal pese a lo avanzado de la hora: en no demasiado tiempo amanecería. La quinta se extendía hasta el río, y en él un muelle, oculto entre una frondosa alameda, acogía dos barcas que estaban aprestándose a partir. Martel, viendo que pronto se haría de día y no queriendo que les descubrieran, les apremió a desandar lo andado, enviando por delante a uno de los alguaciles para que mandara a Zapata volver hacia las lanchas:

—Debemos volver ya. En poco tiempo se hará de día y no quiero que nos vean desde la casa. Creo que ya hemos visto todo lo que había que ver. Me parece, señores, que hemos dado con lo que buscábamos: ahora debemos decidir qué hacer.

Asintiendo, Medina y Pacheco siguieron a Martel, cerrando los alguaciles el grupo. Con cuidado pero acelerando el paso, llegaron algún tiempo después a la orilla. En uno de los botes estaba ya Zapata, cubierto de un barro espeso que olía al albañal de donde había salido: había llegado más allá de lo que los perros habían podido avanzar, y les confirmó que una compuerta profundamente hundida en la obra de barro cocido, cemento y piedra que conformaba la cloaca, cerraba el

caudal del agua a voluntad del dueño de la quinta. Según les dijo, en algunos lugares los ladrillos habían cedido y las raíces de los árboles podían obstaculizar un tanto el paso: pero el gran caudal de agua que permitía desaguar rápidamente el canal y la velocidad que un cuerpo cogería desde la poterna hasta el cabo de la alcantarilla sería más que suficiente para que nada lo detuviera dentro de la amplia obra, de una hidráulica seguramente árabe o romana. Así es que un cuerpo hubiera podido, perfectamente, recorrer con rapidez ese camino bajo el agua. Zapata tenía también, envuelto en un pañuelo, algo que entregó a Martel: lo había encontrado enredado entre unas raíces, a medio camino. Medina y Pacheco se acercaron con un farol a alumbrar el paquete que el alguacil abrió cuidadosamente. Dentro, mojados y aplastados pero aún perfectamente reconocibles, aparecieron, arrancados, lacios y foscos, algunos de los largos rizos dorados de quien había sido Alexandro.

***

El conde de Priego escuchaba atentamente a Medina, Pacheco y Martel, mientras jugueteaba con un estilete que le servía para cortar el costoso papel que utilizaba para redactar breves notas y billetes con las órdenes que debía escribir a diario: no era cosa de malgastar tan caro recurso, y menos aún teniendo, como estaban, tan empeñados los escasos medios de la ciudad. Y más con los costes que iba a suponer la visita real. Una vez llegados de la incursión nocturna en la finca de Tablada, los tres —alguacil y pesquisidores— habían pasado por la casa del canónigo para adecentarse y asearse: un necesario cepillado y algo de agua les dispusieron para ir a visitar al asistente, dándole cuenta de sus averiguaciones de la noche. Habían tenido que esperar al final de la sesión del concejo, que como siempre había comenzado a las nueve. Pasadas ya las doce, el asistente les mandó subir a sus estancias.

—¿Y entonces dicen que es seguro, que han averiguado ya dónde sucedieron las muertes cuyos responsables les mandé encontrar?

Medina respondió al asistente asintiendo:

—Vuestra señoría, anoche confirmamos las sospechas que teníamos. Como le ha referido el alguacil Martel, reconocimos el lugar donde había aparecido el cuerpo del mozo asesinado, que se hallaba a la salida de una profunda cloaca. En ella encontramos incluso restos de sus cabellos, que habían quedado enganchados en unas raíces y que la fuerza del agua había arrancado.

—Ya veo… ¿Están seguros de todo lo que dicen? No queremos tener complicaciones, ni que puedan reprocharnos acusar a nadie falsamente.

—Los tres estamos ciertos, señoría. Lo que hemos visto no deja lugar para la duda.

—Y dicen que se trata de la casa de un mercader portugués… No quiero problemas con los portugueses, señores. Les conozco, acabo de llegar de una embajada allí. El rey de Portugal es sobrino de nuestro señor don Felipe, y las relaciones con la monarquía lusa son buenas. No deseo que su embajador me ponga en evidencia ante la corte si se produce un equívoco. Se lo preguntaré otra vez, y esta será la última: ¿Están ciertos de todo lo que dicen?

Pacheco, mirando al conde directamente, intervino en ese momento:

—Vuestra señoría, lo estamos. No puedo añadir más a lo que ya le han contado Martel y Medina, salvo que hemos investigado a fondo y nuestras pesquisas han dado resultados: estamos seguros de ello. Las evidencias son claras, y sin duda las confirmaremos cuando entremos en la quinta. No sabemos exactamente qué podemos encontrar, pero es muy posible que en esa casa, además de los crímenes que sospechamos, se lleven a cabo tratos carnales que incluso obligarán a la intervención directa del Santo Oficio.

—Lo sé, Pacheco; lo sé. De hecho, hoy por la mañana he mandado una nota en la que cito a don Juan de Saavedra, el alguacil mayor del Tribunal, para ponerle sobre aviso y para que colabore con vuestras mercedes en el asalto a la casa. Le acompañarán como es preceptivo los oficiales que deben intervenir con él en la captura: el receptor de bienes confiscados, el notario del secuestro y algunos familiares de la Inquisición armados. Eso, con los hombres que el alguacil de Triana lleve consigo y el concurso de ustedes dos, decidirá sin duda el feliz final de la partida, porque serán… hum… una pequeña multitud. Como saben también, tras la captura la jurisdicción que habrá de entender en este asunto cambiará de manos: la ciudad dejará a los prisioneros en manos del Santo Tribunal. Martel, ¿cuándo han decidido intervenir?

—Hay que hacer aún los preparativos, señoría. Y ponernos de acuerdo con el Santo Oficio para el asalto a la casa. Creo que debería ser en la madrugada del jueves; no podemos dejar pasar más tiempo. Tendríamos lo que queda de hoy y el día de mañana para organizarlo todo: ha de ser tiempo suficiente. Además de los crímenes que ya se han producido, sabemos que el sobrino del inquisidor Carpio se encuentra, con la mayor certeza, cautivo en esa finca. No podemos permitir que le ocurra nada, y además, como ya vuestra señoría nos indicó, es preciso que hayamos resuelto este asunto antes de la llegada del rey nuestro señor.

—Me han llegado cartas esta misma mañana, dándome cuenta de que el cardenal ya ha salido de Córdoba y estará dentro de unos días en Sevilla, anticipándose a su majestad. El Corzo —no pudo el conde aquí

disimular una suave e irónica sonrisa— es seguro que lleva ya sin dormir varias noches, comido por los nervios: mucho ganará en el favor del rey y del cardenal con este recibimiento. Ha gastado una fortuna en acondicionar sus casas para recibir a Espinosa, y ha embellecido a su costa el paso hacia la Huerta de la Alcoba que lleva desde ellas al Alcázar, para que este pueda visitar a don Felipe en secreto —Priego se levantó de la silla en la que estaba sentado, dio la espalda a sus tres visitantes y miró brevemente por la ventana—. Pasados un par de minutos en silencio, dio por concluida la audiencia:

—Bien, fío de lo que me dicen. Medina, sé que conoce a don Juan de Saavedra. Quédese aquí conmigo unos instantes, porque deseo que esté presente cuando le hable en unos momentos de este asunto. Martel, vaya preparando sus efectivos: hombres, barcas, perros, armas… lo que necesite, y apreste el negocio para la madrugada del jueves. Armas silenciosas, alguacil: nada de armas de fuego. Ballestas a lo sumo. Ah, Pacheco: tome. Esta es una carta mía para el señor deán, para que le dispense del coro y de sus obligaciones durante tres días. Quiero que ayude al jurado y al alguacil, como ya ha venido haciendo desde el principio, en la feliz resolución de este caso. Seguramente sin vuestra paternidad no se habría resuelto tan rápidamente. Martel, señor beneficiado: pueden marcharse. Y gracias.

Agradecido, Pacheco tomó el billete para llevarlo a la catedral, acordó con Medina verse esa misma noche en su casa y salió con Martel por la puerta del aposento del asistente. En pocos días terminaría, y parecía que para bien, el malhadado asunto que tantos quebraderos de cabeza les había venido dando desde que apareciera en el río el cuerpo asesinado del desgraciado cantorcico.

***

Don Juan de Saavedra, a quien en la ciudad se apodaba por el mote de *el Galán*, mantenía aún, pese a su edad ya algo más que madura, una distinguida presencia. Tercer hijo del primer conde del Castellar, su padre homónimo, cuyo título le había sido concedido por el Emperador tras la celebración de las cortes de Toledo de 1538, se había hecho gracias a su previsión y cuidado en los negocios de una importante fortuna. También había dejado a su vástago muy bien asentado: fundaba en 1539 con su mujer, doña María de Guzmán, un mayorazgo en su favor sobre el señorío del Loreto, el término de Umbrete y el amplio donadío del Moscoso, una tierra cerealera rica y fértil entre Carmona y el Viso. No contento con ello concertó su matrimonio con doña Catalina Enríquez de Ribera, hija natural de don Fadrique Enríquez, adelantado de las Andalucías, marqués de Tarifa, conde de los Molares y señor de Alcalá de los Gazules, lo que

vinculaba tras su boda a don Juan con uno de los linajes más importantes del reino, recibiendo una dote ventajosamente negociada que superaba los cuatro millones de maravedís.

Era también don Juan, gracias al privilegio adquirido en su favor por su previsor padre, alguacil mayor de la Inquisición de Sevilla. Y otro timbre, y no menor, de distinción le adornaba: había acompañado al entonces príncipe Felipe en su famoso y felicísimo viaje por Italia, Alemania y Flandes, luciéndose como justador en las fiestas de Binche de 1548, formando parte de la cuadrilla del heredero, de quien se convirtió en cercano amigo, con una armadura dorada y negra y con el nombre del *Caballero Triste*. Había asistido incluso como testigo a la firma del testamento del ya difunto marqués del Valle, el conquistador de México don Hernando Cortés, en 1547. Su riqueza, su prestigio, su parentesco, sus oficios y sus óptimas relaciones hacían de don Juan de Saavedra y Guzmán alguien con quien había que contar en la ciudad. Y por ello Medina valoró agradecido la deferencia con la que Saavedra le había tratado durante la reunión que ambos acababan de mantener con el asistente: algo muy poco frecuente en un mundo tan jerarquizado como el suyo.

Bien es cierto que ambos tenían aficiones comunes, y una de ellas era la caza, que en no pocas ocasiones habían practicado juntos: los predios del Aljarafe propiedad de Medina eran ricos en aves, abundantes en codornices y perdices, en liebres y en veloces conejos, que el jurado cazaba con su certera ballesta ayudado por su perro *Moro*, un can listo y ágil que había suscitado más de una vez, por parte de don Juan, el deseo de adquirirlo —siempre infructuosamente— a su afortunado dueño. Y estas jornadas compartidas habían tenido su reflejo en otras felices y fructíferas cacerías transcurridas en las tierras del Loreto propiedad de Saavedra, que estaban situadas a algo más de cuatro leguas de las propiedades del jurado. La relativa vecindad y los gustos compartidos habían propiciado algo parecido a la amistad.

No eran por tanto dos desconocidos quienes salían juntos de la cámara del asistente, por lo que Saavedra invitó a Medina a subir a su coche, que le esperaba junto a la esbelta y reciente columnata del ayuntamiento realizada poco tiempo atrás por Hernán Ruiz, adosada a la fábrica renacentista en la que Diego de Riaño había trabajado hasta su muerte en 1534. En él podrían hablar con la privacidad necesaria durante el trayecto que acercaría al jurado hasta la collación de San Bartolomé, ya que Saavedra, tras dejarle en sus casas, debería empezar a organizar los recursos y los hombres de los que habría de valerse en el próximo asalto a la casa del portugués. Las mulas, tras ser severamente arreadas por el postillón, dieron comienzo a su camino cascabeleando y haciendo apartarse a quienes circulaban por la calle,

a esa hora llena de gente que iba y venía.

—Feo asunto, ¿verdad, jurado? Dice Priego que vuestra merced ha sido uno de los que han resuelto el caso del que luego habremos de ocuparnos.

—Tiene razón, don Juan. Feo asunto. El conde me encomendó días atrás averiguar lo que pudiera haber ocurrido con este caso, con la ayuda del beneficiado Pacheco, a quien bien conoce, y del nuevo alguacil de los Veinte de Triana, Martel. Como ya le ha explicado el asistente, tenemos certeza de que en una quinta fuera ya de la collación se han producido varios asesinatos hasta ahora sin resolver, y se llevan a cabo tratos que hacen obligada la intervención del Santo Oficio. Pero todo debe llevarse con el mayor sigilo desde ahora: debemos evitar que puedan ponerse sobre aviso y arruinar de alguna manera nuestros propósitos.

—Por lo que veo la mejor idea sería emboscar una barca, en la que iríamos vuestra merced, Martel y yo mismo con varios alguaciles vestidos de criados, y reducir a los sirvientes de la quinta que se encuentren en el muelle. Después amarrarán las otras barcas con sus hombres y los míos, para entrar con rapidez en la casa. Creo que esto servirá, jurado.

—Sin duda, don Juan. Es importante que no hagamos ruido alguno: como antes ha ordenado el asistente, usaremos de armas blancas, de ballestas y de ballestillas.

—Bueno, eso no será un problema, ¿verdad, Medina? Vuestra merced y yo tenemos, como bien sabe, buen tiro y buena puntería. Mejor una acertada ballesta que un dudoso arcabuz, ¿no es cierto?

Medina asintió, sonriente y conforme con Saavedra. Mientras tanto, sorteando baches y basuras, obstáculos vivos o muertos y la aglomeración que en un día no feriado, con todo el mundo trabajando, negociando o comerciando, se vivía naturalmente en la ciudad, el coche de don Juan había ido acercándose hasta las calles de la judería, en donde ya no podía entrar por la estrecha anchura de las vías. Medina se despidió cerca de su casa y acordaron verse a las dos de la madrugada del próximo jueves en el muelle, con hombres y barcas ya preparados para cumplir el designio que volvería a llevarlos al río. El jueves, horas antes de que amaneciera el día. Ese día saldrían de nuevo ambos de caza, aunque las presas serían muy diferentes a las que solían cobrarse cuando, al sol y al aire del cercano Aljarafe, batían con sus saetas los cielos azules que enmarcaban los abiertos olivares.

***

Absolutamente ajeno a los cuidados de los pesquisidores, de Saavedra y del asistente y al golpe de mano que habría de darse en los aledaños

de Triana dentro de dos noches, el factor Francisco Duarte tenía sus propios problemas: al menos, ya estaba tranquilo —acababa de salir del taller de Tortello, y como todo visitante que durante esos días había accedido al obrador se había sacudido frenéticamente polvo de yeso y virutas de sus empolvados jubón, gorro, ropilla y calzas nada más traspasar la puerta— acerca del ritmo que llevaban los trabajos de acondicionamiento del entorno de la puerta de Goles y de la calle de las Armas. Un indeseado percance —la inesperada lluvia del otro día — había provocado que algunos paneles con los que iban a cubrirse los estrados previstos para el público en la plaza de San Francisco, ese teatro solemne de la ciudad, hubieran de ser rehechos, sustituidos o repintados; pero por lo demás, todo marchaba bien. Los diseños ya estaban terminados incluso antes de lo que Duarte esperaba, y solo quedaba montarlos en sus respectivos emplazamientos, por lo que había previsto ya un buen número de carros de bueyes que habrían de recorrer el cauce del río desde el taller del maestro mayor hasta las casas de Hernando Colón: una larga fila que llevaría las imaginativas invenciones de los artistas y humanistas sevillanos desde la calle de la Mar hasta su destino final, pasando por el Malbaratillo, la Cestería y la puerta de Triana; y que discurriría, entre la curiosidad y el alborozo de las gentes, sirviendo como anticipo del recorrido que, pocos días después, habría de realizar el mismo rey.

Ahora Duarte se encontraba, acompañado de Hoces y de algunos otros miembros de la comisión municipal, visitando las naos. Y lo que veía no le gustaba: la colocación de las naves, amarradas borda con borda, no funcionaba. Así colocadas sería imposible realizar, como Duarte tenía previsto, la salva que habría de atronar la ciudad y el río a la llegada del monarca. Más de noventa naves pegadas una a otra impedían incluso que pudieran verse despejadas las orillas, sobre todo la del Arenal, por donde habría de pasar el rey a caballo mientras se dirigía a la puerta de Goles, por la que entraría en la ciudad.

—Señores, esto no nos sirve —dijo Duarte a Hoces y a los miembros de la comisión que le acompañaban—. Los barcos, tan apelotonados entre sí, se ven deslucidos. Y no podrán disparar, como está previsto, sus cañones. Hay que ingeniar algo para que puedan realizar la salva sin inconvenientes, y para que su majestad pueda apreciarlos como debe. Hoces, ¿tiene vuestra merced alguna idea? Todos pueden hablar libremente: quiero dejar solucionado este problema lo antes posible. Aún hay mucho que hacer en el Alcázar y han de disponerse todavía numerosos asuntos de la visita real; no quiero que nos detengamos más en esta cuestión de los barcos, que debemos dejar resuelta hoy mismo. Incluso ahora, a ser posible.

Bartolomé de Hoces se asomó a la borda del buque donde se hallaban reunidos, rodeados por el olor salado del puerto: se escuchaba el

rumor de las jarcias movidas por el viento, las voces de los marineros que fregaban los puentes o pintaban las bordas, las órdenes concisas de los oficiales, los gritos de las gaviotas y el continuado ruido de las gentes —un zureo como de palomas en celo— que llenaban en ese momento, y como todos los días, el Arenal. Volviéndose de costado mientras señalaba con la mano al río, expuso con brevedad una posible solución a Duarte:

—Factor Duarte, señores: como saben se ha abierto ya la puente de Triana para permitir que el rey pueda discurrir libremente por el río. Abrir por ahí el cauce permite ahora que buena parte de las naos, yo creo que incluso la mitad de las que ahora están surtas, puedan amarrar junto al castillo siguiendo la banda de Triana hacia la Cartuja de las Cuevas, atracando en la orilla del brazo izquierdo si se mira desde aquí. Esto nos dejaría, desde la puente hasta las huertas de los Remedios, con solo unas cuarenta o cincuenta naves, las mejores de la flota, que podrían amarrarse proa con popa en esa sola orilla: se mostrarían de costado y podrían hacer la salva por una de sus bandas. Como bien sabe también vuestra merced, la anchura del río entre la puente y la torre del Oro, al dejar libre la banda de Sevilla, permitiría anclar al centro las dos naves más arboladas, armadas y vistosas, que son la almiranta y la capitana. Con eso el rey nuestro señor podrá ver aquello que merezca más la pena de la flota, y las gentes que se acerquen al Arenal podrán ver también, sin tantos embarazos, la entrada por el río de don Felipe.

Un asentimiento general de los reunidos avaló la sensata propuesta del obrero mayor: desembarazar la orilla de Sevilla era desde luego una excelente idea, y tapar con las naves el desaseado talud que conformaba la banda de Triana aseguraría que el rey no pudiera ver el mal estado —el cabildo había tratado de solucionar ese problema repetidas veces, y nunca con buenos resultados— de una orilla que había mantenido desde siempre un aspecto salvaje, áspero y sin acondicionar: también con ello se disimularían, y con éxito, todos los descuidados obradores (astilleros, jabonerías, fábricas de pólvora, alfarerías…) y los quemaderos y basureros que tenían su salida al río. Un muro de vistosas velas, banderas, gallardetes, humo de pólvora y oriflamas harían el mejor telón posible para que el rey no advirtiera aquello que el concejo no deseaba mostrarle.

Duarte felicitó a Hoces por su excelente solución, y bajando con prisa de la nao reclamó la presencia, un par de horas más tarde y ya en la Contratación, de los maestres de la capitana y la almiranta, a los que tendría ahora que advertir para que dispusieran ambos galeones con las mejores artes de las que fueran capaces. Sin duda la de Hoces había sido una magnífica idea. Y en ese momento, el factor advirtió, complacido, que estaba satisfecho: en esa sola mañana se habían

resuelto algunos de los inconvenientes que desde días atrás le traían de cabeza. Parecía que el recibimiento del rey saldría finalmente como era debido. Y eso era, en aquel momento, lo único que Duarte deseaba.

***

Pedro Ochoa de Murga, mayordomo de don Manrique de Zúñiga, era un hombre ocupado. Días atrás había llegado a Sevilla desde Mures, donde servía a su señor, para ocuparse de los preparativos que habrían de acometerse en su hermosa quinta de Bellaflor, en la cual el rey pernoctaría la víspera de su entrada en la ciudad. Trabajando codo con codo con el concejo, representado por el alguacil mayor don Diego de Sandoval, que pagaría buena parte de la factura del alojamiento real, Ochoa estaba completando esa mañana un memorial para que al día siguiente fuera leído en el cabildo, en el que indicaba los bastimentos que serían necesarios para atender al rey —y a su numerosa corte— durante su brevísima estancia. Ya habían llegado también los aposentadores reales, que dispondrían todo lo necesario para la comodidad del monarca: y en un breve rato Ochoa se había citado con Sandoval y con uno de ellos, Lucas de Atienza, que debía andar en ese momento controlando las obras que se estaban llevando a cabo en el exterior de la quinta.

Ochoa también estaba empezando a preocuparse: aún no se habían provisto bastimentos, cava o botillería suficientes, y en ese momento acababa de terminar de tratar con un nuevo proveedor, un mercader portugués que le habían recomendado otros comerciantes por su seriedad, que le aseguraba que esa misma tarde, o todo lo más al día siguiente por la mañana, podría enviarle varias carretas con una cantidad suficiente de barricas de vino de excelente calidad para que pudiera servirse en los agasajos reales. El mayordomo, como solía, había tratado con el nuevo proveedor a la baja; pero el portugués, que sabía que tenía la sartén por el mango, le apretó lo bastante como para que el trato también le dejara a él un margen suficiente. El contrato, firmado con rapidez entre ambos en una improvisada oficina instalada en una carpa en la que se afanaban cuatro o cinco escribientes, en la que se tomaba exhaustiva relación de todo lo que entraba o salía de la casa, obligaba al mercader a servir dos carretas con diez toneles de vino cada una de distintas procedencias, pero todos ellos de calidad superior, con el fin de que pudiera servirse al propio rey y a los miembros más eminentes de su corte.

Ido el portugués, Ochoa dejó su copia del contrato en manos de uno de los escribientes que habría de archivarla; y saliendo apresuradamente de la carpa fue a buscar al aposentador al interior de

la casa, esquivando a albañiles, carpinteros, pintores, herreros, hortelanos y jardineros que se movían por el amplio recinto como ocupadas hormigas, ya que se había contratado un importante número de nuevos trabajadores para que los arreglos y reparaciones pudieran estar a su debido tiempo. Había que rellenar de peces el estanque; que limpiar y reparar los caños que llevaban el agua hasta las huertas; se estaba haciendo una caballeriza que pudiera albergar los caballos y las acémilas de los ilustres visitantes, usando de toldos y velas sostenidos por mástiles de barcos, y se ubicaban en ella las pesebreras, con la alfalfa y la paja necesarios para alimentarlos; se estaban levantando las cocinas y los ranchos de campaña que darían de comer a la gente menuda, y acopiando el agua con la que se refrescarían. Atravesando entre los ocupados carpinteros, tapiceros, albañiles y pintores que invadían todas las estancias a las que llegaba su vista, el mayordomo llegó a la terraza que se abría sobre el patio, donde se estaban disponiendo los aposentos del rey, y en donde ya estaban aguardándole su amo don Manrique, Sandoval y Atienza.

Don Manrique de Zúñiga —cuyo nombre en realidad era el de don Álvaro de Zúñiga, ya que había adoptado el de su fallecido hermano Manrique tras su prematura muerte, al heredar su rico mayorazgo en 1565—, señor de Gines, Mures, Chillas y Gatos (que conformarían el título de su futuro marquesado de Villamanrique de Zúñiga, otorgado por el rey cinco años después, en 1575) miró interrogativamente a su administrador: de cabello corto y rubio, con una barba terminada en punta a semejanza de la del rey y con ojos castaños y escrutadores, adornado su jubón con la cruz de la orden de Santiago en la que había ingresado en 1564, Zúñiga pertenecía a la prestigiosa —aunque por entonces empobrecida debido a los dispendios de su padre, el duque consorte don Alonso de Sotomayor— casa ducal de Béjar y Plasencia. Don Alonso había sido padrino de Felipe II, además de un cruel marido para su esposa, doña Teresa de Zúñiga, hasta su propia muerte en 1544. Manrique estudiaría en Salamanca entre 1553 y 1556, casando en 1562 con la bella, pero voluntariosa, doña Blanca Enríquez de Velasco, hija del IV conde de Nieva, controvertido virrey del Perú. El nuevo matrimonio estableció su residencia en Sevilla, en la collación de Santa María la Blanca: era por entonces don Manrique alcalde mayor de la ciudad. Ayudaría al rey en 1580 en la campaña de Portugal, y en 1585 sería nombrado por el monarca virrey de Nueva España. Pero todo esto (el título, Portugal o el gobierno de México) estaba aún lejos de suceder en esa mañana de primavera de 1570.

—Buena mañana tengan vuestras señorías. Disculpen el retraso, estaba acordando un envío con un proveedor.

—Buena mañana, Ochoa —dijo don Manrique de Zúñiga— estamos tratando de cerrar todo lo que debe hacerse y aún no se ha concluido

para la llegada del rey nuestro señor. Don Diego de Sandoval me ha confirmado que finalmente el convite, es decir, toda la intendencia de alimentos para hombres y bestias, correrá por cuenta del cabildo. Mañana está previsto que en su sesión diaria el concejo adopte ese acuerdo. Nosotros hemos de aportar la quinta y el acomodo, aunque luego pasaremos también a la ciudad la cuenta de las obras en esta casa: Atienza me asegura que los preparativos que estamos haciendo serán suficientes.

—Vuestra señoría —intervino Atienza— sabe que al rey nuestro señor no hay nada que más le agrade que la amenidad del campo. Esta finca es descansada en grado sumo: el rey se encontrará aquí sin duda muy a su gusto. He preparado ya una breve relación en la que indico dónde se alojarán tanto el rey como sus principales acompañantes y servidores, con sus criados, que vienen con su majestad desde Córdoba. Los pintores, herreros, carpinteros y tapiceros deben terminar sus tareas no más allá del viernes próximo, porque a partir de ahí habrán de amueblarse las estancias con los enseres que ya han salido desde Córdoba, aunque me dice don Diego que se han previsto otros muebles, adornos y tapices que habrán de llegar desde Sevilla.

—Efectivamente —dijo Sandoval—. Del Alcázar se traerán algunas piezas que son de valor e importancia para acomodar lo mejor posible las cámaras del rey. Como verán, también los tapiceros están vistiéndolas ahora de un rico cordobán dorado, y en las ventanas por donde don Felipe tendrá a bien asomarse si le place se están colocando grandes macetas de barro con toda suerte de flores, que den aroma y frescor a las estancias. Esperamos que hoy terminen con las obras en el aposento real, y una vez terminado este, en uno o dos días estarán aderezados los siguientes.

—¿Y cómo van los suministros, Ochoa? —preguntó Zúñiga— ¿Los alimentos, los vinos, el agua? ¿Tenemos trabajadores suficientes? Piense que en solo cuatro días tendremos aquí al rey con la corte.

—Descuide vuestra señoría, porque todo está concertado y contratado. Agua en la finca hay también de sobra. Había algún problema con los vinos, pero acabo de contratar veinte barriles de la mejor calidad que podremos utilizar para servir al rey y a los principales señores que le acompañan. Por lo demás, todo está previsto y concertado con don Diego y don Juan de Sandoval, su hijo y su teniente, que se han ocupado personalmente de que las provisiones lleguen a tiempo y de que haya número de sobra.

—No se preocupe, Zúñiga: como dice su mayordomo, he concertado los bastimentos en número y cantidad suficiente. No faltará de nada. Carnes, empanadas, verduras, frutas, dulces, aceitunas, arroz, mermeladas… de todo está llegando a sus bodegas, y en ellas se están almacenando barriles, cajas y cajones llenos de viandas. El mismo día

de la llegada del rey a la casa se colocarán afuera, para que los cocineros y los reposteros puedan usarlos y disponer de ellos. Y como le digo, puedo asegurarle que habrá de sobra.

Más tranquilos los cuatro personajes al ver que todo iba adecuadamente, bajaron al patio —en donde unos fontaneros se estaban ocupando de la limpieza de la gran fuente central con unas finas herramientas metálicas y unos gruesos cepillos de cerdas— y siguieron su paseo desde la casa al río, para ver el trabajo que los obreros estaban realizando en el muelle y el camino, que, discurriendo por una frondosa alameda, llevaba hacia la alta tapia de la finca, los jardines aterrazados y llenos ya de flores, los feraces huertos por los que corría cantarina el agua y la hermosísima casa desde la que los cuatro responsables del recibimiento del rey bajaban en ese momento hacia el río no poco satisfechos: la estancia del rey en Bellaflor sería un éxito. Todo estaba saliendo como debía.

***

Sin duda, efectivamente todo estaba saliendo como debía: o al menos eso pensaba Henrique Freire, nada más llegar a su propia quinta desde Bellaflor, desde donde había partido a toda velocidad a uña de caballo. Acababa de cerrar un ventajoso contrato con el mayordomo de don Manrique de Zúñiga; y aún mejor, había encontrado el portillo por donde entrar en la finca y poder atentar contra el rey castellano, como había deseado. Enviar los veinte barriles que Ochoa había adquirido le permitiría poder preparar un atentado que, mientras más vueltas le daba, más posibilidades tenía de éxito. Porque la cosa sería, ya con la entrada asegurada, mucho más sencilla: ¿quién podría comprobar que todos los barriles que metería en la finca serían de vino?

Desde hacía largo tiempo Freire guardaba, en los amplios sótanos de su casa aunque cuidando continuamente de que no se humedecieran, un buen número de barriles de pólvora que había ido, casi imperceptiblemente, hurtando de las cargazones de la fábrica de Triana, gracias a algunos provechosos contactos que mantenía en la casa de la Contratación: cuando embarcaban los barriles que llegaban del obrador en sus propios barcos, o en los de sus socios —que sin embargo nada sabían de aquel apaño— se sustituían uno o dos barriles (más hubiera sido muy arriesgado) de cada cargamento por otros llenos de polvo de carbón, con algo de azufre para producir el característico olor de la mortal mezcla. Sus maestres conocían el truco, y procuraban que esos barriles nunca salieran de las sentinas para no levantar sospechas. Después siempre se podía alegar que la travesía o el agua los habían estropeado: eso también era fácil de

arreglar.

Así es que sería pólvora. Vio claro cómo podría hacer el traslado: las dos carretas cargadas, el vino arriba y la pólvora abajo, él vigilando el almacenamiento en las bodegas de la casa principal, ubicadas casi bajo los aposentos reales; y los hombres del hampa que había conseguido introducir en la casa velando por la seguridad del cargamento y encendiéndolo cuando la casa estuviera en paz y en calma… y el rey en sus aposentos. Freire sonrió, mientras los mozos y los arrieros cargaban, ya avanzada la tarde y ayudándose de unas fuertes escalas colocadas en diagonal sobre los carros, los barriles en el orden que les había mandado: seis de pólvora debajo, y cuatro de vino encima. Entre ambos, unas lonas embreadas y bien amarradas a las paredes de las carretas disuadirían a los curiosos que quisieran comprobar la mercancía. Una vez cargados los carros, Freire dirigiría de nuevo la expedición para entregar las botas en Bellaflor y asegurarse de que todo quedara como era debido. Había informado del golpe de suerte al teniente turco, que había salido de su alojamiento y miraba con aprobación los trabajos de los cargadores, sin duda satisfecho: dentro de unas horas la pólvora estaría almacenada en Bellaflor, y si todo salía como debía, unos días después Felipe de Austria estaría muerto.

***

Medina rezaba, arrodillado en su oratorio: su fe era sincera. Muy lejos estaban los tiempos en los que se acusó a su familia —a su bisabuelo, a su abuelo— de prácticas judaizantes: una nueva fe, una nueva ley había tomado el relevo de la vieja, aunque eso no quería decir que el jurado practicara una devoción conformista. Culto e intelectual, se preguntaba constantemente cosas. No se había acercado al luteranismo y aún menos al calvinismo, a los que veía como la pérdida de una rica tradición, no solo religiosa sino incluso estética, que a Medina seducía enormemente; sin embargo, sí compartía los postulados de Erasmo, de Alfonso y de Juan de Valdés, de Juan de Vergara, de Calvete de Estrella, de Juan Luis Vives… de una generación perseguida y desaparecida, arruinada por las persecuciones y las descalificaciones de la Inquisición. Así es que Medina era prudente: había construido una fuerte y elevada muralla que le rodeaba, y nadie —ni siquiera su propia familia— conocía sus inquietudes religiosas. Y nunca las conocerían, porque lo primero que quería garantizar el jurado era su seguridad.

El oratorio, pequeño pero muy cuidado, albergaba a Medina en su maternal penumbra como un íntimo y privado útero de segura devoción. Estaba rodeado en él por el pequeño retablo de madera

dorada y vivamente policromada que albergaba la imagen de una Virgen, la del Subterráneo, sobre un sagrario ubicado a sus pies —Medina tenía, al poseer un oratorio en su casa, ese privilegio— con un bello Niño Jesús pintado por el recientemente fallecido Luis de Vargas en estilo italiano, que reposaba sobre una mesa de altar revestida por un bello frontal bordado en una minuciosa labor de grutescos, de oro y sedas. Y algunas imágenes de santos patronos de la casa se ubicaban en pequeños retablos portátiles, dípticos o trípticos, en las paredes laterales. Una magnífica lámpara de aceite de plata estaba siempre mantenida y encendida.

Medina pidió por el buen fin del empeño que a la noche siguiente habría de llevarle a la casa en donde todas las evidencias le indicaban que se habían producido los crímenes por los que el mercader portugués habría de pagar sin duda con su vida, tras ser encarcelado e interrogado por la Inquisición: un destino que desde luego el jurado no le envidiaba. Mientras estaba absorto en la oración, notó que la puerta a sus espaldas se abría levemente, y que la oscura cortina que aislaba la pieza del patio se descorría con suavidad, haciendo que la decaída luz de la tarde entrara con timidez en la pequeña estancia.

—Esposo, ha llegado vuestro huésped. He dicho al beneficiado Pacheco que espere en el estrado, que enseguida os sumaréis a nosotros para la cena. Ya está el comedor dispuesto. Si lo tenéis a bien, podemos comenzar. A los niños les darán de comer en sus cuartos.

—Gracias, mi señora. Ya estaba terminando. Disculpad mi retraso, pero aquí dentro siempre se me pasa el tiempo sin advertirlo. Voy con vos —Medina se levantó del reclinatorio, se inclinó ante el altar y corrió de nuevo la cortina, cerrando la puerta—. Esta noche os contaré algunas cosas que debéis saber, que tienen relación con la presencia aquí del beneficiado. Pero vayamos al estrado y de allí al comedor: no debemos hacer esperar más a nuestro invitado.

Dejando atrás el oratorio, Medina y su mujer se dirigieron a través del patio al vecino estrado, en donde Pacheco, con una copa de vino en la mano de la que le había provisto la amable hospitalidad de doña Leonor, aguardaba sentado en una cómoda silla de brazos. Entrados ambos, el beneficiado se levantó y les saludó con cordialidad, mientras dejaba la copa en un cercano bufetillo. La dueña de la casa le mostró el camino, y entraron los tres en el amplio comedor, en donde una rica mesa se había preparado y puesto para recibir convenientemente a Pacheco, cuyo gusto por la buena comida era ya bien conocido por Medina. Los platos, los cubiertos, los lavamanos, las toallas húmedas y las servilletas, los paños de mesa para cada comensal, el mantel de cordobán, incluso el rico salero de plata labrada, con una cucharilla en forma de delfín: todo estaba dispuesto con gusto, mostrando la algo

más que mediana riqueza de la casa.

No había criados, sin embargo: el jurado había pedido a su mujer que solo ellos tres estuvieran presentes. No quería oídos ajenos para unas noticias tan graves y reservadas. Sobre la mesa, las bandejas ordenadas esperaban que los comensales las acometieran: primero la fruta, algunas peras y naranjas dulces; luego un elaborado manjar blanco, hecho con una costosa y desmigada gallina, harina de arroz, leche de cabra, almendras, agua de rosas, azúcar fino, canela y limón; seguido de un guiso de cabrito adobado, y después de un asado de capón armado, para terminar con frutas de sartén: unas doradas almojábanas de requesón y unas rosas sazonadas con abundante azúcar, miel y canela.

—Mi señora —Pacheco no pudo evitar revolverse con alegría en su silla ante la vista del festín que le esperaba, como buen goloso—. No puedo menos que agradecer esta mesa que nos ha preparado. Todo tiene un aspecto espléndido. Quisiera tener la pluma de nuestro amigo Baltasar del Alcázar para poder glosarla.

—Muchas gracias, beneficiado. Espero que disfrute de esta cena. Sé, porque mi marido así me lo ha pedido, que no querían que hubiera esta noche más comensales. Y dijo que durante la cena me explicaría por qué. Así es que como comprenderá estoy también impaciente porque me digan qué sucede, y si puedo servirles de algo en el asunto que van a referirme.

—Leonor —dijo Medina, mirando con pausa a su mujer—. Comenzad a servir la mesa si os place, y disfrutemos de la cena. Mientras tanto hablaremos, y os contaremos lo que sucede. No es cosa agradable, como veréis. Pero según creemos la solución al problema está ya cerca. Pacheco, comenzaré yo a hablar; pero le ruego que intervenga cuando guste.

Pasó el tiempo, y un largo rato después, entre silencios y preguntas de su interlocutora, la narración de Medina y de Pacheco concluyó. Una vez ambos terminaron, Leonor les miró con una inmensa expresión de tristeza:

—Es terrible lo que los dos me cuentan. Esta ciudad es un lugar atroz, lo sé, conozco lo que pasa en las calles. Pero no imaginaba que sucesos como los que me han contado tuvieran lugar en ella. La horrorosa muerte del muchacho, los otros crímenes, los usos a los que parece que se dedica esa casa en la que quieren entrar… no tengo palabras. Y deben darle fin a eso, desde luego. Deben dárselo, sin duda. Pero han de tener cuidado: sin duda son gentes peligrosas las que están involucradas en esas muertes. Y no quiero que les ocurra nada a ninguno de los dos. Esposo, os lo ruego: no os pongáis en peligro. Haced lo que tengáis que hacer; pero volved salvo.

—Descuidad, Leonor. No tengáis temor de ello. Pero tenía que

hacéroslo saber, porque el asunto es grave y mi responsabilidad en él es importante. Mañana por la noche daremos fin a todo esto, no tengáis cuidado. Pero no quería ocultároslo más tiempo. Ya sabéis ahora de dónde proceden las cuitas que estos días he tenido.

Leonor asintió, y se levantó de su asiento. Con un rostro que había tomado un color ceniciento y dejando la cena casi sin tocar, la mujer del jurado se despidió del beneficiado y, marchando a sus aposentos, les dejó solos. Mirándose entre sí, Medina y Pacheco la dejaron marchar: aún quedaban horas para tratar cómo habrían de intervenir en la casa que, hasta la siguiente noche, sería el sujeto de todas sus preocupaciones. Y una vez la mujer salió del cuarto, los dos pesquisidores comenzaron a discutir cómo habrían de proceder para entrar a la finca y detener a sus ocupantes.

# DIEZ

*Sevilla, miércoles, 26 de abril de 1570*

Temprano de mañana se habían reunido, en una de las tres salas de audiencia del castillo de Triana, anejas a la capilla de San Jorge y a las que se entraba por el vecino patio del Moral, don Juan de Saavedra, el alguacil Martel, Pacheco y Medina. A primera vista se les advertía poco descansados: nadie del preocupado grupo había podido conciliar adecuadamente el sueño la pasada noche, y eso se notaba en los ojos cargados y en la palidez de los rostros de los conferenciantes. Aunque tranquilos en cuanto al resultado del golpe de mano que esa misma madrugada habría de conducirles a la quinta del portugués, no podían negar que la incertidumbre —¿saldría todo bien, como esperaban? ¿Lograrían sus fines? ¿Encontrarían pruebas de aquello que buscaban?— y también el riesgo, que no era pequeño, estaban presentes implícitamente en esa reunión, tan presentes como ellos mismos.

Saavedra, que hacía las veces de anfitrión al hallarse en sus predios de la fortaleza inquisitorial, se levantó de la mesa alrededor de la cual todos se hallaban sentados, y se acercó a la vecina tarima donde se ubicaban los sillones que ocupaban los miembros del tribunal en las encuestas e interrogatorios, bajo un gran fresco en el que se había representado, dentro de una sencilla orla sostenida por dos ángeles tenantes, el escudo de armas del Santo Oficio: una nudosa cruz verde, un ramo de olivo y una espada sostenidos por un brazo armado con una leyenda que reproducía el salmo 73: *Exurge Domine, et judica causam tuam*. Levántate, Señor, y juzga tu causa.

El alguacil mayor de la Inquisición apoyó la mano en la mesa que utilizaban los secretarios para levantar las actas, aspirando el suave aroma a cera de abeja con la que el mueble se había lustrado recientemente, que sin embargo apenas conseguía disimular el fuerte olor a humedad —el río hacía de las suyas a menudo, inundando los sótanos, las cárceles, los patios y las estancias del castillo— que provenía de la base de los muros, ennegrecidos por el moho y por los hongos:

—Entonces, señores, debemos determinar seguidamente cómo habremos de proceder en esta noche. Ayer, tras salir de nuestra entrevista con el conde, el jurado Medina y yo acordamos dividir nuestras fuerzas en dos grupos: una primera barca nos conducirá a ambos y a Martel, los tres embozados. Los remeros serán alguaciles de los efectivos que manda el alguacil de los Veinte. Nos haremos pasar por clientes, y reduciremos a los criados y a las gentes de la casa que se encuentren en el muelle. Todo esto se hará sin ruido para no alertar a los ocupantes de la quinta, así es que las armas que se usarán no

serán de fuego. Tres barcas más, que no llevarán luces para no llamar la atención y que navegarán siguiendo los márgenes de la orilla en completo silencio, seguirán a la primera: en ellas irán el beneficiado y mis oficiales, el resto de la gente de Martel y los familiares de la Inquisición que nos ayudarán, que son —y me he cerciorado de ello— gente brava y hecha a escaramuzas. Alguno de ellos ha participado incluso en encamisadas en el ejército de Flandes. En esas barcas irán también los perros, que saben muy bien que no deben hacer tampoco ruido alguno: están adiestrados para ello.

—Es importante, don Juan —dijo Martel— que nuestros hombres, tanto los míos como los de vuestra señoría, desconozcan el fin de nuestro golpe de mano: sé que Freire tiene orejas largas e informantes que le dan cuenta de muchas cosas. No deseo que estén prevenidos en la casa y que los pájaros por lo tanto vuelen. Llevaré por mi parte a los mismos hombres de la pasada noche: son absolutamente seguros y no se irán de la lengua.

—Bien, Martel. Estamos de acuerdo. La cuestión será, una vez entremos en la finca, encontrar a Freire, neutralizar a sus negros, hallar al muchacho, el sobrino del inquisidor, y encontrar las pruebas necesarias para avalar las graves acusaciones que tenemos contra el mercader. Una vez lo hayamos conseguido, y eso nos tomará algunas horas, llevaremos a los cautivos por tierra hasta las cárceles del castillo, guardados por un buen grupo de hombres armados: después comenzaremos la apertura del proceso, que seguramente será largo. Tengo prevenidos varios carros cerrados para llevar a los reos desde la quinta hasta aquí: saldrán también esta noche y ya de primera mañana habrán llegado a la casa de Freire.

—Bien, señores —dijo Medina— todo parece muy claro. ¿De dónde saldremos finalmente?

—Nosotros —intervino don Juan— y los hombres de Martel saldremos del muelle del castillo. Les recogeremos a las dos de la madrugada en la margen del Tagarete, junto a la torre del Oro, de donde partieron la otra noche, junto a la puente que allí han hecho nueva. El río estará más despejado, porque se han llevado fuera de ese tramo casi la mitad de la flota para facilitar el paso del rey por el cauce. La travesía, como bien saben, no es larga: mis hombres ya han localizado el embarcadero de la quinta, que está disimulado en una zona en la que los márgenes del río son espesos. Hacia allí se dirigirá, como digo, la primera barca: y las otras la seguirán a escasa distancia. Les recuerdo que deben ir previstos, armados y protegidos del modo que crean oportuno, para asegurar que estén suficientemente defendidos. Beneficiado, vuestra paternidad también: ahora le daré algunas defensas que debe llevar bajo el hábito, aunque comprenderé que no desee portar armas ofensivas.

—Descuide, don Juan. Nunca tuve intención de llevarlas debido a mi condición. Pero no nos olvidemos de la mejor defensa: la ayuda de Dios que defiende su causa, como anuncia el lema de este Santo Tribunal. Les propongo —dijo el beneficiado, mirando con rostro serio al resto de los reunidos en la sala— que pasemos a la vecina capilla y pidamos a san Jorge, patrón de las causas justas y de la caballería, su amparo en el golpe de esta noche: que su intercesión nos defienda, que su escudo nos proteja y que los malvados se vean confundidos. No hay, señores, se lo aseguro, mejor socorro que la ayuda de los cielos: esta noche, no lo dudo, el Señor será nuestra más poderosa fortaleza.

***

Las bodegas de Bellaflor, amplias, oscuras y sostenidas por unas grandes arcadas apoyadas en pilares, eran en ese momento una grande y profunda cueva iluminada por algunos candiles de aceite colgados de las vigas del techo, que contenía multitud de barriles y cajones junto a los grandes bocoyes de vino que se apoyaban, colmados, en las paredes y las tinajas que, excavadas en el mismo suelo, guardaban el aceite, de verdosa oliva y gran pureza, que se almacenaba en ellos tras las labores que anualmente se llevaban a cabo en la almazara: cerca estaban el gran molino de piedra y la inmensa viga de prensado, que desde siglos atrás llevaban a cabo su incansable faena. Una gran rampa de tierra batida y apisonada conducía desde el patio de labor, ubicado en la trasera de la finca, hasta el interior fresco de los almacenes, que en ese momento bullían de actividad.

El mayordomo de los Zúñiga, tan ocupado que había de dividirse para alcanzar a todas las tareas que en esos días se habían multiplicado, apenas había mirado someramente los barriles que Freire había llevado a la quinta, y solo dio algunas breves instrucciones acerca de dónde y cómo habrían de estibarlos. El portugués, que desde el primer momento se ofreció a Ochoa para realizar a su total satisfacción el almacenamiento de la costosa mercancía que le servía, recogió y firmó el recibo que el mayordomo le entregaba, que después le serviría para el cobro; y ayudado por sus trabajadores comenzó a supervisar la descarga de los pesados barriles una vez aquel se hubo marchado, pasada ya la media mañana. En ese momento, un individuo que estaba faenando en el patio pero que no había perdido un ápice de lo que ocurría entre el mercader y el mayordomo, se acercó al portugués:

—Freire —dijo el malhechor que había acabado con el anciano mercader en la emboscada de la calle Manga de Gabán—, desde ahora nosotros nos haremos cargo de velar por la seguridad de estas barricas. Uno de nuestros hombres, el morisco que ya conoce y que ha

entrado también para servir de refuerzo al personal de la casa en estos días para la vigilancia de los almacenes, estará pendiente de que nadie toque nada y de que no se abran anticipadamente. Los barriles los estibaremos de modo que en la línea de debajo se halle el vino, por si alguien viniera a comprobarlos; y arriba colocaremos la pólvora, de modo que encendiendo una sola de las barricas su estallido provoque el de las demás. Son doce: la explosión será lo suficientemente fuerte como para que vuelen tanto el almacén como el piso alto, donde se alojará el rey. Colocaremos el artefacto exactamente bajo su cámara, y cuando vuestra merced nos diga prenderemos la mecha que los hará explotar. Después el rey Felipe será historia, y el sultán nos recompensará tan liberalmente como ha prometido.

—Bien está —dijo Freire—. Según me han asegurado, el rey dormirá en Bellaflor la noche del primero de mayo. Entonces daremos el golpe —Freire miró el ominoso bulto que iban formando los barriles, que apoyados en cuñas se iban estibando en una ordenada fila unos sobre otros, formando un improvisado pasillo en el centro de la gran y umbría bodega—. Una vez hayáis colocado las barricas, cubridlas con las lonas enceradas que van en los carros, y amarradlas. Eso disuadirá a los curiosos de tocarlas hasta que sea el momento. Como sin duda necesitarán del vino que también hemos traído, este debe colocarse como decís en la fila de abajo, para que primero puedan servirse de él y no despertemos indeseadas sospechas. Una vez el rey se retire a sus aposentos, y cuando estemos seguros de que se halle ya en ellos, prenderemos los barriles. Pero recordad: todo se hará a mi orden. Seré yo, y solo yo, quien decida cuándo y cómo. Este golpe es de gran riesgo, y no podemos desperdiciar una oportunidad que será, seguramente, única. No creo que volvamos a tener otra ocasión como esta.

El maleante asintió, y subió la rampa para continuar con la descarga. Freire cerró los ojos, dejándose invadir por los fuertes olores que trasminaban de la enorme bodega: entre los efluvios del vino, de las frutas, de las conservas, del aceite podía distinguir, sutil pero muy presente, el ácido y amargo olor azufrado de la pólvora que, en tres o cuatro días, acabaría con la vida del rey de las Españas.

***

El ruido de los martillos y de las sierras producía una cacofonía continuada que, sin embargo, mostraba claramente lo avanzados que iban los trabajos del montaje de los arcos y de las decoraciones con los que la ciudad habría de recibir al monarca. Ya se estaban ubicando en sus lugares las imágenes, que hasta hacía pocos días habían estado terminándose en el taller de Tortello y que luego habían recorrido casi

triunfalmente, bien resguardadas en los carromatos que las conducían, fuertemente amarradas por sogas y cubiertas por lonas para protegerlas, la orilla del río hasta las inmediaciones de la puerta de Goles y de la huerta de Hernando Colón. Reyes y emperadores de la casa de Austria vestidos a la romana con largas túnicas de púrpura flanqueaban los tres grandes vanos enguirnaldados que conformaban la sencilla, pero elegante, estructura de la primera puerta.

Los operarios, dirigidos por un Tortello que se movía incesantemente y sin descanso de un lugar a otro, retocaban túnicas, pintaban listones, colocaban apliques y aseguraban jarrones ornamentales de madera, repasando los imagineros y los pintores algunos desaguisados que se habían producido durante el transporte —el traqueteo de los carromatos por la irregular superficie del Arenal y de la margen fluvial había hecho de las suyas—, pero que no habían ido, afortunadamente, a más. Junto a Tortello, el factor Duarte, el maestro Mal Lara con su hija Gila, que había pedido acompañarle para ver cómo iban las obras, el beneficiado Pacheco y Bartolomé de Hoces, que llevaba consigo una ordenada y amplia lista para comprobar que todo se estaba haciendo como debía hacerse, miraban asombrados como un nuevo mundo, diríase que de fantasía, iba surgiendo junto a la muralla de la ciudad, que se había visto acrecentada además por una nueva torre, esta de madera y de tela cuidadosamente pintadas, que hacía pareja con la de obra original sobre la que se apoyaba el primero de los dos arcos triunfales que para el recibimiento se habían concebido. En las torres los artesanos estaban terminando de ubicar las imágenes de Hércules, fundador de la ciudad y directo antepasado de los reyes hispanos, y del poderoso río Betis, al que todos pedían que se mantuviera, por una vez, dentro de su siempre inseguro y revuelto cauce.

—Es sin duda magnífico y asombroso, señores —dijo Duarte—. Maestro mayor, obrero mayor, creo que podemos estar más que satisfechos.

Mal Lara, elevando la mirada para ver cómo la luz del sol de la tarde —cuya caída haría que en breve se detuvieran los trabajos hasta el día siguiente— hacía brillar con un último esplendor los apliques de pan de oro del friso dórico del arco, coincidió con el factor de la Contratación:

—No le quepa duda a vuestra merced, Duarte. El arco es sin duda magnífico, y hace un gran efecto colocado aquí, ante la muralla, a modo de los triunfos de los antiguos romanos. Apolo, que lo coronará, es el dios del sol, y el rey es el sol de la monarquía, su astro más radiante. No puede haberse elegido un símbolo mejor.

Los congregados asintieron, mientras avanzaban para admirar los lienzos y tablones bellamente pintados que se habían dispuesto en los

tramos vecinos de la muralla con el fin de disimular sus imperfecciones, sus roturas y sus grietas, con los lugares que conformaban el reino de Sevilla dispuestos a modo de alegorías largamente meditadas por Mal Lara y Pacheco y diseñadas bajo la dirección artística del maestro de obras. De allí pasaron al siguiente arco, que ese día había comenzado a levantarse, pero cuya estructura aún apenas estaba terminada: grandes lienzos morenos cubrían figuras y ornamentos arquitectónicos, dispuestos para que al día siguiente los hombres continuaran el trabajo. Entre los paños podían advertirse algunas figuras, que enmascaradas por las telas y las sogas apenas mostraban brevemente sus atributos: la espada de la Justicia, el orbe coronado por una cruz que sostenía la mano del rey Fernando, la mitra episcopal de San Leandro, la torre coronada por la Fe que sostenía en la mano la alegoría de Sevilla, la milenaria Hispalis… todas ellas, ahora inmóviles y muertas, esperaban al día, ya próximo, en el cual, vivas y relucientes, se levantaran sobre el arco que abriría la ciudad al paso del cortejo del rey.

Gila de Ojeda, que sostenía por el brazo a su padre, miraba con los ojos muy abiertos la suprema belleza que el ingenio del hombre había creado para dignificar el orgullo y la historia de la ciudad que habitaba: una ciudad en la que esa misma noche, cuando la casa de sus padres durmiera, volvería a albergar entre sus muros un amor, el suyo, sin duda peligroso, posiblemente prohibido; pero al que no era en absoluto capaz de renunciar. Un amor que le había devuelto la vida cuando pensaba que ya, sin posibilidad de remisión, la había perdido para siempre. El tiempo corría para que llegara ese momento; pero a Gila los minutos se le hacían, ya a esas alturas de la tarde, más lentos de lo que podía soportar.

***

El amor era algo que también buscaban esa noche los visitantes de la quinta de Freire, en el discreto recodo que formaba el río antes de llegar a la dehesa de Tablada. Un amor que se exhibía, palmariamente, en las delicadas tablas y tapices que colgaban de las paredes de la sala baja, en donde se cerraban los tratos que luego permitían que los contados y selectos clientes se encerraran, tras las puertas de las contiguas estancias, con los jóvenes mozos que habían atraído su atención: Zeus y Ganimedes, Aquiles y Patroclo, Apolo y Troilo… los amores prohibidos del pasado contemplaban desde los muros aquellos que se producían en el presente, y que ahora tenían de nuevo lugar bajo la severa mirada de los imperturbables custodios negros y del propio Freire. Este último había decidido darse un respiro esa noche: otro joven, bien dispuesto porque sabía lo que se jugaba en

ello, había compartido su cama; aunque para que no volviera a suceder algo parecido a lo que había ocurrido con Alexandro, le había ordenado marcharse una vez hubo consumado un sexo que no resultó ser tan satisfactorio como deseaba: las caricias, los besos, el brusco y repentino éxtasis final no habían conseguido distraer a Freire de sus preocupaciones, que en ese momento no eran pocas. Ya había dejado preparado el asunto de Bellaflor, y por lo que la otra noche le había contado el teniente turco parecía que, si el atentado previsto en la finca de los Zúñiga fracasaba, había una más que viable alternativa que seguramente lograría sus propósitos y que Karaçaj mismo llevaría a cabo en casa de Molina.

El portugués se vistió de nuevo con su habitual cuidado y salió a la galería desde la que dominaba la sala: abajo, envueltos en el cálido sonido de la música, algunas parejas y un grupo de jugadores de cartas realizaban los diversos tratos que esperaban satisfactoriamente culminar: el amor y el dinero seguían moviendo el mundo, como había sido siempre. Se fijó cómo el nuevo mozo, ese Lopillo que era listo y atractivo —sin duda, la elección de los negros había sido acertada— mantenía, a lo que parecía sin esfuerzo, a raya a dos maduros clientes que se disputaban sus atenciones: era un valor en alza, y Freire ya había comenzado a recibir ofertas de algunos interesados asiduos para disfrutar, previo pago, de lo que prometían ser unas valiosas primicias.

El mercader hizo una seña a Garrote, que custodiaba desde cerca al mozo, que se acercó ominoso para evitar que uno de los clientes, por lo que se veía excitado por el vino, manoseara más de lo debido al chico: había que proteger la integridad de la mercancía. Y vista la creciente demanda de la compañía del joven, se trataba de una mercancía cada noche más valiosa. Y Freire siempre, siempre, había identificado con claridad, y después negociado ventajosamente, el valor de todo aquello que compraba y vendía. Pensando sobre el asunto, volvió de la galería a su alcoba. Y reclamó de nuevo la presencia del chico con el que había estado antes: quizá tardara en dormirse, y él nunca había sido alguien que desaprovechara el tiempo. Además, había pensado en nuevos juegos —y se desabrochó el cinturón que hasta entonces había llevado ceñido al estrecho jubón— que al mozo tal vez no le agradaran demasiado; pero que sin duda, a él sí que le divertirían. Y no poco.

# ONCE

*Sevilla, jueves, 27 de abril de 1570*

La barca avanzaba por el río haciendo el suficiente ruido como para que cualquiera que oyera a sus ocupantes pensara —y con razón— que era la fiesta el único motivo por el que la nave surcaba las que esa noche eran unas muy calmas aguas. Navegaba por el centro del cauce, con los faroles encendidos, a diferencia de las otras dos que la seguían, que iban en el más absoluto silencio y que no se separaban de los frondosos márgenes que les ofrecían la posibilidad de ir emboscadas. En la primera barca, tal y como habían acordado, viajaban Medina, Saavedra y Martel; en la segunda y la tercera Pacheco —que llevaba un rígido e incómodo coselete de grueso cuero negro curado bajo la sotana—, varios alguaciles, los oficiales y los familiares de la Inquisición, todos ellos bien armados con brigantinas, escarcelas, petos, golas aceradas o gorjales, cubrenucas e incluso algún que otro morrión, para asegurarse de no recibir un incómodo —y sin duda definitivo— disparo en la cabeza. No tenían esa posibilidad los ocupantes de la primera barca, que llevaban solo unos flexibles petos bajo los jubones, ya que la sorpresa sería en su caso su mejor arma.

La idea era sencilla: la primera barca, ocupada al parecer por ruidosos juerguistas —que para hacer más creíble su papel iban enmascarados y embozados, como en un atrasado carnaval— que bebían, gritaban y cantaban a voces llegaría al muelle de la quinta de Freire, neutralizando a los criados de la casa que estuvieran en el muelle con el menor ruido posible; después se sumarían a ella las otras dos naves, y cuando todo el contingente estuviera unido, marcharían entre los álamos y el espeso arbolado que protegía la finca de miradas curiosas, hasta llegar a la tapia que comunicaba la puerta principal de acceso con la casa y el resto del complejo. Otra barca se les había adelantado para acercarse directamente, y lo más cerca posible, al lugar donde había aparecido el cuerpo de Alexandro, para que sus ocupantes llegaran desde allí rápidamente a la antigua torre de vigilancia que se levantaba en una de las tapias laterales, desde donde hacía algunas noches habían podido divisar las huertas y los jardines de la quinta. Los alguaciles que iban en ella, mandados por Zapata, saltarían la tapia y esperarían en la huerta a que el ruido procedente de la casa les indicara que la acción ya había comenzado.

Minutos después, la primera barca había llegado al recogido muelle, apenas visible desde el río, en donde dos criados con antorchas se acercaron a dar la bienvenida a quienes parecían unos desinhibidos y acomodados clientes que esa noche —en carne o juego, una cosa u otra— venían más que bien dispuestos a dejarse sus buenos dineros.

Cuál no sería su sorpresa cuando los tres hombres que llevaban la voz cantante, uno de ellos mayor que los otros dos, sacaron con rapidez unas dagas que les pusieron al cuello, exigiéndoles silencio con un semblante que, aunque oculto por las máscaras, se percibía con claridad severo y adusto, y seguidamente los ataron y amordazaron, echándolos sin contemplaciones en el bote y dejándolos al cuidado de uno de los remeros —en realidad, alguaciles— que les acompañaban, mientras tomaban de la barca un buen número de armas de defensa y de asalto, entre las que destacaban unas pequeñas pero seguras ballestillas de gran alcance.

Mientras tanto habían llegado al muelle las otras dos barcas, de las cuales —ante el terror de los criados atados y amordazados, que comprendieron rápidamente que aquello no era ninguna broma— surgieron Pacheco, los alguaciles, los oficiales y familiares del Santo Oficio, que rápidamente, a las órdenes de Martel y de Saavedra, se dispusieron en cuatro grupos que, en silencio, se dirigieron ocultos por el arbolado hasta la puerta de la casa, protegida por dos de los negros de Freire armados con dos grandes machetes como los que se usaban en las islas de la Especiería, a quienes Martel reconoció inmediatamente:

—Estos dos estaban entre quienes raptaron al sobrino de Carpio, tal y como me informaron hace unos días. El mozo que vio cómo se lo llevaban describió acertadamente a los tres, y mirad: todos ellos tenían en la cara y en las manos unos tatuajes, como unas verrugas en fila sobre la frente, que estos dos llevan.

—Entonces creo que no debemos perder con ellos mucho más el tiempo —dijo con prontitud Saavedra—. La pena a la que iban a ser condenados van a recibirla ahora: hay que eliminarlos para que no alerten a los que se encuentran en la casa. Medina, venga aquí: prepare la ballesta, porque yo ya tengo la mía aprestada. El suyo el de la derecha, el mío el de la izquierda. Disparamos a mi seña.

Las dos flechas partieron a gran velocidad y se clavaron en sus respectivos objetivos: el pecho de uno y el cuello de otro de los negros, que cayeron al suelo retorciéndose y viendo cómo se les iba la vida hacia un lugar en el que quizá, quién sabe, volvieran a reencontrarse con los ídolos sagrados de sus lejanas selvas. Saavedra, armado con una daga de misericordia, salió velozmente de los árboles que le ocultaban y les rebanó a ambos la garganta, tras un inútil y fugaz pataleo de los que ya ahora eran definitivamente dos inmóviles y nada peligrosos muertos.

Recuperando las flechas, que limpiaron en las ropas de los negros, recargaron las ballestas mientras indicaban al resto de los asaltantes que prepararan las suyas si aún no lo habían hecho, lo que aquellos hicieron prontamente. Una vez todos estuvieron listos, dos grupos

marcharon por la izquierda y otros dos por la derecha, yendo Pacheco a la retaguardia del capitaneado por Medina. Desde donde se encontraban podían ver con claridad el gran edificio principal que conformaba la finca, cuyos ventanales —al menos, los de una sala baja que estaba bien iluminada y de la que salían ruidos de voces y de música—, abiertos de par en par, facilitaron a los asaltantes ver lo que sucedía en el interior: dos mesas con cuatro jugadores cada una, asistidos por algunos mozuelos, y varios divanes al estilo morisco en donde algunos hombres hablaban, acariciaban o lentamente incluso desvestían a otros mozos con los que habían, a todos los pareceres, acordado a gusto de ambos ese trato y comercio. Otro diván, vacío, albergaba a un mozo más pequeño en edad al que protegía un tercer negro, este aún más robusto que los otros dos, aunque este último acababa de recibir una llamada desde la galería alta y había dejado temporalmente su puesto. El chico, bien vestido y maquillado, estaba solo, como si fuera una mercancía expuesta en el mercado.

El panorama que podían apreciar los otros dos grupos de asaltantes que se habían dirigido a cubrir la parte trasera de la casa, en cambio, daba a otras ventanas en las que podía apreciarse un trasiego bien distinto: en una de ellas, que a diferencia de las otras se hallaba abierta, pudieron ver cómo uno de los clientes de la finca se ocupaba —al parecer, con sumo interés— de uno de los mozos, que contaría unos doce o trece años, que recibía la atención del hombre; los gemidos de ambos conducían a pensar que la consumación estaría próxima. Visto todo lo que habían podido apreciar hasta ese momento, Saavedra, Medina, Martel y Pacheco decidieron no esperar más: de repente, los ocupantes de la casa vieron cómo un numeroso grupo de individuos abría de un empujón las puertas de la sala tras atravesar a toda velocidad el patio, tiraba las mesas de juego y arrinconaba a los jugadores, y sus componentes se acercaban a los divanes, poniendo sus ballestas al alcance de los hombres que hasta hacía pocos segundos acariciaban a los muchachos. De ahí algunos descorrieron las cortinas y entraron en las estancias sacando a la fuerza a los clientes y a los mozos, desnudos o semidesnudos, cuyos ímpetus —y eso podía apreciarse claramente con una simple mirada a sus bajovientres— se iban reduciendo con extrema velocidad. Martel, en alta voz, preguntó:

—¿Quién es el sobrino del inquisidor Carpio?

El mozo que aún se hallaba junto al diván en el que había estado a solas levantó la mano:

—Soy yo, señor, yo. Yo soy Lopillo, soy Lope de Vega —dijo, mientras se reflejaba en su cara el mayor alivio que el alguacil hubiera visto nunca—. Me tenían aquí raptado, señor.

Martel se acercó a él y lo llevó con sus hombres, mientras los alguaciles y los familiares de la Inquisición ponían cuerdas y grilletes

a los criados y al resto de los ocupantes de la sala y de las cámaras vecinas, obligándoles a vestirse al menos someramente, mientras los notarios del secuestro levantaban acta de la rápida intervención, que había permitido al Santo Tribunal descubrir lo que —según todo parecía mostrar— era una casa en la que se practicaba el juego ilegal y el amor italiano, cuya pena última todos los presentes conocían con certeza. Solo quedaba esperar a que llegaran los carros para recoger los cautivos, buscar a los restantes habitantes de la finca que aún estuvieran en los cuartos altos y en las edificaciones anejas y llevar a todos ellos a las celdas del castillo de San Jorge: el Santo Oficio tendría tarea, y mucha, para los próximos meses.

***

Freire había asistido, atónito, desde la barandilla de la galería a la captura de los criados, los mozos y los clientes del que hasta hacía unos minutos había sido su próspero negocio. En un principio no supo de qué se trataba: pero el temido grito de «ténganse al Santo Oficio» terminó de espabilarle. Corrió a su cuarto, se calzó, cogió una bolsa de dinero, su cinto con sus armas y salió a toda prisa de la estancia buscando la salida trasera de la casa, para huir a través del jardín y de la huerta hacia una cada vez más improbable libertad, dejando en una esquina de la pieza, con los ojos abiertos y espantado, al muchacho con el que había compartido la noche hasta entonces. Aprovechando que los asaltantes aún estaban reuniendo y capturando a los ocupantes del piso bajo, el portugués aprovechó la confusión y la poca luz para salir desde la galería a un mirador alto, cuyas escalinatas llevaban a un extremo del jardín.

Escondido entre los setos, vio cómo otro grupo entraba en la casa por una puerta trasera, y avanzando por el pasillo iba apresando a los ocupantes de las cámaras, a los que sacaban de sus escarceos amatorios con fuertes y limpios empellones. Avanzando a través de la tapia, Freire pretendió cruzarla por un portillo bajo que llevaba del jardín a las huertas y a los pozos; pero de lejos, gracias a una luna clara que lo permitía, vio cómo desde la huerta llegaba otro grupo de lo que parecían ser alguaciles, que le hubieran detenido de haber tomado ese camino. Así es que cambió de rumbo y se dirigió hacia la vecina almazara, que parecía tranquila. Empujando la puerta, el silencio de la nave y la tenue luz de los candiles de aceite colgados del techo o sujetos a la pared lo recibieron.

Utilizaba el portugués parte de la almazara también como almacén, pero esa zona había quedado despejada tras retirar los toneles la pasada tarde; esa posibilidad —la de ocultarse entre las barricas— había desaparecido. Dejando atrás el molino de piedra y la gran viga

de prensado, se acercó con rapidez —había escuchado algunos suaves ruidos fuera— a las grandes tinajas que, enterradas en el suelo, contenían el aceite tras las faenas de la molienda, y fue levantando las tapas de madera que protegían sus grandes bocas: las primeras estaban llenas; pero las últimas, ya menos que mediadas, podrían ser un buen escondite.

Freire tomó una pequeña escala de palo apoyada en la pared, y la deslizó dentro de una de ellas, la que contenía menos aceite, para poder salir después con facilidad. Agarrándose con ambas manos de la boca y procurando en lo posible no resbalar, el portugués trató de dejarse caer dentro del bocoy, aunque con tan mala fortuna que una de sus manos resbaló y, torciéndose mal el tobillo, cayó dentro del oleaginoso líquido que lo empapó de pies a cabeza. Mientras trataba de incorporarse y de reponerse para subir de algún modo la escala y cerrar la tapa, limpiándose como podía el untuoso aceite que le empapaba, Freire pudo ver desde el fondo de la tinaja cómo una luz, pequeña y titilante, sin duda uno de los candiles de aceite que alumbraban la nave, se acercaba a la boca del recipiente donde se ocultaba: la luz le permitió reconocer al mozo con quien había pasado la noche, vestido apenas y que sin duda le había seguido hasta allí. Aún podía ver, en su rostro y en el desnudo y magullado torso, los cintarazos que le había propinado mientras le penetraba con fuerza, con brutalidad y sin contemplación alguna. El rostro del mozo, serio y concentrado, no permitía al portugués albergar grandes esperanzas acerca de lo que le había llevado hasta la tinaja donde había tratado de ocultarse; y si en algún momento tuvo alguna, esta desapareció cuando, ante su mirada llena de horror, el muchacho arrojó sobre él el candil encendido y sus labios —los suyos, que en un momento comenzaron a arder con llama viva— emitieron un grito que nunca hubiera esperado haber podido proferir en toda su vida.

***

Un terrible grito, largo, agudo y sobrehumano se escuchó proveniente de uno de los edificios cercanos a los huertos. Medina, haciéndole una seña a Pacheco para que le acompañara, salió de la gran sala seguido de dos alguaciles y de un familiar de la Inquisición a quienes Martel y Saavedra, entendiéndose sin palabras, indicaron que salieran tras los dos pesquisidores. Moviéndose con prudencia por un terreno que desconocían, seguían todos ellos el reclamo del grito, que inicialmente fuerte y continuado se iba modulando cada vez más y más, empequeñeciéndose hasta reducirse a un leve y doloroso gorgoteo que era ya lo único que se escuchaba cuando el grupo entró en la almazara: tapándose la nariz con un pañuelo debido al penetrante olor

al aceite y a la carne quemados, Medina pudo apreciar cómo al fondo de la nave una de las últimas tinajas había ardido con lo que albergaba dentro, y que uno de los prostitutos de la finca, inmóvil y en pie aún frente a la boca del bocoy, contemplaba lo que estaba ocurriendo —aunque no era muy difícil suponerlo— dentro del recipiente.

Pacheco se adelantó, agarrando al muchacho por los hombros, y se asomó con prudencia. Lo que vio no fue precisamente algo agradable: alguien que había sido hasta hacía poco un ser humano estaba quemándose en un baño de un aceite espeso que se había inflamado y que había hecho arder vivo al ocupante de la gran tinaja. El cuerpo, retorcido, se movía aún con unos espasmos automáticos. El rostro había desaparecido: los ojos habían estallado, la piel se había convertido en un amasijo burbujeante, las orejas eran ya dos agujeros a ambos lados de la calva e incendiada cabeza, y la barba aún ardía. La ropa, empapada de aceite, había funcionado como la resina de una tea: el torso, los brazos, las piernas eran poco menos que apéndices ennegrecidos que aún seguían ardiendo. El hombre, pues eso había sido, sin duda ya había muerto. Y muy dolorosamente.

—¿Qué ha ocurrido, mozo? ¿Quién era? —preguntó el beneficiado al muchacho al que aún sostenía por los hombros, y que temblaba convulsivamente.

—Ha recibido… ha recibido algo que desde hace mucho tiempo se merecía. Era el dueño de esta casa; se llamaba Freire.

***

El teniente turco había salido a la puerta de la casilla una vez hubo dado principio el asalto: acompañado por los dos moriscos, desechó coger nada de su alojamiento —salvo una buena y nutrida bolsa llena de doblones y una pequeña redomilla con una cadena, que guardó cuidadosamente, colgándola del pecho— pues no había tiempo. Las copias de las cartas que había escrito a Granada estaban guardadas en un bufetillo dentro de una papelera también cerrada con llave, y no le daba ya tiempo a recuperarlas; después buscó la manera de escapar de la finca, huyendo a algún lugar próximo en donde pudiera esconderse de los asaltantes para volver posteriormente. Había escuchado también los gritos de «Santo Oficio», y sabía que si no corría no tendría ninguna esperanza.

Mientras corrían por el jardín, algunos zumbidos sonaron raudos junto a sus oídos, y dos flechas de ballesta bien dirigidas, provenientes de otro grupo de alguaciles que venía desde las huertas, derribaron a sus acompañantes. Karaçaj no miró hacia atrás. Saliendo por un portillo se encontró con Garrote, que estaba oculto a la espera de que

el segundo grupo le dejara paso libre para escapar igualmente: el negro le hizo señas de que le siguiera y le condujo a la boca de un pozo, excavado profundamente en el suelo, que comunicaba con el ramal de una antigua acequia. Ambos miraron a su alrededor: nadie les había seguido; nadie les veía. Se dejaron caer dentro del pozo y accedieron a la acequia. Esta llevaba a su vez a una profunda cloaca, por donde ambos se arrastraron hasta llegar, largo tiempo después, magullados y sucios, al lugar solitario donde aquella desaguaba. Sin mediar palabra entre ambos, se miraron el uno al otro señalando un bote que estaba amarrado a un tronco hundido en el agua, junto a los cañizales: en el bote había un hombre que parecía vigilar.

Pidiendo silencio al turco, Garrote rodeó la barca por un lado y sin hacer ruido tiró de la capa del hombre, que estaba totalmente desprevenido, arrojándolo al agua: el garrote hizo su función como solía, y el guardia dejó de moverse y de chapalear repentinamente. Karaçaj, cuya mente iba forjando un plan alternativo una vez vio claro que no podría regresar a la casa de Freire, subió con el negro al bote dejando el cuerpo del alguacil flotando entre los cañaverales; y tomando cada uno un remo cruzaron el cauce y se dirigieron hacia la otra orilla procurando no hacer ningún ruido. Había que llegar a la ciudad: había que llegar mientras aún fuera posible hacerlo. Y el turco, después de pensarlo mucho, solo conocía un sitio en dónde ocultarse.

***

Los carros habían llegado por fin, y la luz grisácea de la mañana alumbraba a los prisioneros, que divididos en tres lotes y amarrados cada uno en una cuerda independiente de cautivos, subían a aquellos, sentándose o tumbándose sobre la paja sucia que alfombraba el suelo de madera. En uno, los clientes de la quinta: sus caras grises y cenicientas mostraban a las claras que no albergaban esperanza alguna acerca de lo que, más tarde o más temprano, sería su seguro final. Conformaban el decaído grupo un par de conocidos ciudadanos —sin duda sus familias habrían de llevarse una muy desagradable sorpresa en cuanto se corriera por las calles la noticia de la captura—, tres mercaderes italianos y dos portugueses además de los jugadores de cartas, que estaban presos en un grupo aparte. En el segundo los criados, esclavos y servidores de la quinta, incluido entre ellos un morisco que había sido herido antes de haber podido escapar: otro que le acompañaba yacía muerto al lado de la tapia, junto a los dos negros y a uno de los clientes que sacó una daga para herir a los alguaciles cuando le apresaban: un tajo en el cuello, con la sangre ya seca y recubierto de zumbadoras moscas felices por alimentarse, daba fe de

su cierto tránsito.

Dos alguaciles traían, envuelto como un retorcido y chamuscado bulto en unas lonas cogidas en la nave cercana, lo que quedaba de quien horas atrás había sido Henrique Freire. En el tercer carro estaban presos los mozos, temblorosos y asustados, con las pinturas y afeites con los que los habían maquillado corridos por el sudor y por las lágrimas, vestidos como buenamente se había podido para tratar de preservar, en lo posible, una cierta decencia, salvo Lopillo y el muchacho que había muerto al portugués: Saavedra, Martel y Medina querían interrogarle antes que a ningún otro, y le llevarían en las barcas con ellos hasta Triana.

Zapata había traído la noticia de que había una baja entre los alguaciles: habían dejado a uno guardando la barca que había llevado a su grupo hasta la salida de la cloaca, y su cadáver había sido encontrado estrangulado en el agua. El bote había desaparecido. Preguntados los criados y los mozos, faltaba un negro llamado Garrote, que era el que ejecutaba las sentencias sumarias en la casa. También faltaba —según les había informado Lopillo— otro hombre, sin duda extranjero y quizá militar, que se reunía con Freire a menudo y que llevaba varios días hospedado en una casilla vecina a la casa principal, sin salir apenas de ella. Uno de los criados, el único que le había servido durante esos días, había visto que, algunas veces al día, realizaba mirando al este y prosternado sus oraciones; aunque él, por su propia seguridad, había procurado cerrar la boca: el extranjero y sus acompañantes parecían hombres bravos y arriscados, que le podrían haber quitado la vida sin pestañear si lo hubieran considerado necesario.

—Es decir —mencionó Saavedra a sus compañeros— que teníamos a un musulmán extranjero, quizá incluso un soldado, viviendo en esta casa. Y a pocos días de la llegada del rey a la ciudad. He enviado a algunos familiares y al notario a la casa aneja para que hagan un registro concienzudo de lo que en ella pueda haber; esperemos que den con algo. Creo que este caso es mucho más complejo de lo que nos parecía, señores. Un momento… miren, se abre la puerta de la casa: ahí llega el notario y uno de los familiares, y parece que traen un bufetillo con papeles.

El notario de secuestros y el familiar que le acompañaba —dos hombres de mediana edad y mediana altura, adustos y vestidos de negro, de cuyos pechos colgaba un medallón de oro con la cruz dominicana del Santo Oficio que les identificaba como miembros laicos de la Inquisición— se acercaron al grupo compuesto por Saavedra, Martel, Medina y Pacheco, llevando el segundo un valioso bufetillo de maderas ricas, cerrado con llave pero que los alguaciles habían forzado, y cuya tapa, decorada con una elegante labor de

incrustaciones, estaba ahora caída hacia un lado y sostenida por una sola bisagra: la otra colgaba suelta. Dentro de la caja había varios papeles, la mayoría cartas escritas en lo que parecía arábigo o turco. Casi todas estaban selladas aunque con los sellos abiertos, salvo una que no había llegado a enviarse y otras dos que no habían podido concluirse o que eran simples borradores. Saavedra alargó la mano tomando el manojo de cartas, y se llevó todas ellas, una a una, a la nariz ante la extrañeza de los demás:

—Tranquilos, señores: no he perdido la cordura. Nuestros amigos turcos no manejan la cifra, a diferencia de nosotros, de los italianos o de los franceses; pero también tienen necesidad de ocultar los textos que escriben a sus corresponsales, sus diplomáticos o sus espías. Los turcos usan de otras técnicas, sobre todo de la esteganografía: un mensaje va oculto debajo de otro, aparentemente inocente. Suelen utilizar dos tipos de tinta invisible: una, el zumo de limón, que se revela con el calor del fuego; otra, el vitriolo con base de azufre. Esto lo aprendí en Madrid, de algunos entendidos que trabajan el descifrado de los mensajes en el Alcázar. Y estas cartas de aquí —las dejó aparte— huelen, señores, como el demonio. A azufre. Así es que debajo de estos textos, que sabe Dios de lo que hablarán —podrían ser incluso listas de la compra— hay otros, que son los que debemos conocer.

Pacheco intervino en ese instante:

—Don Juan, si vuestra señoría lo considera adecuado, el lector de prima de la santa iglesia conoce bien el arábigo, y también el turco. Podría traducir las misivas que no están ocultas, si lo cree conveniente.

—Muy bien, beneficiado: que las traduzca, pero con la mayor reserva. Nadie puede saber nada de esto. El problema, sin embargo, son las otras cartas. En uno o dos días llegará el cardenal, y con él los miembros de su casa y de la secretaría del Consejo de Castilla. Sin duda, entre ellos habrá expertos en cifrado y descifrado. Después me acercaré con ellas a las casas del Corzo, donde se alojará, y veré si alguno de los sirvientes de Espinosa se ha adelantado a la llegada del cardenal para tratar de que nos descifren lo antes posible estas cartas. De verdad, estoy inquieto. Como les digo, creo que lo que estamos encontrando es mucho más peligroso que lo que pensábamos inicialmente que era lo que ocurría en esta casa —Saavedra suspiró, preocupado—. Bien, voy a disponer la marcha de los carros. Dejaremos un retén de hombres para vigilar la finca, que se irán relevando una vez al día. Martel, disponga los relevos. Medina, ¿vendrá vuestra merced conmigo? Podemos ir en la primera barca y desde el muelle acercarnos a la puerta de Jerez, a las casas de Juan Antonio Vicentelo. Allí dejaremos las cartas en buenas manos, si las

gentes del cardenal han llegado antes que él.

Medina asintió, aunque le preocupaba qué harían con los dos mozos que les acompañaban:

—Martel, ¿podría llevar al sobrino del inquisidor Carpio a su casa? Dígale que esta tarde iremos a verle el beneficiado y yo. ¿Qué se hará con el otro mozo?

—Al muchacho le llevaré a una celda que tengo en mi propia vivienda, y allí le realizaré hoy mismo un primer interrogatorio. Los cargos contra él no son pocos, pero creo que el hecho de haber acabado con Freire, y más aún de ese modo, podríamos utilizarlo para rebajarle la pena, o quizá tratar de un atenuante. Pero eso tendrá que disponerlo la justicia del Santo Oficio, no la mía. Una vez le interrogue, le llevaremos al castillo con el resto.

—No sea demasiado duro con él —intervino Pacheco—. Creo que ha sufrido mucho; no sería justo que se le maltratara más aún de lo que el portugués ya ha hecho. Quién sabe cómo será su historia, Martel. Tenga compasión de él.

—Por eso le llevo a mi casa: procuraré que, pese a su prisión, pueda reponerse. Se le dará de comer y se le harán las curas que precise para sus heridas.

—Bien, señores: en tal caso procedamos cada uno con lo suyo
—Saavedra mostraba en su resolución su pasada y exitosa experiencia militar—. Martel, disponga lo que quede por hacer aquí. Los alguaciles que iban en la barca ahora perdida irán acompañando a pie los carros hasta el castillo. Los oficiales de la Inquisición y los familiares, salvo dos que guardarán la custodia de los cautivos, volverán en la segunda barca a Sevilla con vuestra merced y con el mozo. En la primera iremos el resto de los agentes, el beneficiado Pacheco, Medina y yo mismo para hacer cada uno de nosotros las tareas que tenemos encomendadas antes de que termine esta mañana. Esta tarde volveremos a vernos: les espero en el castillo a las cinco, con todas las noticias que podamos aportar. De allí pueden vuestras mercedes –Saavedra miró al jurado y al beneficiado— ir a ver al inquisidor Carpio, a ver qué puede contarles su sobrino.

En ese momento, el traqueteo de los carros que comenzaban a andar hacia Triana con los presos le distrajo: el polvo del seco camino, bordeado por descuidados matorrales, comenzaba a cubrir a los condenados de un tono arenoso, casi como si ya estuvieran muertos. Muertos en vida. Algo que, sin duda alguna, habría de ocurrirles —y de un modo espantoso— más pronto que tarde.

***

Una vez hubo atracado la barca junto al Tagarete, en donde la noche

pasada los alguaciles habían recogido a los dos pesquisidores, Pacheco se dirigió, guardando con cuidado las cartas no cifradas en el seno y librándose al fin de la pesada cuera que le había protegido durante el asalto, hacia la iglesia mayor con el fin de encontrar al lector de prima para que pudiera ayudarle con las traducciones que necesitaba. Con el mismo fin, pero con las cartas cifradas, Saavedra y Medina subieron cruzando el puentecillo de tablas y bordeando las estrechísimas orillas del pequeño riachuelo sucio, tributario a duras penas del Guadalquivir, que batía sin embargo en la húmeda barbacana —de lo que daban fe los ennegrecidos hongos y líquenes que se fijaban a la piedra y al tapial del muro— que cerraba la muralla hacia la puerta de Jerez, el antiguo postigo almohade de Bab al Sharish, que traspasaron acompañados por dos alguaciles. Dejando a un lado el colegio de Santa María de Jesús, con su ventana geminada y su sencilla puerta de entrada de medio punto, su pequeña iglesia coronada por merlones y su gran claustro interior columnado al que daban unas altas galerías, se dirigieron hacia la derecha, en donde se abría la gran puerta de las casas en donde vivía el riquísimo mercader Juan Antonio Vicentelo, el Corzo.

Vicentelo había partido allá por 1530 de Calvi, en Córcega —en donde había nacido en torno a 1519—, con unos escasos quince ducados que su madre le había legado en su testamento. Tras residir en Génova y Marsella, y participar en la campaña del Emperador en Argel en 1541, había llegado a Sevilla para asentarse con su tío Antonio Bocha Corzo –que sería su futuro suegro–, con el que realizará frecuentes y pingües negocios con el Perú, en cuyas guerras civiles participaría del lado del Emperador, que le permitirán acumular una fortuna prodigiosa, adquiriendo el gran palacio en la puerta de Jerez hacia el que se dirigían Medina y Saavedra nueve años atrás, en 1561: su trayectoria futura —aunque eso no podían saberlo los dos visitantes de la casa donde en unos días se alojaría el todopoderoso cardenal Espinosa— será fulgurante: obtendrá carta de hidalguía en 1575 y comprará los señoríos de Brenes, Cantillana y Villaverde del Río en ese mismo año, fundando mayorazgo para su hijo Juan en 1581, y dotando regiamente a su hija Bernardina por las mismas fechas para casar con don Jorge Colón de Portugal, futuro conde de Gelves, a quien compraría como yerno. Fallecerá, rico como Creso, en 1587.

Evidentemente, no iba a ser Vicentelo quien les atendiera en la puerta de la casa, coronada por las armas hechas suyas por el rico mercader —que estaban pretenciosamente sostenidas por unos grifos heráldicos con cabeza y alas de águila, con cuerpos de león y de delfín— y menos aún tras haber ascendido al vértice de la buena sociedad sevillana. Los ricos —y más aún los nuevos— aprenden las

convenciones sociales con rapidez. Un elegante mayordomo les recibió tras preguntarles quienes eran, todo reverencias después de escuchar sus nombres —no era un timbre menor que un hijo del conde del Castellar visitara a plena luz del día a su amo—, y les llevó a través del amplio y bello patio hacia un gran jardín en donde destacaba, sobre la fachada que lo cerraba a la calle, una gran fuente con dos tritones barbados sobre una escalera ornamental que conformaba una rumorosa cascada de agua clara, que iba a dar a una amplia acequia enladrillada, partida en diversos canales para regar los mirtos, laureles y arrayanes, los árboles y setos que conformaban el fresco, umbrío y matemáticamente planificado vergel, en el que el Corzo, sin duda, había invertido un verdadero capital.

Y precisamente en el jardín, hablando con el jardinero jefe y sus ayudantes —que le escuchaban atentos, con las gorras en las manos— se hallaba en ese momento Vicentelo, que una vez les vio dejó a los operarios con los que trataba en ese momento acerca de cómo habrían de disponer los espacios para el banquete que tenía previsto para dar la bienvenida al cardenal; y se acercó a los dos visitantes:

—¡Mi señor don Juan! ¡Bienvenido, bienvenido sea vuestra señoría! Y vuestra merced también por supuesto, jurado. ¿Qué puedo hacer por los dos? —El Corzo se detuvo ante Saavedra y Medina con una amplia sonrisa abierta en el rostro, que mostraba una dentadura a lo que parecía, rara cosa, completa, potente y blanca: de mediana altura, un abundante cabello ondulado más blanco ya que canoso cubría su cabeza; la barba era completamente cana, a diferencia de las espesas cejas, aún oscuras. Los ojos eran penetrantes e inteligentes, grandes y marrones, casi negros; la nariz estrecha y algo respingona y la boca roja y pequeña; y su cuidado y pulido atuendo, desde la gola hasta los zapatos de cuero flexible —la riqueza y el elevado valor del paño negro con el que se ataviaba era también claramente perceptible— mostraba la calidad y la riqueza discreta de un bien asentado cincuentón que era uno de los hombres más acaudalados de la monarquía.

—Buen día tenga vuestra merced también, señor Vicentelo. Le ruego excuse lo pronto de la hora, aunque veo que su actividad también comienza temprano.

—Ah, mi señor don Juan… es vieja costumbre la que me hace levantarme a diario antes del amanecer. Hay muchos negocios que hacer, tratos que cerrar e intereses que administrar. En un rato he de ir a mis hornos de pan de la Macarena: estamos terminando un pedido de bizcocho para la flota, y he de velar porque se cumplan los plazos —el Corzo no había dejado de sonreír durante todo su parlamento, ya que la visita de Saavedra le había puesto del mejor humor: «una muestra instintiva de su arribismo, sin duda» —pensó Medina.

Saavedra decidió aprovechar en su favor la buena disposición de Vicentelo, y asegurándose de que no hubiera nadie cerca, le preguntó en voz baja:

—Venimos el jurado y yo por un asunto principal para el servicio del rey. Dígame, Vicentelo: ¿han llegado ya algunos miembros de la casa del cardenal a Sevilla? Tenemos necesidad de ver a alguno de sus secretarios con urgencia.

—Sí, don Juan. Efectivamente ya han llegado algunos, que están disponiendo lo preciso para el acomodo en mi casa de su eminencia —al Corzo se le hizo la boca agua al mencionar a quien en unos días sería su ilustre huésped—. Por favor, les ruego que me sigan, señores. Una parte de la casa se ha acomodado para su servicio, y junto a las estancias y cámaras que ocupará hay otras en las que hemos acomodado a sus servidores. También se han construido junto a las caballerizas unas barracas provisionales para los criados. Disculpen —Corzo andaba a gran velocidad dejando atrás el jardín y llegando al patio, desde donde se dirigió a un corredor que a todas luces se dirigía hacia las caballerizas y las zonas de servicio del palacio— porque todo está lleno de operarios y mis criados están disponiendo todo lo necesario. Y no hablemos de las cocinas: ahí creo que será mejor no entrar. ¿Dónde se habrá metido mi mayordomo? ¡Diego! ¡Diego!

Con rapidez y casi deslizándose, el servidor que les había llevado hasta el jardín salió de una de las estancias de la derecha del largo pasillo, iluminado por una amplia ventana en arco al fondo y se hizo presente de inmediato:

—Mi señor… discúlpeme, estaba supervisando el acomodo del personal de su eminencia.

—A ver, Diego: ¿dónde está el padre Vázquez de Leca? Don Juan y el jurado Medina necesitan hablar con él urgentemente.

—Ahora mismo se encuentra en una de las salas del patio que hemos habilitado como secretaría para el señor cardenal. Si me siguen, señores, les acompaño hasta él. Le he visto despachando desde hace ya tiempo con los otros secretarios.

—Bien, señores —se despidió Vicentelo—. Les dejo en las mejores manos. Ahora voy a mis hornos, a ver cómo va el trabajo. El cardenal llegará el sábado, y una vez llegue a esta casa he previsto un banquete de bienvenida. Creo que a vuestra señoría, don Juan, se le había mandado ya la invitación. Hoy mismo saldrá la suya para su casa, jurado. Espero contar también con su presencia el sábado.

—Por supuesto. Y agradecido, señor Vicentelo. Cuente también con mi asistencia. Ahora, si nos disculpa, don Juan y yo buscaremos al secretario de su eminencia.

Vicentelo, que no había perdido su blanca y profesional sonrisa desde que sus visitantes llegaron, dejó a ambos en manos del mayordomo y

marchó a sus ocupaciones: esas que habían construido su opulento imperio. Saavedra y Medina siguieron al criado y llegaron a una sala abierta en uno de los lados del patio, que se había habilitado como una secretaría provisional: varias mesas y sillas en filas prietas ocupaban el espacio, concebido como una eficiente oficina. En las paredes se apoyaban todas las papeleras y bufetes que se habían podido encontrar en la casa. Enfrente, otra gran mesa llena de papeles, rodeada de grandes arcas y cofres recubiertos en piel oscura y con las armas de la monarquía pintadas en su superficie; y, sentado en una silla alta de cuero negro frente a ella, un eclesiástico de unos veinticinco años, pequeño, delgado y moreno, de pelo fuerte e hirsuto, tostado de piel, que leía y firmaba documentos con extrema rapidez, entregándoselos a un escribiente que los iba guardando en uno o en otro cofre según necesitara.

—Mi señor don Mateo: estos señores vienen a ver a vuestra paternidad.

Mateo Vázquez de Leca dejó a un lado el papel que estaba leyendo y miró a sus visitantes: les conocía, ya que no en vano el secretario privado del cardenal Espinosa había salido cinco años atrás de Sevilla, donde había pasado su infancia y su juventud, para marchar al servicio del prelado, que le había conocido en la casa de su protector, el canónigo Diego Vázquez de Alderete —de quien insistentes murmuraciones le hacían hijo— en donde su madre, Isabel de Luchiano, también corsa, trabajaba como sirvienta. Alderete había muerto en 1556, dejando a ambos bien acomodados; y esta nueva holgura económica permitió que Vázquez estudiara, educándose en Sevilla y Alcalá de Henares y comenzando a servir al cardenal en 1565, tras ser recomendado por el provisor del arzobispado, Juan de Ovando, siendo Espinosa presidente del Consejo de Castilla. Canónigo de Sevilla y arcediano de Carmona, su carrera había sido rápida: en 1568 sería secretario de la Inquisición en Aragón, ordenándose como clérigo de mayores órdenes en 1569 y participando, siempre bajo la mirada del rey —que también le favorecía—, de las políticas y reformas emprendidas por el prelado y estipuladas por el concilio de Trento. Tras la muerte de Espinosa en 1572, Vázquez sería elevado a la secretaría privada del monarca en marzo de 1573, donde se enfrentaría con el secretario Antonio Pérez.

Era, en cualquier caso, un hombre poderoso el que en esos momentos recibía a Saavedra y a Medina; un hombre que, sabedor de quién era quién en Sevilla, conocía perfectamente a quienes habían venido a visitarle. Y más aún a Saavedra, que todavía era estrecho amigo del monarca. Rápidamente el secretario se levantó, dejando a un lado la mesa, para acercarse al alguacil mayor y al jurado:

—Señores, me alegra verles. Les ruego me disculpen… como ven, el

trabajo nunca termina. Nos hemos adelantado a su eminencia y hemos conseguido un pequeño espacio en la casa para seguir el trato de los negocios, que como les digo nunca tienen fin. Nada más concluir algo, hay que cerrar otro asunto o se ofrece un nuevo conflicto. En fin, como les digo nunca se acaba. Estamos aquí algo estrechos, pero al menos tenemos un sitio. Pero ustedes —dijo, mirándoles con fijeza y con inteligencia— no han venido a oír mis cuitas. ¿Qué puedo hacer por vuestras señorías?

—Señor Mateo —dijo Saavedra, que conocía bien al secretario—. Tenemos urgencia y necesidad de usar de alguno de sus expertos en cifra. Han aparecido en un registro unas cartas que podrían sugerir un complot contra el rey, quizá del gran turco, por lo que las evidencias nos van mostrando. Aquí las traemos, porque sin duda alguno de sus escribientes o secretarios conoce la manera de traducirlas. No van estrictamente cifradas, sino ocultas bajo otro mensaje. Han usado, creo, de una tinta invisible con base de vitriolo.

—Es muy grave lo que me dice vuestra señoría. Y debo decir ante todo, don Juan, que me sorprenden sus conocimientos sobre estos temas, que no suelen ser para legos. Tomen las cartas y vengan conmigo: ha venido también a Sevilla uno de los mayores expertos que tenemos en criptografía y descifrado. Si él no es capaz de sacar lo que dicen esas cartas, nadie podrá. Se pondrá desde ahora y en exclusiva a trabajar en ello —mientras tanto, Vázquez se había acercado hacia una de las mesas del fondo, en donde un hombrecillo calvo y ratonil con una barba corta y rala se hallaba inclinado sobre varios tinteros con tintas de colores, unas reglas metálicas y varias resmas de papel—. Salazar, don Juan de Saavedra y el jurado Medina nos han traído unas cartas que hay que descifrar urgentemente. Dice don Juan que están esteganografiadas

—Salazar miró a Saavedra con algo que se parecía a una apreciativa valoración— con una tinta de base de azufre o de vitriolo romano. Algunas están incompletas y no han llegado a enviarse: otras las han recibido y, por lo que se ve, su destinatario ya las ha leído. Es para el servicio del rey nuestro señor. ¿Puede ponerse con ello?

Salazar, sin hablar palabra, se levantó y tomó las cartas. Despejó la mesa para hacerles sitio y comenzó a mirarlas. Casi se veían funcionar los engranajes que sin duda tenía en su cabeza:

—Efectivamente, el olor me indica que están escritas con la tinta que dice vuestra señoría. En principio no es una dificultad mayor, pero he de tener galla de Istria para limpiar el texto falso y revelar el oculto. El falso estará escrito... —Salazar rozó el texto visible con un dedo, que se impregnó de negro— ciertamente, con carbón de sauce. Mañana en la mañana llegará aquí el resto de la cancillería, y entre otras cosas los materiales que no hemos traído con nosotros. También

vendrán los traductores, entre ellos los de arábigo y turco, que se ocuparán de las cartas cuando yo acabe con ellas.

—Desgraciadamente, como ven, las misivas que nos traen no estarán para hoy —dijo Vázquez—, aunque esperamos que mañana Salazar las tenga listas pronto, y nos informe sobre lo que dicen. Como les digo, se dedicará solo a este asunto. ¿Dónde puedo encontrarles, para mandarles recado en cuanto sepamos algo?

—Envíeme una nota al castillo de San Jorge, en donde enseguida me darán razón de ella. En cuanto me avise vendré con Medina a recoger las traducciones de los textos. Agradezco a ambos el buen servicio: Vázquez, no dude tampoco de que su majestad tendrá noticia de su interés en un asunto que seguramente tanto le concierne. Ahora nos marchamos. Por favor, guarden bien esas misivas: nadie, salvo ustedes dos, puede saber nada sobre su existencia —don Juan miró al jurado —. Medina, salgamos. Hay que ir ahora al cabildo y dar aviso de todo lo que ha ocurrido al asistente. Después descansaremos, no hay otro remedio.

Despidiéndose de los dos secretarios, Saavedra y Medina cruzaron el patio y de allí el zaguán, saliendo a la calle del colegio de San Gregorio hacia la Casa de la Contratación, dejaron el Alcázar a su derecha y, bajando hacia las herrerías reales, la fábrica de la moneda y el hospital de las Tablas, se dirigieron a la calle de Génova, frente a la fachada principal de la iglesia mayor de Santa María: acusando el cansancio de la larga noche, iban sin hablar. Mucho, sin embargo sería lo que habrían de contar al asistente en cuanto llegaran a las casas capitulares, que se avistaban al final de la bulliciosa calle, llena de mercaderes, de ganapanes y de tratantes en plena y ferviente actividad recién comenzada la mañana: la ciudad no iba a pararse un minuto, por muy terribles que fueran los crímenes que en ella se cometieran a diario.

***

—Es muy grave lo que me cuentan, señores. Muy grave —el conde de Priego se atusó el hirsuto bigote mientras paseaba alrededor de su cámara—. Realmente grave.

La reiteración pareció tranquilizarle, y garabateó unas líneas en un papel que después cortó con una afilada plegadera, dobló y selló. Luego miró con fijeza a Saavedra y a Medina, mientras se detenía frente a ambos:

—¿Y me dicen que esas cartas están ahora siendo traducidas o descifradas? ¡Ujier! —la puerta se abrió, y el portero entró en la cámara a requerimiento del asistente— Lleve este billete a las casas de Vicentelo, en la puerta de Jerez. Entréguelo en mano al secretario

Vázquez de Leca de mi parte. Y dígale que es extremadamente urgente. Extremadamente —el ujier tomó de manos del conde el papel cerrado, y cerró rápidamente la puerta—. En este papel insisto al secretario en que agilice la labor para el desciframiento de esas cartas, y que me avise inmediatamente una vez estén traducidas —dijo Priego, una vez hubo salido el criado—. ¿Dicen que Pacheco está con las otras ahora?

—Efectivamente, señor asistente —dijo Medina—. Esta tarde debería traerlas.

—Bien, y me cuentan que hoy se reunirán de nuevo en el castillo para valorar las noticias que sobre este asunto puedan tener, ¿no? De acuerdo. Yo acudiré también a esa reunión. Medina, venga a recogerme sobre las cuatro. Iremos en mi coche hasta el puerto y de allí tomaremos una falúa que ahora ordenaré disponer.

—Por supuesto, señoría. Aunque desgraciadamente quien más podría aclararnos lo que parece una compleja conjura está muerto.

—Y bien muerto. No lo duden, señores: bien muerto está. Es una lástima, efectivamente, que no podamos interrogarle y apretarle con todo lo que nos podría haber contado. Pero esperemos que podamos sacar la suficiente información de las cartas que han recuperado. Y por lo que me dicen, hay también algunos testigos que parecen de interés, ¿no? Un morisco herido, por ejemplo, que se encuentra cautivo. Los mozos, los criados tal vez sepan algo también. El problema es ahora cómo encontrar a los dos huidos… aunque de todos modos, un negro de buen tamaño como ese, y con sus cicatrices en la cara no podrá esconderse con facilidad. No sé si tendrán algún refugio donde se hayan podido ocultar: enviaré una nota a los guardas de las puertas para saber si han podido entrar por alguna de ellas.

—En realidad, señor conde —dijo Saavedra— como bien sabe vuestra señoría, no es difícil poder traspasar la muralla y entrar en la ciudad sin usar las puertas: hay tramos muy descuidados desde la Laguna hasta la Macarena; y las muchas obras que se están acometiendo en los nuevos barrios que se construyen junto al convento de San Agustín hacen que la muralla pueda penetrarse por un tapial que está desmoronado y desatendido, que incluso ya es habitación de rateros, de emparedadas o de penitentes.

—No le falta razón, don Juan; pero hay que comprobar todas las posibilidades. En fin, les dejo: he de bajar al cabildo, no puedo demorarme más aquí. Medina, nos veremos a las cuatro. Traiga también al beneficiado Pacheco. Saavedra, estaremos puntualmente en el castillo a las cinco. A ver qué sale de todo esto

—haciéndoles una seña con la mano, les indicó la puerta. Saavedra y Medina, inclinándose para despedirse del asistente, bajaron la escalera y, despidiéndose en la salida del Ayuntamiento, se dirigieron cada uno

a sus respectivas casas: mucho había aún que hacer, y cada vez tenían más preguntas y menos respuestas sobre lo que en realidad estaba ocurriendo.

***

Luis Martel, sentado en su cámara frente a los enmarañados papeles que constituían el acta del interrogatorio al muchacho que había matado a Freire, y que había levantado el escribano a su servicio, no daba crédito a todo lo que aquel le había referido. Según el chico, el portugués llevaba desarrollando aquel tráfico de carne joven desde hacía ya largo tiempo: evidentemente, años atrás él aún no había llegado a la casa; pero había oído hablar a los criados. Era un movimiento constante y continuado, con chicos que entraban y que, cuando ya cumplían cierta edad, salían de la casa con un destino que nadie conocía.

El mercader tenía también sus mozos favoritos, que al cabo de un tiempo solían desaparecer de la quinta, o bien no volvían tras un largo viaje en el que le habían acompañado. Esos mozos eran cuidados, bien vestidos y bien alimentados: algunos llegaron a tomar no poco predicamento, como aquel Alexandro que había sido hallado en el río. El miedo hacia Freire era grande, y nadie hablaba en la casa de esas cosas: los tres negros velaban porque las órdenes del amo se cumplieran, y ay del que no siguiera sus instrucciones.

El mozo, que se llamaba Alonsico, había llegado a la propiedad del portugués dos años atrás: el mercader le había visto pidiendo limosna cerca de las Gradas, y apreció con rapidez las buenas hechuras y las posibilidades del muchacho para su negocio. El chico, un niño más de los muchos abandonados que vivían en las calles, agradeció los cuidados y el alimento que le dieron, la casa, la cama y las ropas: pero todo eso había que pagarlo. Y el pago fue mucho más caro de lo que él nunca hubiera pensado. Freire lo subastó entre sus clientes más escogidos, y uno de ellos pagó muy buenos dineros por lo que el portugués definió como su primicia. Desde ahí, Alonsico estuvo disponible todas las noches para los visitantes de la casa, al igual que para Freire; la cercanía de Alexandro a este último supuso un alivio, pero tras su desaparición —en la casa, y en voz muy baja, se decía que, como les había ocurrido a otros antes que a él, había muerto de mala muerte— Freire volvió a reclamarle, ejercitando con él ciertos gustos y aficiones que le dejaban dolorido, humillado, magullado y maltratado. Pero el portugués, la otra noche, rompió todas las barreras que hasta entonces hubiera podido haber respetado, y Alonsico decidió, cuando vio su oportunidad, devolverle al mercader todo el dolor, y toda la humillación, que le había hecho pasar. Muerto estaba

ya, y bien muerto. Y por su mano.

Dentro del testimonio que había dado el muchacho —que ahora descansaba, vigilado por un alguacil, en una habitación contigua y cerrada que a veces se usaba como informal calabozo—, había llamado sobre todo la atención de Martel la descripción que había hecho de un individuo, tal vez morisco o turco, que se había alojado en la casa desde hacía varios días y a quien había visto conferenciando a menudo, y con la mayor reserva, con el ya difunto Freire: entre los dos incluso habían supervisado un cargamento del que el mozo no sabía contenido ni destino, pero que —según él pudo ver por una de las ventanas de su cuarto, mientras los demás muchachos dormían— debía tener para los dos notable importancia.

Martel dejó los papeles, se estiró en la silla y despabiló la vela que tenía en la mesa: la mañana estaba gris y necesitaba más luz. La humedad del cercano río se le metía en los huesos, y las articulaciones de las manos —pese a su juventud— hoy no habían dejado de dolerle: consecuencia sin duda de la incursión de la noche anterior. En fin, en unas horas habría de llevar a su prisionero al castillo, donde se reuniría con Saavedra y los demás para cambiar impresiones acerca de lo que hubieran conseguido averiguar. Acusó en ese momento el cansancio de la larga noche y del interrogatorio de la mañana, y desechando su idea de seguir trabajando como hubiera deseado, la naturaleza se impuso; finalmente decidió apagar la vela de la mesa y se dirigió a un pequeño, pero socorrido catre de campaña que había previsto para tales ocasiones en un oscuro rincón. Sin llegar a poder quitarse ni siquiera las aún húmedas botas, Luis Martel cayó a plomo, agotado, en el incómodo lecho y se durmió profundamente sin soñar.

***

Mercaderes, tratantes, caballeros, curiosos y paseantes se reunían en las gradas de la catedral, el famoso mentidero que había dado su bien conocido nombre a la zona que rodeaba el inmenso perímetro de la seo junto a las calles de Génova y de los Alemanes. Usado en su día como mercado de esclavos o como tribunal donde se desarrollaban en el pasado los autos de fe del Santo Oficio, hoy era más que nada un concurrido lugar para realizar tratos y contratos —el relieve de la expulsión de los mercaderes del Templo que coronaba la puerta del Perdón catedralicia era una clara alusión al escaso afecto que los capitulares catedralicios sentían por los mercaderes que habían hecho de los escalones de la iglesia mayor la sede de sus ruidosos negocios— y para que los ociosos organizaran largas y sesudas tertulias en las que la fama o el honor de cualquiera que fuera mencionado en las conversaciones que se mantenían en ellas valiera menos de un

maravedí.

Al lado de los caballeros y de los mercaderes y cambistas estaban también los pícaros y hampones, carne de germanía, de gura, de cárcel real y de horca, que buscaban el seguro que les proporcionaba el privilegio eclesiástico frente a la siempre aviesa autoridad civil: las cadenas que rodeaban el perímetro de las gradas de la catedral se habían colocado hacía solo cinco años atrás, en 1565, y dentro de ese espacio los delincuentes podían acogerse a sagrado. Incluso había un verdadero campamento de maleantes dentro del gran patio catedralicio, cuya función de claustro quedaba con tales ocupantes cuando menos deslucida: ¿Quién iba a pasear plácidamente, rezando las horas canónicas en la necesaria paz o intercambiando con otros capitulares elevados conocimientos sobre hagiografía, hermenéutica o teología mientras a su alrededor los ladrones, las prostitutas e incluso quizá algún que otro asesino se encontraban acampados junto a la fuente, las puertas, los retablos y las capillas del patio, al lado de la librería colombina o del espacio que temporalmente se había dispuesto como lugar de reposo de los cuerpos reales?

Esa mañana, las tertulias hervían con la noticia de lo que había ocurrido en Triana la noche anterior: el asalto del Santo Oficio a la quinta de Freire, lo que encontraron allí e incluso la horrible muerte que había tenido el portugués eran ya la comidilla de unos y otros, gracias a la escasa —o más bien, ninguna— discreción de algunos de los familiares de la Inquisición que habían participado en el asalto: pese al acuerdo de secreto al que su alguacil mayor les había obligado, ser el centro de atención de los corrillos era un premio demasiado bueno para desperdiciarlo; y convertirse, en una ciudad como Sevilla y en un mentidero como el de las gradas en protagonista de la mañana era algo que no tenía precio. Por ello, los caballeros que se arremolinaban en torno a las nuevas del asalto al prostíbulo trianero, de la muerte de su dueño, de la prisión de los mozos que en él vendían su cuerpo, de quiénes —y ahí hubo más de una sorpresa— eran los clientes, también presos, y de la muerte de alguno de los criados y de los esclavos de Freire, deseaban saber aún más. Mucho más.

Todo eso, lo que se decía y sobre todo lo que no se contaba, era algo que ya bien conocía uno de los hidalgos que hasta entonces había formado parte de uno de los abigarrados grupos que comentaban, glosaban y discutían las nuevas: ahora, vestido elegantemente —ropas negras de seda, elegante cadena al cuello, gola de holanda fina, anillos de oro en las manos entre los que se encontraba uno, especialmente valioso, decorado con una piedra tallada con el busto del dios Jano—, sin afectar mayores prisas, dejaba uno de los corrillos de curiosos y se dirigía a las casas capitulares vecinas: tal vez allí podría enterarse de algo más acerca de lo ocurrido en la quinta de quien había sido, hasta

esa noche —aunque nadie más que él mismo lo supiera— su socio.

Sin embargo, nada más pudo saber: el asistente había corrido un rígido e inviolable muro de silencio, y la indiscreción de los familiares no había dado pie a nuevas y más completas noticias. Resignado, y viendo que por ahí no iba a obtener ninguna información que le resultara útil, el caballero montó en una bonita yegua ruana que un criado le había acercado hasta la puerta, y acompañado por este último, que iba abriéndole camino, se dirigió hacia sus casas en la collación de San Martín mientras pensaba rápidamente: nada, nada podría relacionarle con el portugués muerto; no había contratos, ni papeles, ni escrituras. Nunca en sus acuerdos había intervenido un escribano público. En ese sentido, estaba tranquilo: pero ¿y el turco? Le conocía y sabía de su papel en la conjura, e incluso a indicación de Freire había ido a verle a su propia casa. Y nadie había hecho alusión alguna —podía estar cierto de ello, ya que había prestado algo más que atención en todos los corrillos de murmuradores— a su captura o a su muerte. ¿Habría escapado, habría muerto? Sin duda, prefería lo segundo.

Mientras tanto habían llegado a través de las calles de la Cuna, de la Venera y del Cristo a la del Banco, donde vivía, dejando apenas atrás la parroquia de la collación: en ese momento, un movimiento impreciso en la esquina de la costanilla de San Martín le llamó la atención. Pausadamente desmontó de la afable yegua y la encomendó al mozo para que la llevara a las cuadras, con la excusa de hacer sus devociones en la iglesia. Hacia allí se dirigió, para encontrarse —un nuevo problema que ahora habría de solucionar— con un indeseado imprevisto: junto al muro de la parroquia, oculto entre las sombras que proporcionaban a esa hora los contrafuertes góticos, se encontraba Karaçaj con uno de los negros de Freire, el llamado Garrote: aquel que según sabía era la mano ejecutora de las más aviesas voluntades del ya fallecido mercader. En fin, tendría que adaptarse a las novedades tal y como venían. Desde luego, las cosas habían cambiado en esa mañana; pero no precisamente para mejor. Al menos para él.

***

La pequeña, pero exquisitamente decorada falúa que llevaba al asistente, a Medina y a Pacheco atracó en un pequeño muelle de inestable y gastada tablazón que, situado tras el puente de barcas, salvaba el elevado talud que se ubicaba ante las húmedas murallas del castillo de San Jorge, ya por entonces maltratado y deteriorado —los paramentos se deshacían y los revestimientos del muro dejaban ver cada vez más la piedra y el tapial que infructuosamente trataban de

ocultar— en las que continuadamente batían las aguas del río. En él, esperándoles, estaba don Juan de Saavedra acompañado por dos funcionarios del Santo Oficio a los que despidió, y acompañándoles hacia el interior les informó de que Martel ya había llegado. Entrando por la puerta principal, protegida por un elevado muro que ayudaba a salvar en lo posible las continuas crecidas del Guadalquivir, los cuatro se dirigieron con rapidez hacia la misma sala de audiencias donde la pasada mañana —que ahora les parecía tan lejos— los asaltantes de la quinta de Freire habían realizado su consejo de guerra y habían planificado su exitosa incursión.

Martel se levantó una vez entraron los recién llegados, esperando a que don Juan y el asistente tomaran asiento. De tácito acuerdo, el asistente —pese a hallarse fuera de su jurisdicción— presidiría la pequeña asamblea:

—Señores —dijo el conde de Priego, abriendo la reunión—, hoy estoy aquí porque, como indiqué esta mañana en el cabildo a don Juan y al jurado, deseaba conocer la situación en la que nos hallamos tras el asalto a las casas del mercader Freire. Según parece, además de los crímenes y de la comisión de otros graves delitos hay algunos asuntos más, preocupantes en grado sumo, que deberíamos tratar. Don Juan, si lo tiene a bien vuestra señoría proceda a explicarnos todo aquello que debamos saber.

—Gracias, señoría. Esta mañana hemos ido el jurado Medina y yo a las casas del Corzo, y nos hemos visto con Mateo Vázquez de Leca, el secretario del cardenal Espinosa. Como saben, Vázquez es sevillano y conoce bien la ciudad. Le entregamos las cartas para descifrar, y en ellas se ocupa ahora uno de los secretarios, Salazar, experto en esos asuntos, que una vez las tenga las pasará a la secretaría del cardenal para que las traduzcan. Así es que antes de que llegue su majestad estarán terminadas y sabremos lo que dicen.

—Bien, don Juan; gracias. Como sabe, hoy he enviado una carta a Vázquez para que dedique todos sus esfuerzos a que esas cartas estén terminadas lo antes posible. Martel, ¿ha conseguido averiguar algo del mozo que mató a Freire? ¿Qué se ha hecho de él?

—Señoría, he traído copia de la declaración que esta mañana le he tomado con el escribano. El muchacho ya está en el castillo, ha venido conmigo. De acuerdo con don Juan, le hemos ubicado en una celda aparte del resto de los cautivos y se le ha entregado al Santo Oficio para que pueda interrogarlo igualmente. No obstante, rogaría a vuestras señorías poder testificar en su favor.

—Yo también querría hacerlo —terció Pacheco— no olviden que fui el primero que llegó hasta el lugar en donde ardía Freire, y en hablar con el mozo. Ha sufrido mucho, y desde luego no pienso en absoluto que se encontrara en la quinta por gusto.

—A diferencia de los clientes que anoche detuvieron, por supuesto —dijo Priego—. Bien. Martel, continúe. ¿Qué le ha contado el chico?

—Evidentemente se encontraba allí retenido por la fuerza, lo que creo. Freire le usaba para él, y según parece disfrutaba con el maltrato que le infligía. El muchacho estaba lleno de golpes, de hematomas y de moretones, señor. Algunos ya antiguos y otros recientes. Tenía también un desgarro grande en el ano, que un cirujano ha tenido que coser. También le ha puesto un ungüento para favorecer la cicatrización.

—Parece que, sin duda, mejor está Freire muerto que vivo. Siga, Martel, continúe. ¿Qué más le ha dicho?

—Me ha hablado de un hombre que se alojaba en la casa y a quien pertenecían las cartas que el Santo Oficio ha confiscado. No ha sabido decirme si era morisco, árabe o turco, pero parecía estar en mucha inteligencia con el portugués. Parece ser que hace un par de días supervisaron ambos un cargamento que salió en dos carros por tierra, con un par de decenas de barriles. No sabemos qué contenían o adónde los llevaban. Y el hombre ha desaparecido, igual que uno de los negros de Freire, según parece el que llevaba la voz cantante de los tres. Un tal Garrote. Si no me equivoco, de los dos moriscos que acompañaban al huido uno ha muerto, pero el otro estaba herido y supongo que aún vive. Él podría darnos mucha más razón sobre quién es el huido y cual es su propósito.

—Efectivamente —dijo don Juan—. Le hemos encerrado también aparte después de curarlo, aunque no sabemos lo que durará, porque la herida no era limpia y se ha infectado: el preso intentó sacarse malamente la flecha de la ballesta. Parece ser granadino, aunque eso lo sabremos con certeza luego. Está vigilado por dos alguaciles, y hoy mismo le interrogaremos. Hay que sacarle todo lo que sabe, y plega a Dios que no tenemos tiempo.

El conde tamborileó brevemente con su mano derecha sobre la mesa, asintiendo. Lo que oía le preocupaba cada vez más, y la situación parecía ser tal que habría de informar al cardenal nada más llegara: había que velar por la seguridad del rey, pero sin dar a entender a nadie que lo que habían encontrado en la casa de Freire hubiera sido algo más que un nido —como coloquialmente se le conocía— de mariposas. No debía cundir el pánico. —Beneficiado Pacheco, continúe vuestra paternidad. ¿Qué puede decirnos sobre las cartas que ha hecho traducir?

Pacheco sacó el cartapacio de piel que constantemente le acompañaba a todas partes, y atadas por un lazo mostró a los reunidos las cartas originales —las no cifradas— que llevaba dentro de él. Junto a las cartas estaban las traducciones, que le habían llevado toda la mañana al lector de prima: estaban escritas en una mezcla de turco,

árabe y persa, con algunas palabras castellanas. Mirando a los congregados, les informó acerca de lo que podía averiguarse de las misivas que les había traído:

—Se trata de unas cartas personales, dirigidas por el remitente a quien llama su hermano, un capitán de jenízaros turco de nombre Husein. Según parece, Husein —y también el autor de las cartas, el turco huido, un tal Karaçaj, teniente de este Husein— sirven a Abencillo, el reyezuelo rebelde de Granada.

—Cierto es —dijo Priego—. Sabemos que el gran turco ha mandado agentes y soldados para auxiliar a los rebeldes granadinos. Como bien saben, el sultán quiere desestabilizar estos reinos para impedir que la Liga Santa se consolide, y evitar el castigo que bajo la dirección de mi señor don Juan de Austria quiere dársele a su flota: el rey actualmente negocia con el Papa, la república de Génova, el ducado de Saboya, la orden de San Juan y la Señoría de Venecia. Evidentemente, cualquier ayuda a Granada obligaría al rey nuestro señor a retirar sus fuerzas del Mediterráneo y dedicarlas a reprimir la sublevación. Y en eso, claro, está el sultán. No sería extraño que este turco huido esté también en esos designios o en otros peores: como saben, se están vigilando estrechamente las costas del Levante para frustrar los asaltos de los piratas berberiscos y de los corsarios tunecinos. Pero siga, Pacheco: ¿qué más dicen esas cartas?

—Las cartas, don Francisco, parecen ser borradores que después se cifraron y se enviaron a Granada. No sé por qué no las destruyó; imagino que en la finca se sentiría seguro y por eso no lo hizo. En general están incompletas, desgraciadamente. Las hemos dispuesto por fechas. Sin embargo, hemos podido obtener de ellas algunas noticias interesantes y que aclaran muchas cosas. En la primera informa a su hermano de su llegada a Sevilla y de su alojamiento en casa de Freire. Dice que el portugués está bien dispuesto y le ha acogido bien y que va a reunirse con algunas personas para llevar a cabo el cometido por el que se le ha enviado a Sevilla, aunque no da más detalles. En la segunda le dice que la reunión ya ha tenido lugar, pero que no está demasiado satisfecho con los agentes que el mercader ha encontrado para auxiliarle. Tal vez en las cartas cifradas que envió haya concretado más o ampliado esa información; me temo que lo desconozco. La última habla de un cargamento de barriles que se ha enviado a su destino, y que según dice pueden cumplir también con su misión, si el otro designio fracasara. No ofrece más datos acerca de qué contenían esos barriles, ni a dónde los han enviado. Y eso —convendrán conmigo, señores— es no poco preocupante.

—Preocupante sin duda, beneficiado —dijo Priego—. Y mucho. Como bien saben, señores, el sultán ha destronado recientemente a nuestro aliado, el emir de Túnez, con la ayuda de su virrey en Argel; y

hace dos meses, sus fuerzas desembarcaron en Chipre y tomaron Nicosia, aunque aún los venecianos resisten en Famagusta. La Serenísima de Venecia, que tanto ha contemporizado hasta ahora con el turco, está verdaderamente aterrorizada y dispuesta a defenderse con nuestra ayuda. De ahí la flota que se está actualmente armando, como es el caso de la galera capitana que ya está casi acabada en nuestras atarazanas. Creo que ese es el escenario donde se está representando la obra en la que ahora nosotros tenemos un papel fundamental. En fin: siga usted, Medina. ¿En qué situación nos encontramos?

—Bien, señoría, aunque Freire ha muerto, el turco que se ocultaba en su casa está ahora huido. Sabemos que tienen auxilios en la ciudad, sean estos de más o de menos confianza, de los que no tenemos noticia alguna. También conocemos que hay un cargamento —unos barriles— cuyo contenido y destino no sabemos, pero que parece igualmente relacionado con lo que es una elaborada conjura. Finalmente, el asunto de los asesinatos se está convirtiendo en un tema menor frente a lo que realmente se trataba en esa casa.

—Bien expuesto, jurado —Priego miró despaciosamente con su mirada penetrante a los ocupantes de la cámara—. ¿Qué haremos ahora? Tal y como yo lo veo, es fundamental encontrar al turco; o al menos, al negro que era uno de los esclavos de Freire. Don Juan, hoy mismo debe interrogarse al morisco que le acompañaba. Otra cosa: ¿Encontraron más papeles en la finca?

—Al parecer sí, señor asistente. Según me hizo saber el notario de secuestros, había papeles y libros de contabilidad recientes.

—Pues ahí puede estar una de las claves. Medina, ¿cómo anda de números? Supongo que tendrá un mayordomo que le llevará las cuentas con seguridad, ¿no? Pero imagino que luego vuestra merced las revisará, ¿no es cierto?

—Efectivamente eso es lo que hago, señor conde.

—Muy bien: pues póngase con el notario de secuestros y mire con atención la contabilidad de Freire del último mes. A ver si podemos poner en pie a dónde iban esos barriles. Don Juan, ¿podrá avisarle para que venga lo antes posible?

—Por supuesto, excelencia. Mañana mismo estará aquí, a primera hora.

—Bien. Martel, usted ayude al Santo Oficio en los interrogatorios y esté atento a las noticias que pudieran surgir. Pacheco, vaya mañana de mi parte a las casas del Corzo y visite a Vázquez. Cuéntele lo que ya sabemos e insístale en la premura que hay en el desciframiento de esas cartas. Mañana llega a Sevilla el señor duque de Medina Sidonia, y habré de recibirle y de acompañarle. Pero en el momento en el que sepan algo, avísenme de uno u otro modo. Solicitaré también una

audiencia con el señor cardenal nada más llegue a la ciudad, y quiero que vengan conmigo y que le expongan el caso. Señores, este ya no es un asunto solamente local: algunas muertes y poco más, una cuestión propia de alguaciles. Esto es algo mucho, pero que mucho más grande.

***

Ya avanzada la tarde y concluida la reunión, Medina y Pacheco se dirigieron a las casas del inquisidor Carpio con el fin de interrogar a Lopillo, que en esos momentos estaba aún descansando en su cuarto, tras los muchos sobresaltos de los últimos días. Mientras el tío del muchacho enviaba al ama a despertarlo, a asearlo y prepararlo para la visita, los dos pesquisidores escuchaban las quejas del anciano clérigo —pálido, demacrado y tembloroso—, a quien la desaparición del chico le había costado, sin duda, uno o dos años de vida:

—Yo ya no puedo con él, señores. Es buen niño, y cariñoso, y enormemente inteligente. Pero también es indisciplinado y voluntarioso. Todo son buenas intenciones, que olvida al primer cuarto de hora. En esta casa soy el único hombre, y ya no soy joven. Hace lo que quiere conmigo, y me temo que pese al escarmiento de estos últimos días, la semana que viene vuelva de nuevo a hacer de las suyas por las calles.

—Sosiéguese, padre —dijo Pacheco, solícito, al viejo sacerdote—. Los chicos son así. Y este, por lo que dice, es todo fuego.

—Todo fuego, dice bien, Pacheco. Y el problema es que no sé qué otra cosa puedo hacer con él, además de todo lo que ya he intentado: le he razonado, le he disciplinado… pero la calle le puede. Es bueno para el estudio, sí; de eso no tengo queja. Pero en cuanto deja los libros, el papel y la pluma se transforma en un verdadero buscalíos.

A Medina, que escuchaba con atención las quejas de Carpio, se le ocurrió una idea que le pareció que podría ser de utilidad al inquisidor y que les facilitaría preservar al chico de cualquier intento de una nueva agresión: aún muerto Freire, el negro que le raptó seguía libre, y tal vez quisiera eliminar a un potencial y peligroso testigo. Lopillo habría de andarse durante los próximos días con pies de plomo, y alguien —desde luego no su anciano tío— habría de ayudarle a protegerse:

—Se me ocurre una cosa, padre Carpio: ¿podría tomar a su sobrino como paje durante algún tiempo? En mi casa tendría cama, comida y un pequeño pago; están en ella mi mujer y mis hijos, con lo que estaría acompañado. De hecho, mi hijo Fernando es algo mayor que él: tal vez podría asistir con él a sus clases en el colegio de la Compañía, e incluso, ya que dice vuestra paternidad que es algo letrado, ayudarme a mí en mis tareas.

A Carpio se le abrieron de repente los cielos, viendo en el ofrecimiento de Medina la solución a todos sus problemas: sería por algún tiempo, por lo que Lope después volvería a su casa; pero mientras tanto estuviera sirviendo a Medina, seguro y cuidado, él podría volver a su tranquilidad y a sus rutinas, descansado de nuevo. Sería por poco tiempo, seguramente, pero ¡volver a la tranquilidad perdida! Casi no se atrevía ni a soñarlo. Todo ello le hizo aceptar, agradecido, y dándole repetidas seguridades al jurado acerca de que Lopillo cumpliría adecuadamente con sus nuevas labores:

—Entonces en ello quedamos —dijo Medina—. Está acordado, pues. Su sobrino puede acompañarme hoy mismo a mi casa. Dígale al ama que prepare su equipaje: si no es muy grande, puede llevarlo él; si es más voluminoso, mañana enviaré a un criado para que lo recoja.

—Magnífico, señor jurado. Le quedo muy agradecido. Dios se lo pague. Y verá que no se arrepentirá. Miren, aquí llega ya mi sobrinico con el ama. Pasa, Lopillo. Aquí están estos señores a los que tanto debemos. Ven, toma asiento a mi lado, porque quieren hacerte algunas preguntas. Señores, salgo un momento con el ama a prepararlo todo y vuelvo en un momento.

—Muy bien, don Miguel —dijo Pacheco, retirando la silla contigua para que el muchacho pudiera acomodarse—. Nosotros nos quedamos con el chico. Hola, Lope: te veo hoy algo más repuesto. ¿Te encuentras bien?

—Sí, señor. He descansado y he comido algo. Tengo que agradecerles que me sacaran de allí, porque en ese lugar no me esperaba nada bueno. Lo que ocurre es que poco les voy a poder contar, porque salvo el tiempo que por la noche me tenían en la sala, el resto del día estaba encerrado aparte de los demás, aunque alguna que otra vez pude hablar con alguno de ellos.

—Lo sabemos, Lope —dijo Medina—. Como sabes, el dueño de la casa, el que mandó raptarte, ha muerto: lo mató uno de los chicos que vivían en la quinta. Así es que en cuanto a eso puedes estar tranquilo. A todos los demás los hemos cogido, o han muerto, salvo a dos que han huido; se trata de Garrote, el negro que te capturó, y de un turco que según hemos sabido se escondía en la casa.

—Ese debía ser el que parecía militar, señor. No se me olvida su cara: siempre estaba hablando con Freire, el amo. No creo que él me viera: no parecían agradarle las cosas que pasaban en la casa. Aunque algunos de los mozos decían que había matado, o visto matar, a un chico días atrás.

—Sí, efectivamente. Uno de los muchachos fue asesinado en la quinta hace unos días, y su muerte es la que nos ha llevado hasta ti y ha facilitado tu rescate —dijo Pacheco, mientras tomaba un cercano búcaro y lo levantaba para refrescarse con la fresca y clara agua que

contenía—. Pero aquí no estás seguro, Lope. El negro que ha escapado sabe dónde vives, y quizá quiera volver a buscarte: eres un testigo incómodo. Por eso, el jurado Medina ha propuesto a tu tío llevarte a su casa durante algún tiempo, como paje. Eso también ayudaría a don Miguel a reponerse de la impresión y del desasosiego que estos días ha sufrido. ¿Qué te parece la idea?

Lopillo no tuvo ni que hablar: la alegría se veía reflejada en su rostro. Los dos pesquisidores continuaron haciéndole algunas preguntas más, a las que el chico respondió como buenamente pudo, y una vez estuvo listo su equipaje —una mínima bolsa con algunas mudas y pocas ropas, sus útiles de escribir y un par de delgados libros— el muchacho, con la mejor disposición, se despidió de su tío y del ama y marchó alegremente en compañía de Pacheco y de Medina para cruzar en barca al otro lado del río: «hay que ver —pensó el primero, además de asombrado quizá secretamente divertido— desde luego la juventud olvida pronto, y se repone rápidamente de todas sus cuitas».

***

Gila sintió un sabor salado, mezcla de sudor, de perfume, del olor acre del hombre con quien yacía en el lecho. Su lengua se movía rozando las axilas, los caracoles de vello del pecho, el cuello del amante que, abandonado a todo salvo a sus caricias, se dejaba hacer por la mujer que esa noche —y las anteriores, y las que seguirían mientras su historia con ella durara— le hacía sentirse relajado y tranquilo, una sensación que, dadas las noticias que había recibido esa misma mañana y después de haber tenido que esconder al turco y al esclavo en una bodega de la casa que nunca se utilizaba, ordenando el mayor de los silencios a su mayordomo, parecía que iba a abandonarle durante mucho tiempo; al menos, hasta que pudiera resolver el acuciante problema que ahora, tras la muerte de Freire, le había surgido. ¿Qué hacer? Ya no habría más compensaciones, más ingresos seguros que le permitieran, como él deseaba, vivir una vida lujosa y sin desasosiegos como hasta entonces. La participación en los ventajosos negocios de Freire había desaparecido con él. Y aunque el turco le había prometido una copiosa remuneración de parte de Nasí y del sultán, no acababa de fiarse de su oferta.

Porque la desconfianza siempre le había sido útil; no fiarse de nadie, de nadie. Nunca. Ni siquiera de la mujer que en ese momento mordía suave, pero firmemente su pecho con sus afilados dientecillos blancos, arrancándole una exclamación de dolor y de placer —«Parad, parad. No paréis, no paréis»—. Sin embargo, algo tendría que hacer. Descubierto Freire, la conjura se había desbaratado en parte, aunque

el jenízaro le había contado lo del cargamento de pólvora, que ya estaba preparada en Bellaflor. Pero él no conocía a los otros conjurados, y más valía que eso siguiera estando así: tampoco ellos le conocían a él.

Gila, mientras tanto, había descendido con su boca a lo largo de su cuerpo: el abdomen, el ombligo, la cadera, el pubis… él le había enseñado algunos conocimientos sobre el amor que ella desconocía, como por ejemplo aquello que en ese momento le estaba haciendo, y que provocaba que se rompiera por dentro. Que se rompiera en pedazos. Y cuando se rompió, cuando se abrió definitivamente, todos los problemas —el turco, el esclavo, el sultán, el rey, los negocios— fueron olvidados y borrados por una ola que le sumergió profundamente.

***

La casa de Juan de Mal Lara dormía. Gila de Ojeda, como tantas otras noches, entraba por un postiguillo que daba a la huerta trasera, y que se comunicaba con su cuarto gracias a una pequeña escalera de obra, desvencijada como todo en el hogar del pobre humanista. Sin hacer ruido y sin encender luz alguna, abrió su puerta con cuidado —aunque había aceitado cuidadosamente los goznes para que no chirriaran— y quitándose las ropas, los alfileres y las pocas joyuelas que poseía y llevaba encima se metió en la cama: en pocas horas amanecería. No era estúpida, ni mucho menos. El deseo, o el amor —no sabía exactamente qué es lo que era lo que sentía por ese hombre— no le habían nublado completamente el juicio. Había apreciado con claridad que hoy él había estado distinto. Más callado, más ausente. A diferencia de otras veces, la iniciativa hoy en los juegos del amor había sido suya. ¿Se estaría cansando de ella? Esperaba que no. ¿Qué pensaría? ¿Qué le preocuparía? Nunca había sido de muchas palabras, pero sus silencios de hoy habían sido verdaderamente elocuentes. Sin duda, algo rondaba por su cabeza: y Gila no sabía lo que podía ser. Y eso le preocupaba. Dándose la vuelta, trató de dormir: pronto habría que levantarse, que acarrear el agua del pozo, que preparar el desayuno y el aseo, y el tiempo no le sobraba. Y entonces, también, tomó una decisión: hablaría con él; se entrometería en su vida. Por primera vez.

# DOCE

*Sevilla, viernes, 28 de abril de 1570*

Los atabales, los tambores y los ministriles —chirimías y trompetas, sacabuches y bajones, entre los cuales formaban un negro y dos indios ricamente ataviados— de su propia capilla musical acompañaban en esa mañana clara de finales de abril —el mal tiempo, afortunadamente, se había ido y no parecía que fuera a volver— la entrada en Sevilla de quien era, a todos los efectos, el noble más poderoso de las Andalucías: don Alonso Pérez de Guzmán, VII duque de Medina Sidonia, X conde de Niebla, XII señor de Sanlúcar de Barrameda —y de las almadrabas del Atlántico y de otras muchas propiedades que le hacían millonario, gracias sobre todo a la excelente administración de su madre viuda, doña Leonor de Sotomayor— y V marqués de Cazaza desde los nueve años de edad. Era ya comprometido —aunque aún no efectivo— yerno del todopoderoso amigo y criado del rey, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, casado con Ana de Mendoza, *la Tuerta*, princesa de Mélito y duquesa de Francavilla, la belleza más notoria de la corte, amiga íntima de la desgraciadamente difunta reina Isabel de Valois: el duque había sido prometido a Ana de Silva cinco años atrás, en 1565, con quince años de edad aunque su prometida tenía solo cuatro, algo habitual dentro de las habituales ingenierías matrimoniales que se maquinaban en la corte.

Pese a la solemnidad de sus títulos y a la extensión de su poder, era un joven menudo y elegante, con veinte años ya para veintiuno, que aún no había sido declarado mayor de edad —eso lo haría el rey en septiembre de ese mismo año de 1570—, buen amigo de don Juan de Austria y por ello harto conocido del conde de Priego, quien en ese momento y acompañado por el propio conde —que marchaba departiendo con él amigablemente a su lado, y por un numeroso grupo de caballeros entre los que se encontraba un querido y ya anciano bufón del duque, el llamado *Cazoleta*—, entraba en ella vestido de rico paño de Inglaterra. Sevilla, en donde el duque había nacido en agosto de 1549, abría sus puertas para él; toda la abigarrada comitiva marchaba tras ocho alguaciles a caballo que iban abriéndole paso por la calle de las Armas hasta la plaza donde se hallaba el palacio ducal, que se ubicaba frente a una amplia superficie de tierra batida en donde, al igual que se hacía en la plaza de San Francisco, se realizaban justas, se corrían sortijas y juegos de cañas y se alanceaban los toros. «En realidad —pensaba en ese momento el asistente, mientras comentaba los últimos chismes de la corte con el recién llegado magnate— la entrada del duque está siendo un ensayo de

cómo será en un par de días la del rey: y parece que todo puede ir bien», se dijo, satisfecho.

Los arcos de la muralla, los paneles decorativos, las estatuas de papelón, las telas ricas; todo ello ofrecía un aspecto lucido, incluso magnífico. Un telón, una tramoya, un decorado teatral para que el rey advirtiera solo aquello que se le quería mostrar de una ciudad bella y rica, sí; pero también sucia, inmunda, cruel y miserable. Y de esto último, Priego acababa de tener una sobrada prueba con el asunto de Freire: un caso que aún no estaba cerrado, y cuyas preocupantes ramificaciones no habían permitido que don Francisco durmiera, como era su costumbre de buen militar, con tranquilidad y sin sueños.

Las aclamaciones que la multitud, posiblemente esperando que le tocaran algunas de las monedas que, cuidadosamente, un criado de la contaduría de don Alonso iba repartiendo con mesura —una de las claves de la riqueza era, como bien se sabía, el gastar poco—, le sacaron de su ensimismamiento, al igual que la mesurada, amable y pulida voz del duque, mientras avanzaban ya por el final de la calle, junto al pequeño hospital de San Antonio Abad:

—Señoría, debo felicitarle: la disposición de la puerta y de la calle de las Armas, con los arcos y las decoraciones, es magnífica. Sin duda gustará al rey nuestro señor. Yo he mandado sacar los tapices de mis casas y cubrir con ellos la fachada, que se ha pulido y pintado; y los criados han dispuesto numerosas guirnaldas vegetales y pebeteros de perfumes en los balcones para aromatizar el aire, además de luces, velas y hachas para iluminarla de noche. Veo que también los vecinos han pintado sus casas y han sacado a sus balcones y a sus ventanas sus mejores tapicerías y sus colchas más ricas. Sin duda será un día de gran fiesta, ¿no cree?

—Sin duda, señor duque. La ciudad, pese a la premura del aviso, se ha esforzado en hacer el recibimiento del rey usando de los mejores medios de los que dispone. Han sido pocos días de preparación, pero los oficiales del concejo, las comisiones y las personas que han colaborado y asistido en este empeño han trabajado de firme —respondió el conde. Mientras tanto, habían llegado ya a la puerta del palacio: una gran obra mudéjar en piedra, ladrillo y mampostería que relucía tras haber sido lavada y repintada a conciencia. Una vez llegados, tanto él mismo como el duque se apearon de los caballos—. Espero poder enseñar a vuestra excelencia esta tarde cómo van avanzando los trabajos.

—Me tiene a su entera disposición, conde; no tenga duda alguna de ello. Tome —dijo el de Medina Sidonia, quitándose una delicada joya, un bello broche de oro que tenía engarzado en su sombrero negro acanalado de copa alta, que llevaba a imitación de los que usaba el propio rey— es un regalo para vuestra señoría como recuerdo de este

día en el que he tenido el placer y el honor de que me acompañe —el curioso broche mostraba una bestezuela, una garduña o una comadreja realizada en oro y esmaltes, con un grácil movimiento curvilíneo en el que el animal volvía la cabeza hacia su espalda—. Y además el broche es un recuerdo que para mi tiene especial significado: de pequeño tuve una comadreja, una de estas bestezuelas que uno de mis cuidadores había amaestrado. Era casi como un gato, siempre estaba conmigo y la paseaba con una cadenilla… aunque tenía que tener harto cuidado con los pájaros de mi pajarera, porque si podía los cazaba y los comía —el duque sonrió—. En fin, es la naturaleza de estos animales. Son, como bien sabe, depredadores.

Depredadores… efectivamente lo eran. Comadrejas como el ya afortunadamente difunto Freire, o como el turco huido, o el asesino negro a sus órdenes —pensó el conde, que no podía sacarse de la cabeza pese a la extremada amabilidad del duque los peligros que, según todo parecía indicar, aún existían para el rey—. Agradeciendo pese a sus preocupaciones la gentileza del aristócrata, Priego le ofreció a su vez uno de sus anillos, con un costoso rubí engarzado en una delicada labor de oro fino:

—Y permítame a mí, excelencia, entregarle este anillo para que recuerde nuestro paseo en mutua compañía y que espero que acepte con el agrado con el que se lo ofrezco. Marcho ahora al cabildo, que aún hay mucho que hacer; pero esta tarde vendré a recogerle, y le acompañaré a la puerta de Goles y a recorrer el Arenal, para que vea con detalle lo que se está organizando para la entrada de su majestad.

—Agradecido también, conde: esta tarde estaré a su completa disposición. Haré que mi mayordomo prevea un ligero refrigerio para refrescarnos antes de salir, y así podremos hablar. Tengo unas cartas para vuestra señoría de parte de mi suegro, que me encomendó le entregara.

—Pues después nos veremos. Excelencia, caballeros —el de Priego se destocó amablemente, cerrando con ello el ritual de complejas cortesías que todos ellos habían estado representando desde que el duque llegara a la ciudad desde Córdoba, y se sumara al cortejo que le esperaba en la puerta de Goles—. Sigo mi camino y esta tarde volveré, tras una reunión que he convocado con algunos de mis oficiales en el cabildo. Una vez concluya, nos acercaremos a ver las obras y los preparativos. Queden vuestra excelencia y vuestras señorías con Dios. Y bienvenidos a la muy noble ciudad de Sevilla, que hoy con tanto calor les ha recibido.

***

No era solo calor, sino también humedad y a ratos frío lo que había

sentido el morisco capturado en la quinta de Freire desde que fuera encerrado en una de las anegadas celdas del castillo de San Jorge, llenas de alimañas inmundas y de insectos reptantes, brillantes y húmedos, que se deslizaban por todos los lugares imaginables, que mordían con sus pequeñas pero fuertes mandíbulas. La herida, infectada, apenas se la habían lavado con unos mugrientos trapos empapados en agua cuando le capturaron, y dolía. Latía como si tuviera un corazón propio. Se agusanaba. Y dolía más aún después del interrogatorio al que le habían sometido esa misma tarde: se miró las manos, casi en carne viva tras haberlas envuelto en unas dolorosas empulgueras. Él ya se había resignado a su suerte: al fin y al cabo, todo estaba escrito. El destino del hombre no dejaba nada al azar: Alá —su Nombre fuera alabado— sabía lo que iba a ocurrirle desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte. ¿Para qué luchar contra eso? Recordaba cuando a su pueblo vinieron los hombres de la leva que había ordenado Abén Humeya, y cómo un sencillo labrador, él mismo, se había convertido, mediante el esfuerzo y el entrenamiento, en un guerrero de la yihad que recuperaría Granada del infiel. Él fue uno de los granadinos que el rey puso a las órdenes de los aliados turcos, y durante ese tiempo supo atraerse la confianza de los dos jenízaros. Tanto, que había acompañado al teniente turco con su otro compañero —el que había muerto en el asalto de los cristianos a la finca— a esa ciudad de Sevilla donde ya sabía que iba a morir.

Era valiente; lo había demostrado en las sierras y en los campos. Pero el cansancio, la fiebre, el dolor —el dolor continuo, incesante, mezclado con las preguntas igualmente continuas e incesantes, sin tregua, sin sueño— le habían llevado a contar a los inquisidores todo lo que sabía. Todo. Se había vaciado por completo. Ahora —pensó— solo le quedaba morir. Terminar. Acabar ya. Una lágrima, a la que después siguieron otras, rodó de sus ojos y se deslizó por sus mejillas: trató de aferrarse a algún recuerdo feliz que le hiciera olvidar su prisión —y también su traición—, pero no encontró ninguno.

***

Saavedra leía, ayudándose de unas lentes no muy bien graduadas —su ruin vista cada día le atormentaba más— y manteniendo a distancia los papeles endiabladamente escritos por el notario, la declaración del morisco preso en la quinta de Freire. Con fruición, dio una profunda chupada a la pipa de caña que tenía entre los labios, de la que salía un humo azulado de delicioso tabaco al que se había aficionado por emulación de don Hernando Cortés, con quien —pese a su juventud por entonces— había mantenido largos ratos de

conversación en las casas de la villa de Castilleja donde se alojaría hasta su muerte, olvidado de la corte. Por fin, todo estaba claro: o casi todo. Ni siquiera el ayudante del turco sabía a dónde iban los barriles que se habían cargado —no sabía aún de qué, pero lo sospechaba— con un destino aún desconocido.

La intención del reyezuelo granadino era la de acabar con el rey; y en eso había recibido ayuda del sultán y sus agentes. El morisco conocía el designio; sabía de la conspiración. Pero no tenía los detalles, que sin duda se habían guardado para ellos Freire y el llamado Karaçaj. Freire ya no podía contarles nada —en realidad, no sabía si se apenaba o se alegraba por ello—, y el turco estaba huido y probablemente escondido: aún era posible que tratara de atentar contra el rey. Habría seguro otros implicados, gente seguramente menuda pero que también suponía peligro. Una hora antes había dejado en la sala contigua al notario de secuestros y a Medina, examinando la ordenada contabilidad de Freire. Y don Juan esperaba que entre los dos hubieran conseguido encontrar algo, porque era fundamental hallar alguna pista que pudiera aclararles alguna cosa acerca del destino, y del contenido, de esos huidizos barriles.

Con un crujido de las articulaciones —la edad se hacía notar, y más aún con la humedad del castillo, que se metía en los huesos— Saavedra se levantó de la silla y se acercó a la puerta, abriéndola: en la pequeña sala contigua seguían trabajando Medina y el notario. De la pila desordenada de papeles habían sacado un breve recibo firmado que atestiguaba la compraventa de veinte barriles, vendidos justo antes del asalto a la finca; y no había más. Así es que eran esos: tanto Medina como el notario así lo creían. Y en los libros de contabilidad solo estaban reflejadas la salida y el pago: pero únicamente se recogían en el apunte contable en la misma fecha ocho barriles de vino de buena calidad, añadiendo que eran «para Ochoa», pero no había ninguna otra indicación añadida acerca de su destino final. A ese problema se añadía el desconocido contenido de los otros doce: ¿qué había sido de ellos? ¿Qué contenían? ¿Dónde los habían llevado? ¿Quién sería ese Ochoa? Demasiadas preguntas a las que responder.

—Don Juan —dijo Medina—. Supongo que el mayordomo de Freire debe saber lo que llevaban esos barriles de los que no sabemos nada. ¿Sabe vuestra señoría si le capturamos la otra noche?

—Aún no hemos interrogado a todos los criados, aunque están presos en el castillo. No son muchos: Freire mantenía un servicio no muy numeroso. Son seis, además de tres esclavas. Una de ellas es muda y casi ciega: de ella no sacaremos nada. Al mayordomo le interrogamos anoche: es también portugués, pero dice no saber nada acerca de dónde vendió Freire los barriles. Nos dijo que el mercader apuntaba por sí mismo los asientos de su contabilidad: nadie le ayudaba en eso,

ni siquiera él. Se le apretó, como puede imaginar. Pero aseguraba que era vino lo que había salido de la casa, al menos que él supiera.

—El recibo apenas nos aclara nada, ya que a la firma del tal Ochoa no se añade ningún dato más que pueda indicarnos dónde se llevaron esos barriles. Y hay un desfase entre el libro de cuentas, que dice que solo salieron ocho, y el propio recibo, que afirma recibir veinte. Doce barriles. Doce barriles de más. Y desde luego no creo que contuvieran vino alguno.

—Tampoco yo lo creo, desgraciadamente, jurado. Tendremos que esperar a ver qué dicen las cartas que se han llevado a descifrar. Y esperemos —Dios así lo quiera— que realmente nos digan algo.

***

A media mañana, dos hombres se veían en un bodegón cercano a la calle de la Borceguinería: el alférez Molina y su amigo, al que ahora apreciaba más que nunca tras el espléndido regalo del manuscrito, hablaban distendidamente de los preparativos que el alférez estaba realizando, y con grandes dispendios, para recibir al rey con la dignidad que la majestad de Felipe II merecía. Sentados en unos incómodos taburetes y apoyados en la sucia mesa sobre la que había una jarra de vino ya mediada y dos vasos de barro casi vacíos, los dos caballeros intercambiaban pareceres acerca de cómo habría de desarrollarse la visita en sí, y qué forma habría de tomar el agasajo que, posteriormente, Gonzalo de Molina quería ofrecerle al monarca. Este último se lamentaba quejosamente ante su amigo, mientras arrastraba los pies sobre los cañizos de junco tendidos sobre el suelo, que trataban de disimular la roña, la mugre, las cáscaras y los huesos añejos que alfombraban el suelo: decididamente, no se trataba de una de las hosterías elegantes de la cercana calle de Bayona, mucho mejor servidas e infinitamente más limpias que esta en la que se hallaban los dos amigos.

El alférez, afectando cierta preocupación e incluso algún desconsuelo, se quejaba ante su compañero de los problemas que tenía para encontrar criados suficientes y adiestrados para que dieran el servicio, no al monarca —a quien servirían sus propios cortesanos, como era su derecho—, sino a los invitados a la más que selecta velada.

—Mi mayor problema es que no tengo a la persona que necesito, alguien que sea suficientemente conocedor en vinos para poder servir y elegir correctamente la cava durante la visita del rey.

El caballero, que parecía pensativo, respondió a Molina:

—Tenéis razón, amigo mío. Creo saber de alguien que podría cubrir dicho puesto. He oído hablar de él, aunque no le conozco: jamás ha

trabajado para mí. Alguien me mencionó hace tiempo sus habilidades, pero no recuerdo de quién se trataba. Era, que yo recuerde, de nación cretense; un candiota que, temiendo al turco, abandonó su tierra y vino a España. Acabó recalando en Sevilla, pero no recuerdo ahora mismo en qué casa trabajaba. Tal vez mi mayordomo lo sepa. Se trata del servicio del rey, así es que supongo que su actual amo —si consigo recordar de quién se trata— os lo cedería sin mayor inconveniente por algunos días.

—Querido amigo —Molina le aferró con fuerza del brazo—. No sabéis lo que os lo agradezco. Un hombre como él es lo que necesitaría precisamente, y más aún si vos me lo recomendáis. ¿Podríais tratar de encontrarlo?

—Por supuesto, Gonzalo. Así lo haré. Ahora disculpadme —dijo el caballero, levantándose de su incómodo taburete—, he de tratar diversos asuntos. Nos veremos en pocos días, espero.

El caballero saludó al alférez, que quedó vaciando el escaso resto de la jarra que habían compartido, pagó y salió a la calle, camino de su collación de San Martín: estaba satisfecho. De un afortunado golpe iba a sacar al turco, convertido ahora en refugiado candiota, de su casa; y con ello le había abierto, y de par en par, las puertas de la de Molina. Ahora era más fácil que el teniente cumpliera su designio, y que él mismo se viera con la deseada fortuna —a la que siempre había aspirado— en sus manos. Y además, que Karaçaj se alojara en casa de Molina evitaría que él tuviera que mancharse las manos: para eso estaba el jenízaro.

***

Mateo Vázquez había ido personalmente al cabildo para entregar las traducciones de las cartas al asistente, que nada más supo de su llegada despachó rápidamente la visita que tenía y bajó a recibirle con premura. Las mutuas cortesías se vieron soslayadas por la importancia del asunto del que ambos habían de tratar, por lo que una vez llegados a la cámara que ocupaba Priego en el edificio del consistorio, el criado apostado en la puerta la cerró desde fuera y cuidó de que ningún importuno pudiera interrumpirles. El conde, ojeroso y cansado, con el aliento ácido y rancio de quien no ha dormido como debiera, se sentó frente al secretario del cardenal y se dispuso a escuchar:

—Señoría, como imaginará traigo las traducciones de las cartas. Obtener el texto oculto no ha sido complicado: al parecer los turcos no dominan bien el uso de la cifra, y por eso usan preferentemente de tintas invisibles, ocultas bajo escritos que nada tienen que ver con lo que se esconde debajo. Salazar, mi experto en claves, ha limpiado las hojas y ha conseguido sacar los mensajes originales: luego, un

traductor ha pasado a nuestro idioma el texto. Tome, léalos. El asunto, como ya me indicaron los pesquisidores que ha nombrado, parece bien grave.

Priego tomó las hojas en donde habían transcrito las cartas cifradas y las leyó con atención: en ellas se reiteraban cosas que ya sabía —la condición de Freire como agente de la Sublime Puerta, la existencia de auxiliares que le ayudaban en sus designios, el complot contra la vida del rey— pero no había nada nuevo en las misivas que les ofreciera nuevas pistas. Nada. Se mencionaban, sin dar mayores detalles sobre ellas, algunas oportunidades que según decía el teniente a su corresponsal, su hermano, habían surgido para atentar contra Felipe II: pero ninguna, sin duda por prudencia, se describía siquiera en las cartas recuperadas de la quinta de Freire. Tal vez eso explicaba por qué el turco no se las llevó consigo, ya que nada había en ellas que pudiera ayudar en algo a los pesquisidores.

—Todo esto confirma lo que ya sabíamos, Vázquez. Pero estas cartas no nos ofrecen desgraciadamente detalles nuevos. Seguimos teniendo varios problemas, y graves. No sabemos nada acerca de cuestiones que nos es imprescindible conocer. En un rato vendrán Saavedra, Medina, Pacheco y Martel: esperemos que ellos hayan conseguido obtener más información. Quedan solo dos días para que don Felipe entre en la ciudad, y aún no hemos resuelto nada de lo que nos preocupa. Hay que avisar al cardenal en cuanto llegue: tenemos que garantizar la seguridad del rey. Habrá que doblar la guardia, y restringir las personas que podrán estar cerca de él. Hay que reconocer con antelación los lugares que visitará o donde se alojará. Y todo ello debemos hacerlo rápidamente. Vázquez, ¿podrá conseguirme una audiencia con el cardenal nada más llegue? Yo saldré a recibirle, por supuesto, pero él tendrá que instalarse en sus aposentos.

—Descuide, vuestra señoría. Me aseguraré de que antes de la cena que el Corzo dará a su eminencia el cardenal pueda recibirle. ¿Cree que es preciso que le acompañen sus investigadores?

—Sí, es importante. Ellos podrán dar al cardenal datos que quizá tengan más claros. Sé que algunos estarán invitados a la cena; los que no lo estén, vendrán en cualquier caso conmigo. Esto no es ninguna broma, señor secretario: y más nos vale salir con bien de esta espesa maraña de traiciones. No es cosa de discutir ahora acerca de algo tan poco importante como el protocolo de una cena.

***

Lopillo se miraba, fascinado, en un mediano espejo —ya algo opaco por la edad y el mucho baqueteo recibido por los años— que le mostraba una imagen que no podía menos que gustarle: el jurado le

había vestido todo de nuevo, con ropas que habían sido de su hijo mayor, que había dejado de utilizarlas. Pero eso no era óbice para que a Lope —que ya apuntaba, pese a su corta edad, buen gusto y aprecio por vestir pulido y elegante— le resultara atractivo su nuevo y cuidado aspecto. Hoy se estrenaba como paje, y su primera labor sería la de acompañar al jurado al cabildo, donde debía reunirse con el asistente y con el resto de pesquisidores que habían conseguido acabar con Freire y liberarlo.

El ama, doña Leonor —que en cuanto llegó a la casa de Medina le recibió con afecto, informada por su marido de los avatares por los que había pasado el muchacho— le despidió con una caricia afectuosa, al igual que hizo con su marido: su cara de preocupación sin embargo debía provenir —eso pensaba el chico— de una larga conversación que ambos habían mantenido la noche anterior, y que sin duda tenía que ver con los acontecimientos de los cuales Lopillo había sido indeseado protagonista.

Ambos salieron de la casa, andando el chico a una vara por detrás de Medina para evidenciar así su condición de criado, tal y como había visto hacer en las calles —así en Sevilla como en Madrid— a los servidores de las grandes casas; viendo lo que hacía, el jurado se detuvo un momento y se dio la vuelta para hablarle:

—¿Puede saberse qué haces, muchacho?

—Seguir a vuestra merced, señor, como lo hace un criado.

—¿Un criado? Lope, no eres tal cosa. Vivirás durante un tiempo en mi casa, me servirás de compañía a mí y a mi familia, pero no eres un criado. Estás invitado, se te pedirán algunos trabajos o favores sencillos, pero no tienes por qué andar detrás de mí. Yo no soy un magnate de la corte, hombre: hazme el favor de tener buen sentido. Anda, ponte a mi lado. Ahora, cuando llegue al ayuntamiento, no vas a poder entrar conmigo dentro de la sala donde nos vamos a reunir; te quedarás afuera y me esperarás el tiempo que dure la reunión. Supongo que después volveremos a casa, a cenar. Y quizá nos acompañe el maestro Pacheco.

—Muy bien. Lo que diga vuestra merced.

El jurado le dio un amistoso pescozón al chico, acompañado de una sonrisa amigable:

—Eso está mejor. Venga, sigamos camino. Ya estamos cerca, y los demás seguramente habrán llegado.

Una vez Medina y Lopillo entraron en el ayuntamiento, un criado del conde les acompañó al piso alto, donde el muchacho se quedó esperando junto a un alguacil al que reconoció del asalto a la quinta. Dejando allí al chico acompañado, Medina entró en la cámara del asistente: los demás ya estaban allí. Y también estaba con ellos el secretario del cardenal, Mateo Vázquez, sentado a la izquierda del

asistente. A su derecha se hallaba don Juan de Saavedra, y seguidamente Pacheco y Martel. Él se sentó al lado del beneficiado, que movió su silla hacia la izquierda para hacerle sitio. No tenían muy buen aspecto: un pequeño grupo cariacontecido, agotado e incluso maltrecho, sobre el que pesaba un terrible secreto que podía afectar a toda la monarquía. Un olor acre, de sudor, de tensión y quizá también de miedo llenaba la estancia: los sucesos que estaban ocurriendo les habían desbordado a todos. Una vez sentado Medina, el asistente tomó la palabra:

—Señores, ahora me contarán sus novedades. Pero antes he de decirles que el secretario ha traído las cartas descifradas, y desgraciadamente no nos dicen nada nuevo. No sabemos dónde están los barriles, ni dónde se esconde el turco, ni dónde se quiere atentar contra el rey. Estamos, por ese lado, como empezamos. ¿Alguno de ustedes puede decirnos algo que no sepamos? —Saavedra tomó seguidamente la palabra, y dijo:

—Ayer tomamos declaración al morisco capturado y a los criados de Freire, y tampoco sabemos más de lo que ya conocíamos. Sí hay algún otro avance, que ahora Medina nos referirá. Jurado
—señaló a Medina, dándole la palabra— cuéntenos vuestra merced lo que ha averiguado.

—Don Juan, señores: esta mañana, el notario de secuestros y yo mismo hemos removido la contabilidad de Freire, y hemos hallado un apunte y un recibo sobre el envío y la recepción de unos barriles de vino a un lugar que no se precisa. Son un total de veinte, ocho de ellos de vino. Pero de los doce restantes no se especifica nada. Se trata de los barriles que ya conocemos, y que podrían servir para atentar contra el rey. Han sido vendidos a un tal Ochoa, de quien no sabemos si forma parte de la trama. Yo creo, y don Juan opina lo mismo, que esos barriles deben estar llenos de algún explosivo o combustible, tal vez pólvora u otra materia inflamable. Los carreteros que llevaron las dos carretas en las que se cargaron han desaparecido, por lo que no podemos preguntarles: no pertenecían a los trabajadores de la quinta, sino que venían de fuera, enviados posiblemente por el cliente que los adquirió para asegurarse un transporte rápido. El rey, como sabemos, se alojará en diversos lugares a lo largo de su visita: los barriles podrían estar ya en cualquiera de ellos.

—Dice bien, jurado —terció Mateo Vázquez, mientras el silencio de la sala podía cortarse con un cuchillo: ni Pacheco ni Martel habían intervenido siquiera en la conversación—. Propongo que vayamos mañana a los lugares donde el rey se va a alojar. Nos repartiremos, si así les parece, señores, los sitios: yo no podré ir muy lejos, porque he de estar presente cuando el cardenal llegue; por eso me ocuparé del Alcázar y hablaré con los aposentadores. Pero vuestras mercedes

deberían ir a indagar a los demás alojamientos en donde se quedará el rey.

—Habría que revisar los monasterios de San Jerónimo y de las Cuevas —dijo Priego—, y también las quintas de la Florida y de Bellaflor. Serán los lugares que el rey visitará o en donde dormirá, además del Alcázar, que revisará el secretario Vázquez. Yo debo ir a San Jerónimo y a las Cuevas en cualquier caso para ver cómo marcha el alojamiento del rey, por lo que me ocuparé de ambos monasterios. ¿Don Juan, vuestra señoría podría ir a la Florida, con Martel? Y Medina y Pacheco irán a Bellaflor. Tendríamos que salir mañana a primera hora: esperamos al cardenal pasado el mediodía. En el puerto habrá, a la altura del postigo del Carbón, dos barcas para ustedes a las siete de la mañana. Antes del mediodía nos veremos aquí de nuevo con lo que hayamos podido averiguar. Ahora, caballeros —el asistente se levantó, dando así por concluida la reunión—, debo irme. He de recoger al señor duque de Medina, porque esta mañana quedé en ver con él las obras para el recibimiento. Vázquez, venga conmigo: sin duda al duque le alegrará verle. Mañana iremos todos, ya a la tarde, a ver al cardenal; el secretario Vázquez lo ha arreglado. Algunos de ustedes en cualquier caso iban a ir por estar invitados a la cena. Y a quienes no lo están ya les convido yo, ¿verdad, secretario? No creo que el Corzo vaya a arruinarse por uno o dos cubiertos más.

***

Rodrigo Martínez había llevado una vida difícil. Había nacido al lado del río, en el lugar de los Gelves, de donde su familia —padre, madre y dos hermanillas— había partido a la cercana Sevilla en busca de oportunidades. El padre había encontrado un trabajo en una tonelería del Arenal, en donde hacía su oficio durante largas horas, recibiendo por ellas un muy corto pago. Un día, la mala fortuna le llevó a sufrir un accidente que, al menos, le sacó sin sentirlo de este valle de lágrimas: apilando unos toneles de gran tamaño, al tratar de asegurarlos con unas cuerdas resbalaron y cayeron a plomo. Debajo estaba la cabeza del infeliz tonelero, sobre la que cayó la biselada y reforzada testa de una de las barricas, que le abrió un tajo por donde se le salió la vida. La viuda hizo lo que pudo, que no fue mucho ya que el marido se había llevado los pocos medios que la familia tenía. Casó de nuevo buscando la seguridad de los tres hijos, esta vez con un carpintero de un taller de carros de la collación, que bebía y le pegaba: él se escapó, su madre y su hermana pequeña murieron poco después de unas fiebres, y la última vez que vio a la mayor trabajaba en la mancebía del compás de la Laguna, en una casa que era propiedad del cabildo de la catedral: seguramente, las bubas y el mal

francés ya habrían acabado con ella.

Rodrigo había comenzado siendo pícaro de costa, aliviando las bolsas de los viajeros que desembarcaban en el abigarrado puerto de Sevilla; y haciendo después sus agostos en las almadrabas del duque, en donde se reunía la germanía y el mal vivir de todas las Andalucías. A la vuelta frecuentó los apedreaderos, donde se hizo fama de mozo de hígados, entrando en una de las familias del hampa sevillana en la que pocos años después de su ingreso adquirió la condición de padre, o jefe del resto de los bravos que la componían. Bravos que, por cierto, un día le acompañaron a darle una paliza mortal a su ya viejo padrastro, que salía de una de las tabernas —todo humo de aceite rancio y vino agriado— que abastecían a los poco exigentes marineros desembarcados a tierra de las flotas. Así, en un callejón oscuro y poco frecuentado, Rodrigo cerró esa cuenta que tenía pendiente con el carpintero, algo que no dejó de satisfacerle. En fin: al final era cierto que Sevilla había terminado siendo tierra de oportunidades, aunque solo lo fuera para él.

Con los años, se había asociado con otros malhechores, e incluso con mercaderes pretendidamente respetables, caso de Freire: en este último negocio le acompañaba su lugarteniente, al que tenía cerca y vigilado, pues si había que cuidarse de los enemigos, era rasgo de sensata prudencia hacerlo también de quienes parecían amigos cercanos; ambos habían asistido a la reunión con el turco, y se habían ocupado de eliminar a aquel incómodo mercader al que Freire les encomendó asesinar. También ahora custodiaban los barriles de pólvora que habían conseguido introducir en Bellaflor: el morisco al que Freire convocó no dejaba nunca solo el mortal cargamento —de hecho, dormía en una yacija que se había instalado en la bodega— y con la confusión de esos días, incluso habían conseguido introducir al negro, el que llamaban Garrote, en la casa; el turco, escondido ahora en Sevilla pero sabedor de que el cargamento había sido llevado a Bellaflor, se las había ingeniado para ponerse en contacto con él a través de un chicuelo que le envió con un mensaje —mensaje que hubo de leer uno de sus hombres que sabía de letras, pues él nunca había aprendido— avisándole de que el negro llegaría como uno de los cargadores de una barcaza que había arribado al muelle de la finca con una carga de troncos para reforzar las estructuras —cuadras, almacenes y cocinas— que se habían levantado para acoger temporalmente a la corte. El negro llegó; y ahora Rodrigo se felicitaba de contar con dos manos más, y no poco hábiles, para realizar el designio que el ya desaparecido Freire les había encomendado.

El turco había dado todo tipo de seguridades, acompañadas con una buena bolsa y con la promesa de que después habría más dinero: y con eso él tenía ya más que suficiente. Quedaban pocos días para que el

rey llegara: solo tenía que asegurarse de que nadie descubría lo que pasaba en la oscura y profunda bodega donde se albergaba el instrumento de muerte que Rodrigo protegía. Y después, la riqueza y quizá incluso la libertad definitiva: marcharse lejos, empezar una nueva vida. Y pensando en ello sonrió, mostrando unos dientes oscuros y podridos que eran, seguramente, el mejor reflejo del interior de un alma que, por los avatares y golpes de la vida, se había torcido ya sin remedio.

***

Las risas se escuchaban desde la puerta de la casa, donde Medina había ido a recibir al beneficiado Pacheco. Su mujer recibía esa noche a algunas amigas, y había mandado preparar en una de las salas del patio una suculenta colación para los dos pesquisidores, ya totalmente servida en la mesa para que no fuera necesaria la intervención de ninguno de los cuatro criados con los que contaba la vivienda del jurado, que estaban dedicados a atender a doña Leonor y a sus compañeras.

—Buena parece que están teniendo la noche, ¿no, jurado?

—Pues suena que sí, Pacheco. Mi mujer hoy se reúne con varias amigas, y me ha pedido que Lopillo esté presente y ayude a atender la mesa. Hace un rato pasé por la sala donde están cenando, y allí estaba el chico contándoles no sé qué que las tenía a todas ellas suspensas y más que divertidas… Este mozo, sin duda, tendrá siempre a las mujeres que guste de la mano. Vaya labia tiene, y cuánta gracia.

—Lo que no deja de asombrarme es lo rápidamente que se ha repuesto del asunto del secuestro. ¡Ay, los jóvenes! Esa edad que ya miramos con envidia, ¿no, Medina? Aún recuerdo cuando hace aún no tantos años era yo un chicuelo que venía a Sevilla para hacerme un hombre.

—No solo vuestra merced, beneficiado. También yo recuerdo con nostalgia esos tiempos sin obligaciones, y en los que los días pasaban sin más cuidados que los juegos y las ocurrencias de niño. En fin, ya lo dijo san Pablo: ahora tocan cuidados y preocupaciones de hombre.

—Y de hombres son los que estamos teniendo en estos días, Medina. En fin… —mientras tanto, ambos habían pasado a la cámara donde, otra vez (y ya iban dos veces desde que el caso había comenzado) doña Leonor obsequiaba con lo mejor de su mesa al siempre hambriento pero feliz clérigo; feliz sobre todo al encontrarse ante una mesa tan bien dispuesta como la que ahora tenía ante sus ojos— ah, Dios bendiga a su esposa, jurado: ¿eso son perdices escabechadas? Y veo una empanada con un excelente aspecto. Y quizá… ¿quizá aquello de allí son unas mollejas de cordero? Oh, mollejas… parece que doña

Leonor me lee los pensamientos, jurado. Qué delicia. ¿Le molesta que me vaya acomodando?

Medina, al borde de la risa al ver los aspavientos y la absoluta felicidad que mostraba el clérigo, tomó asiento a su lado mientras pensaba que esa cena, y mucho más, se merecía el beneficiado por su sensatez y valor; y por la buena y cercana compañía y auxilio que le ofrecía desde que todo el asunto de Freire había comenzado. Así es que le dijo a Pacheco:

—Querido amigo, creo que ya es hora de que nos apeemos el tratamiento, ¿no le parece? Así es que si vuestra merced me da para ello licencia, usemos del vos que implica mucha más confianza. Y si está de acuerdo, podríamos ya acometer concertadamente a estas tropas que tenemos formadas en la mejor disposición sobre la mesa. ¿Qué me dice?

—Pues os digo, y esto ya os sirve como respuesta, que vos y yo vamos a sellar esta nuestra amistad acometiendo juntos a estas tropas, y primero de todo a estas mollejas que están diciendo que nos las comamos, ¿no os parece, amigo mío? Tomad, Medina, servíos que yo iré después de vos. ¿Podéis servirme una copa de ese vinillo que tenéis enfrente? Bendito caldo —dijo, relamiéndose, mientras cogía con una refinada horquilla un par de buenas mollejas—. En fin, hablemos ahora de cosas más serias: mañana iremos a Bellaflor. ¿Conocéis esa hermosa casa? Don Manrique ha hecho con ella maravillas.

—No, desgraciadamente no la conozco, Pacheco: pero he de decir que tengo mucha gana de hacerlo. No sé si los barriles estarán allí o no, pero tendremos que batir bien la casa y los terrenos aledaños. Imagino que habrá mucho movimiento, porque la corte se va a instalar en ella la primera noche que el rey pase cuando esté ya en la ciudad. Habrá que hablar con el mayordomo de don Manrique, que es quien se ocupará del acopio y la adquisición de los bastimentos: a ver si sabe darnos razón de todo esto.

Pacheco, una vez dio fin a las exquisitas mollejas, comenzó a ocuparse del resto de los platos, cortándose un generoso trozo de empanada que olía deliciosamente a jengibre y canela y sirviéndose una de las dos perdices, que comenzó a masticar mientras seguía hablando con el jurado:

—El caso es… hum… que deberíamos haber concluido mañana ya ese asunto. Solo quedan un par de días para que el rey entre en la ciudad, y hay que asegurar que los planes del turco no lleguen a llevarse a cabo. Es muy preocupante, Medina, por todo lo que bien sabemos y hemos averiguado en estos días —Pacheco se quitó con la uña un huesecillo que se le había quedado encajado entre los dientes—. Si os parece, mañana podéis recogerme en mi casa: desayunaremos, que he de corresponder a esta opípara cena con mis

pobres medios.

—No tengáis cuidado, amigo mío. Iré con mucho gusto a desayunar con vos, por supuesto; pero ahora, cuando acabemos de cenar y si lo tenéis a bien, pasaremos al estrado, donde están las señoras. Las risas aún se oyen desde aquí, y creo que haríamos mal si nos las siguiéramos perdiendo.

***

No eran risas precisamente lo que se oía en la casa de la calle del Banco, en la collación de San Martín. Todo lo contrario: en la cámara donde Gila y su amante, como tantas noches, se encontraban se percibía una cólera fría, una ira no disimulada. Tras apreciar —como ya venía haciendo desde hacía algunas noches atrás— la distracción, incluso el desapego del hombre tras los primeros juegos que les llevaban ahora, ya sin apenas prolegómenos ni preámbulos a una rápida y descuidada cópula, la hija de Juan de Mal Lara había cometido el error —ahora se daba cuenta— de preguntar lo que no debía. La respuesta fue inmediata: sin hablar, el hombre se levantó del lecho y comenzó a vestirse sin mirarla.

¿Qué estaba pasando? —se preguntaba la mujer, aún desnuda y cálida entre las suaves sábanas, sumida en la penumbra de las espesas cortinas de la cama— ¿Qué había hecho mal? Ella volvió a preguntarle, recibiendo como única respuesta una fuerte e inesperada bofetada, que la derribó sobre las almohadas. El hombre, ágil como un gato salvaje —y con los fríos ojos verdosos también de gato fijos en los suyos— la tomó del cabello, haciéndole daño: parecía querer sacarlo del cuero cabelludo. Acercando su rostro a la descompuesta y desconcertada cara de Gila —esto nunca le había sucedido antes— el hombre le dijo, en voz baja y helada, echándole el aliento, sorprendentemente dulce y suave, y pequeñas gotitas de saliva en la cara:

—Nunca, ¿me oís? Nunca. Nunca más me preguntéis nada. ¿Quién os creéis que sois para hacerlo? ¿Quién? Vos no sois… vos no sois nada. No sois nadie. Sois lo que yo quiera que seáis, y desde luego ni mi confesora ni mi confidente. No quiero volver a oíros. Estáis aquí para lo que estáis, señora: tanto uno como otro sabemos lo que damos y lo que recibimos. Pero para nada más. ¿Lo habéis entendido, o he de repetirlo?

—No, no —dijo la mujer, llorosa y dolorida, mientras la mano del hombre se alzaba de nuevo y le llovían bofetadas y un puñetazo en el vientre que la hizo encorvarse y casi vomitar—. No, no. Parad, parad, os lo ruego. Os lo suplico. Duele. Duele mucho.

—No debisteis… no debisteis haber preguntado —le respondió, sin

mirarla—. Vestíos. La silla de manos estará esperándoos en el portillo del jardín para llevaros a vuestra casa —le dijo, antes de abrir la puerta y marcharse, dándole indicaciones a un criado que esperaba en el pasillo, con un rostro convenientemente inmutable, para que la acompañara abajo en cuanto estuviera lista.

Gila sintió las lágrimas calientes que bajaban por sus mejillas, arrastrando la fina capa de pintura que las recubría y llenándolas ahora de manchurrones. Pasó la mano por la boca, que le escocía, manchando el dorso de la mano con su propia sangre. Se levantó, trastabillando: el estómago le dolía mucho, y mañana le saldrían moratones que habría de ocultar, y no sería fácil hacerlo. Su madre aún conservaba buena vista. Se vistió rápido; no quería estar ni un minuto más en ese lugar. Abriendo la puerta se dejó acompañar por el criado, que —sin duda había oído todo lo que había pasado en la cámara— sostuvo su brazo mientras bajaban por las escaleras, sin decir nada: cuando salió, no miró hacia atrás. Y se prometió firmemente nunca más volver a esa maldita casa.

# TRECE

*Sevilla, sábado, 29 de abril de 1570*

Los peones estaban limpiando y despejando de basuras la orilla del Arenal, para que cuando el rey llegara en un par de días la ciudad ofreciera su mejor cara ante el monarca. La banda de Sevilla había quedado despejada de barcos —lo que evidentemente aliviaba en grado sumo la concentración de porquería y de restos en la zona— y todos se habían concentrado ya en la de Triana, salvo las naos almiranta y capitana, que estaban terminando de aderezarse: aunque no era probable que el rey quisiera subir a verlas por adentro (sin duda tendría bastante con observarlas desde su falúa cuando pasara a su lado durante su trayecto del río), había que terminar por si acaso de blanquear las velas, de repasar los cordajes, de pulir las cubiertas y de bruñir los cañones que guardaban las inmensas flotas, columnas vertebrales del comercio entre España y las Indias. Los curiosos y los desocupados se apelotonaban ante las barreras formadas por los guardias, que les impedían el paso; Medina y Pacheco, sin embargo, traspasaron la línea de soldados y llegaron hasta la bajada del postigo del Carbón dejando a su izquierda la torre de la Plata, donde en la orilla —tal y como les había asegurado el asistente— les esperaba una barca que habría de llevarles hasta Bellaflor, donde esperaban verse con el mayordomo de don Manrique de Zúñiga.

El jurado y el clérigo subieron al bote, procurando este último que el barro de la orilla no enfangara demasiado los bajos de su ropaje talar, y protegiéndose bajo el blanco toldo se sentaron con la escasa comodidad que los duros bancos de madera, gastados ya por los años, les ofrecían: habría que volver a carenar y a calafatear la barca, ya que en su fondo se había formado un pequeño estanque que hizo que ambos se miraran, inseguros sobre si podrían llegar o no con bien y sin darse un chapuzón a su destino. Tendría gracia que ahora la barca se hundiera en medio del río: Pacheco no sabía nadar, y aunque Medina había aprendido a hacerlo en su infancia en unas pozas que tenía en sus fincas de Pilas, no estaba muy seguro de que pudiera llevar a su amigo el beneficiado, ataviado con sotana y con manteo, hasta la orilla. En fin, ojalá no hubiera problemas durante la corta travesía.

Una travesía que efectivamente fue breve, y que provocó que los dos pesquisidores se hallaran ante el muelle de Bellaflor en un tiempo que al jurado se le pasó volando: el fresco de la mañana, la luz aún tamizada y agradable, las aves fluviales —garcetas, calamones, agachadizas, zampullines, chovas, andarríos, cercetas, silbones e incluso gaviotas y cormoranes— hacían de las suyas en el río y en el

cielo claro, y en el agua saltaban los peces, comiendo insectos o siendo comidos por las aves. «Comer o ser comido —pensó Medina—. Este sí que sería un buen diálogo para que lo redactara Erasmo». Antes de que pudieran darse cuenta de ello, la barca se arrimó al recién pintado muelle, en el que algunas viejas tablas se habían sustituido en los últimos días por otras nuevas, y los dos amigos, ayudados por el barquero, salieron de la pequeña nave, que se quedó esperándoles, y tras hablar brevemente con los criados que les recibieron subieron por el camino que, rodeado de bien podados setos que circundaban una amplia y fresca alameda, llevaba hasta la quinta de Zúñiga. Medina y Pacheco se iban admirando por la bien pensada ubicación del lugar, en la confluencia entre el Guadaira y el Guadalquivir, con sus vistas hacia la lejana sierra y el Aljarafe, y con la extensa dehesa de Tablada por detrás, en donde las nubes de polvo que se apreciaban en la lejanía permitían distinguir el movimiento de los rebaños, conducidos por pastores y vaqueros, que traían el ganado a beber a las aceñas de la casa, aceñas que regaban, con sus caños y azacayas, las fertilísimas y bien planificadas huertas que hacían famosa a Bellaflor en toda la ciudad.

Llegados a la casa, en la que la ligereza de las galerías y de los patios contrastaba con la fortaleza de la fábrica y de los cimientos, entraron en ella por una portezuela que daba al jardín —la entrada principal estaba en ese momento bloqueada por los operarios que terminaban de levantar unos postes que sostenían grandes toldos—, y dejando de lado un bello estanque sembrado de peces que centraba el vasto espacio cubierto de macizos de flores, de setos terreros, incluso de cuevas artificiales cubiertas de verdina en las que manaban lentamente frescas fuentes en forma de cascadas, se adentraron en el edificio por su parte trasera, buscando —acompañados ambos por uno de los criados que les había recibido— las dependencias de la administración, en donde preguntaron por el mayordomo de la quinta. La sala estaba vacía, a excepción de un mozo que barría descuidadamente los suelos y de un ocupado amanuense sepultado entre papeles, cuentas y cifras, que les informó de que el mayordomo no se encontraba en la finca —había ido a comprobar la llegada de unos suministros a Sevilla—, pero que sin embargo don Manrique había llegado a primera hora de la mañana para verificar la instalación de los toldos de la entrada principal y la correcta ubicación de las caballerizas y de las cocinas provisionales, por lo que si se dirigían de nuevo al camino del río podrían encontrarle allí, entre los operarios.

Saliendo por tanto por donde habían entrado, entre el incesante movimiento de la eficaz colmena que preparaba concienzudamente la visita real, ambos desandaron sus pasos y se dirigieron hacia la

entrada: allí, bajo la sombra de unos frondosos álamos, se encontraba don Manrique de Zúñiga, que destocándose brevemente saludó a Pacheco y a Medina mientras encargaba a un aparejador que le acompañaba que estuviera pendiente de las evoluciones de los obreros y peones, que tirando de unas fuertes sogas introducían con cuidado, en profundos agujeros excavados en el suelo, los grandes postes a los que después se amarrarían velas de barcos para proporcionar la necesaria sombra bajo la cual se cobijarían el monarca y sus cortesanos cuando entraran a la quinta.

—Disculparán vuestras mercedes el ruido y la confusión —dijo don Manrique, mientras sacaba un pañuelo de su manga derecha y se secaba el sudor que, pese a que el día aún no había llegado a alcanzar la elevada temperatura que parecía presagiar, había brotado de sus sienes—. Como verán, hay que rematar aún diversas cuestiones para que el rey encuentre a su gusto la casa; y hoy mi mayordomo ha ido a Sevilla a solucionar algunos asuntos. Pero díganme lo que les trae hasta aquí, que estoy presto a servirles, como no podía ser de otro modo.

—Vuestra señoría —dijo Pacheco— el jurado Medina y yo venimos con una comisión del señor asistente, sobre unas averiguaciones necesarias acerca de la visita de su majestad. Precisamente tendríamos que hablar con su mayordomo sobre ello; no es necesario que le molestemos mucho tiempo.

—Bien, que yo sepa debería estar de vuelta antes del mediodía, porque tenemos una reunión con don Diego de Sandoval, el alguacil mayor, para dejar cerrada definitivamente la disposición de los alojamientos de algunos de los acompañantes del rey que además vienen con su propio servicio. Todo son problemas, como verán. Y gastos. Espero que no se quede todo en buenas palabras, y que el cabildo cumpla con lo prometido y abone los costes que se están generando, que como imaginarán son muchos. Si les parece, pueden esperarle donde gusten —yo les sugeriría que fueran al jardín; allí estarán más tranquilos—, y una vez llegue se lo enviaré para que le pregunten lo que deseen.

—Lo que mande vuestra señoría —dijo Medina—. Perdone, don Manrique, ¿cuál es el nombre del mayordomo de la casa?

—Bueno, en realidad él no es mi mayordomo aquí, sino en Mures. Esta casa solo está abierta cuando yo resido en ella, en ocasiones; cuando no estoy, se cierra y el servicio a su cargo es mínimo, salvo en el caso de los jardineros y de los hortelanos

—en ese momento, un ruido fuerte procedente de la entrada hizo volverse a Zúñiga, mientras guardaba de nuevo el pañuelo en la manga y se daba la vuelta para acudir a la fuente del disturbio—. Pedro, se llama Pedro; Pedro Ochoa. Queden vuestras mercedes con

Dios —dijo, marchándose con rapidez y, por tanto, sin poder apreciar el sobresalto que ese nombre había causado entre sus dos interlocutores: Pacheco y Medina habían encontrado, finalmente, al hombre que buscaban.

—Ochoa. Pedro Ochoa. Él es, Medina, seguro. Sin duda los barriles los han traído aquí —dijo Pacheco, mientras esperaba la llegada del mayordomo con Medina, sentados ambos bajo una de las pérgolas del jardín.

—Sí, no me cabe duda, Pacheco. Pero cuidado: hemos de ser prudentes. No conocemos la amplitud de la conjura. No sabemos si este Ochoa, o incluso el propio don Manrique, están involucrados en la conspiración de Freire y del turco. Hay que ser muy precavidos cuando hablemos con él. Así es que no hablemos de más: hagámosle algunas preguntas circunstanciales, y veremos cómo responde.

Pasado lo que a ambos les pareció un largo tiempo, vieron acercarse hacia ellos con rapidez a quien a todas luces era en esos momentos un muy ocupado personaje: bajo y engrosado, de breves y cortas piernas, ornada su cabeza por una lustrosa calva en la que campeaban escasos cabellos peinados sin embargo con cuidado, vestido con un negro jubón, calzas y medias negras que habían conocido mejores tiempos y usando una gastada gola estrecha que, de los repetidos lavados había ido adquiriendo un color gris, Pedro Ochoa hizo su aparición en el jardín. Su descuidado aspecto les mostró a las claras a los pesquisidores que era harto difícil que el mayordomo estuviera a sueldo del sultán: pero no podían estar seguros de ello. Ochoa se les unió bajo la pérgola, saludando a los dos enviados del asistente:

—Bienvenidos a la hacienda de Bellaflor, señores. Don Manrique me dice que han venido con una comisión para mí del señor conde de Priego. Puedo asegurarles que todo marcha como debe, y que la casa estará debidamente aprestada para acoger al rey como nuestro señor don Felipe se merece.

—Muchas gracias, Ochoa —respondió Medina—. Verá, nuestro encargo es sencillo: el señor asistente querría saber, y así lo está requiriendo en todos los lugares donde el rey se alojará, si las casas que habrán de albergarle están bien abastecidas de todo lo necesario, especialmente de vino de calidad. Como bien conocéis, el rey nuestro señor es de paladar exquisito, y la ciudad no desea quedar mal con él y con la corte dándoles a beber unos caldos que no sean excelentes.

—Ah, pues dígale que en ese sentido no ha de preocuparse en absoluto. Es cierto que anduvimos faltos hace algunos días, pero a través de algunos mercaderes de confianza hice un pedido a un nuevo proveedor, un portugués —han de perdonarme, con este ajetreo ni recuerdo cómo se llamaba; aunque su nombre debe figurar en la contabilidad que estamos llevando—, que me trajo veinte toneles casi

de inmediato: sus hombres los estibaron en una de las bodegas, y ahí están preparados, cubiertos con lonas para que nadie tenga tentaciones de abrirlos. Probé de uno de ellos, y puedo asegurarles que el vino tenía un cuerpo extraordinario. Tan bueno es, que he dejado a un par de hombres vigilando los toneles por turnos.

—Vaya, eso nos tranquiliza, Ochoa. Sin duda es vuestra merced harto precavido, y eso es bueno. ¿Y esos hombres que los vigilan son suyos?

—Bueno, como imaginarán llevamos varias semanas contratando otras gentes que ayuden a los trabajadores de la finca, porque con la visita del rey están siendo necesarios. Uno de los peones, un morisco que teníamos ocupado en el jardín, duerme al lado de los toneles en un jergón; y le sustituye de vez en cuando otro de los mozos, Rodrigo, que gobierna una pequeña escuadra de trabajadores para todo.

—Muy bien. Muy bien, mayordomo. Con estas noticias nos quedamos mucho más tranquilos, y así lo haremos saber al señor asistente. Es posible que volvamos antes de la llegada del rey, con alguna otra comprobación de rutina. En tal caso nos veremos de nuevo. Querríamos ahora despedirnos de don Manrique. ¿Sabe dónde se encuentra?

—Pues está esperándome, porque tenemos ahora que hablar acerca del acomodo de algunos de los acompañantes de su majestad. Así es que si quieren seguirme… después les haré acompañar por un criado hasta el muelle.

—Muchas gracias —dijo Pacheco—. Sí, no queremos partir sin despedirnos de don Manrique, que tanta amabilidad nos ha demostrado. Muy agradecidos, Ochoa: quedamos, gracias a vuestra merced, muy conformes.

Saliendo del jardín, los dos pesquisidores y el mayordomo entraron en la casa, en donde a la puerta de una cámara que se abría al recién enjalbegado patio se hallaban Zúñiga y Sandoval, conversando frente a un plano en donde se disponían las habitaciones en las que se alojarían los visitantes de la casa. Pacheco se adelantó hacia el alcalde mayor, mientras con una discreta seña le atraía hacia sí:

—Don Manrique, nos marchamos ya. Su mayordomo nos ha sido de gran ayuda. El jurado y yo tenemos otro encargo del señor asistente: nos pide que le comuniquemos que esta tarde habrá una reunión con el señor cardenal en las casas del Corzo, relativa a la organización de estos días. Será una hora antes del banquete de bienvenida que se le ofrecerá. Le ruega que no deje de asistir a ella.

—Gracias por la información, beneficiado —dijo Zúñiga—. Desconocía que tal reunión fuera a celebrarse, pero no dude de que asistiré. Díganselo así al asistente. En cualquier caso, he de ir a recibir al señor cardenal a su llegada, por lo que después me quedaré con Priego en las casas de Vicentelo para asegurarme de estar presente en

ella. Ahora, si nos disculpan…

—Por supuesto. Muchas gracias, señoría. Ahora marchamos a ver al señor conde. No olvide, por favor, la cita de esta tarde.

Medina y Pacheco, inclinándose y destocándose, se despidieron de Zúñiga y de sus compañeros. Bajaron presurosos hacia el río, haciéndoseles eterna la travesía de regreso al puerto. Por fin sabían dónde estaban los toneles: ahora habría que decidir qué hacían con ellos, y cómo eliminar esa latente amenaza.

La excitación recorría, casi como una invisible corriente eléctrica, al grupo reunido al final de la mañana en las casas capitulares. El desánimo inicial con el que habían llegado Saavedra y Martel, Vázquez y el propio asistente —que como era de esperar, no habían encontrado nada sospechoso en los lugares donde habían indagado— se trocó rápidamente en optimismo, y luego en ansiedad, cuando Medina y Pacheco ofrecieron sus noticias y cuando, tras recibirlas, comenzaron a elaborar entre todos un acelerado plan de campaña que les permitiera impedir los designios de los conjurados a sueldo del sultán Selim. Con el semblante serio, el asistente se dirigió a los reunidos:

—Señores, ya tenemos claro en qué lugar está el cargamento. Medina, Pacheco, ¿creen que don Manrique o su mayordomo tienen algo que ver en el asunto?

—Creo que respondo tanto por el beneficiado como por mí mismo si le digo, señor conde, que no creemos que los dos sepan nada: parece que Freire simplemente aprovechó la ocasión, y por lo que sabemos introdujo los barriles en Bellaflor ofreciéndose a Ochoa, el mayordomo y administrador de Zúñiga. Este último certificó veinte barriles, y Freire solo ocho: sin duda en esos ocho hay vino, pero en los doce restantes no me cabe duda alguna de que no. Y no creo que contengan nada bueno.

—Entonces —terció Mateo Vázquez— es sumamente urgente que nos movamos y anulemos ese complot. Hoy mismo deberíamos ir a la finca de Zúñiga y retirar esos barriles.

—Sí, en eso concuerdo con vuestra merced, señor secretario —intervino entonces Saavedra—. Pero habrá de hacerse con suma discreción. Según sabemos, debe haber hombres de Freire en la casa. Como nos han contado, vigilan intermitentemente el cargamento. En estos últimos días Zúñiga ha contratado nuevos trabajadores, y quién sabe cuántos de ellos pueden formar parte, de un modo u otro, de los planes del portugués y del turco. Así es que debe ser una entrada que no evidencie, en ningún momento, que estamos sobre aviso de lo que está ocurriendo. Para ello es fundamental hablar con Zúñiga y con su mayordomo, y explicarles lo que está ocurriendo en la quinta.

—De eso no se preocupe, Saavedra —dijo el conde—. Pacheco ha

citado a don Manrique hoy, antes de la cena, para poder ponerle al corriente. Quiero que, cuando esta misma tarde le presentemos este asunto al cardenal, le propongamos ya un plan de acción. ¿Sí, Martel? ¿Qué propone vuestra merced?

El alguacil, levantándose de su asiento y apoyando la mano sobre el brazo de la silla en la que hasta hacía un instante había estado sentado, expuso con brevedad la idea que se le había ocurrido mientras los demás discurrían sobre el caso:

—Hay en un recodo del río una barcaza plana, confiscada por contrabando hace ya algunos meses y que está vigilada por mis hombres para evitar su robo, que podría servirnos bien para nuestros intereses. Mi propuesta es sencilla: carguemos la barcaza con todos los géneros que podamos, como si fuéramos a descargarlos en la finca; el mayordomo de Zúñiga, que estará advertido por su amo, nos esperará y acompañará hasta los almacenes de la casa. Los cargadores serán alguaciles de los míos, que se vestirán de costal, camisa y calzones de trabajo; y que descargarán las mercancías del lanchón llevándolas hasta las bodegas. Después, cerrar las entradas y salidas del almacén donde estén las botas será sencillo. Y una vez lo hayamos hecho, podremos detener o eliminar a los conspiradores que aún permanezcan allí. Es mejor hacerlo de noche, al igual que hicimos en el caso de la quinta de Freire, ya que a esa hora no estarán prevenidos ni advertidos.

—Me parece bien, Martel. Muy bien, de hecho. Pero no quiero que vaya solo: yo no podré acompañarle porque habré de quedarme en la cena, al igual que el secretario Vázquez. Hoy no será necesaria la intervención del Santo Oficio, don Juan: se trata ahora de un asunto estrictamente civil, así es que tampoco ha de ir vuestra señoría. En fin, parece claro que será vuestra merced, jurado, quien habrá de acompañar al alguacil a Bellaflor, aunque el Corzo le haya invitado expresamente al banquete. Lo siento; otra vez será. No puedo pedir sin embargo al beneficiado Pacheco que le acompañe, por supuesto: podría haber sumo peligro en la entrada de esta noche.

—Ah, no, señor conde —dijo el clérigo—. Yo voy con Medina y con Martel, por supuesto. Me quedaré detrás si es preciso; pero tendría gracia que, llegados ya donde estamos, hubiera de quedarme fuera de la fiesta —Pacheco sonrió—. No, de ningún modo: yo iré con vuestras mercedes, señores. ¡Ay, lo que sí que lamento —dijo, socarrón— es perderme la buena cena que sin duda ha previsto el Corzo!

El cardenal Espinosa era en esos días, y a todos los efectos, un segundo rey de España: tanto confiaba Felipe II en su consejo y en sus decisiones. Hijo de unos modestos labradores hidalgos de un perdido pueblo salmantino, Martinmuñoz de las Posadas, donde había nacido en 1512, tras recibir las primeras letras en Arévalo logró estudiar en la

cercana Universidad de Salamanca, en donde se licenció en 1547. Experto en Derecho, había ejercido su labor en Zaragoza y luego, como juez, en Sevilla desde 1553 hasta 1556. Nombrado regente del Consejo de Navarra, posteriormente el inquisidor Valdés le propuso como consejero de la Inquisición. En 1565, cinco años atrás, había sido nombrado presidente del Consejo de Castilla tras la muerte del marqués de Mondéjar; y un año después sucedió a Valdés como inquisidor general, obteniendo el capelo cardenalicio en 1568, año en el que fue nombrado obispo de Sigüenza. Afín y muy cercano a Ruy Gómez (a quien la maledicencia llamaba «Rey», por su cercanía al monarca), amigo desde la infancia de Felipe II, posiblemente esta afinidad —además de su enorme capacidad de trabajo— explicara en gran parte su meteórico ascenso.

Este era el hombre que, sentado en una estrecha y no muy cómoda silla de la casi vacía biblioteca de la casa del Corzo
—se apreciaba que su anfitrión era hombre más de hechos que de letras—, escuchaba al conde de Priego exponer el asunto que había provocado la reunión que el propio cardenal presidía. Con un rostro severo y rotundo, tan ancho como largo, de cabello y barba cortos y espesos, blancos ya y rizados —con la canónica excepción de la tonsura—, de manos anchas y fuertes de campesino, aunque cubiertas de ricos anillos, el cardenal había entrado a primera hora de la tarde en Sevilla por la puerta de Triana, siendo recibido por todos los caballeros de la ciudad, las audiencias y la universidad; y recorrió las engalanadas calles impartiendo bendiciones ante una población que, arrodillada para recibirlas, se había congregado masivamente para disfrutar del espectáculo y para dar la bienvenida a Sevilla a tan ilustre y poderoso prelado, que iba rodeado por los caballeros de su casa y por numerosa guardia, llevando a su lado al conde de Priego, que como asistente y anfitrión le conducía hasta las casas del Corzo.

Ya instalado en sus aposentos, Mateo Vázquez le pidió en un aparte que presidiera una urgente reunión que iba a tener lugar en un plazo no mayor de una hora en la biblioteca de la casa. Conociendo bien a su secretario, Espinosa apreció la urgencia de la petición; y mientras despachaba algunos asuntos que no podían demorarse, acordó con aquel su asistencia. Mientras tanto, Priego —que no había salido de la casa y esperaba, con Saavedra, la llegada de Pacheco, Martel y Medina — había explicado con detalle a don Manrique de Zúñiga el asunto — la conspiración de Bellaflor— que les llevaba a reunirse con tanta premura: el alcalde mayor quedó absolutamente horrorizado, enviando sobre la marcha a un criado suyo para que trajera, con la mayor prisa posible, a su mayordomo a las casas del Corzo, con el fin de darle las instrucciones que procedieran para facilitar, esa misma noche, el acceso de los guardias dirigidos por el alguacil de Triana y

por los dos pesquisidores.

El cardenal escuchaba con extrema atención la explicación del asistente, aderezada con las intervenciones esporádicas de Vázquez, Saavedra, Medina, Martel y Pacheco, mientras Zúñiga, cada vez más pálido, deshacía con los dedos el ala de su sombrero: estaba espantado por las consecuencias que pudiera tener para él —e incluso para su familia— la sospecha de que en algún momento él mismo o sus gentes hubieran podido colaborar con los conspiradores o cooperar en el intento de regicidio. Espinosa, que le observó, quiso tranquilizarle:

—No se preocupe vuestra señoría, don Manrique; nadie cree que tenga parte alguna en esto. Pero es sumamente necesario que colabore con Priego y con estos caballeros —y señaló al semicírculo de hombres que, en pie, le rodeaba— para que esta noche, esta misma noche —recalcó— esta amenaza quede totalmente neutralizada. Ahora, cuando venga su mayordomo, deberá ponerle al corriente de lo que va a ocurrir en Bellaflor. Habrá de facilitar la labor de los alguaciles, cerrar las bodegas una vez aquellos estén dentro de la casa e impedir la huida de los hombres que, según me dicen vuestras mercedes, el portugués dispuso para cuidar su cargamento. Pero quede tranquilo, que ni estos señores ni yo mismo pensamos que vuestra señoría tenga nada que ver con este asunto.

—Quedo muy agradecido por su confianza, eminencia. Espero que mi mayordomo haya llegado antes de que la cena con la que nos obsequia nuestro anfitrión dé comienzo, así es que le avisaré con tiempo suficiente para que haga los necesarios preparativos. Es hombre de ingenio y fío mucho de él. Todo aquello de lo que de él dependa sin duda habrá de salir bien.

—Y lo demás también, Zúñiga —terció Priego—. Tengo absoluta confianza en los hombres que van a dirigir la escaramuza de esta noche. Yo marcho ahora mismo a la Rinconada, a besar las manos al rey nuestro señor, que hoy hará noche en ese lugar. Son casi tres leguas, así es que habré de darme prisa.

—Caballeros —dijo el cardenal—. No puedo expresarles el agradecimiento que siento por el buen servicio que están prestando al rey y a mí mismo. Eliminen a los conjurados, y les aseguro que su majestad tendrá noticias ciertas de sus esfuerzos y sus méritos. Queda otra cuestión, sin embargo, que me preocupa: parece ser que hay otros conspiradores más, que deben estar quizá incluso operando por su cuenta. ¿Un turco, no? Acompañado de un esclavo huido, y tal vez ayudados o amparados ambos por una trama que les protege y oculta. Eso, señores, me preocupa mucho: y es preciso, Priego, que esa amenaza sea también eliminada. Deberá —y así se lo pido— contarle al rey nuestro señor lo que está ocurriendo: él ha de saberlo tanto como yo, para que ordene lo que desee o lo que considere preciso.

—Descuide, eminencia. Esta misma noche le pondré en antecedentes de todo. Procuraremos también dejar con vida a los conspiradores que capturemos para obtener de ellos toda la información que podamos. Es posible, diría incluso que seguro, que los conozcan y que puedan darnos razón de sus actividades.

—Pues bien, caballeros —dijo el cardenal, levantándose de su asiento con cierta lentitud, cansado tras las muchas horas que había pasado ese día a caballo—. No cejen en su empeño. Que todo salga bien esta noche. No dejen de informarme, sea la hora que fuere, del resultado de sus actuaciones: estaré esperando sus noticias. Y arrodíllense, porque ahora voy a darles mi bendición: espero que les valga lo suficiente, porque no me cabe duda, ninguna duda, de que habrán de necesitarla.

Pedro Ochoa recorría, nervioso, la superficie del muelle que llevaba al camino de Bellaflor. Hacía algunas horas se había presentado en las casas del Corzo a requerimiento de su amo, don Manrique, y aún no podía dar crédito a aquello que Zúñiga le había contado: ¿una conspiración para acabar con la vida del rey en Bellaflor? No, desde luego no podía creerlo. Pero por lo que le había explicado don Manrique y lo que habían corroborado los dos pesquisidores que estuvieron esa misma mañana preguntándole por la compra de aquel maldito vino —¡nunca lo hubiera comprado!— todo lo que le habían dicho era cierto. Nada más llegar, el mayordomo tomó sus precauciones: mandó bloquear con un carro, alegando que iban a cargarlo esa misma noche para llevar algunos suministros a una de las casillas cercanas a la huerta, la puerta trasera del almacén donde se encontraban almacenados los toneles; y procuró mantener, usando para ello de algunos criados fieles a toda prueba que había traído con él de Mures, una discreta vigilancia para ver quién entraba y quién salía del recinto. Ya era noche avanzada, sin luna aunque con estrellas —no había nubes que oscurecieran aún más el cielo— y la superficie del río, plácida, aún no se veía turbada por las olas producidas por ningún barco. Impaciente, Ochoa volvió, de nuevo, a subir y bajar otra vez hasta el camino iluminado por dos tenues y ya casi apagadas antorchas.

La barcaza, lenta y despaciosa como un buey tranquilo —la única vela con la que contaba no podrían utilizarla, debido al tenor del viento, hasta el regreso— se movía cansinamente por el centro del río, cargada hasta los topes de sacos medianos y de algunos cajones, atendida por cuatro alguaciles vestidos de remeros que manejaban las largas pértigas que la impulsaban. Otros dos hombres al timón atendían la maniobra, y firmemente agarrados a los cordajes que hacían las veces de costareos estaban aprestados seis más. En la proa plana y recta se hallaban Martel, Medina y Pacheco, que veían ya

asomar por el recodo del río, entre los álamos y los cañizales, el muelle de la quinta de don Manrique de Zúñiga; y en él, iluminado por unas antorchas que necesitaban a todas luces que las despabilaran, estaba el mayordomo del alcalde mayor, aguardándoles impaciente a juzgar por cómo subía y bajaba por la tablazón en la que, pocos minutos después, habría de atracar el gran lanchón.

Ayudados por el timón y las pértigas, los alguaciles acostaron la nave junto al muelle: el alguacil de los Veinte y los dos pesquisidores se sirvieron de unas sogas para descender sin perder el equilibrio (en el caso de Pacheco, como ya era habitual, a duras penas). Ochoa les recibió descargando toda la excitación que había ido acumulando durante las últimas horas, y en breves minutos, mientras los alguaciles disfrazados de faquines comenzaban a descargar la barcaza, les puso al día de la situación en la finca. Había procurado —y según esperaba, lo había conseguido— no llamar la atención; los barriles estaban seguros en el sótano; y los vigilantes a los que Freire había encomendado su custodia desapercibidos de todo lo que en breve habría de ocurrir.

Vestidos los tres como simples mercaderes —Pacheco, por una vez, se había desprendido a regañadientes de sus ropajes talares—, el alguacil y los pesquisidores dieron órdenes a los cargadores —que llevaban bajo sus ropas afilados puñales y en un cajón un buen número de armas listas para su uso— para que, siguiendo las indicaciones del mayordomo que encabezaba la comitiva, portearan los sacos y las cajas hasta las amplias bodegas de la casa. Las puertas no estaban cerradas —Ochoa no había querido despertar sospechas en los conjurados—, pero los dos mozos apostados a su vista le habían asegurado que nadie había entrado ni salido durante la última hora.

La bodega, un almacén amplio dividido en cuatro espaciosas naves separadas por grandes y anchos pilares de ladrillo, conectados entre sí por grandes arcos de medio punto que sostenían el techo de grandes vigas, que eran troncos redondeados y sin desbastar, se abrió ante los pesquisidores —que para mejor aparentar que estaban allí para depositar en ella, como buenos comerciantes, sus costosos productos, llevaban útiles de escritura y unas listas totalmente ficticias—. Recorriendo las naves mientras seguían a Ochoa, llegaron a la que se ubicaba vecina al lugar donde se habían estibado las barricas de pretendido vino; un hombre, en ese momento, se estaba levantando de un jergón: uno de los conjurados. Otros dos dejaron al lado unas cartas con las que pasaban el rato, sentados bajo uno de los candiles colgados del techo. Pero no se veía al negro —sabían que estaba allí por el propio Ochoa, que lo había visto deambular por la hacienda— por ninguna parte.

—El negro no está —dijo Martel—. Hay que esperar, no podemos

reducir aún a la gente de Freire. No podemos arriesgarnos a perderlo. Que los alguaciles vayan descargando los sacos y las cajas, y entretanto, Ochoa, vaya a la puerta trasera y vea si ha podido salir por ahí.

—Eso haré —declaró, mientras decía en voz alta—, señores, vayan instalando ahí el cargamento. Vuelvo en seguida, voy a por los recibos y por una carta de pago a la contaduría.

El mayordomo salió con dificultad por la puerta trasera, entornada y bloqueada por el carro que horas atrás había mandado colocar, mientras se dirigía a ordenar a los criados de la casa que comenzaran la búsqueda del ausente Garrote. Entre tanto, los tres pesquisidores simulaban controlar la estiba del cargamento que los alguaciles de Triana iban descargando en el amplio espacio vacío que Ochoa había dejado para ello en la nave. Medina notó que los dos hombres que hasta hacía un momento habían estado jugando a las cartas iban, casi imperceptiblemente, retirándose hacia las zonas menos iluminadas de la galería en donde se almacenaban los barriles: ¿les habrían reconocido? Eso parecía.

Y efectivamente eso era lo que había ocurrido: el segundo de los dos bribones, fijándose atentamente en los cargadores que estaban dejando la mercancía en la nave contigua, llamó la atención, algo amostazado, de Rodrigo Martínez:

—Fíjate, Rodrigo. Mira ahí, a los que están descargando a estas horas esos sacos y esas cajas. Me precio de conocer a un buen número de trabajadores del puerto; como sabes trabajo a menudo con ellos. Pero a estos no los he visto nunca. Y mira al que está dejando ahora el saco: a ese yo lo he visto antes. Ese no es un cargador, es un alguacil, uno de Triana.

—¿Estás seguro? Pues si ese es un alguacil, los otros lo serán también. Vámonos de aquí: han descubierto lo de los barriles. Pero poco a poco, hacia atrás, que no adviertan que nos estamos moviendo.

—¿Y el morisco?

—¿El morisco? Ahora que cada perro se lama su pija. Que haga lo que pueda, y lo mismo digo por el negro. Ese hideputa salió a la letrina y aún no ha vuelto. Que se las apañe —diciendo esto, Rodrigo Martínez, seguido por el otro rufián, procuraba ir ganando lentamente la salida trasera.

Los dos pesquisidores y el alguacil, advirtiendo que el pastel ya se había destapado y que las ratas iban a escapar del barco, avisaron a voces a los alguaciles:

—¡Sus y a las puertas! ¡Se escapan dos! Ténganse a la justicia y paren quietos! ¡No se muevan o disparamos! —dijo Martel, aprestando una pistola ya cargada— ¡Tú, el de la yacija, quieto ahí y no te muevas! ¡Cano, Baeza! —dijo, llamando a dos de los alguaciles— Pónganle los

grillos al del catre y llévenlo a la barca. ¡Por detrás el resto, vamos! No podrán salir, la puerta está atascada y la de delante está cerrada, así es que ténganse y dense presos.

—A este hijo de mi madre no lo van a apresar para hacerlo cuartos, Rodrigo —dijo el otro truhán a Martínez, que se había refugiado tras unos cajones—. Dios te guarde —dijo, mientras salía del refugio que le prestaban temporalmente las mercancías y corría por la nave, buscando la salida trasera de la bodega.

Martel apuntó y su disparo fue a dar en la espalda del bandido, que atravesado por la bala cayó muerto y fulminado ante la vista de su compañero: eso convenció a Rodrigo Martínez de pedir tregua a los alguaciles, lo que hizo tirando el puñal que sostenía en su mano derecha e incorporándose lentamente con las manos vacías y adelantadas. Otros dos alguaciles lo aherrojaron con habilidad, mientras, ya preso, le llevaban tras el morisco a la barcaza. Terminada la limpieza de la bodega, Martel, Medina y Pacheco se acercaron al gran bulto cubierto por lonas que contenía los barriles llevados a Bellaflor por Freire. Usando de unos cuchillos, los tres cortaron las cuerdas que sostenían las lonas, dejándolas caer al suelo con un crujido: la tela levantó una nube de polvo húmedo de la tierra batida. Un fuerte olor a alcohol añejo, mezclado con otro azufrado perceptible sin embargo tras la fragancia del valioso caldo, les indicó claramente que en esos barriles no había solo vino:

—Pólvora, señores —dijo Martel a Medina y a Pacheco—. Que el diablo me lleve si esto no huele a pólvora, y mucho. Estos canallas habían preparado aquí lo que habría podido ser una carnicería, si no les hubiéramos descubierto a tiempo. Hay que buscar a Ochoa: necesitamos hombres que nos ayuden para bajar los toneles de arriba y sacarlos de aquí. Esto es un polvorín; no podemos correr riesgos.

—Tiene razón, Martel. Pacheco, sígame: vamos a por Ochoa. Me extraña que aún no haya vuelto.

—Tengan cuidado. No vayan solos —Martel llamó a otros dos alguaciles para que les acompañaran—. ¡Hurtado, Castellano! Acompañen al jurado y al beneficiado. Tengan preparadas sus armas, por si acaso.

Mientras Martel aseguraba la bodega y preparaba el traslado de los toneles, los cuatro salieron del almacén y se dirigieron, andando con precaución en previsión de un mal encuentro con el negro desaparecido, hacia el interior de la casa. Mientras tanto, algunos trabajadores se habían levantado y estaban acercándose al almacén, alertados por el ruido, los gritos y el disparo.

—¡Justicia del rey! —dijo Medina—. Retírense y vuelvan a sus camas. ¡Ahora, rápido!

Los trabajadores, amedrentados por el tono del jurado y por el

aspecto marcial de los cuatro individuos que marchaban armados hasta los dientes —el mismo Pacheco había cogido una espada, que manejaba desmañadamente— se retiraron hacia sus cuartos con rapidez. Avanzando por un oscuro pasillo que llevaba desde la zona de servicio al patio principal, Medina tropezó con algo: un cuerpo tumbado en el suelo.

—Pacheco, acérquese al patio y traiga una lámpara, o una antorcha. Algo que nos dé luz.

El beneficiado, presuroso, recorrió el pasillo hasta el final y, tomando de una de las esquinas del patio un farol con una vela que alumbraba la galería baja, llegó de nuevo junto a Medina, los alguaciles y lo que seguramente era un cadáver: la farola alumbró el rostro desencajado de Ochoa, estrangulado con una gruesa cuerda anudada en un palo. Pacheco se arrodilló a su lado y comenzó a rezar en voz baja, encomendando su alma. El mayordomo llevaba muerto escasos minutos: el cuerpo estaba aún caliente. Los ojos abiertos, la lengua fuera, la ropa desarreglada y un charco revelador de orina bajo las calzas mostraban a las claras que su muerte no había sido precisamente plácida: su matador le había interceptado mientras se dirigía a la casa, y le había asesinado sin piedad, pobre desgraciado. La muerte llevaba el sello de Garrote, no cabía duda alguna: se les había escapado una vez, pero —Medina se lo juraba— no se les escaparía una segunda.

El sicario negro sentía como una pinza que le atenazaba el estómago. Había tratado de conciliar el sueño, pero no lo había conseguido: dar vueltas y más vueltas sobre el suelo de tierra apisonada de la oscura bodega no había servido para nada. Sin duda, algo que había comido en mal estado —a él le daban para comer habitualmente sobras, desde que había llegado a Bellaflor— le estaba provocando un malestar cada vez mayor: un sudor frío se deslizaba por su helada frente. Un dolor más acusado que los anteriores le obligó a levantarse, mientras indicaba a sus dos compañeros —el tercero estaba ya dormido en su yacija y ellos acababan de comenzar una de sus interminables partidas de naipes— que iba a salir del almacén. Los dos truhanes se rieron en voz baja, viendo su apuro: y él salió por detrás, apretándose entre la puerta y el carro que unas horas antes habían colocado allí. Dada su envergadura, le costó salir.

Buscó las letrinas o necesarias, apartadas de la casa y protegidas de la acción del viento por unos elevados árboles que las ocultaban a la vista, y tirando del cabo de cuerda que aseguraba una de las puertas, entró en ellas con rapidez: esperaba llegar a tiempo y no hacerse sus necesidades encima. Con prisas se bajó los calzones, y un nuevo ataque provocó una intempestiva salida de porquería descompuesta que le hizo reprimir un espasmo. Un largo rato después, las cosas no

habían mejorado: seguía sudando e, inclinado sobre sí mismo, trataba de reducir el intenso dolor que todavía sentía en el estómago. No se atrevía aún a levantarse, porque pequeñas cantidades de heces líquidas seguían saliendo por su ano abierto e irritado. Minutos después, ya algo más tranquilo, se limpió como pudo con un sucio trapo que se encontraba a mano y que olía a estiércol, y reemprendió el regreso al almacén. Sin embargo, unos ruidos fuertes —gritos y un disparo— le hicieron detenerse: algo, y no algo bueno, estaba ocurriéndoles a sus compañeros; y él no pensaba quedarse para verlo.

Por eso se dirigió, ocultándose entre los setos como pudo, hacia la zona de servicio de la casa: un lugar en donde no resultaría extraño encontrarle, ya que el dueño poseía varios esclavos negros y él podría hacerse pasar por uno de ellos, al menos durante un corto tiempo hasta que pudiera huir. Sin embargo, se encontró —mientras se dirigía hacia las bodegas de la casa desde el interior, también alertado por el ruido— al curioso hombrecillo que era el mayordomo de la finca. Este, con los ojos abiertos por el asombro, le reconoció de inmediato: y Garrote supo que no podía dejar vivo a un testigo tan incómodo. Aferrándole con fuerza por detrás —el negro era un verdadero gigante y Ochoa era pequeño de estatura— le inmovilizó primero con el brazo derecho, tapándole la boca para que no pudiera gritar; y con el izquierdo —con el que era igualmente hábil— sacó la cuerda y el palo, que siempre llevaba anudados a la cintura, rodeando el cuello del infeliz mayordomo; desplazó entonces su peso y usó todas sus fuerzas en mantener a Ochoa colgado en el aire, mientras con los brazos flexionados y con ambas manos retorcía el palo que ahogaba a su víctima. Aunque no podía verle la cara al estar a su espalda, Garrote supo que el hombre estaba acabado cuando notó que un líquido caliente salpicaba sus piernas, abiertas para ejercer una fuerza mayor: el mayordomo se estaba vaciando por dentro. Unas breves patadas al aire que terminaron enseguida le indicaron que ya había muerto, y el silencio alrededor que no le había visto nadie, por lo que le arrastró hacia adentro del pasillo en donde se habían encontrado; al no estar iluminado, tardarían en encontrar el cadáver.

El inesperado encuentro con Ochoa convenció al africano de buscar un refugio más alejado de la casa, y volvió hacia las letrinas, escasamente iluminadas, que aún estaban vacías, mientras escuchaba a lo lejos gritos que invocaban la justicia del rey, lo que le hizo apresurarse. Ubicadas sobre un profundo pozo negro que acababa de ser limpiado para que sus hedores no perturbaran la visita del monarca, los retretes comunes podían ser —y así lo pensó Garrote— una buena solución a su problema: sin duda no mirarían allí. Buscó y encontró un largo cabo de cuerda, y desplazando uno de los bancos de

tres plazas cuyos orificios permitían evacuar los excrementos lo amarró fuertemente a uno de sus lados, dejándose caer por la cuerda y colocando desde dentro —sostenido de la tirante soga con la mano izquierda y ayudándose de sus fuertes dientes— y con la derecha libre el banco en su sitio original, para que nadie advirtiera a simple vista que había sido movido. El olor a heces dentro de la letrina, pese a que un día atrás se había vaciado el pozo, le mareó momentáneamente. Sin embargo, continuó bajando, lentamente y aún con el estómago atenazándole, hacia el fondo, cuyo maloliente contenido solo le cubrió hasta más abajo de las rodillas cuando llegó al final del hediondo agujero. Y resignado, se dispuso a esperar.

Lejos de allí, el conde de Priego esperaba impaciente a que le dieran licencia para entrar al aposento donde el rey Felipe estaba ya retirado, aunque aún no dormía: eso podía apreciarlo por el tráfago incesante de secretarios con resmas de papeles que salían y entraban constantemente de la habitación real. Habían acomodado al rey y a la corte en el antiguo hospital de Sangre de la villa de la Rinconada, cerca de Alcalá del Río, edificio que, aunque decaído, por entonces tenía espacio suficiente para albergar al monarca, a sus sobrinos los príncipes de Bohemia Rodolfo y Ernesto —hermanos de su prometida la archiduquesa Ana, hija de su hermana la emperatriz María, con quien habría de contraer matrimonio ese mismo año— y a su numeroso acompañamiento con cierta comodidad, algo de lo que se habían ocupado a conciencia el aposentador mayor y sus oficiales, ayudados por personal del cabildo sevillano, desde días atrás.

El asistente hubiera querido recibir al monarca a la entrada de la villa donde haría noche para descansar —el trayecto desde Córdoba había resultado caluroso y duro— antes de dirigirse al día siguiente al monasterio de San Jerónimo de Buenavista, pero la tardía reunión que había mantenido con el cardenal Espinosa lo había hecho imposible: por ello había enviado al teniente de asistente, el doctor Liébana, con sus más cumplidas excusas y la promesa de que, aun a una hora tardía, iría a cumplimentar al rey. Un rey que —según esperaba— no se habría sentido ofendido por su ausencia, que trataría de justificar explicándole los motivos que le habían obligado a reunirse tan tardíamente con el cardenal y que le habían hecho salir de Sevilla a uña de caballo, un medio de transporte incómodo, pero más rápido que su lento y desbaratado coche. En ese momento, la puerta se abrió y salió de la estancia don Pedro Fernández de Cabrera, conde de Chinchón y uno de los mayordomos del rey —el mayordomo mayor, el duque de Alba, no estaba presente al hallarse en su gobierno de los Países Bajos, que ostentaba desde 1567—, que saludando cordialmente a Priego le hizo saber que el monarca pensaba retirarse

pronto al lecho, pero que sin embargo deseaba recibirle para decirle unas palabras. Priego se atusó las ropas y se pasó los dedos por el cabello, descubriéndose la gorra en la que había colocado el broche de la comadreja que le había regalado el duque de Medina; y carraspeando para afinar la voz, reprimiendo los nervios, entró en la amplia pieza que albergaba al todopoderoso segundo monarca de la casa de Austria.

La sala estaba en buena parte a oscuras, salvo en el extremo en donde, cerca del lecho que ocuparía en breve rato, Felipe II había dispuesto que colocaran una amplia mesa y una cómoda silla, lo que le permitía despachar los asuntos que habían quedado pendientes desde que comenzara la jornada, que había pasado viajando en su totalidad. El rey estaba en ese momento sentado
—el conde sabía que en no pocas ocasiones, y cuando el visitante gozaba de su favor, le recibía de pie apoyado en un bufete dispuesto junto a la pared—, lo que indicaba a Priego que al monarca no le había hecho, sin duda, demasiada gracia que el asistente de Sevilla, máxima autoridad de la ciudad en su nombre, no hubiera ido a recibirlo como sin duda esperaba.

Y el aspecto adusto de Felipe corroboraba la acertada, y cortesana, apreciación de don Fernando Carrillo: iba vestido enteramente de negro desde que en 1568 fallecieran la reina Isabel de Valois y su hijo el príncipe Carlos de Austria, con sus ropas excelentemente aderezadas y cortadas —la elegancia del rey era siempre proverbial—, y una gorra cerrada en las sienes pero amplia de copa, sin adorno alguno, que coronaba un rostro en ese momento severo y adusto (aunque Priego sabía del buen humor del rey, en ese momento el monarca no parecía estar para bromas), de tez limpia y pálida, cabello escaso y rubio con grandes entradas, y barba asimismo rubia clara, ya con canas, que enmarcaba bajo un amplio bigote abierto en forma de dos alas el belfo poderoso de la casa de Habsburgo. Los párpados eran pesados bajo unas cejas afiladas y rematadas hacia arriba, lo que hacía siempre que su mirada azul verdosa y extremadamente clara pareciera fría. Una gola corta de exquisito encaje, blanquísimo, de Flandes era la única nota de color que el rey se había permitido en su atavío, con el dorado vellocino del Toisón que colgaba de un estrecho cordón negro de seda. Del respaldo de su butaca colgaba el cinto de cuero negro con una rica espada de empuñadura de acero acanalado y sobredorado: el rey se la había quitado, sin duda, para estar más cómodo mientras trabajaba. Priego hizo una primera reverencia, acercándose a la mesa desde donde el rey le miraba severo, y una segunda cuando ya estuvo a la mano del monarca:

—Buenas noches, conde. Aunque hubiera querido haberle dado a vuestra señoría las buenas tardes —dijo el monarca, con una voz

suave pero profunda, y capaz —como bien sabía el asistente— de articular también cuando uno menos lo esperaba los mayores enojos, mientras le observaba con la acostumbrada fijeza que solía usar.

—Majestad, buenas noches. Ruego que disculpe mi tardanza. Se debe a un asunto reservado que me urge comunicarle. El cardenal conoce ya los hechos que debo exponer a vuestra majestad.

—Vaya, pues es afortunado, ya que ha disfrutado de la presencia de mi asistente antes que yo mismo —el rey se demoró unos instantes más en el sarcasmo, aunque hizo señas a don Rodrigo de Mendoza y a don Diego de Acuña, gentileshombres de su cámara, para que salieran de la estancia, dejándole a solas con Priego—. Bien, conde; espero que lo que me ha de contar merezca la pena: mi cena se está enfriando por su causa. Y puede imaginar que, después del día que he tenido, lo único que quiero es comer algo y retirarme. A ver si así descansa también mi vista, que cada vez va a peor.

—Señor, puedo asegurar a vuestra majestad que lo que voy a contarle merece la pena, se lo aseguro, aunque será para un rato. Desgraciadamente —Priego se secó el sudor de la frente con un bordado pañuelo que extrajo de su manga izquierda, mientras miraba atribulado al rey— puedo asegurarle, majestad, que le interesará.

Había transcurrido ya más de una hora, y Medina, Martel y Pacheco no habían conseguido aún dar con el asesino de Ochoa: comenzaban a impacientarse. Usando de su autoridad, habían ordenado cerrar todas las puertas de la finca; y, que ellos supieran, desde que la orden fuera dada nadie había salido de la casa o de las cercas que rodeaban el jardín y los huertos. Ayudados por los criados de Bellaflor y por los alguaciles, recorrieron pieza a pieza: salas, dormitorios, zaguanetes, soberaos… se abrieron arcas, se revolvieron cuartos y salones. Cuando tuvieron claro que el huido no estaba en la casa, ordenaron cerrarla por completo: la búsqueda, entonces, se limitaría al exterior de la vivienda en donde el rey habría de alojarse en un par de días. No podían permitir que un asesino anduviera suelto en ese mismo lugar.

—Vamos a organizar tres cuadrillas de búsqueda: una peinará los jardines y otra los huertos. La tercera comprobará los edificios y las barracas anejas a la casa —dijo Martel—. Cada uno de nosotros dirigirá una de ellas: señor beneficiado, llévese algunos hombres y busque en el huerto; yo lo haré en los jardines. Jurado, revise los edificios auxiliares y los barracones. Nos encontraremos aquí una vez hayamos terminado —Medina y Pacheco estuvieron conformes y partieron a realizar su tarea, mientras el alguacil reunía a sus hombres. La caza aún no había terminado, y la presa —el sicario asesino de Freire— estaba, sin duda, cada vez más cerca.

El rey Felipe apoyaba su delgada, pero bien formada mano, en una mesa auxiliar decorada con un vistoso ramo de las flores que tanto le

gustaban, colocada junto a una ventana por la que podía ver las estrellas que tachonaban el cielo y algunas pocas luces: el único signo de vida que se percibía en la villa vecina. Sin volverse hacia el asistente, el monarca —tras un leve y casi imperceptible titubeo— dijo en voz tenue:

—Es muy grave lo que me dice, Priego. ¿Esta noche será cuando sus hombres entren en Bellaflor?

—Sí, majestad. De hecho, a estas horas todo debería estar resuelto. Si les ha ido bien, claro. Fío mucho de estos caballeros: en pocos días han conseguido resolver prácticamente este terrible asunto.

—Bien. Pero no podemos estar seguros, ¿no, conde?, de que toda la conspiración haya sido sofocada. Me dice que hay aún más personas, otros conjurados sin duda, a los que no se ha localizado todavía. Habrá que ser prudentes. Yo no deseo interrumpir mi visita, y no voy a hacerlo: estaremos en manos de Dios para salir con buen fin de ella. Pero también creo que deberíamos ponérselo lo más difícil posible a los esbirros de Selim. Tenía previsto seguir la ruta por el camino real hasta la ciudad, pero no vamos a hacerlo de ese modo: hoy me han dicho aquí que el río es perfectamente navegable hasta Sevilla, así es que, asistente, va a disponer para mañana barcas suficientes para trasladarme a mí y a mis acompañantes hasta Sevilla desde el monasterio de San Jerónimo, donde como sabe tenía previsto detenerme. El resto de la corte seguirá por el camino real hasta la ciudad. Así es que si los conspiradores hubieran pensado atacarme en medio del camino, van a ver frustrados sus deseos. Priego, vuélvase ahora a la ciudad y organice lo que le pido: y mañana vendrá aquí a embarcar conmigo y a traerme las nuevas que sepa y pueda contarme. Informe también del cambio de planes al cardenal; quiero que esté sobre aviso. Ahora dígale a Chinchón, que estará fuera esperándole, que avise al duque de Feria, que en esta jornada está a cargo de mi guardia: debo darle instrucciones de cómo proceder, y ponerle sobre aviso de este caso. Ah, Priego: y silencio absoluto sobre todo esto, ¿de acuerdo? Nadie, nadie puede decir nada acerca de lo que está ocurriendo. Y la noticia no puede correrse por ahí. Puede retirarse, asistente.

El conde salió, andando de espaldas, de la estancia. Mientras se marchaba, el rey se acercó a la mesa en donde él mismo se sirvió de una bandeja en la que había una jarra de vino y otra de agua con dos ricas copas de plata, y tomando un pequeño cuchillo separó un muslo de un pollo asado, ya frío, que comenzó a masticar lentamente —los dientes, aunque los limpiaba a diario con polvos de carbón y unos palillos de oro, no le daban desgraciadamente buenos ratos—, con el semblante serio y pensativo: las cosas no pintaban bien. En fin, menos mal que esa tarde, y sin esperarlo, había podido oír junto a su ventana

el añorado trino de los ruiseñores. Y ese sencillo recuerdo le devolvió el ánimo.

Garrote no aguantaba más: el olor y los gases que emitía la inmunda mezcla en la que estaba refugiado le daban unas arcadas cada vez mayores. Con el asco y las náuseas crecía la idea de que haberse escondido en la letrina quizá no había sido un buen plan. Mientras esperaba al fondo del agujero, el dolor de su estómago había remitido; y tras pensarlo mucho decidió finalmente trepar por la cuerda —no eran más de unos cinco o seis metros hasta llegar arriba— para salir de su infecto refugio. Así comenzó a escalar, sujetándose a la soga y apoyando los pies en las resbaladizas paredes del pozo negro, hasta que casi dio con la cabeza en el banco de madera que permitía hacer sus necesidades a los visitantes de la barraca. Sosteniéndose con la mano izquierda, desplazó con la derecha el banco con gran esfuerzo —al peso del asiento se sumaba el de su propio cuerpo pendiente—, y sacando la cabeza vio que no había nadie. Oyó ruidos cercanos, por lo que, con rapidez, salió del pozo y se desplazó hacia la puerta: abrió una rendija con cuidado, y vio aún a cierta distancia unos faroles y un par de antorchas que se acercaban a la letrina. Eso le decidió a salir de inmediato del recinto, aunque no le dio tiempo ni siquiera a cerrar la puerta: sus perseguidores se acercaban. Agachado como un gato, buscó la protección de unos árboles cercanos a la tapia. Con suerte tal vez podría saltarla y escapar de la trampa en la que se había metido. Con suerte.

Medina ordenó a dos de los alguaciles que le acompañaban que se quedaran montando guardia fuera, iluminando con las antorchas: Zapata, el que se había arrastrado por la cloaca de la finca de Freire, era uno de ellos.

—No se preocupe vuestra merced, señor jurado. Estaremos pendientes. Si ocurriera algo, denos una voz: nosotros haremos lo mismo.

—Bien, Zapata. Ustedes dos, acompáñenme. Con cuidado; la puerta está abierta. Aquí hay o ha habido alguien. Cada uno por un lado, alumbren con los faroles y síganme —Medina avanzó con precaución, pisando con lentitud y hablando en voz baja—. Miren, fíjense. El banco de la izquierda está desplazado: hay una cuerda a su lado. Sin duda se ha ocultado ahí, y al oírnos ha escapado. El pozo negro está vacío, pero el líquido del fondo aún se mueve
—dijo, mientras se tapaba la nariz con un pañuelo: el olor era insoportable—. Usted, mueva el banco de la derecha; no vaya a ser que se haya ocultado ahí.

El guardia desplazó el banco de la derecha, alumbrando con el farol el fondo vacío del otro pozo.

—Aquí no hay nada, jurado. Este hombre ha escapado. Y ha huido

hace poco.

—Eso parece. Bien, salgamos fuera.

Medina, seguido por los alguaciles, salió del recinto aún sofocado por los vapores de los excrementos: sin duda tendrían que vaciar de nuevo los pozos antes de la llegada del rey. Las deposiciones de esos días, con el gran número de trabajadores que estaban terminando de poner a punto la finca para la visita real, habían aumentado más de lo debido; «Pero eso ya no preocuparía al pobre de Ochoa, desgraciado» —pensó el jurado—. Acercándose a Zapata, le preguntó:

—¿Han visto a alguien? El pájaro ya ha volado. Se había escondido aquí dentro, y ha debido escapar al oírnos. No debe estar lejos.

—Visto, no, jurado. Pero sí olido —Zapata sonrió, sin dejar de mirar a su alrededor—. El hombre debe haberse dado un buen baño de mierda, porque aún queda rastro de su paso. Creo que viene de allí —señaló con cuidado un tupido grupo de árboles frutales que crecían junto a una de las tapias—. Estoy seguro de que allí está nuestro hombre.

—Bien, Zapata. Hagamos una cosa: demos la vuelta con cuidado a la barraca. Dejaremos allí los faroles y las luces, e iremos hacia allá a oscuras. Así él pensará que no nos hemos movido de nuestro sitio. A mi orden, en parejas de dos. No podemos dejar que nos sorprenda: recuerde que es fuerte y muy peligroso.

—Descuide, señor —Zapata se dirigió a sus hombres—. Venga, dejad las luces junto a las paredes de la barraca: yo iré con el jurado y el resto saldrá de dos en dos. Vayamos al otro lado, donde no hay luz. Saldremos por allí, para que no nos vea. Vamos hacia los árboles del fondo, en fila. Y en completo silencio, con las armas en la mano.

Zapata hizo señas a Medina para que le siguiera, y ambos salieron a la oscuridad: al cabo de unos momentos, los otros hombres les siguieron, cubriendo la derecha y la izquierda del bosquecillo, a unas tres varas de distancia cada grupo. Pisaban con cautela, ya que apenas se veía nada. Pero Zapata tenía razón: a medida que avanzaban, el olor —agrio y fuerte— era cada vez más penetrante. Ahí estaba el hombre. Pero en ese momento, Medina tropezó con una de las raíces de los árboles y cayó al suelo; el ruido provocó que una masa de gran tamaño, negra y apestosa, cayera sobre su compañero, le empujara con fuerza hacia un lado, inmovilizara a Zapata y —según pudo ver el jurado desde el suelo mientras trataba de incorporarse a duras penas— comenzara a apretar con toda la fuerza de sus anchas manos escarificadas el cuello del alguacil.

No había tiempo: Garrote iba a acabar con Zapata ante sus propios ojos. Tenía que hacer algo. Medina quería haberlo mantenido vivo para sacarle información, pero no podía permitir que la vida de su compañero corriera peligro. Girándose en el suelo, sacó de su bota

derecha un puñal corto: se incorporó rápido, aún dolorido, y venciendo la repugnancia que sentía —el olor se le metía por las fosas nasales y le asfixiaba— se abrazó al negro por detrás, con fuerza, casi como un amante; y, clavando el puñal con precisión en su cuello, descabellándolo —ni siquiera le dio tiempo de retirar la cara, por lo que un chorro de sangre palpitante y cálida le empapó el rostro y las ropas— acabó con el sicario negro, que soltó, ya convertido en un inerte guiñapo, al casi asfixiado Zapata mientras una verdadera cascada de sangre brotaba de su boca: Garrote, por fin, había muerto y ahí acababa su carrera. Pero con él, a la fosa, se había llevado sus secretos.

# CATORCE

*Sevilla, domingo, 30 de abril de 1570*

Las campanas de la torre mayor redoblaban en la limpia mañana de domingo, anunciando las misas que se estaban celebrando desde primera hora de la mañana en las distintas capillas y altares de la iglesia mayor de Santa María, y recibiendo el eco de las torres mudéjares de las parroquias de las vecinas collaciones: San Salvador, San Ildefonso, San Isidoro, Santa Cruz... Pacheco estaba ya terminando el servicio en la capilla de San Pedro, ya que los pesquisidores y los alguaciles, con sus prisioneros, habían regresado a la ciudad de madrugada. Una vez llegados entregaron en la cárcel real, al lado de las casas del cabildo, a los prisioneros en manos del alcaide; y posteriormente pidieron al portero de noche al que le tocaba la guardia en la sede del municipio que les abriera el consistorio, escribiendo allí Medina un breve informe para que el asistente lo encontrara a su llegada de la Rinconada, comunicándole el éxito en la desarticulación del complot: en las cortas líneas del memorial, el jurado pedía a Priego que informara a Zúñiga de la muerte del mayordomo; habría que buscar con rapidez un sustituto para que pudiera hacerse cargo de coordinar el alojamiento del rey en Bellaflor.

Hecho esto, los tres, agotados, marcharon a sus casas no sin acordar verse con el asistente por la mañana: y para que Martel no hubiera de tomar otra barca que le pasara a hora tan tardía a Triana, Pacheco le invitó a pernoctar en su casa, donde los dos cayeron extenuados en los lechos.

Pocas, muy pocas horas después, Martel desayunaba sin mucho apetito y se aseaba lo mejor que podía, y Pacheco retomaba los deberes que durante algunos días había interrumpido —el deán había nombrado mientras tanto, como le había solicitado el asistente, un sustituto— y se encontraba, ya terminada la misa, recogiendo los ornamentos y las vestimentas talares con ayuda del sacristán. En ese momento su ama, que había venido a la carrera desde el cercano colegio de San Miguel, traspasó la reja de la capilla y le entregó un breve billete de mano del conde: tenía que reunirse con él en las casas capitulares de inmediato, una orden que se extendía a Martel y a Medina. Priego, don Juan de Saavedra, don Manrique de Zúñiga y Mateo Vázquez les esperaban.

Pacheco ahogó un bostezo, se limpió con la mano una incómoda legaña que le molestaba, se colocó el bonete y el manteo abrigándose con él —se caía de sueño y desde la noche anterior tenía el cuerpo cortado—, se hizo a la idea de que esa mañana no habría desayuno y salió, andando a toda la velocidad que le permitían sus aún doloridos

pies —las botas prestadas que anoche usara no eran exactamente de su talla— hacia el ayuntamiento.

***

Tampoco había pasado buena noche el factor Duarte: a las dos de la mañana había aparecido por su quinta el asistente —que para entonces mostraba en su rostro unas más que regulares ojeras—, trayéndole una noticia que le desazonó. El rey deseaba que enviara al monasterio de San Jerónimo de Buenavista, donde llegaría en la mañana o a primera hora de la tarde de ese día, una barca suficiente para transportarle a él y a otros miembros de su corte hacia Sevilla en esa misma tarde. Duarte poco más pudo hacer que asentir a lo que el conde le ordenaba en nombre del monarca, y poniendo a trabajar una cabeza que de suyo estaba más que bien amueblada, se vistió con rapidez y ya amaneciendo bajó al puerto, en donde hasta ayer mismo los alarifes habían estado rematando y acondicionando una bella galeaza en la que el factor había previsto que el rey revistara la flota: el barco tendría que usarse antes de lo esperado, por lo que dispuso que se colocaran a lo largo de la cubierta braseros encendidos para que su calor ayudara a secarse a los últimos trazos de pintura que los artistas y los decoradores habían terminado durante la tarde anterior.

Ya más tranquilo, previó que otra barca de buen tamaño, aunque más pequeña, ayudara al buque de remos a remontar la corriente con el fin de llegar a la vecina villa lo antes posible y no hacer esperar al rey; y mandando llamar al maestre de la nao, organizó la salida —en el barco irían él mismo y otros caballeros de la ciudad, con la música de algunos ministriles (cinco altos, a razón de tres chirimías y dos sacabuches, a los que se añadirían dos tamborines e incluso un realejo, que habrían de acomodarse y asegurarse en la proa), a cumplimentar al monarca— para llegar a la Rinconada pasada la nona, sobre las cuatro de la tarde. Una vez todo listo, pasando ya sus buenas dos horas de las siete de la mañana, el factor Duarte pudo, por fin, aflojarse la apretada gola con la ayuda de un solícito criado y sentarse a descansar un rato, a tratar de recuperar el sueño interrumpido (no había podido pegar ojo desde que se fuera el asistente) y a tomar fuerzas para el resto del día, que sería —eso desde luego era seguro— muy, pero que muy largo.

***

—La pérdida de su mayordomo, don Manrique, ha sido una desgracia inesperada —dijo Medina, nada más comenzar la reunión de esa mañana en el ayuntamiento—. Salió del almacén hacia la casa, y en ella se encontró con el negro huido. Nosotros estábamos reduciendo a

los cómplices de Freire que guardaban la pólvora con la que querían atentar contra el rey; no pudimos hacer nada por él. Acabamos después con el sicario, sí, pero ya era tarde para Ochoa.

—Mi mayordomo —le respondió Zúñiga, realmente apesadumbrado — llevaba años en mi casa. Era un hombre leal y entregado. Su muerte ha sido un golpe, se lo aseguro, jurado. Ya no porque haya de encomendar a otro de mis hombres el orden del recibimiento del rey, sino porque realmente le estimaba. Y no merecía morir de esa manera: deja esposa y dos hijos, a los que desde ahora habré de proveer.

—Desde luego —terció Priego, en cuyo rostro las ojeras habían crecido considerablemente, como ya había notado Duarte horas atrás, tras la última noche en vela— es una desgracia, Zúñiga: pero Medina, Martel y el beneficiado Pacheco hicieron anoche una excelente labor. Pólvora... bien, ya ha habido precedentes. ¿Recuerda, secretario Vázquez, la muerte del rey consorte de Escocia hace tres años? Dos barriles de pólvora colocados bajo su dormitorio acabaron con él, y recuerdo cómo llegó a decirse, y en voz muy alta, que en su muerte tuvieron algo que ver la propia reina y el conde de… ¿Botuel, era? Es imposible pronunciar estos nombres heréticos… en fin, Botuel o como sea[3], antes de que la rebelión del reino tras el asesinato la obligara a abdicar y a refugiarse en Inglaterra hace ya dos años.

—Efectivamente, conde. Fue muy dudosa la actuación de la reina María de Escocia en esa muerte, que de hecho estaba ya separada de su marido y primo. La reina Isabel la tiene actualmente como invitada —yo diría que más bien como cautiva— y no creo que esa historia tenga un buen final. Pero hemos de felicitarnos porque la pólvora de Bellaflor, a diferencia de la escocesa, no llegara a utilizarse. El señor cardenal ya conoce la feliz noticia —dijo Vázquez, mientras tamborileaba suavemente con la mano en el brazo de la incómoda silla en la que se encontraba sentado— y ahora mismo iré a ampliársela. Señores, ¿se sabe algo de los otros conjurados?

—No por ahora, secretario —intervino de nuevo Medina—. Esperamos que quizá los dos cautivos que hicimos en Bellaflor puedan darnos alguna razón sobre él. Hoy iremos a la cárcel real para interrogarles, y tratar de que nos den la mayor cantidad de información que puedan ofrecer.

—Bien —dijo el conde, levantándose de la silla en la que hasta entonces había permanecido sentado—. El factor Duarte me ha mandado recado de que la galeaza para transportar al rey hasta Sevilla está ya aprestada: don Juan, supongo que irá en ella a recibir al rey. Pacheco, Medina: llévense a Martel con ustedes; les será útil en el interrogatorio de los prisioneros. Vázquez, supongo que usted quedará con el señor cardenal: está previsto que reciba al rey una vez entre en la ciudad tras pasar la noche en Bellaflor, pero no sé si estos

incidentes provocarán que quiera encontrarse con él antes.
—Efectivamente, señor asistente: el cardenal se encontrará con el rey al día siguiente de su llegada a Bellaflor.
—Descuiden, señores; todo estará organizado, incluso un aposento para su eminencia si deseara pasar la noche en la finca. Muerto Ochoa, vendrá de Mures mi camarero de allí, Gonzalo Guajardo, que se ocupará de lo que haya de hacerse. Ahora, si me lo permiten… he de marchar a Bellaflor para poner la finca en orden después de esta tremenda noche. Jurado, ¿qué se hizo de los barriles?
—Vuestra señoría, retiramos los de pólvora y dejamos los que contenían vino, que era bueno y sin nada que objetarle. La pólvora está ya almacenada y custodiada en la fábrica de Triana desde anoche.
—Bien, muy bien. Aprovecharemos ese vino, por supuesto, Medina. Marcho entonces para Bellaflor, señores. Gracias por todos sus esfuerzos y por el riesgo en el que han puesto sus vidas: no lo olvidaré. Sepan que me tienen a su servicio.
Ido Zúñiga, la reunión concluyó: Pacheco, Medina y Martel marcharon a la vecina cárcel, Vázquez a informar a Espinosa a las casas del Corzo, y don Juan de Saavedra y el conde de Priego, dirigiéndose uno a su casa y el otro a sus aposentos, se prepararon respectivamente para vestirse con la elegancia que el asunto requería: Priego saldría a uña de caballo a San Jerónimo para recibir al rey, y Saavedra embarcaría en la nave que habría de llevarle, recorriendo con la mayor rapidez posible —había que soslayar la corriente contraria a vivo remo— el hoy afortunadamente tranquilo río hasta la majestad del rey Felipe, que llegaría al final de la mañana al monasterio de la orden jerónima.

***

Hacía solo un año que se habían terminado las reformas que habían adecentado en algo la ya por entonces decaída cárcel real: echada a perder en los inicios del siglo pasado, la rica bienhechora doña Guiomar Manuel, hija del acaudalado converso Manuel Saunín, había dedicado entonces buena parte de sus bienes a dotar un edificio que ya un siglo después se había quedado, con el aumento de población de la ciudad, corto y estrecho; por ello, siete años atrás, el asistente Francisco Chacón, señor de Casarrubios, mandó derribar unas casas de la iglesia para añadir al edificio una portada digna y una nueva crujía, lo que le valió, tanto a él como a la propia ciudad —el clero de Sevilla no tenía precisamente buenos humos en lo tocante a la expropiación de sus propiedades o a la pérdida de sus privilegios— una sonora excomunión. El asistente anterior a Priego, el conde de Monteagudo, logró finalmente terminar las obras encomendándolas primero a

Hernán Ruiz el joven y tras su muerte al maestro Tortello.

Era por tanto la nueva puerta, coronada por el escudo de la ciudad —que mostraba a quién pertenecía la cárcel, para que no hubiera dudas— rodeado por las armas del conde de Monteagudo, y surmontada por una ventana enrejada bajo el escudo real, todo ello a su vez bajo un frontón en el que se hallaban las figuras alegóricas de la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, la que atravesaron Medina, Pacheco y Martel. Llegados al patio principal, de elevadas arcadas sostenidas por pilares de ladrillo, con una galería alta sostenida por pilastras de madera con zapatas y centrado por una fuente de mar octogonal de seis pajas que traía el agua de los caños de Carmona, se mostraron ante el alguacil y los pesquisidores los calabozos y las dos escaleras: la principal y la que conducía a la enfermería. Era el ruido —un ruido incesante, continuado, que se metía en los oídos y que parecía que nunca fuera a salir de ellos— lo primero que se percibía al entrar en la prisión: más de mil presos, hombres y mujeres (que tenían su cárcel propia), metidos en celdas en las que podía haber más de un par de cientos de reclusos apiñados, sucios, enfermos, hambrientos, cubiertos de pulgas y piojos. Una república confusa en la que el que podía se buscaba la vida, y que era para algunos de los presos antesala del patíbulo en la vecina plaza de San Francisco.

Carne de patíbulo —pero no para la plaza, sino para una justicia que se ejecutaría puertas adentro de la cárcel— eran ya los presos de Bellaflor, encerrados desde la noche anterior en la cárcel e incomunicados con los demás por órdenes expresas del asistente, que con ello cumplía lo ordenado por el rey: que nada de esto trascendiera fuera del pequeño grupo de personas que conocían la conjura. Y que también con ello se aseguraba de que los cautivos no huyeran, ya que dada la escasa vigilancia a la que estaba sometido el recinto, las fugas se producían a diario. Subiendo la escalera, llegaron a un calabozo improvisado que se había adecuado junto a los aposentos del alcaide, en donde había dos alguaciles a la puerta, puestos la noche anterior por Martel, dedicados a espantar a los curiosos —reos o visitantes— que se acercaban a preguntarles qué peligrosos delincuentes o qué grandes señores estaban allí prisioneros: los rumores corrían por la cárcel, y las murmuraciones daban por presos, sin rubor alguno, a personajes como los duques de Medina o de Arcos, reos de deslealtad al rey.

—La imaginación no tiene fronteras entre estos muros, señores —dijo Martel—. Quién sabe las ocurrencias que aquí dentro se vendrán a las cabezas de sus inquilinos.

—Poco más tienen que hacer que pensar, señor alguacil —respondió Pacheco—. Las horas aquí deben hacerse muy largas, y los días sin fin e interminables.

—No le falta razón, beneficiado. En fin, abramos la puerta y veamos qué nos dicen los prisioneros. Déjenme hablar a mí, señores, por favor. Y no digan nada: si necesito ayuda se la pediré.

Entraron los tres en un espacio amplio, iluminado escasamente por una ventana enrejada cuyos postigos estaban entrecerrados, y asegurado por una pesada y reforzada puerta a la que se le había quitado la tranca, candada, desde fuera: habitualmente, en esa estancia se guardaban los dineros que los presos aportaban por fianza y los fondos que solían abastecer la cárcel de lo más básico
—ya que su sustento se lo pagaban, en general, los propios cautivos—. La noche anterior, las arcas se habían trasladado al vecino aposento del alcaide. En ese cuarto ahora vacío estaban los dos presos tomados en Bellaflor, Rodrigo Martínez y su compañero el morisco, cargados con dos pesados cepos de madera para evitar que pudieran usar libremente brazos y manos y encadenados por los pies con unos herrumbrosos y pesados grilletes. El olor en la cámara era ácido y espeso: los dos hombres se habían hecho sus necesidades encima, y al arrastrarse y moverse las habían esparcido por el suelo. La saliva y los mocos que no se podían limpiar colgaban, literalmente, de sus bocas y sus narices, cubiertas aún de la sangre que había brotado de ellas durante su captura. Los labios agrietados mostraban a las claras que no se les había dado aún de beber.

—Bien —dijo Martel sin más preámbulos, mientras Medina y Pacheco permanecían a su espalda, tapadas las narices con sendos pañuelos—. Los dos conocéis por qué estamos todos aquí, así es que seré muy breve. Queremos saber, y para eso hemos venido. Vuestros compañeros han muerto: anoche el jurado Medina, aquí presente, acabó también con Garrote, el negro de vuestro patrón Freire. Quiero una sola cosa: que me digáis qué sabéis del turco que vivía en la quinta del portugués. Sabemos que es un enviado del sultán Selim, y hemos de localizarlo. Además —el alguacil de los Veinte, descuidadamente, rozó con los dedos el pesado cepo del morisco—, como supongo que imaginaréis, la pena por vuestro delito está muy clara y no existe posibilidad alguna de escapar a ella. La diferencia estará en el trato que recibiréis hasta vuestra muerte y en el modo en el que se aplicará la sentencia. Tortura o no tortura: cuerda y potro seguros, o ahorraros ese paso tan desagradable. Como sabéis, también la pena por traición es clara: se os arrastrará hasta el lugar del suplicio, se os ahorcará sin llegar a la muerte y aún vivos se os descuartizará, colgando vuestros cuartos de las puertas de la ciudad. En fin, a lo mejor os consuela saber que en otros lugares es aún peor: en Inglaterra les sacan las tripas en vida con un rodillo, mientras se les van quemando los intestinos a fuego vivo, y después se les descuartiza con cuatro caballos que tiran de brazos y piernas. Pero allí, claro, son

unos salvajes sin remedio. Si contáis lo que sabéis, podremos ahorraros el descuartizamiento: todo quedará en un baile en la horca. Bien, yo creo que no está mal el arreglo —Martel concluyó mirando fijamente a los dos presos, que sudaban profusamente—. Espero lo que me tengáis que decir. Pero rápido, porque tenemos mucha, mucha prisa.

***

El rey Felipe había salido temprano de la Rinconada —quería oír la misa en la iglesia de San Jerónimo—, y, como solía, aprovechaba para despachar sus asuntos en el carruaje en el que, gracias a la buena suspensión que le habían colocado unos hábiles carroceros flamencos, incluso podía, pese a los baches y a los frecuentes agujeros del camino, estampar su firma y realizar algunas anotaciones en los márgenes, con su letra arácnida y casi ilegible. Años atrás hubiera viajado a caballo: pero la edad, y más que ella unas dolorosas hemorroides que se le abrían de nuevo cada vez que montaba —otro problema era la gota, pero al no haber demasiada humedad en el ambiente esta última le estaba dando tregua— le habían hecho optar, ya desde tiempo atrás, por usar de amplios y cómodos coches de caballos o de mulas para sus desplazamientos, o de sillas de manos cuando la enfermedad apretaba.

Al lado del sencillo carruaje forrado de cuero negro, montado en una hermosa yegua ruana, cabalgaba, como era su obligación y privilegio, el prior de la orden de San Juan don Antonio de Toledo, su caballerizo mayor, cuyo linaje impecable —era hijo de don Diego Enríquez de Guzmán, tercer conde de Alba de Liste y de doña Leonor Álvarez de Toledo, y nieto de don Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba— no impedía que en ese momento, y con poco disimulo, se llevara la mano a la boca para acallar un profundo bostezo: «Desde luego —pensó el rey— estos Toledo son poco dados al fingimiento, como tampoco lo es su tío el de Alba».

—¿Ha dormido mal vuestra excelencia, prior? Le veo cansado. Quizá será mejor que desmonte y busque acomodo en algún coche.

—No, majestad —dijo, sorprendido, Toledo: al rey nunca se le escapaba nada—. Llegaremos pronto a San Jerónimo y allí, una vez disponga el cuidado de los animales en las cuadras y el resguardo de los coches, si vuestra majestad no tiene nada más que ordenarme, descansaré un poco hasta que partamos de nuevo. Los aposentadores ya están allí con el conde de Priego, que ha salido a media mañana de Sevilla: creo que quiere hacer olvidar el desliz de la Rinconada, cuando no vino a recibir a vuestra majestad —Felipe sonrió para sus adentros. Como buen deudo del duque de Alba, el prior no había

desaprovechado la ocasión de lanzar una disimulada puya a Priego, hechura del de Éboli y su contrario en la corte. Decidió responderle sin embargo con contundencia:

—Don Antonio, no se precipite: que el asistente llegara tarde a recibirme fue por motivos de mi servicio —el prior palideció tras la poco disimulada reconvención real—. Ahora vaya y adelántese con un par de acompañantes al monasterio, y dígale al conde que nada más me instale en mi aposento quiero verlo. Que me dé algunos minutos para refrescarme tras el viaje, pero que después me vea de inmediato. Y dígaselo también a Chinchón, el mayordomo. Que el primero que pase a verme ha de ser el conde de Priego, y sin otra compañía. Ningún otro. Y ahora puede irse.

El caballerizo saludó y partió al trote, y después al galope, para cumplir la comisión del rey. Mientras tanto, el monarca pensó, dejando a un lado el escritorio portátil tras tapar el tintero y reservar la pluma —no era cosa de mancharse aún más de tinta, se dijo mirándose las azuladas manos con las que algún criado habría de hacer algo una vez llegado al monasterio—, de alguna manera intranquilo, en el fin que habría tenido la ocasión de la noche anterior en la finca de Zúñiga: su vida estaba aún en peligro, sí; pero aún peor era que lo estaba también la tranquilidad del reino. Y eso era mucho más grave.

***

El alguacil y los dos pesquisidores salían de la cárcel buscando la aledaña plaza de San Francisco, dirigiéndose hacia el cercano ayuntamiento, en donde Medina iba a redactar un breve informe para enviarlo de inmediato al conde de Priego, que aguardaba al rey en San Jerónimo. No pudieron evitar respirar con alivio una vez cruzaron la puerta por la que habían entrado un par de horas atrás, dejando lejos los gritos, el ruido, la suciedad y la inmundicia de la prisión. Los dos reos no habían contado casi nada que Medina, Martel y Pacheco no supieran, o que les sirviera para poder localizar al turco huido, aunque tenían una vaga descripción de aquel, ya que los presos le habían visto solo una vez y su interlocutor habitual era el ya desaparecido Freire. Pero algo era algo, y por la punta de la cuerda podría quizá sacarse el cabo completo.

—Bien, Martel: no podemos negar que su propuesta ha tenido éxito —dijo Pacheco, andando con el alguacil y con Medina a un trotecillo corto, consecuencia de su dolor de pies, hacia el ayuntamiento—. Ha sido cruel, pero muy convincente. Y desde luego, noticias nuevas hay. Pero algo me preocupa: ¿podrá cumplir lo que les ha prometido?

—Sí, beneficiado, podré cumplirlo. Dudo mucho de que el rey quiera

que todo esto se sepa, y me consta que el asistente no lo quiere: imagine el escándalo. De hecho, incluso creo que el final de los dos presos será en la propia cárcel, donde les darán garrote en secreto, sin testigos ni publicidad alguna, y luego llevarán los cuerpos a un carnero cualquiera: así es que no habrá arrastre, ni soga, ni nada. Ningún espectáculo. Sobre todo esto se va a pasar con las puntas de los pies, Pacheco, recuerde lo que le digo. De hecho, pienso incluso que será usted el encargado de asistirles en el último tránsito: aunque la atención de la cárcel la lleva la Compañía de Jesús, no creo que el rey nuestro señor se fíe ni siquiera del secreto de confesión en lo tocante a este asunto. Vuestra merced ya conoce la historia entera, y de ese modo no es necesario que nadie más se entere de esta gravísima maquinación. Así es que no le envidio esa comisión, la verdad.

—Entonces —intervino Medina, llegados ya a las casas del consistorio—, según parece, por lo que les dijo Garrote a los dos presos, el turco está refugiado en la ciudad. Y está libre, y por tanto tiene aún la ocasión de atentar contra el rey. No parece que haya otro golpe organizado en firme, como el que tenían previsto en Bellaflor; pero no podemos descartar que intente algo. Y eso significa que hay que proteger al rey a toda costa, y encontrar a ese hombre. Mientras no lo tengamos, los riesgos seguirán existiendo. Todo esto le voy a decir ahora por escrito al asistente, y haré una copia también para el cardenal. Deben prever una guardia constante al lado del rey, y más aún durante los días en los que ha de estar más expuesto y rodeado de gente. Eso es lo que le voy a pedir, ¿están ambos de acuerdo?

—No podemos estarlo más —respondió Pacheco, mientras tomaba asiento, resollando, en uno de los bancos pegados a la pared que amueblaban una de las secretarías de la planta baja, que había quedado vacía para el uso de los pesquisidores y del alguacil—. Insistid en ello, Medina; insistid. No podemos permitir que suceda lo que ha planeado el sultán Selim y el rebelde de Granada. El rey no puede sufrir daño alguno: porque si lo sufriera, nos pesará toda la vida en la conciencia.

***

El monasterio de San Jerónimo de Buenavista, en el camino hacia la puerta de la Macarena y situado en el lugar de Mazuelos, había sido fundado en 1414 como cenobio de la prestigiosa orden jerónima, siempre tan cercana a los reyes, que se hospedaban entre sus muros cada vez que venían a Sevilla. Hacía pocos años había comenzado a ser remodelado en su totalidad, desechando la antigua obra gótica y mudéjar, ya que el Emperador había ordenado, al ser patronato real,

su reedificación en un estilo renacentista y moderno, obra en parte de la mano de Diego de Riaño, Martín de Gaínza y Hernán Ruiz el joven. Contaba incluso con su propia imprenta, que sacaba de sus tórculos libros de gran prestigio y calidad, de los que el propio rey tenía en su biblioteca en buen número y a la que había concedido diversos privilegios, como el de imprimir la bula de la Santa Cruzada para los reinos de Indias tres años atrás, lo que estaba enriqueciendo a manos llenas al cenobio jerónimo.

Era por tanto un espacio en plena ebullición el que recibía al cortejo de Felipe II antes de su llegada a Sevilla: las obras se habían detenido, los alarifes habían desaparecido de la vista, el polvo se había asentado, los escombros se habían barrido y retirado y se había tratado de recoger en lo posible andamios y materiales con el fin de no incomodar al monarca, que en ese momento —tras haber sido recibido por el abad y la comunidad al completo con la cruz alta, las mejores casullas, los más ricos ternos, las albas más blancas y la liturgia gregoriana más solemne a las puertas del edificio, y después de haber escuchado misa solemne con ocasión de la festividad dominical y un *Te Deum* improvisado, pero al cabo bien logrado— miraba, fascinado, las dos grandes obras del maestro Pietro Torrigiano, florentino, que se hallaban en la iglesia, y que eran un soberbio san Jerónimo penitente, de mirada abstraída y alucinada, arrodillado con la cruz en la mano y en el acto de golpearse el esquelético pecho con una piedra, y una monumental Virgen con el Niño, sentada en actitud a la vez maternal y mayestática, que ofrecía una dorada manzana al infante recostado en sus rodillas.

—Sin duda es asombroso —se maravilló el rey, que era, como todo el mundo sabía, entendido conocedor y mecenas de las artes—. Ambas despiden vida, abad. He de felicitarle también —dijo el rey, mientras el clérigo sonreía satisfecho— por la excelencia del servicio: la liturgia ha sido impecable, y los cantos han resultado magníficamente. Tiene buena acústica este templo. Y el realejo igualmente, abad: espléndido. Felicite a la comunidad en mi nombre.

El rey, ya distraído y con otras cosas en la cabeza, extendió su mano que el clérigo besó, y saliendo de la iglesia, precedido por su mayordomo y seguido por su guardia, que le rodeaba, subió la escalera hasta los aposentos propios del abad, donde se había instalado. En ellos ya le esperaba el conde de Priego acompañado por el caballerizo mayor, que tras cumplir el encargo real —como buen cortesano no dio muestra alguna de incomodidad ante el asistente, adversario de su patrón Alba, por lo que cuando el monarca entró en la pieza ambos departían amigablemente— salió hacia los establos a cumplir sus otras obligaciones, cerrando la puerta desde fuera y dejando al rey, a quien acompañaba el duque de Feria como capitán

de su guardia, y al conde solos en la cámara.

—Y bien, conde: ¿hay alguna novedad sobre lo que ya me ha referido? El duque de Feria ya sabe de lo que se trata; le he puesto en antecedentes del caso.

—Alguna hay, majestad: según han conseguido discernir los pesquisidores de los prisioneros hechos la otra noche en Bellaflor, parece que el turco, que es quien dirige la conjura tras la muerte del mercader portugués, se encuentra refugiado en algún lugar que desconocemos. El resto de los conspiradores han muerto o han sido presos, según parece; y serán juzgados con rapidez para poder aplicarles la pena máxima. Aunque en este caso, y creo que vuestra majestad coincidirá conmigo, no debe haber publicidad en sus ejecuciones.

—Sí, Priego; coincido. Efectivamente no podemos publicar que existe en Sevilla una avanzada conjura para acabar conmigo durante la visita: no quiero pensar cuáles podrían ser las consecuencias de que esa especie se corriera por las calles de la ciudad. Y Feria —dijo, mirando al duque, situado firme y estirado a su derecha— está de acuerdo también en guardar el necesario silencio. He preparado una nota para el alcaide de la cárcel, que debe estar… —el rey revolvió una pequeña y rica papelera de maderas taraceadas apoyada en la pared— aquí. Tome, conde. Estas son las órdenes que deben seguirse con los presos capturados en la quinta de don Manrique de Zúñiga. La justicia debe ser inmediata y secreta. Respecto a los que se encuentran en el castillo de Triana, dígale a don Juan de Saavedra que luego, cuando llegue, le entregaré también otra misiva para el cardenal Espinosa, detallando qué es lo que debe hacerse con los prisioneros que fueron apresados en la quinta del portugués. Este último es, como supondrá, un asunto del Santo Oficio. ¿Sabe a qué hora llegará la barca que ha de llevarme hoy a Bellaflor?

—Ya no debe tardar mucho, majestad: el factor Duarte la estaba aparejando esta mañana temprano, y por lo que me dijo llegaría tras el almuerzo, pasado el mediodía.

—Bien, conde. Ahora pueden retirarse los dos. Feria, acuerde con el asistente lo que crea preciso acerca de cómo puede velarse porque no haya incidentes durante la entrada a la ciudad; no hemos de descuidarnos. Enviaré un mensaje sobre todo esto al cardenal, que tomará las disposiciones que convengan. Y díganle a Chinchón que pase: es seguro que habrán llegado correos, y aún hay muchos asuntos que he de despachar. Les espero a ambos para almorzar con la comunidad en el refectorio, y luego me acompañarán en el viaje por el río. Me han parecido muy amenas sus riberas, Priego: y la vista en la lejanía es magnífica. He de reconocer que tengo gran gana de conocer Sevilla. Al cabo, mis padres que hayan gloria se casaron aquí. Y no

podemos olvidar que también de esta ciudad salen buena parte de los fondos que financian nuestra monarquía. En fin, señor asistente: que era visita obligada, y a la que no puedo renunciar por mucho que lo deseen Selim y el rebelde de Granada. ¿Qué clase de rey sería yo si así lo hiciera? De ustedes dependerá que tenga el buen fin que merece, señores: en sus manos quedo.

***

Horas después, un golpe de aire fresco y perfumado por el olor de las flores que ya brotaban en los prados asomados a los márgenes del río llegó hasta don Juan de Saavedra, que se agarraba, colocado junto al factor Duarte, a la baranda de la proa de la pequeña galeaza acostada a la orilla del río vecina al monasterio de San Jerónimo: el mal olor y el tufo permanentes de Sevilla —una mezcla de podredumbre, roña, olor a mojado y a basura quemada, a sudor y a descomposición que ya, por habitual, no llamaba la atención de los moradores de la ciudad— había quedado afortunadamente atrás, tras atracar, hacía ya un largo rato, en la orilla.

Ante sus ojos se ofrecía la curva del río, que giraba hacia la izquierda en dirección a Córdoba, bordeada por macizos de plantas ribereñas y de cañaverales; una curva llena de una verdadera multitud de gente que venía abarrotando la ribera fluvial desde Sevilla, sabedora de que el rey podría embarcar esa misma tarde en dirección a la ciudad. Contagiadas de la excitación del público, múltiples aves gritaban, piaban, cantaban en el cielo; y la corriente contraria era suave, lo que hacía que el trabajo de los remeros y de la barca que había arrastrado hasta allí el bote real no hubiera sido demasiado penoso.

En el barco cabían, al menos, ochenta personas: sus dimensiones, mayores de las habituales, permitían acomodar, además de a los ocho expertos y capaces remeros, a buena parte de los cortesanos que acompañaban al monarca, que podrían sentarse en los bancos o ir de pie en la cubierta protegidos por ricos toldos, colocados a los lados de la nave. El castillo de popa se distinguía, además de por su elevación, por los tres arcos grandes de madera dorada y labrada que separaban el espacio dedicado al monarca del resto del buque: iba cubierto en toda su superficie por unos elaborados toldos de brocatel carmesí y amarillo, sujetos por cabos y cordones de terciopelo y seda que permitían ocultar al vulgo a los ocupantes de la pieza y que daban una amena sombra. Cojines de raso, seda y brocado bordados con flores de colores cubrían los bancos, y el suelo estaba alfombrado de juncias recién cortadas, rosas y flores del paraíso: macetas de claveles, de olorosa albahaca y de otros capullos de diversas especies cubrían el pequeño corredor que llevaba hacia la popa.

Pero esa tarde el rey no ocuparía la galeaza prevista con tanta prisa y tanto esfuerzo por el factor Duarte, que apenas podía disimular su desconsuelo: Priego, Chinchón y Feria habían decidido, y así se lo habían aconsejado al rey al ver la enorme multitud que se había reunido en los márgenes del Guadalquivir para darle la bienvenida, que el monarca no se desplazara esa tarde sino al día siguiente a la ciudad. El jefe de la guardia, el duque de Feria —que conocía bien los sucesos que habían acontecido en los últimos días en Triana y en Bellaflor por boca del propio rey y del asistente, y le preocupaban en grado sumo—, había sido muy claro al recomendar la toma final de esa decisión:

—Porque en estas condiciones yo no puedo garantizar la seguridad del rey. Nadie contiene ahora ni dirige a la turba, que es grande y podría ser brava, y no puedo asegurar que, cuando lleguemos a tierra, esta no se desborde y provoque una desgracia o un accidente. Su majestad, como sabrán, señores, no es dado en absoluto a estas manifestaciones y excesos. Necesito más tiempo para poder preparar, con la ayuda del conde de Priego, la necesaria protección de su persona. Así es que desaconsejo firmemente que esta tarde se desplace a la ciudad, como inicialmente estaba previsto. Si puedo tener unas horas para prepararlo todo, mañana podríamos salir sin riesgo. Así se lo he dicho a nuestro señor hace un momento, y él está concorde conmigo.

Así pues Duarte, contrito y alicaído —nada más podía objetarse ante esa decisión firme—, se preparaba para dar la orden de regresar a la ciudad cuando un criado de la cámara del rey subió la pasarela que le llevaba desde tierra a la cubierta, y acercándose a la proa le dio a don Juan en mano un escueto billete: en él don Felipe le citaba de inmediato en su cámara. Saavedra, doblando con cuidado el papel y metiéndolo en su faltriquera, se despidió amablemente del compungido factor, mientras seguía al lacayo que le dirigía a su cita con el monarca:

—Pierda cuidado, Duarte: mañana su majestad embarcará sin duda, y apreciará como merece el trabajo que se ha tomado con esta excelente barca. No es culpa suya: vuestra merced puede estar tranquilo. ¿Quién iba a prever tal multitud? Ahora regrese a Sevilla, y dígales a los ministriles que nos han acompañado hasta aquí que se ganen el sueldo y toquen durante el viaje de vuelta. Eso sin duda le animará. Ah, y descuídese de mí: alguien me dejará un caballo para poder volver a mi casa. A no ser que el rey decida que haga noche hoy aquí, que todo podría ser. Quede con Dios.

Saavedra bajó de la nave con un inseguro balanceo, traspasando ya con un paso más firme la puerta y el gran claustro, subiendo la escalera —decorada su bóveda con las armas de la orden jerónima—

hacia los aposentos del abad, en donde continuaba instalado el rey. Esperó un momento en la puerta, mientras el lacayo que le había acompañado le anunciaba; y seguidamente recibió la orden de entrar:

—Pasad, don Juan. Venid hacia acá —el rey, que por su antigua amistad de juventud apeaba el trato a Saavedra, estaba apoyado en la mesa que había colocada a la izquierda del aposento y recibía el sol de la tarde en la cabeza, lo que permitió a don Juan apreciar cómo habían crecido rápidamente las entradas del monarca, cuyos ralos y rubios cabellos, cada vez más canos, mostraban ahora una frente más ancha de lo que fuera pocos años atrás, antes de la muerte de la reina y del príncipe—. Sí, sí. Como veréis, el tiempo pasa para todos. Pero —Felipe II le dio a besar su mano al alguacil mayor del Santo Oficio— eso era de esperar: no siempre vamos a estar torneando en las fiestas de Binche, ¿verdad?

—Buenas fiestas fueron esas, majestad.

—Sí que lo fueron, Saavedra. Pero no vamos a aburrir a estos señores —el rey señaló a Priego, Chinchón y Feria— con nuestras cosas, aunque también alguno de ellos, ¿verdad, Feria?, las recordará bien. Sentaos, don Juan. Siéntense todos. Bueno, hoy quedaremos en San Jerónimo y oiremos de camino las vísperas de mi patrón, san Felipe; pero mañana habrá que marchar para Sevilla. Duque, primo, ¿ha previsto vuestra excelencia algún remedio para tantas multitudes? ¿Tendré que quedarme si no —el rey rio quedo, mientras interpelaba al duque— y profesar en este monasterio?

***

El olor de la alhucema quemada en los braseros —encendidos aún, ya que las noches todavía podían ser frescas, y la cercana humedad del río los hacía necesarios en cualquier caso— llenaba la amplia habitación y la extensa antecámara que Juan Antonio Vicentelo el Corzo había destinado para el uso del cardenal Espinosa. En ella, sentados en una agradable semipenumbra apenas aliviada por un par de bellos candiles altos de bronce labrado y por un candelabro en el que ardían algunas velas de cera de la mejor calidad, se encontraban el propio cardenal, su secretario Mateo Vázquez, los dos pesquisidores y el alguacil de los Veinte: los tres últimos habían sido llamados al alojamiento del ministro para rendirle cuentas, y en ese momento Medina acababa de concluir su informe, apoyado por Pacheco y Martel.

—Es decir —el rostro del cardenal, oscurecido en la penumbra, no llegaba a percibirse: tan solo se escuchaba su voz, grave y un poco tomada—, que, salvo el buen suceso de Bellaflor, por el que no puedo menos que felicitarles, señores, seguimos teniendo, suelto y libre, al

turco enviado por Selim. Sé que el rey nuestro señor conoce ya estas noticias, y ha delegado en mí para buscar una solución a este aprieto.

—Pero es una cuestión —intervino Vázquez al hilo de la cuestión planteada por Espinosa— realmente compleja, eminencia: esta es una ciudad muy grande, con más de cien mil almas. ¿Dónde podría esconderse? En cualquier parte. Podría estar incluso en un almacén, en una huerta intramuros o en un corral: no es preciso que se halle ni siquiera en una casa. Y dudo mucho —corríjame si me equivoco, Martel— que ahora mismo, con la visita del rey, dispongamos de efectivos suficientes como para poder desplegarlos por todas las collaciones de Sevilla buscando una aguja en un pajar. ¿Estoy en lo cierto?

—Lo está, señor secretario. De hecho, haber conseguido deshacer la conjura en la quinta de don Manrique de Zúñiga ha sido una afortunada mezcla del rápido trabajo desarrollado por el jurado, el beneficiado e incluso yo mismo, y la pura suerte. O la providencia divina. No olvide que, en realidad, nosotros queríamos resolver otro tipo de crímenes: y nos hemos encontrado, además de con aquellos —que hemos resuelto, ciertamente—, con otra cosa bien distinta.

—¿Y están seguros de que han agotado todas las vías de información? —dijo el cardenal— Sé que hay prisioneros procedentes de la quinta de ese mercader portugués que están presos en el castillo de Triana. Quizá ellos puedan decirnos algo más. ¿Están seguros de que con los dos de la cárcel real no hay nada más que hacer? Como imaginarán, hemos de consumir todas las posibilidades.

—Eminencia —intervino Medina—, sin duda no hay más que hacer con los presos de la cárcel, que ya solo esperan su condena, como pueden ratificar el alguacil de los Veinte y el beneficiado aquí presentes. Don Juan de Saavedra interrogó, y me consta que en muchos casos personalmente, a los presos que dependen de la jurisdicción del Santo Oficio: y de ellos no hemos podido sacar nada más fuera de lo que ya sabemos. Por ahí tampoco hay nada que hacer.

—Bien. No me gusta decirlo, caballeros: pero parece que estamos en manos de Dios. En manos de Dios, y en un momento enormemente delicado. No desconocen vuestras mercedes la situación en Granada y en el Levante: es bien sabido que se está preparando una gran ofensiva contra la flota turca, y las armas de don Juan están venciendo a los rebeldes de las Alpujarras. Un atentado en el que don Felipe resultara herido, o Dios no lo quiera, muerto, sería un verdadero desastre. No hay heredero varón, la infanta Isabel Clara es una niña que aún no cuenta ni cuatro años, el rey está en trance de casar de nuevo con su sobrina la archiduquesa Ana, y la monarquía sufriría un golpe tal con su pérdida del que no sé si podría recuperarse. Vázquez —el cardenal se incorporó y anduvo lentamente hacia la mesa que centraba su

antecámara—, escriba un billete que yo firmaré. Va dirigido al duque de Feria. Dígale que el rey debe estar siempre, siempre —y eso déjelo bien claro— bien protegido, estrechamente, por su guardia. No puede haber excepciones. No puede quedarse solo, con nadie. Se ha de registrar a todo aquel que hable con él o que sea recibido en audiencia. Y hemos de reducir todo lo posible su exposición pública. Sería una triste cosa que el rey muriera estando bajo mi responsabilidad, bajo mi cuidado: eso nunca, nunca —dijo, mientras golpeaba con los nudillos la mesa— va a suceder. Nunca.

***

Juan de Mal Lara ordenaba sus papeles, ayudado por su hija y metiendo en una ya ajada y muy abultada carpeta de cuero los diseños y textos que había recuperado del taller de Tortello, y que habían resultado cubiertos de manchas, de grasa y de trazos de pintura tras haber sido utilizados por el maestro mayor y sus operarios para realizar los decorados que recibirían dentro de dos días, el martes próximo, al rey de las Españas. Mientras trataba de devolver algo de orden a su atestada y desorganizada aula, un pequeño criadillo, de unos diez u once años y vestido con un juboncillo ajado y unas medias zurcidas varias veces —lo único que el maestro podía permitirse— entró en la sala con la nueva de que un caballero venía a visitarle:

—Maestro, buenas noches. Disculpe la interrupción, imagino que se encontrará ocupado —el visitante miró con rostro serio a Gila de Ojeda, aunque de eso el maestro, abstraído aún en sus papeles, no se dio cuenta. Gila le devolvió la mirada, igualmente retadora. El caballero tocó involuntariamente su anillo, volviendo el bicéfalo rostro del dios romano hacia adentro y hacia afuera de su palma.

—Querido amigo, me alegra verlo. Hace ya algún tiempo que no coincidimos, así es que su visita es por ello aún mejor recibida. Tome asiento, por favor, y dígame en qué puedo servirle.

—No, no se preocupe por mí, maestro. No será necesario. Tan solo venía a rogarle una merced, si le fuera posible hacérmela.

—En lo que dependa de mí, por supuesto. Dígame, ¿qué puedo hacer por vuestra merced?

—Sé, maestro, que su majestad el rey visitará la galera capitana en estos días, y me pregunto si sería posible poder acompañarle en ese día, ya que imagino que la mostrará al rey cuando la visite en las Atarazanas. Recordará que yo también intervine, aunque algo de pasada, en su diseño final: sería para mí un gran honor poder acompañarle en ese feliz momento.

—Claro, querido amigo. Por supuesto. No tenga cuidado, le avisaré en cuanto sepa el momento en el que don Felipe tenga previsto

realizar la visita al barco. Y disfrutaré de su compañía, no le quepa duda alguna. Ahora tendrá que disculparme, porque estoy tratando de ordenar estos papeles para mi archivo. Pero como no quiero que pueda acusarme de mal anfitrión, le ruego que acompañe a mi hija un momento al estrado: Gila, ofrece a nuestro visitante una copa de vino, y no le dejes marchar sin que lo pruebe. Es un regalo que acabo de recibir: buen vino de Constantina, que espero le aproveche. Y descuide, que le avisaré con tiempo para que me acompañe a las Atarazanas.

Mostrando su agradecimiento con una inclinación, el caballero salió siguiendo a Gila por el vecino y ya oscuro pasillo, y la tomó de la mano para detenerla. La mujer se paró, temblando: no olvidaba lo que había ocurrido la última noche que habían pasado juntos. El hombre la atrajo hacia sí, aprovechando la penumbra y hablándole con suavidad al oído:

—No tengo perdón y no lo espero. La otra noche os traté de modo infame. No, no habléis; no digáis nada. Todavía me pesa mi comportamiento. Sé que os he perdido, y que ha sido por mi culpa. Y no espero recuperar esa felicidad que ya se ha ido. Tomad —sacó un pequeño paquete, envuelto en seda, y lo introdujo en su mano, que cerró seguidamente—. Lleva una nota que os ruego leáis. Sé que esto no hará nada por suavizar vuestro rechazo, y tampoco aguardo benevolencia alguna. Es un regalo con el que os ruego que solo recordéis aquello tan bello que nos ha unido durante todo este tiempo. No aspiro a obtener vuestro perdón.

La mujer se retrajo, demudándosele el rostro: la indignación y el desconcierto, a partes iguales, afloraron a la faz de Gila de Ojeda: ¿Cómo se atrevía? ¿Había olvidado la humillación, los golpes, los insultos escupidos a la cara? Ella no. Ella nunca. Reprimió un nonato deseo de dejar a un lado todo aquello, de tomar el regalo, de volver a ser feliz como lo había sido hasta hacía unos días, aunque esa felicidad fuera mentira. Pero desechó ese sentimiento, al igual que desechó, tirándolo al suelo, el regalo y la carta sin abrir que el hombre le ofrecía. Sabía que, tal vez mucho después, en la soledad de su lecho, en el calor agobiante de una noche en vela en la que los recuerdos habrían de agolparse, en la que sus manos solitarias buscarían en los recovecos de su cuerpo ansioso, se arrepentiría: pero eso ya sería una cuita suya, y la sufriría también sola.

Y sin volverse siquiera, sin mirar a ese hombre al que ahora despreciaba, al que había llegado a temer, al que no conocía en absoluto y al que trataba con todas sus fuerzas de aborrecer —y eso lo aprendería, se lo prometía firmemente—, le dejó solo en el patio desolado y oscuro. Y volvió a la calidez del estudio, al mundo seguro y pobre, pero siempre querido, sólido, tranquilo, de su padre.

***

La cólera afloraba sorda pero constante: una vena pulsaba en su cabeza, y tras dejar la casa del maestro Mal Lara no podía permanecer ni un instante quieto. Daba vueltas en su rico cuarto como un león enjaulado, y algunos muebles, tirados en el suelo, rotos o desencolados, mostraban a las claras su furia, su rabia, su enojo, su ira. Esa mujer… esa cuitada mujer. Su desprecio le había sacado de quicio: su desdén, su desaire, su menosprecio. ¿Qué se creía esa… esa hija de nada ni de nadie? ¿Despreciarle a él, cuyo linaje se remontaba a reyes, cuyos antepasados habían tomado posesión de una ciudad que era casi más suya que de nadie? ¿Acaso el rey Fernando no había sido uno de sus abuelos? ¿Acaso no merecía mucho más de lo que la vida le había dado? ¿Más poder, más riqueza, más influencia? «Si las cosas fueran como debieran ser —pensó— esa mujer sería hoy azotada ante la ciudad entera». No podía quitarse de la cabeza la mirada de miedo, y después de un asco infinito que Gila de Ojeda le había dirigido.

En ese momento, la puerta del cuarto se abrió: furioso por la interrupción, el caballero tomó una vara de un bufetillo cercano, dispuesto a usarla —y a partirla en dos, si fuera preciso— en la espalda del atrevido que entraba en su cámara sin permiso, sin respetar su cólera, sin intimidarse por la ira que le cegaba, le ahogaba, le anegaba como una ola furiosa que destruía todo al acercarse a la orilla. Levantó el brazo, dispuesto a asestar una lluvia de golpes: pero advirtiendo en el último momento quién entraba, se frenó. El turco, que había entrado en la cámara sin molestarse en pedir permiso para hacerlo, le miraba fijamente con cierta sorna y con una media sonrisa que a cualquier otro le hubiera costado una profunda estocada en las soledades de la dehesa de Tablada, y con ella una muerte segura. Sin rodeos, el visitante se dirigió al caballero:

—¿Ha conseguido vuestra merced lo que le había pedido?

—Sí. Pero le ruego que antes de entrar aquí pida licencia para hacerlo. Supongo que habrá entrado en la casa por el postigo del jardín y que nadie le habrá visto —el turco asintió—. Imagino que usted, teniente, también valora su privacidad tanto como yo
—el caballero se sirvió una copa de una mesilla cercana que aún se tenía en pie, sin ofrecerle otra a su interlocutor—. Bien, ¿tuvo éxito en su empeño? Entiendo que ahora trabaja en la casa del alférez Molina, ¿no? Supongo que le recibiría entre su personal, ¿cierto?

El turco se excusó con una breve inclinación de cabeza, sin concederle mayor importancia a la incomodidad de su molesto anfitrión:

—Sí. De hecho, el alférez me recibió con los brazos abiertos. Como sabe, cree que soy un candiota emigrado. Es una suerte que en la

escuela donde me formé me educaran bien: parece que mis modos han convencido a su amigo de que soy la persona adecuada para realizar adecuadamente el servicio que necesita. En cuanto al vino… en fin, como sabe, los jenízaros podríamos considerarnos verdaderos expertos en ese asunto, pese a que nuestra fe nos impida probarlo: un precepto que olvidamos siempre que nos es posible. Alabado sea el Profeta, aunque en sus prohibiciones se equivocara. Así es que sí, daré el servicio al rey durante su visita. Ya tengo previsto el material que utilizaré. Pero debo saber cómo se protege al rey, para llevar a cabo mis planes: es preciso, se lo recuerdo, que en la visita a la galera se fije bien, y aprecie con claridad cómo es su acompañamiento y qué medidas de custodia y de protección se han tomado para salvaguardar su persona. Debo saberlo, si quiero que mi golpe salga como espero; o mejor, como esperamos ambos. Recuerde que el sultán es generoso; mucho. Y que le espera una cuantiosa recompensa, una que le permitirá vivir el resto de su vida tal y como lo desea, sin cuitas ni preocupaciones. Pero, como le digo, debo saber exactamente cómo está dispuesta la protección del rey. Imagino que en su visita a la casa del alférez Molina será sin duda una disposición parecida. Solo voy a tener una ocasión de acabar con Felipe: y no estoy dispuesto a desperdiciarla. Avíseme en cuanto sepa algo más de todo esto.

—Lo haré, teniente; no es necesario que me lo recuerde. El maestro Mal Lara me mandará aviso de cuándo y dónde he de reunirme con él para acompañar al rey en su visita. Vuestra merced será el primero en saberlo. Y ahora debe marcharse: no creo que pudiera explicar su presencia aquí a mis criados a estas horas. No puedo… no podemos arriesgarnos más. No tengo duda alguna de que los prisioneros que fueron capturados en Bellaflor han hablado ya, y posiblemente le están buscando por la ciudad. Si le encontraran aquí, los dos seríamos descuartizados seguidamente; y ese no es el destino que deseo para mí. Y supongo que tampoco lo deseará para usted. Déjeme ahora; necesito realmente descansar. Debería volver a casa de Molina; no deben echarlo de menos.

Con el rostro sombrío —al turco le parecía que su aliado, imperceptiblemente quizá para alguien menos susceptible que él mismo, estaba un tanto renuente a seguir con los planes que se habían pergeñado en casa de Freire—, Karaçaj inclinó la cabeza y salió, cerrando la puerta por fuera. No podía permitir, y no podía hacerlo de ningún modo, que su único aliado en la ciudad le abandonara: ese sería el fracaso de su misión, y el teniente no estaba en absoluto acostumbrado a fracasar.

---

3 Se trata de James Hepburn, IV conde Bothwell (c. 1534-1578), que casaría posteriormente con la reina María Estuardo.

# QUINCE

*Sevilla, lunes, 1 de mayo de 1570*

Era el día del santo del rey: san Felipe y Santiago, y la mañana se había levantado limpia y radiante. Aún don Felipe no haría su entrada en la ciudad expectante y engalanada —sería al día siguiente cuando el monarca traspasaría las murallas—, pero esa misma mañana dejaría su alojamiento temporal de San Jerónimo para viajar, en el barco dispuesto por Duarte, hasta la quinta de la Florida, la casa y huerta de don Pedro López Portocarrero: el rey católico estaba deseando conocer esa quinta, que según le habían ponderado era tan hermosa. Esa expectativa —la de gozarse en las flores y en los pájaros— había logrado, incluso, que el monarca casi hubiera olvidado la amenaza que pesaba sobre su persona.

El rey quizás —nunca se sabía del todo con don Felipe—, pero el duque de Feria no iba a ignorarla. Ya había habido varios intentos de asesinato anteriormente, que afortunadamente pudieron detenerse. Pero el rey no era amigo de cuidarse, ni de tomar precauciones: caminaba solo y sin compañía, se mezclaba con el pueblo en las visitas, aceptaba los regalos que le dieran sin cautela alguna... Don Gómez Suárez de Figueroa, quinto conde y primer duque de Feria, conocía muy cercanamente al rey católico: casi tanto como el monarca a sí mismo. Había sido capitán de su guardia desde que era príncipe, acompañándolo a Inglaterra con ocasión de su boda concertada con María Tudor, toda una ordalía para los españoles que le acompañaron a esa tierra fría, húmeda y poco amigable; y allí conoció a quien sería su futura esposa. Solo se había separado del rey un par de años mientras ostentó el cargo de gobernador de Milán, volviendo después a la guarda del monarca, que tres años atrás había acrecentado su título de conde con el ducado y con la grandeza en recompensa por su permanente y segura fidelidad.

Este era el hombre —cabello ya canoso, espeso y revuelto; de bigote apuntado y corta barba— que en ese momento, esperando la salida del rey del monasterio, con toda la comunidad formada junto a la entrada en dos filas para despedirle, miraba inquieto hacia la puerta atento a divisar a su señor: las guardias alemana y española que comandaba habían dispuesto un pasillo para proteger a don Felipe, desde la entrada del cenobio hasta la pasarela que permitiría al rey subir al barco. Esa misma mañana había leído un billete del cardenal que le había llegado durante la noche: en él, Espinosa le instaba a no desatender ni un solo momento la protección del soberano, habida cuenta del peligro que existía de que alguien atentara contra él. El magnicidio no era una opción que deseara contemplar.

—Pero no, no —dijo para sí el duque—. No. A mi rey no lo matarán. No aquí, ni estando a mi cargo. Y si puedo evitarlo, nunca y en ningún otro sitio. Jamás.

En ese momento Felipe II salió del monasterio, dejando atrás la abigarrada comitiva eclesiástica que hasta entonces le había acompañado —no había tampoco dejado de encomendar al prior a sus sobrinos los archiduques Rodolfo y Ernesto de Austria, hijos de su hermana la emperatriz María, que llegarían a comer al monasterio procedentes de la Rinconada— y seguido por su mayordomo, el asistente, don Juan de Saavedra y otros caballeros, subió la pasarela que le llevó hasta la cubierta, donde saludó amablemente a Duarte y a varios señores sevillanos que acompañaban al factor: el duque ordenó a parte de la guardia subir para escoltar al rey, acompañándoles él mismo al interior del barco, y una vez todos subieron y se acomodaron con presteza en los lugares que Duarte les tenía asignados, la galeaza y la barca que la remolcaba —ahora con menor esfuerzo, ya que ambas iban a favor de la veloz corriente— se despegaron de la orilla entre las aclamaciones de un público entusiasta que sin embargo, dado lo temprano de la hora, no había tenido tiempo de acrecentarse.

El rey miraba desde la borda el hermoso paisaje: hacía un corto rato que había dejado atrás la austeridad jerónima del convento, y las huertas de frutales, los álamos que bordeaban las orillas, los coloridos matorrales, las pequeñas playas arenosas, los cañaverales brillaban ante sus ojos. Aún no había llegado el calor del verano y la primavera estallaba; el verde en todos sus matices prosperaba en los márgenes del río, mientras cerca de la orilla los pescadores se quitaban las gorras y se arrodillaban ante el barco del rey, dejando a un lado sus redes y sus artes de pesca. Sonaban sonajas y panderos, tambores de paz y no de guerra, y el rey sonrió, benévolo, mientras los sones de los ministriles en la proa hacían, aún más si cabe, ameno el breve viaje del monarca:

—Mucho me habían hablado del afable carácter de los sevillanos, señores. Y ahora tengo la fortuna de verlo y apreciarlo por mí mismo. Parecen felices, ¿no lo creen vuestras señorías? Y desde luego tienen motivos para serlo: por lo que puedo apreciar desde aquí, es una tierra rica y fértil. Don Pedro —el rey se dirigió a Portocarrero, que le acompañaba—, ¿cuánto tardaremos en llegar a su quinta? No puedo ocultarle mi gran deseo de conocerla.

—Señor, ya estamos llegando: en el próximo recodo a la derecha podremos verla. Está antes de llegar a la Cartuja. ¿Ve esa villa blanca que está tras la margen del río? Esa es la Algaba, lugar de don Francisco de Guzmán, que no nos acompaña ahora porque ha quedado en Sevilla previniendo algunas cuestiones del recibimiento: mi casa

está en el camino hacia esa villa. Si se fija bien vuestra majestad la verá enseguida… Sí, ahora. Esa es la casa, señor: esa es la Florida. Vea las rejas azules que cierran las ventanas. En corto tiempo habremos llegado, y podré mostrarle lo que para mí es un paraíso en la tierra.

—La veo, don Pedro, la veo. Bien hermosa es, y amena me parece. ¿No es cierto, señores? No estará de más que me la muestre y así la disfrute yo con vuestra señoría, que bien la conoce y mejor me la podrá enseñar. Tengo añoranza de jardines, don Pedro: los días de camino me han hecho echarlos de menos. Pero creo que hará honor a su nombre de Florida; desde aquí puedo oler, con la brisa, el aroma de sus flores. Bien necesito esa alegría, Portocarrero: bien la necesito. Vamos, venga conmigo: es preciso que mi anfitrión me acompañe en la llegada. Feria, disponga todo lo que estime preciso para que descendamos con seguridad: la gente se agolpa en las orillas, y no quiero que la guardia exagere en la protección de mi persona. Son gentes que han venido en paz a verme y a felicitarme el día: no merecen un trato áspero ni rudo.

El barco acostó en la orilla entre músicas y aclamaciones, y el rey pudo admirar de cerca la sencillez elegante de la quinta de Portocarrero: descendió rápidamente seguido por su anfitrión, mientras en la orilla el mayordomo, los criados y todo el personal de la finca se inclinaban ante él. Pero Felipe apenas se detuvo: entró con prisa en la casa y en los jardines. Después de tan largos días y tan cortas noches, de tantas ansiedades y preocupaciones, solo deseaba dejarse arrullar, aunque fuera al cabo durante un breve rato, por el susurro del viento entre las arboledas de cidras y naranjas, por el chisporroteo del agua clara de las fuentes y el rumor de las albercas; observar los peces del estanque, oír los cantos de las aves y llenarse la nariz del olor perfumado del arrayán de los jardines. Por fin, aunque solo fuera durante una corta hora, tendría algo de reposo; por fin tendría algo de una paz que cada día le resultaba más esquiva. Descansar; dejarse ir. Nada más. Por fin.

***

La gente se había ido apelotonando en las orillas a lo largo de la mañana, a la espera de que el rey partiera de la Florida hacia Sevilla, y así poder atisbar, aunque fuera de lejos, algo de la grandeza que acompañaba al monarca: la música, las banderas, las elegantes naves que conducirían al rey, los coloridos uniformes de las guardias alemana y española. No importaba el calor; no importaban las molestas e insistentes moscas, que con los voraces mosquitos zumbaban sin cesar en torno a los espectadores. Las gentes habían venido a ver a su rey, a su poderoso señor, a aquel para quien el orbe

mismo no era bastante. Alborotaban y aplaudían: algunas parejas incluso bailaban. Don Felipe, que todo lo miraba desde un alto protegido por una celosía, sonreía en silencio, ante la consternación del duque de Feria y de Portocarrero: parecía imposible acceder a los barcos sin hendir a la prieta y compacta muchedumbre, a menos que se la cortara con un cuchillo.

—¿Qué me dice, duque? ¿Podré embarcar de nuevo? Crea vuestra excelencia que no me importaría pasar algunas horas más en esta magnífica quinta. Es extraordinario lo que ha logrado aquí, Portocarrero.

—Gracias, majestad. También Bellaflor le gustará. E incluso creo que aún más que la Florida. Si le parece bien, señor duque, podría romperse la cerca que da a la parte de atrás de la finca, que está más resguardada; desde allí la guardia puede hacer un pasillo, y su majestad podría llegar sin mayor incomodidad hasta la barca. Puedo ordenar ahora mismo a mi mayordomo que derriben el cercado, y en poco tiempo el rey estaría seguro y embarcado.

—Bien observado, don Pedro. Creo que el duque también está de acuerdo conmigo en que es una buena solución, ¿no es así? Avise a su gente entonces, y así podremos salir para Sevilla sin excesivo retraso. El asistente, ¿verdad, Priego?, está cada vez más nervioso —el rey, de nuevo sonriente, parecía disfrutar de la incomodidad de sus cortesanos—. Tranquilo, conde; llegaremos a la ciudad a tiempo. Como verá no es fácil sustraerse al entusiasmo de sus ciudadanos, pero amigablemente les burlaremos, y enseguida estaremos de nuevo navegando por el río.

—Vuestra majestad está contento esta mañana, y se ríe de mí —respondió Priego—. Sin duda han sido el paseo por los jardines y la bondad del aire lo que le han puesto de tan buen humor. Por eso me aventuro a afirmar que el aire fresco del río, a medida que vayamos navegando, le mantendrá, señor, en la mejor y más favorable disposición para apreciar todo lo que la ciudad ha organizado para su recibimiento.

Continuó durante algunos minutos la amable finta dialéctica entre el conde y el bienhumorado monarca, hasta que don Pedro Portocarrero llegó de nuevo a la sala para comunicar a don Felipe que la cerca ya estaba abierta: con cierta reticencia —le disgustaba dejar ese lugar en el que se encontraba tan a gusto—, el monarca bajó acompañado de sus cortesanos y subió a la barca entre las aclamaciones del pueblo, contenido con no poco esfuerzo por la guardia. Al cabo de un corto rato, los remeros y las velas hicieron su oficio; los ministriles acometieron sus alegres músicas de nuevo; y ambos barcos, lentos, ceremoniosos, brillantes bajo la luz del sol como cascarones de insectos, dejaron a un lado las orillas atestadas y hormigueantes de

público, y se dirigieron, flotando sobre la corriente que les empujaba lentamente hacia el mar, en dirección hacia el monasterio de la Cartuja.

El rey disfrutaba del paisaje y de las gentes protegido por la celosía que ocultaba la cabina de popa, rodeado por sus cortesanos y su guardia. El público, corriendo a lo largo de las orillas del río, aplaudía con fuerza la colorida comitiva real: los barcos blancos y dorados, los gallardetes y los estandartes, las velas teñidas y pintadas con las armas de la monarquía atraían ineludiblemente las miradas de quienes esperaban ver, o al menos atisbar siquiera, a la católica majestad del rey Felipe, mientras seguían sonando los panderos, las castañuelas y las sonajas, que se confundían con las músicas de los ministriles.

Los barcos llegaron a la Almenilla, donde se había dispuesto un rudimentario dique que trataba —nunca con éxito, sin embargo— de contener las frecuentes avenidas del río, que se llevaban por delante casas, haciendas y vidas de personas y animales; y desde donde se divisaban, comenzando por el de Santa Brígida, los cerros del Aljarafe, cubiertos de flores y de olivares, sembrados de casas blancas que alegraron la vista del rey. El monarca, de muy buen humor, comentaba lo que veía con el ufano factor Duarte y con los condes de Priego, Chinchón y Buendía. A la izquierda ya se veían las puertas de San Juan de Acre y de Bibarragel que abrían la cerca de la ciudad al río, y a la derecha la Cartuja, hacia donde se dirigieron las proas de ambas barcas a golpe de remo mientras las chirimías, los sacabuches, las cornetas y los bajones de los músicos solemnizaban la real arribada.

Llegada la barca y tendida la escala en el embarcadero que llevaba al monasterio, el rey y sus acompañantes descendieron a tierra: para recibirles se encontraban, junto a la cruz alzada, el prior don Fernando de Pantoja y los monjes de la comunidad, revestidos con los ropajes más solemnes que poseía el monasterio. Se trataba de un cenobio que, pese a estar próximo al vecino de San Isidoro del Campo, se había escapado del contagio de las doctrinas protestantes que por aquel se habían expandido —gracias a Constantino de la Fuente, los hermanos Cazalla, Vargas y Egidio y a los monjes jerónimos de aquel convento— y que habían sido desbaratadas ruidosamente en 1557. Era por tanto un lugar libre de herejías el que recibía al rey católico en esa hermosa mañana de mayo de 1570. El prior —un hombre de no muy alta estatura y ya de edad, a quien el reuma y la artrosis le encorvaban las articulaciones y le deformaban los torcidos dedos de las manos— se acercó pausadamente a don Felipe, presentándole un precioso *lignum crucis* para que el rey lo venerara y besara, lo que hizo con reverencia y con cierta codicia, ya que ansiaba poseer todas las reliquias que veía, entrando hacia la iglesia del monasterio en procesión mientras la

comunidad, en dos filas, entonaba el *Te Deum* en agradecimiento por la real visita: pocos minutos después comenzaría la misa solemne que los monjes habían previsto para celebrar, con el esplendor que se esperaba de ellos, la festividad de la onomástica del rey.

***

El cardenal Espinosa releía en voz alta la carta que esa misma mañana, a primera hora, había recibido de mano de un mensajero que había partido a uña de caballo desde el monasterio de San Jerónimo de Buenavista: el mensaje, escrito con la letra abigarrada e irregular del propio monarca, le instaba a convocar, esa misma noche y en la finca de Bellaflor, una reunión presidida por don Felipe a la que asistirían todas aquellas personas que tuvieran conocimiento del complot organizado por el teniente turco y por el difunto Freire. El rey quería saber de primera mano qué es lo que había ocurrido, y qué podía esperar en lo tocante a ese asunto durante los días en los que estuviera visitando la ciudad de Sevilla. ¿Debía preocuparse seriamente por su seguridad? Una vez concluyó la lectura miró a Mateo Vázquez, su secretario, que estaba de pie frente a la mesa en la que el prelado tenía dispuesto un arsenal de papeles, plumas y tinteros, y que había escuchado atentamente la orden real:

—¿Y bien, Vázquez? ¿Qué me dice?

—No gran cosa, eminencia. El rey ha dejado muy claro que quiere oír esos sucesos directamente de boca de quienes han estado implicados en la desarticulación del complot de Bellaflor. Sugiero —Vázquez apoyó las dos manos en la silla de vaqueta que tenía delante— que requiramos a don Juan de Saavedra, al jurado Medina, al beneficiado Pacheco y al alguacil Martel que pasen esta noche a Bellaflor para informar a su majestad. Yo mismo, si lo desea vuestra eminencia, puedo acompañarlos y presentarlos a don Felipe.

—Sí, hágalo, Vázquez. Yo no debo ir hoy a la casa de don Manrique de Zúñiga, ya que mañana he de recibir al rey cuando entre en la ciudad. No quiero animar suspicacias ni levantar sospechas, ni que la gente se pregunte qué es lo que hago allí. Podrían pensar que ocurre algo grave. Así es que, Vázquez, póngase en contacto con todos ellos y esta noche preséntense en Bellaflor: busque al conde de Chinchón y que le acomode una entrevista con el rey. Puede mandarle una carta ahora y se la encontrará cuando esta tarde llegue a la quinta. Ah, Vázquez: y manténgame informado de todo lo que se diga en esa reunión. Y en especial de lo que decida su majestad: quiero saber lo que dice punto por punto. Déjeme hecho un informe a su regreso, no es necesario que sea largo. En fin, hágase a la idea de que se acostará tarde.

—Por supuesto, eminencia —Vázquez se inclinó obsequiosamente, mientras se marchaba a convocar a los citados por el rey—. Sabe que estoy a su disposición. Esta misma noche tendrá noticias mías.

Una vez salió del aposento del cardenal, el clérigo se dirigió a la sala, reclamando la presencia de dos correos: redactó con rapidez varias notas para los convocados —sabía que don Juan acompañaba al rey, por lo que su carta la dirigió a Bellaflor, al igual que la remitida al conde de Chinchón, que llevaría uno de los mensajeros— y esperó a tener noticias de los restantes investigadores, que serían convocados por el segundo correo. Les había citado a todos ellos en las casas del Corzo, con tiempo suficiente para después salir hacia la casa de Zúñiga después de la llegada a ella del rey, y sería bueno que se pusieran de acuerdo acerca de qué iban a decir, de cómo iban a hacerlo y de quién sería el encargado de hablar. Don Felipe, como bien sabía el secretario, no era amigo de perder el tiempo en banalidades o en fruslerías. Y no solía ser muy indulgente con aquellos que le hacían perderlo. Y él no quería caer en el favor del rey: en absoluto. Felipe II era fuente de mercedes, y él esperaba beber de esa fuente durante mucho tiempo.

***

El jurado Medina se vestía con un cuidado que —aun siendo habitualmente escrupuloso con sus ropas— estaba lejos del arreglo más o menos indiferente con el que solía ataviarse cada día: el pequeño Lope, que ya se había demostrado imprescindible desde que había llegado a la casa y al que buscaban a diario su mujer para que les diera conversación a sus amigas, embobadas por el crío, y sus hijos, que encontraban en el travieso mozuelo una fuente inagotable de divertidas ocurrencias y de juegos, apretaba ahora los herretes del rico jubón de seda que el jurado había decidido, tras muchas dudas, ponerse para la gran ocasión que le había anunciado, un par de horas atrás, la carta de Vázquez.

—No aprietes tanto, Lope. Casi no puedo respirar.

—Puede ser que vuestra merced… —el mozo dudó— haya engordado algo desde la última vez que se puso este jubón.

—Lope, no seas impertinente. Si he engordado, es cosa mía. A ver, acércame esa caja. No voy a ponerme muchos anillos, pero alguno quiero llevar. Este —tomó uno ancho, con un oscuro zafiro engastado en el oro labrado y esmaltado en colores—. Y necesito un broche para el sombrero, aunque ante el rey no podré llevarlo puesto. Dame el estuche de cuero que está a la derecha: sí, ese. Efectivamente, aquí está —dijo, cogiendo un broche que semejaba una retorcida salamanquesa de oro con ojos de rubí—. Es sencillo y quedará

elegante: no todos los días se ve uno cara a cara con don Felipe, Dios le bendiga. Ah, la cadena. Acércamela. ¿Están los zapatos ya limpios?

—Sí, señor jurado. Los he recogido hace un momento y los han limpiado con cuidado. Son los de cuero más fino.

—Bueno, espero que hayan adecentado lo suficiente la entrada a Bellaflor: no quiero embarrarlos y llegar ante el rey desaliñado. Ah, el reloj. Lope, mira por la ventana y dime qué hora es en el reloj de sol de enfrente.

—Pasadas las cuatro, señor. Casi las cuatro y media.

Medina operó los engranajes y la cuerda del pequeño reloj de faltriquera de latón labrado y pulido, adornado con una representación alegórica del Tiempo y que brillaba con cada movimiento, que había tomado de un cajón de su papelera y que consideraba una de sus más valiosas posesiones, y lo metió en un bolsillo de sus calzas: no era el momento hoy de llegar tarde a la reunión a la que Vázquez le había convocado. Ya vestido, bajó las escaleras

—toda la familia y los criados se habían congregado en el patio para ver lo que parecía ser el acontecimiento de la tarde: su salida de la casa— y, llegado a la puerta, montó en el caballo que el caballerizo sostenía por las riendas: el pelo, negro salvo por un lucero en la frente, brillaba como la seda de su jubón; y la silla, de cuero con un rico forro adamascado, relucía al sol de la tarde. Después dejaría al animal en la casa del Corzo, y lo recogería cuando regresara de Bellaflor. Eso sí: pediría que un par de criados le acompañaran con unas antorchas a la vuelta. Las únicas calles que estaba previsto iluminar en esos días serían las más cercanas al Alcázar, y el resto estarían sometidas a la oscuridad habitual de todos los días del año, que obligaba a los viandantes a llevar lámparas de mano, ya que las únicas luces que se veían de cuando en cuando eran las de una casa iluminada por dentro —eso si con suerte estaban abiertos los postigos de alguna ventana— y las velas que alumbraban piadosamente algunos retablos, imágenes y cruces callejeras.

No era cosa de tener un mal encuentro a oscuras, aunque llevaba su mejor espada y una contundente daga; de recibir al grito de «agua va» los orines o las heces que los vecinos lanzaban a la calle desde los balcones, o de tropezar en alguno de los múltiples agujeros que sembraban el acribillado suelo de la ciudad, en las que muy contadas calles tenían pavimentos de ladrillo. Con un breve toque de tacón en el lomo del caballo, Medina tomó la ruta de la puerta de Jerez: quería llegar a tiempo para poder acercarse al río y ver al rey de lejos, camino de Bellaflor, ya que Vázquez, él mismo y los demás no saldrían hacia allí hasta que el rey no se hubiera instalado en la finca de Zúñiga, en una barca que, por lo que le decía la carta del secretario,

estaba prevista que saliera pasadas las seis de la orilla del Tagarete. Así es que, con ciertas prisas —sin duda toda la zona del río estaría desde tiempo atrás bullendo de público—, Fernando de Medina se asentó firmemente en la silla, y se dispuso a llegar a las casas del rico comerciante corso por el camino más corto.

Algo parecido hacía en ese momento el beneficiado Pacheco, aunque él no gozaba del privilegio de poseer un caballo: todo lo más usaba de vez en cuando una mula que le prestaba uno de sus cofrades cuando la necesitaba, pero esa tarde no estaba disponible. Previendo el inconveniente de que el clérigo no tuviera medio de transporte, Vázquez —sin duda ese hombre estaba en todo— le había mandado una discreta silla de manos para evitar que se embarrara sus mejores galas clericales, y que era la que utilizaba su anfitrión cuando se dirigía a sus negocios por la ciudad. Una estructura sólida de madera y cuero negro y grueso, con dos ventanillas abiertas a los lados pero que podían cerrarse con unas cortinas también de cuero caso de que se produjeran indeseadas inclemencias del tiempo, y con una ancha tabla de madera sujeta al armazón con unas bisagras, que permitía al mercader leer sus papeles e incluso escribir, gracias al exquisito cuidado con el que los dos recios porteadores, vestidos con la librea del Corzo y usando de unos sólidos arneses, llevaban al afortunado ocupante: Pacheco apenas notaba el paseo que le dirigía desde su casa hasta la cercana puerta de Jerez.

Llegado a la explanada que se abría ante la fachada del corso, cuya puerta estaba sembrada de guirnaldas y bucráneos de mármol, con unos trofeos clásicos en las peanas que sostenían las pilastras que decoraban las jambas, descendió y vio cómo el alguacil Martel, procurando no meter sus limpias botas en los charcos de todo tipo de líquidos que sembraban el suelo, también adornado con malolientes boñigas de caballo e inoportunas deyecciones de perros, se acercaba a la puerta de la casa; y cómo, por la orilla del vecino Tagarete, llegaba el jurado Medina, resplandeciente —al menos, a lo que veía— y montado sobre un caballo de fina estampa. Los tres se encontraron en la puerta: Pacheco salió de la silla, que los portadores habían dejado con delicadeza en el suelo —lo hizo con cierta dificultad, ya que Vicentelo, su dueño, era bastante más magro que él—, saludó a Martel, cuyas limpias botas mostraban que había tenido éxito al esquivar las trampas del camino desde el río, a donde su barca le había llevado desde Triana, y también a Medina, que en ese momento dejaba en manos de un caballerizo a su rocín, levemente sudado porque había procurado llevarlo a paso vivo para llegar a la puerta de Jerez.

Vázquez no les hizo esperar: en solo un par de minutos se encontraba en la puerta de la casa acompañado por algunos miembros de su

oficina y de la cancillería del cardenal, a los que flanqueaban cuatro criados del mercader corso de buena estatura y visiblemente armados. Animado al verlos llegar puntualmente, el pequeño y moreno clérigo les sonrió, y les invitó a acompañarle
—Martel maldijo para sus adentros, al tener que atravesar de nuevo la explanada— hasta la orilla del río: el rey llegaría en un corto rato, y aunque había previsto que algunos criados les guardaran un buen sitio junto a la orilla, llegar hasta allí podía ser —una torrentera de gentes salía por la puerta de la ciudad buscando la cercana orilla de la torre del Oro— una ardua tarea:

—Venga, señores, salgamos para ver la llegada de su majestad
—unos cañonazos daban fe de que la barca del rey estaba ya llegando, y las campanas de las torres estaban comenzando a atronar los cielos de la ciudad con sus tañidos—. Dicen que merecerá la pena. Desde luego, el factor Duarte así me lo ha asegurado. Y una vez veamos pasar al rey, le seguiremos en mi barca hasta Bellaflor. Hoy nos aguarda una noche larga, señores: pero no todos los días, ¿verdad?, conoce uno en persona a su señor natural. Durante el viaje a Bellaflor les daré algunas instrucciones acerca de cómo nos dirigiremos a él y sobre lo que le habremos de decir. Impresiona verle, ¿saben? Y mucho. Uno entiende lo que significa la palabra majestad cuando lo tiene delante. Pero no se preocupen: es gentil y extremadamente pulido en su trato. Verán que enseguida les hace sentir cómodos. Se dice —y creo que es cierto— que tiene la prestancia y la majestad que tenía su difunta madre, la emperatriz; Dios la tenga en su gloria —un nuevo cañonazo hizo que el grupo se pusiera en marcha—. Vamos, caballeros: disfrutemos del espectáculo.

***

Las barcas del rey habían dejado tiempo atrás la Cartuja —el gran número de gentes congregadas para verlo habían provocado que el monarca saliera por una discreta puerta lateral del monasterio, embarcando en un barquillo plano que le llevó a través de un estrecho canal hasta el río—, tras prometer a los monjes regresar de nuevo a visitarlos; y ya avanzaban, rodeadas de barquillas y de otras embarcaciones en las que los ocupantes le aplaudían y le aclamaban, atestando el río, hacia la curva que este hacía frente al castillo de Triana, en donde la puente se había desmontado y retirado para permitir el paso de ambas naves: el resto de las embarcaciones que atestaban el agua entre la Cartuja y Triana tenían prohibido pasar de ahí.

—Eso que veo a la derecha debe ser el castillo de San Jorge, ¿no, Duarte?

—Sí, majestad —el factor, a quien el rey se había dirigido, asintió y seguidamente señaló con un enjoyado dedo a la banda de Sevilla—. Mire vuestra majestad cómo está, a la izquierda, el Arenal de gentes. No cabe un alfiler, ¿verdad, señor asistente?

—Efectivamente, factor —respondió Priego, que estaba situado en la cámara de la barca a la derecha del rey—. Hay una enorme expectación por dar la bienvenida a vuestra majestad como merece.

El olor de la brea, de la pólvora —los cañones de las naos y los arcabuceros apostados en el Arenal y junto a la torre del Oro realizaban en ese momento sus salvas de bienvenida—, de la sal impregnada en los cascos y las velas de los barcos y de la albahaca y el romero que se quemaban en los dos braserillos de la cámara dilataron la nariz del rey, mientras en el cielo, vibrante, los pájaros enloquecían. La gran torre roja y blanca atronaba gozosa con sus campanas el aire, y los gritos y aclamaciones de la gente crecían a medida que las dos bellas barcas avanzaban por el centro del río. El rey sonreía, admirado del espectáculo: era la primera vez que pisaba la ciudad, y sería la única en toda su vida; los cortesanos, alegres y risueños, perdiendo por un momento la austeridad a la que les obligaba el servicio a un monarca tan severo, señalaban las orillas, las torres, las espadañas, los cincuenta buques limpios, recién pintados con colores brillantes, colocados en fila y engalanados, sus jarcias y velas blanqueadas y bellamente aprestadas a lo largo de toda la banda de Triana, donde la gente se apiñaba en azoteas y balcones, adornados —quien podía hacerlo— por tapicerías, alfombras y colchas ricas.

Las campanas de la torre de Santa Ana tampoco cesaban de sonar haciéndose eco de las de la iglesia mayor, que se veía acompañada por el son de los otros campanarios de la ciudad: parroquias, iglesias y conventos, grandes campanas de bronce y pequeñas y humildes esquilas de clausuras femeninas desarrollaban, con las salvas de cañones y mosquetes, con el rumor y el griterío de los miles de personas congregadas en las orillas del río y vestidas con sus mejores galas, con el estruendo de los tambores y de la trompetería apostados junto al postigo del Carbón o subidos a la torre de la Plata, y con la ya casi inaudible música que los esforzados ministriles seguían interpretando con todo su empeño desde la barca real, la partitura de una sinfonía triunfal a la mayor gloria del más poderoso monarca del mundo conocido.

Las barcas, deslizándose lentamente por el canal central del río, dejaron al lado a la capitana y a la almiranta de la flota: todos los marineros, subidos a los palos y a las jarcias, aclamaron a las dos pequeñas naves que pasaron junto a las elevadas y poderosas bordas de los dos grandes galeones anclados, cuyas banderas y gallardetes se movían en el aire tembloroso con elegancia, rozando el agua turbia

del río. La torre del Oro, donde estaban trescientos arcabuceros aprestados, apenas se veía por el humo de las salvas: los alguaciles la habían despejado de gente para que pudieran apreciarse y desenvolverse mejor las banderas y los estandartes grandes con las armas reales que colgaban de sus muros, de sus balcones de recién pintada madera y de sus almenas: y desde la punta alta de la estrecha torrecilla, una bella flámula de gran tamaño, pintada con bellas imágenes que simbolizaban al río y a Sevilla y que casi rozaba el suelo, revolaba por el aire espeso de humo y señalaba, gracias al viento favorable que así lo permitía, el camino de la hermosa Bellaflor.

El rey había ordenado descorrer las cortinas de la barca para mostrarse al pueblo, y preguntaba constantemente a Duarte, a quien mantenía a su lado, y al asistente, por todo lo que sus ojos estaban viendo: comprendía la grandeza de la ciudad y su riqueza, el poder de ese puerto que enriquecía sus arcas, mientras admiraba desde lejos la gran fábrica —otra nave encallada en el centro de la urbe— de la catedral, cuyas obras aún no habían finalizado, pero que ya era, por entonces, la iglesia de mayor tamaño de la cristiandad:

—Señores, es magnífico. Como bien saben, he entrado antes en otros muchos lugares; pero nunca había visto algo como esto. Don Juan —el rey llamó a Saavedra, que se colocó a su lado— bien me había dicho que Sevilla era diferente de todo lo que yo había conocido. Desde luego, no exageró en absoluto. Priego, tengo verdadera gana de entrar mañana en la ciudad: quiero ver de cerca lo que ahora estoy solo contemplando desde lejos.

—Señor, aseguro a vuestra majestad que su entrada de mañana excederá a todo cuanto en el mundo se ha visto hasta ahora.

—Bueno, conde: tampoco debe convertirse en un triunfo a lo romano. Algo digno, pero sencillo. No creo que las arcas de la ciudad estén para muchos dispendios, y ahora la monarquía tiene más gastos que nunca. Pero espero ver, como les digo a vuestras señorías —dijo el rey, cuando las barcas dejaban a la derecha el convento de los Remedios, cuyas campanas repicaban aún, frenéticas, mientras las naves embocaban entre clamores el camino hacia Tablada— algo merecedor de ser recordado.

***

La masa de gente, que se había quedado junto al río hasta ver perderse las barcas que conducían al rey hasta Bellaflor, se iba diluyendo poco a poco. Algunos perros ladraban y rebuscaban en el hoy limpio Malbaratillo, mientras Juan de Mal Lara, acompañado por su mujer, María de Ojeda, y por su hija Gila, estaba esperando un

claro para poder volver hacia su casa y descansar todo lo que pudiera, ya que el día siguiente sería muy largo debido a la visita del rey. Además, esa tarde le habían llegado noticias: el factor Duarte le comunicaba que el rey visitaría al día siguiente de su entrada, y a primera hora de la mañana, la galera *Argo* en las atarazanas; y esperaban que él estuviera allí para mostrarla y explicarla al monarca, tan entendido en asuntos mitológicos. Así es que tendría que aprovechar esa noche para reposar, siempre y cuando los nervios se lo permitieran.

Antes de poder siquiera dar un paso, vio ante sí al discípulo que el otro día le había solicitado acompañarle durante la visita del rey a la galera real: se inclinó con amabilidad ante ellos, acompañado por un criadito que le acompañaba y por un escudero bien armado, que se quedaron detrás mientras el hombre les saludaba. Mal Lara le devolvió el saludo con agrado —como siempre, estando en sus cosas, no se percató en que el rostro de su hija se inmutaba— y le dio la noticia de que la visita real sería en tan solo dos días:

—Como recordará, acordamos que le avisaría de la visita del rey a la galera capitana. Será pasado mañana por la mañana, a primera hora. Si aún desea acompañarme, puede recogerme en mi casa e iremos juntos.

—Muy agradecido, maestro: descuide, allí estaré. ¿Van ustedes hacia su casa? Permítanme cederles mi coche para que lleguen hasta allí sin inconvenientes. Yo iré a pie con mis criados. No, por favor; no puedo permitir que se niegue, maestro: llegarán mucho más rápido y con mayor comodidad. Está ahí mismo, esperando. Si me lo permiten, voy con ustedes y le doy instrucciones al cochero.

Avisado el cochero de que debía llevar a Mal Lara y a su familia hasta su casa de la collación de San Martín, el caballero les ayudó a subir y en un aparte, en un tono bajo para que no le oyeran pero cuya intensidad no admitía réplica, le dijo a Gila de Ojeda:

—Esta noche en mi casa, a la hora de siempre. Os enviaré la silla de manos. No faltéis, os lo ruego: tengo que hablaros con urgencia.

Gila le miró, desconcertada —no esperaba en absoluto ese ruego, y menos aún con tanta insistencia— sin saber qué responder; aunque tampoco, con sus padres al lado, hubiera podido hacerlo. Entretanto, el caballero ya había descendido del estribo del coche y hacía señas, alejándose, al cochero para que emprendiera el camino. Y entonces el carruaje comenzó a andar, y Gila de Ojeda no supo qué hacer.

***

A Gonzalo Guajardo le sudaban las manos, y las secó en sus calzas disimuladamente, procurando que nadie lo advirtiera. El nuevo

mayordomo de Bellaflor había sido llamado con urgencia desde Mures para sustituir al fallecido Pedro Ochoa, y había llegado ayer a uña de caballo. Agotado, apenas había tenido un día para enterarse de las disposiciones que se habían tomado para acoger al rey y a sus acompañantes en la quinta. Menos mal que Ochoa era cuidadoso y que sus trabajadores funcionaban como un engranaje —uno de esos ingenios mecánicos que años atrás hiciera Juanelo Turriano para el Emperador— bien engrasado: todo estaba apercibido y bien dispuesto, por lo que podía esperar la llegada del rey firme y en pie detrás de su amo, don Manrique de Zúñiga, con relativa tranquilidad: una tranquilidad que se esfumaría nada más el monarca pusiera pie en tierra. Zúñiga, a dos pasos largos por delante de Guajardo y junto a don Juan de Sandoval, teniente de alguacil mayor por su padre don Diego y que se encontraba en Bellaflor en representación de la ciudad, esperaba la llegada del rey con un nerviosismo creciente, aunque lo disimulaba con bastante éxito.

A escasos metros de ambos se encontraba don Diego de Córdoba, el teniente de caballerizo mayor, que sostenía de la brida un hermoso caballo morcillo en donde el rey montaría para recorrer el camino que llevaba hasta la entrada de la finca desde el embarcadero. Ya habían dejado de oírse los vítores y los disparos de arcabuz y de cañón procedentes de la cercana ciudad, y las campanas sonaban en ese momento casi por inercia: las barcas del rey habían dejado atrás Sevilla y estarían al llegar. De pronto, una corneta sonó desde la orilla: era la señal acordada para indicar que el rey llegaba, y un murmullo creciente comenzó a oírse entre los reunidos para recibir al monarca en el pequeño muelle de Bellaflor, lo que provocó que los caballerizos y palafreneros tuvieran que calmar a los caballos que estaban previstos para que montaran los caballeros que habrían de acompañar al rey en su entrada. Ya se oían, en un tono bajo pero cada vez más creciente, las músicas que interpretaban los seguramente por entonces agotados ministriles; y en seguida pudieron vislumbrar desde la orilla las dos barcas, blancas, rojas y doradas, majestuosas, lentas, solemnes, que surcaban elegantemente el agua. En pocos minutos el rey estaría en tierra. Gonzalo Guajardo se secó de nuevo, disimuladamente y otra vez en sus ya húmedas calzas, las manos.

***

El sol se ocultaba cuando el bote que llevaba al secretario Vázquez y a sus acompañantes abordó el muelle de la quinta de Zúñiga: los ocupantes pudieron ver de cerca las dos espléndidas barcas que habían llevado al rey durante la travesía al descender de la modesta embarcación que les llevaba a Bellaflor desde la confluencia del

Tagarete con el Guadalquivir. Mateo Vázquez les había aleccionado con claridad: no hablar a menos que el rey les preguntara.

—Señores, como bien conocen la corte tiene sus normas. Así es que les ruego que me dejen dirigirles adecuadamente entre sus aguas, sus escollos —que los hay— y sus corrientes. No sé cómo se habrá previsto la reunión de esta noche, pero sería muy extraño que el rey estuviera solo. Sin duda le acompañará el asistente, y también el mayordomo y el jefe de su guardia. Él lo pregunta todo y quiere saberlo todo; así es que díganle, sin reparos, lo que saben —habían llegado, mientras tanto, a la entrada; y Vázquez se dirigió a uno de los criados de librea que guardaban la puerta—. Mozo, avisa al señor conde de Chinchón con la mayor prisa, y dile que está aquí el secretario de su eminencia el cardenal Espinosa con los caballeros que ha citado el rey.

El mozo entró con rapidez en la casa, y un breve rato después volvió con un mensaje del conde, en el que les informaba que el rey estaba cenando y no se había retirado todavía; que los recibiría dentro de una hora o quizás de dos, y que mientras tanto había ordenado disponer, en una de las cámaras bajas que daban al patio, una bien guarnecida mesa en la que podrían tomar una abundante colación mientras esperaban. Esta noticia animó visiblemente a Pacheco —nada podía agradarle más que una buena cena—, aunque molestó a Vázquez, ya que retrasaría su regreso a Sevilla. Tras redactar el informe para el cardenal a su vuelta, pocas horas le quedarían para descansar hasta la entrada del rey, al día siguiente. Así es que, haciendo de tripas corazón, siguió con los demás al criado, que les acomodó en una amplia habitación donde estaba dispuesto un rico refrigerio —carnes y aves, empanadas, caza, vinos de Cazalla, Cabeza la Vaca y Ribadavia, confituras de dragea, de panales de rosa, guindas, membrillos y duraznos, aceitunas en adobo con alcaparras, pasas, almendras y piñones— al que momentos después comenzaron a atacar: se oían risas, voces de conversaciones y músicas de vihuelas y de violas, que sin duda amenizaban la cena del rey. Así es que, sintiéndose también un poco como reyes ellos mismos, acometieron su propia colación: había que reponer fuerzas, porque ya se veía que la noche iba a ser larga.

***

Cerca de dos horas después de su llegada, el propio mayordomo del rey entró en la pieza en donde Vázquez y los demás, ya saciados —incluso el voraz beneficiado lo estaba—, esperaban resignadamente a ser convocados ante el monarca. El conde de Chinchón saludó a Vázquez, presentándole después el secretario a sus acompañantes. Don

Pedro Fernández de Cabrera y Bobadilla, buen amigo de Felipe II, segundo conde de Chinchón y consejero de Estado, Guerra, Italia y Aragón, alférez mayor perpetuo de Segovia y tesorero general de la corona aragonesa, descendiente de una familia notoriamente conversa cuya limpieza de sangre había sido decretada por el propio monarca, miró con cierta perplejidad al singular grupo que tenía delante, y les advirtió acerca de cómo debían comportarse ante el rey:

—Bueno, Vázquez, a vuestra paternidad no tengo nada que decirle, pues ya conoce de sobra cómo ha de presentarse ante nuestro amo; pero a estos caballeros debo advertirles que han de entrar a la cámara destocados y quedarse atrasados hasta que el rey los llame, y una vez lo haga no deben decir palabra hasta que don Felipe les interpele. Nunca han de darle la espalda, ni mirarle directamente a los ojos. Deben mantener las cabezas inclinadas durante el tiempo que dure la audiencia. Puedo parecerles severo, señores: pero así es la etiqueta de esta corte. Y eso no quiere decir que yo no valore, ni agradezca, que lo hago, sus éxitos en cuanto a todo lo tocante al complot que han desbaratado, sobre el que el rey mismo me ha dado cuenta. Mucho les debe la monarquía, y también nosotros sus sirvientes. En fin, síganme; su majestad nos espera.

El secretario del cardenal, los dos pesquisidores y el alguacil siguieron al conde, que, en vez de atravesar el patio y subir directamente a la galería llena de cortesanos —que indudablemente se harían no pocas preguntas sobre lo que parecía, a todas luces, una extraña visita a deshoras—, salió hacia afuera de la casa, dejando a un lado la caballeriza provisional que se había construido arrimada a la muralla de la huerta, con la pesebrera para los caballos y las acémilas, y junto a ella las tiendas y los ranchos en donde estaban cenando algunos soldados y varios miembros del servicio. Mirando antes a ambos lados y asegurándose de que nadie les prestaba atención, Chinchón abrió una portezuela lateral que daba a una empinada escalera que subía a un patio alto, decorado con mármoles antiguos y con una rumorosa y fresca fuente en su centro: pasando por un lado del claustro columnado en el que solo había algunos guardias vigilando, tomó a mano derecha para llegar a los aposentos del rey.

Los ojos asombrados de los visitantes apreciaron la riqueza de las paredes de la amplia sala, recién decoradas con cordobán dorado; las ventanas estaban sembradas de macetas de claveles y albahaca, y los suelos alfombrados de rosas cortadas. En la sala se respiraba el aroma de los perfumes procedentes de los pebeteros en donde dulces fragancias ardían suavemente.

A la luz de las costosas velas de cera y de los candiles rellenos con el aceite más fino, los visitantes pudieron ver a un grupo de tres personas de pie, en torno a otra, más menuda y sentada: el rey estaba

rodeado del conde de Priego, del duque de Feria y de don Juan de Saavedra, que se apartaron a un lado para permitir que el mayordomo real y sus acompañantes se acercaran.

—Pase vuestra señoría, don Pedro. Venga hacia acá. A la luz, donde pueda verles con claridad. Ah, Vázquez: me alegra verle. Sé por el cardenal que también ha tenido algo que ver en este asunto. ¿Estos son los caballeros que me han hecho tan buen servicio? Y uno es clérigo, por lo que veo. Vaya, eso no me lo esperaba. Bien, señores, mucho tengo que agradecerles. Vázquez, ¿me los presenta? Qué menos que conozca los nombres de quienes me han servido con tanto celo.

—Majestad —dijo Vázquez—, permítame que le presente al beneficiado Pacheco, al jurado Medina y al alguacil de los Veinte Martel, que con don Juan de Saavedra, aquí presente —y el secretario del cardenal se inclinó ante el alguacil mayor del Santo Oficio, que estaba en pie a la derecha del rey— han desarmado la conjura que tenía previsto atentar contra vuestra majestad esta noche y aquí mismo, en Bellaflor.

—Bien, Vázquez, bien. Señores, de suyo tienen ya mi agradecimiento; y desde ahora les hago saber que si alguna vez necesitan o requieren alguna merced de mi parte, haré todo lo posible por concedérsela. Pero ahora quiero que me refieran todo lo que saben sobre este asunto palabra por palabra, y no se preocupen: pueden hablar con toda libertad. Los caballeros que me rodean saben lo mismo que yo sobre todo lo que ha acontecido, y no estará de más que oigamos estos sucesos de las bocas de quienes los han protagonizado —el rey miró detenidamente a sus visitantes—. ¿Quién hablará? Jurado Medina, el conde de Priego me dice que fue vuestra merced quien dio comienzo con sus pesquisas a todo este asunto: le escucho, y hágase ayudar de los demás cuando así lo requiera; tienen, como digo, absoluta libertad para hablar. Y no se preocupen: aunque el día de mañana será largo y ya es tarde, estoy dispuesto a escucharles todo el tiempo que sea preciso —el rey se recostó en la cómoda silla forrada de damasco rojo en la que estaba sentado, y tomó una frutilla escarchada de una bandeja vecina—. Así es que puede comenzar.

***

Un largo rato después, Medina y los demás habían terminado su relación de los hechos; y la leña de la chimenea de la estancia apenas calentaba. En una ocasión un criado trató de entrar en la cámara para reavivar el fuego, pero la mirada fulminante del conde de Chinchón le disuadió de hacerlo. El rey no había abierto la boca durante la extensa exposición, en la que participaron el jurado y los demás, incluyendo a Vázquez y a don Juan de Saavedra; y ahora, agotado tras la tensión

que había sufrido durante la larga exposición ante el monarca de los graves sucesos en los que había estado implicado, Medina suspiraba para su coleto por que le dejaran sentarse en una de las tentadoras sillas que estaban esparcidas a lo largo de las paredes de la sala: pero sabía que eso era imposible. Tras un leve, casi imperceptible carraspeo, el rey habló:

—No puedo dudar, señores, de que además de su habilidad, aquí ha participado la providencia divina. De no haber dado en su momento con el cadáver de ese desgraciado mozo, posiblemente yo ahora no estaría aquí vivo. Pero no quiero quitarles el mérito: haber comprendido y seguido las evidencias que les llevaron hasta ese mercader portugués habla mucho, y bien, de su inteligencia y de su determinación. Sin embargo, aún queda el problema del conjurado huido, es decir, que esto aún no ha terminado. ¿O no es así, don Juan? —dijo el monarca, dirigiéndose a Saavedra—. Este, mirando de hito en hito al rey, respondió:

—Efectivamente, señor. No ha terminado, y el problema es que ahora mismo estamos absolutamente a oscuras acerca de dónde se encuentra y de qué podría tratar de hacer para dañar a vuestra majestad. Lo único cierto que tengo es que dudo de que haya abandonado sus propósitos.

—Bien. Creo que este asunto es ya caso para el duque de Feria, que debe estrechar hasta el extremo mi protección y la de los dos príncipes, mis sobrinos, que me acompañan. Aunque visto el buen éxito que han obtenido hasta ahora con sus pesquisas, no deseo que renuncien a la búsqueda de ese peligroso espía. En breve, y no descubro con ello ningún secreto, caballeros, daremos un golpe al turco del que difícilmente podrá reponerse; sea todo a la mayor gloria de Dios. Por eso no podemos permitir que la monarquía quede descabezada. Eso es lo que van buscando. Así es que sigan indagando y no cesen de hacerlo. Duque —el rey se dirigió en ese momento a Feria—, estos caballeros colaborarán con vuestra excelencia en todo lo tocante a mi protección mientras yo permanezca en la ciudad. Quiero que se les informe de mis movimientos con tiempo suficiente para que puedan prevenir cualquier ataque o sobresalto que provenga del conspirador al que aún no se ha apresado. Padre Pacheco —el interpelado miró al rey, alzando la cabeza inclinada—, comprendería que vuestra paternidad no participara en este asunto, dada su condición de religioso.

—Majestad… señor —respondió el clérigo—. Me sentiré muy honrado, como he hecho hasta ahora, de continuar ayudando a mis compañeros. Siempre, por supuesto, con la licencia de vuestra majestad.

—La tiene, beneficiado, la tiene. Y con ella mi gratitud. Pero le ruego

que no se exponga; su vida es sagrada al ser ministro del Señor, y debe preservarse. Pueden volver ahora a Sevilla, señores. Tendrán noticias mías. Y de nuevo gracias. Acérquense —el rey les tendió la mano para que la besaran, lo que los pesquisidores hicieron honrados por la deferencia del monarca—. Y vámonos ya a dormir cada uno a nuestro lecho; que dentro de unas horas dará comienzo un día muy largo. Vayan con Dios, y descansemos todos lo que buenamente podamos.

***

Gila de Ojeda miraba por su ventana. Sabía que no podía ser vista desde abajo, porque había tenido la precaución de matar las luces de su cámara. Abajo, en el sucio y oscuro callejón trasero de la casa de sus padres esperaba aún, a la luz de una luna turbia, la silla de manos que habría de llevarla… ¿a qué? ¿Al goce, al dejarse ir, al olvidarse de todo salvo del placer extremo del momento? Notó la tensión entre sus muslos y un nudo prieto en su estómago, y se avergonzó. Su cuerpo iba por su lado y no se dejaba controlar; pero aunque su cabeza barajaba mil alternativas, mil justificaciones y mil excusas, seguía estando donde tenía que estar: en su sitio.

El tiempo pasó, y las campanas de la vecina iglesia de San Martín dieron las horas una y dos veces: finalmente, los lacayos que portaban la silla y el criado que les precedía con un farol sordo, ateridos, abandonaron la calleja y volvieron a casa de su amo. Un impulso momentáneo, que pudo controlar con gran esfuerzo, le empujó a bajar corriendo la escalera, llamar la atención de los lacayos y entrar en la silla para ver de nuevo a aquel hombre al que tanto deseaba. Pero ese hombre la había maltratado, la había golpeado, la había humillado. No. No volvería. Nunca. Recordaría los buenos momentos, y se lamentaría de los malos. Pero esa historia había terminado ya. Algo había muerto, y había sido enterrado: y ella, Gila de Ojeda, no iba a resucitarlo.

Lentamente, dejó caer la cortina; se frotó con las manos los pies, largos, delgados y elegantes, ateridos de frío; abrió las gastadas colgaduras de su lecho e intentó dormir: en breves horas su madre la despertaría para ver la triunfal entrada del rey en su ciudad, y eso era algo que solo pasaba una vez en la vida. El amor… bueno, ¿quién sabe? Tal vez pasara de nuevo, y cuando menos se lo esperara.

# DIECISÉIS

*Sevilla, martes, 2 de mayo de 1570*

El rumor incesante de la gente se escuchaba, como un continuado ruido de fondo, desde la silenciosa cámara del rey. El monarca ya estaba vestido y había desayunado, aunque sin demasiado apetito: una copa escasa de vino aguado, un trozo de pastel de carpa frío que dejó tras un par de bocados, y un par de rebanadas de pan tostado con una delicada fricasea de huevos, recién hecha, por encima. No tenía el estómago muy asentado, sin duda por causa del viaje y de las distintas aguas que había tenido que beber en el viaje de Córdoba a Sevilla: algunos pozos de los que la sacaron para ofrecérsela con el fin de saciar su sed no le daban, ahora que pensaba en ello, mucha confianza.

Al menos la gota le estaba dando una tregua, y unos eficaces emplastos que uno de los físicos que le acompañaban le había recetado estaban provocando que sus dolorosas hemorroides se aquietaran, por lo que podría entrar a caballo en Sevilla sin padecer demasiado. Otro de los galenos quiso ofrecerle un remedio mucho más drástico, una lancetada que rompiera la vena inflamada, pero el rey no quiso ni oírle y le despidió. En ese momento se abrió la puerta de su cámara, y el conde de Chinchón entró acompañado del duque de Feria.

—Majestad… —saludó el conde, tras inclinarse profundamente ante el monarca—. La milicia de la ciudad ha venido a rendir honores a vuestra majestad, señor. Han llegado varios escuadrones con sus oficiales al llano de Tablada y esperan su revista. Abajo, en la dehesa, está ya don Juan Gutiérrez Tello, el alférez mayor, con su hijo, que es su teniente y le acompaña. Las tropas han salido desfilando de su casa, en la collación del Salvador, muy temprano, aún de noche, con sus banderas y sus tambores. La verdad que es espectáculo digno de ver.

—Bien, conde —respondió don Felipe—. Yo ya estoy dispuesto, así es que bajemos. No quiero hacer esperar a estos señores que han venido con tanta gentileza a darme la bienvenida.

El rey salió fuera de su cámara, en donde le esperaban, entre otros señores y junto a los cortesanos que le habían acompañado —algunos habían pasado una corta noche, lo que se apreciaba en sus profundas ojeras—, don Manrique de Zúñiga, su anfitrión; el conde de Priego y don Diego de Sandoval, el conde de Buendía y algunos otros gentileshombres. También don Juan de Saavedra y el factor Duarte se encontraban entre los que aguardaban al rey. Una vez apareció el monarca, los guardias españoles golpearon tres veces los peldaños de la escalera donde estaban apostados para anunciar su llegada, y

entonces se hizo un absoluto silencio, solo roto por el suave ruido de las pisadas del rey y de quienes le acompañaban. El monarca bajó al patio principal de la casa siguiendo a Zúñiga, que le guiaba hasta la parte delantera de la finca, en cuyas cámaras y salones se abrían algunas ventanas, ya abiertas para entonces, que daban al llano y dehesa de Tablada:

—Señor —dijo Zúñiga— desde esta ventana podrá ver vuestra majestad con la mayor comodidad la parada que ha dispuesto el alférez mayor. Acomódese aquí.

El rey se asomó a la ventana, y al verle la multitud, que se extendía casi hasta donde abarcaba la vista, rugió. La dehesa, a ambos lados del río, se abría ante el monarca; quedando a un lado, tapados por la gente, los patíbulos del quemadero y de la horca. En ese momento sonaron poderosos los tambores y los pífanos, tocados por jóvenes músicos vestidos con sedas de colores, jubones de tafetán verde, cueras blancas y sombreros azules en un abigarrado arco iris para la vista. Detrás de ellos estaban ubicados los portaestandartes, con doce banderas ricas de diferentes señales y colores, y tras ellos marchaba don Francisco Tello, teniente de alférez mayor, que comandaba la revista, revestido con un coselete dorado y labrado. Delante de Tello iban cuatro pajes con calzas rojas y negras, vestidos con unas ricas casacas de raso verde con alamares. Tras los pajes y el teniente, formaban en el desfile doce gentileshombres de la ciudad, vestidos con calzas y protegidos con coseletes labrados, que sostenían pesadas alabardas doradas cuyas astas estaban forradas de terciopelo. Una vez discurrieron los alféreces ante la ventana pasó ante el rey la infantería de los oficios, tres mil hombres vestidos de gala con sus mejores trazas, armados con arcabuces y alabardas, que levantaban con su marcha un espeso polvo, colocados en hileras de a cinco; a ellos se sumó la gente de Triana, otros quinientos hombres, que igualmente desfilaron con su capitán ante el monarca. Después, una salva de los arcabuceros atronó el cielo. El rey, con semblante serio sin embargo, comentaba con los caballeros que le rodeaban la buena presencia de la soldadesca sevillana, aunque no era oro todo lo que relucía:

—Priego, puede estar orgulloso del aspecto tan marcial que ofrecen sus soldados. Al menos estos que veo, ya que según las noticias que tengo de mi hermano, la milicia de Sevilla que está ahora destinada en la guerra contra los rebeldes de Granada no parece estar a la altura de lo que se necesita de ella —ironizó don Felipe—. Pocos y malos, eso me ha dicho: pocos y malos. Gentes de mala vida, según tengo entendido.

—Señor, como sabe acabo de asumir el cargo y aún no he tenido tiempo de poder organizar una milicia que combata como debe. Pero una vez pasen los festejos del recibimiento, aseguro a vuestra majestad

que esa será mi primera prioridad —se disculpó el conde, aunque el rey siguió hurgando en la llaga:

—Como sabe, conde, al ser vuestra señoría asistente de la ciudad es también maestre de campo de su milicia, y por ello es importante que ponga coto a esa situación. He sabido que el marqués de Favara se negó inicialmente a mandar a los reclutas de Sevilla, alegando que eran buenos para nada, y además habían venido en menor número de lo que se había prometido. Bien, al menos veo que saben desfilar; espero que aprendan también a combatir. Dígale esto, y que así lo he dicho yo, al alférez mayor cuando se reúna con él: en breve habrá que mandar refuerzos a mi hermano, y quiero que le sean de utilidad. Tenemos que terminar ya con la rebelión de Granada, porque no podemos tener un frente abierto en casa cuando vamos a llamar a las puertas del turco. Dígaselo así. Y como sabe, conde, porque le conoce bien, mi hermano no es amigo de permitir yerros o defectos en la disciplina: si hay que herrar a un cobarde, se le hierra, se le azota o se le manda a galeras. Mucho nos jugamos en esta guerra, Priego, y eso lo sabemos tanto vuestra señoría, como mi hermano don Juan o yo mismo. ¿O no le parece así?

—Por supuesto que sí, majestad. Déjelo en mis manos: le aseguro que de la próxima leva que le mande, don Juan no tendrá queja alguna.

—Bien, eso espero, conde. Y ahora creo que habrá que ir aprestándose para salir hacia Sevilla, ¿no es cierto?

—Sí, señor, aunque don Manrique de Zúñiga ha previsto una última colación de despedida, y aún quedará algo de tiempo para que vuestra majestad se refresque y se prepare. Según parece, el cardenal llegará con los príncipes de Bohemia en torno a las dos, y una vez hayan llegado partiremos hacia el Arenal, y de ahí a la puerta de Goles, por donde se hará la entrada. Son ahora —Priego sacó de su faltriquera un pequeño y valioso relojillo mecánico— cerca de las doce, por lo que aún quedarán unas dos horas antes de que todo esté dispuesto para partir. ¿Vuestra majestad desea retirarse?

—Sí, conde. Subiré a mis aposentos, porque tengo aún varios papeles para la firma, y esos no esperan. Dígale a Zúñiga que tenga preparada la colación en una hora. Y no se desanime: estoy seguro de que vuestra señoría hará entrar en razón a la milicia y a sus oficiales. Ya lo ha hecho antes, ¿no es cierto? Bien. Feria —el rey se dirigió al duque, que se aproximó a su señor—, vuelvo a mi cámara. Quiero trabajar durante una hora. Que me avisen para comer a la una, aunque dígale a don Manrique de Zúñiga que el almuerzo ha de ser rápido. Y nada pesado, que luego nos espera una larga tarde. Bueno, ¿a qué esperamos? ¿Puede alguien mostrarme el camino de vuelta hasta mi cuarto?

***

El zumbido de la multitud, el calor de un sol que se hallaba aún casi en su ápice y las esporádicas salvas que de vez en cuando atronaban el aire, con el continuo tañido de las campanas, ponían nerviosos a los sudorosos caballos de la extensa comitiva, que había emprendido el camino hacia Sevilla desde Bellaflor ya entrada la tarde; el rey, vestido sencillamente de negro por el luto de su esposa y de su hijo el príncipe, y acompañado por el cardenal Espinosa revestido con su capa magna y por sus sobrinos los archiduques —que ataviados con unos inadecuados bohemios forrados de pieles tenían ya los rostros congestionados nada más salir de la finca de Zúñiga—, andaba lentamente, aún a la mano de la hacienda y bajo el extenso toldo que se había tendido a su entrada, precedido de los maceros a caballo y de los alabarderos de sus guardias, teniendo como destino la ciudad.

El cabildo había limpiado y desbrozado, e incluso aplanado el antes desvencijado camino que llevaba desde Bellaflor hasta los aledaños del río Tagarete y el cercano molino de Camargo, y que conducía desde Sevilla a las múltiples huertas que daban color a la ribera del Guadalquivir: la larga comitiva —al rey, al cardenal y a los archiduques seguía un auténtico escuadrón de cortesanos, a los que acompañaba la milicia de la ciudad a la que esa mañana se había revistado— podía apreciar cómo el público en ambas orillas crecía y casi se desbordaba, tanto en la banda que les llevaba hacia el Arenal como en la de enfrente, la de Triana, en donde en torno al convento de los Remedios se apreciaba una masa abigarrada, movible y difusa, que se rompía en bienvenidas y en aclamaciones.

Aún no habían salido de los predios propiedad del vástago de la ilustre casa de Béjar cuando se acercó a cumplimentar al rey el Santo Oficio, encabezados por el fiscal del tribunal, seguido por los familiares de la Inquisición, que caminaban pesadamente vestidos de terciopelo negro, raja y raso: el perceptible sofoco de algunos de ellos, acalorados y casi desvanecidos, daba fe del largo paseo que habían debido dar hasta allí y de la pesadez de sus ropajes. Una vez presentados ante el rey los familiares, les siguieron el gobernador del arzobispado con sus jueces, los canónigos de la colegial de San Salvador y la Universidad de los Beneficiados, en una ceremonia que nada más comenzar se predecía interminable; posteriormente llegó la Audiencia Real, precedida por su presidente, seguido por los oficiales del tribunal civil, que besaban las manos al rey tras serle presentados; y que una vez se inclinaban ante el monarca se incorporaban a la zaga de una comitiva que era cada vez más larga. Previendo el calor y la incomodidad del camino, el asistente había preparado algunos toldos, levantados sobre altos mástiles de barcos, en las paradas en las que las

distintas instituciones y estamentos habrían de dar la bienvenida al monarca: ya pasado el molino de Camargo y antes de llegar al Tagarete, el rey —que sudaba visiblemente, con su tez blanca ya enrojecida por el sol y el calor, aunque no afectaba públicamente incomodidad alguna—, se refugió en uno de ellos, con Espinosa y los príncipes de Bohemia, para esperar pacientemente la llegada del cabildo de la ciudad: la tarde, sin duda alguna, iba a ser larga, muy larga. Y calurosa.

***

Luis Martel caminaba en el último lugar, como titular más moderno, de la doble fila que formaban los alguaciles de los Veinte, que tras pasar los veinticuatros —ricamente vestidos con ropas largas a la romana, de terciopelo morado y forradas en raso blanco, con cadenas de oro al cuello— y tras ellos los jurados —estos, al igual que los fieles ejecutores, con ropas también largas pero de terciopelo carmesí forrado con raso amarillo— iban a besar las manos a Felipe II. Sus ropas, de tafetán rojo, se cubrían con una capa de damasco verde que le daba un terrible calor. Las moscas, en enjambres, atraídas por los excrementos de los caballos que formaban la comitiva —y que Martel procuraba esquivar cuidadosamente al pisar el suelo sobre el que habían extendido una amplia capa de albero nuevo— torturaban a los miembros de las delegaciones que se acercaban a cumplimentar al rey, y que por decoro procuraban no mover apenas un músculo; aunque el alguacil vio cómo, a escasos metros de donde él mismo se hallaba, el jurado Medina, que ya había pasado ante el monarca, trataba de ahuyentar infructuosamente a un insistente par que le había tocado en suerte.

El sudor —que no debía secar so pena de romper la solemnidad del momento, en el que los magistrados de la nueva Roma sevillana rendían pleitesía a su señor natural— resbalaba por su frente bajo la enjoyada gorra, y las incómodas y ya empolvadas ropas le impedían moverse con comodidad. Afortunadamente, solo quedaban unos escasos momentos para llegar ante el rey: ya podía verlo, igual de sudado y con la piel enrojecida, aunque no diera muestra alguna de cansancio. Martel por fin le besó la mano, aunque don Felipe no dio indicio alguno de haberle reconocido. Sin duda lo había hecho, pero el alguacil entendía que el monarca guardaba hasta el extremo las formas, y más aún en público.

Terminado el besamanos de los alguaciles, estos se retiraron a un lado para incorporarse posteriormente al cortejo, quedando junto al rey el conde de Priego, don Diego de Sandoval, el alguacil mayor, y el conde de Olivares, don Enrique de Guzmán —que había accedido al

título algo menos de un año atrás, tras la muerte de su padre, don Pedro— alcaide de los Alcázares, a quienes acompañaban los regidores de la ciudad, entre los que destacaban el duque de Arcos y el marqués de la Algaba, seguidos por don Fernando Enríquez, hermano del duque de Alcalá, ya que en esos momentos este se hallaba en su virreinato de Nápoles. Don Felipe departió amigablemente con ellos, dándoles públicas muestras de su afecto.

El tiempo pasaba y el calor crecía, y con él la concurrencia: a todas las anteriores delegaciones se sumaron las de los procuradores y escribanos públicos, los del crimen y los corredores de lonja, a quienes siguió el cabildo catedral, con el pertiguero delante a caballo, vestido de terciopelo negro, que precedía a las dignidades eclesiásticas: el deán, don Cristóbal de Padilla, seguido por los canónigos, racioneros y beneficiados montados en mulas ricamente enjaezadas. Entre ellos, Martel y Medina apreciaron la rotunda figura de Pacheco, que trataba de disimular su evidente incomodidad —si se le observaba con detenimiento, de vez en cuando jadeaba con la boca abierta— y cuya mula sin duda estaba haciendo verdaderos esfuerzos al llevarlo encima, dado su contundente peso.

***

El conde de Priego, situado junto al rey, advirtió el cansancio del monarca, no acostumbrado a un clima tan tórrido como el de Sevilla en mayo: trató de ganar tiempo, y por ello acercarle a la vecina y angosta ermita de San Telmo —podía apreciarse ya su pequeña torre —, donde podría reposar un corto rato a la sombra y refrescarse con la fresca agua de su fuente. Así pues, el cortejo
—lento, extenso, acalorado y ya casi exhausto— comenzó a andar de nuevo; acabada sin embargo de salir del toldo que le protegía frente al despiadado sol de la tarde, la comitiva se halló frente a frente con los oficiales y cuadrilleros de la Santa Hermandad y con los miembros del colegio de Santa María de Jesús —rector, colegiales, doctores y maestros, precedidos por bedeles con mazas de plata—, todos ellos vestidos con pesados terciopelos, damascos y rasos negros; por lo que hubo de esperar otra vez hasta que las nuevas delegaciones cumplimentaran al rey. Priego, cortando por lo sano y sin aguardar la llegada de otros visitantes, se dirigió con el monarca y la corte a la puerta, abierta de par en par, del atrio de la ermita, donde el rey —al fin— desmontó, requirió uno de los bancos de la pequeña iglesia y una jarra de agua bien fría, con una copa, de la que bebió con ansia; y cerrando los ojos, sobre los cuales un criado colocó una toalla húmeda, descansó, en relativo silencio, unos minutos que se le hicieron demasiado breves.

—Bien, conde: apuremos hasta las heces este cáliz —dijo el rey, incorporándose—. Desde luego, calurosa bienvenida es la que me ha dispuesto Sevilla.

—Ya sabe vuestra majestad del calor de estas tierras: desde abril aprieta, y no deja de hacerlo hasta bien entrada la otoñada. Aún queda trecho, señor, y temo que más calor. Habrá que soportarlo con la mayor de las enterezas.

—Sí, pero me preocupan mis sobrinos: ¿les ha visto? Envíe a alguien de mi parte, y que se quiten esos bohemios forrados que llevan, porque de seguir con ellos puestos dudo de que lleguen vivos al Alcázar. Con este calor, no creo que nadie tenga fuerzas tampoco de tratar de atentar contra mí, ¿no le parece, duque?

El duque de Feria, que sudaba bajo las capas de ropa que estaban ya empapadas, respondió al rey:

—Podría ser, señor; pero también podría ser lo contrario. Así es que he dado orden a los guardias de que siempre flanqueen vuestro caballo. Es mejor prevenir, como bien conoce la prudencia de vuestra majestad.

El rey asintió sin decir nada, y seguidamente salieron todos de la umbría y oscura ermita, bañándoles de lleno la luz de la tarde: un sol furioso que no se aquietaría hasta el anochecer agostaba el llano situado ante la puerta de Jerez, por donde aparecieron en ese momento —el rey y Priego se miraron con resignación— los jueces, oficiales, prior, cónsules, maestres y capitanes de la casa de la Contratación, con el general y el almirante de la flota, que se acercaron, acompañados del factor Duarte y del contador Ortega de Melgosa, a cumplimentar también al monarca, que una vez recibió su homenaje montó con cierto esfuerzo de nuevo en su caballo, reorganizándose la comitiva, que partió en dirección a la torre del Oro atravesando el Tagarete por el puente nuevo, de gruesa y sólida tablazón de pinos, que se había aderezado para la ocasión.

Mientras avanzaba entre las aclamaciones, las bienvenidas y los saludos, el rey —que levantaba brevemente la mano que no sujetaba las riendas casi como una bendición al pueblo que le vitoreaba— miraba con atención el paisaje de la entrada a la ciudad, dejando a un lado la muralla, la puerta de Jerez y, a lo lejos pero ya plenamente visible en su majestuosa altura, la torre de la iglesia mayor:

—Brava torre la que tienen aquí, asistente. Y famosa.

—Sí, majestad. Han dado ahora en llamarla Giralda, por la giganta de bronce que es su veleta y que gira en su extremo. Se nombra al todo por la parte, pero parece que ese nombre ha hecho fortuna. Quién sabe si se seguirá nombrando así en los años venideros.

—Pues no le extrañe, conde. Los nombres cortos, como dice, hacen fortuna; y el pueblo llano los recuerda en el tiempo. Y hablando de

pueblo, parece que toda la ciudad ha salido a la calle: mis guardias tendrán no poco trabajo para abrirnos camino.

Priego asintió. La comitiva, rodeada por un público entusiasta que amenazaba con desbordarla, se fue aproximando a paso lento a la torre del Oro, que lucía las mismas galas que el día anterior y que abría paso a la orilla del río, dejando a un lado la gran grúa de madera, la *machina*, desde donde se divisaba la banda de Triana cubierta de los barcos engalanados con gran acopio de banderas y de gallardetes, dejando el centro del río libre para la almiranta y la capitana de la flota, aderezadas y repintadas con esmero, en cuyos puentes grupos de músicos y de ministriles atronaban el aire con sus sonidos vibrantes y marciales, mientras en el cauce barcas y naves de todo tipo, abarrotadas de público, saludaban y aplaudían al rey Felipe mientras discurría por la orilla del Arenal, aunque habían dejado un canal libre para la regata que habría de celebrarse en breves instantes, coincidiendo con la marcha del rey hasta el puente y las inmediaciones de la puerta de Triana.

Las salvas de arcabuz y los disparos sin bala de las carronadas de las naos retumbaban en el ambiente, inundándolo del olor a cordita y a azufre de la pólvora, y de una espesa niebla artificial que secó e irritó las gargantas de los concurrentes: de ella salió, como un dios antiguo, la figura serena del rey rodeado de sus cortesanos, seguido por el cardenal y por sus dos sobrinos, los archiduques; y nuevos vítores surcaron el aire.

Feria y Priego, que habían estado visiblemente intranquilos mientras duraba la larga y estruendosa salva, se tranquilizaron al ver que nada parecía amenazar al monarca; y se dispusieron —aunque con reservas— a disfrutar también en lo posible del espectáculo, organizado como todo lo demás por el eficiente factor Duarte, que se extendía ante sus ojos en el río: una regata de nueve barcos —uno de ellos era el que el día anterior había transportado al rey hasta Bellaflor— con ocho remeros y un timonel cada uno, organizados en tres cuadrillas, que partiendo desde la torre llegaron hasta la desmontada puente de barcas, mientras el inmenso público, atascado en una enorme masa bulliciosa —sin duda, toda la ciudad estaba en la calle— trataba de atisbar al monarca durante su recorrido por el postigo del Carbón, la puerta del Arenal, el Malbaratillo, el arrabal de la Carretería y la puerta de Triana, aunque niños y mozos, aprovechando su menor tamaño, corrían entre las filas siguiendo a la comitiva durante largos trechos, siendo empujados hacia afuera por los guardias con escasos miramientos.

***

Juan de Mal Lara se encontraba colocado, con su mujer y su hija, esperando la llegada del rey junto a los arcos nuevos y las abigarradas decoraciones que Tortello había realizado para la puerta de Goles: ya divisaba la llegada de la comitiva triunfal, a escasa distancia de donde él se hallaba. El maestro, vestido con sus mejores —aunque algo desvaídas— galas, se sentía enormemente orgulloso del gran recibimiento que la ciudad le estaba dispensando al rey, digno de los antiguos triunfos de los generales y emperadores romanos. «Ciertamente esta es la nueva Roma de nuestro tiempo —se dijo— y el rey nuestro señor es el nuevo amo, como lo fue Augusto emperador, del mundo que conocemos. Un rey para el cual el mundo no es suficiente: *non sufficit orbis*».

Sintiéndose exultante —ese día se había comido en su casa incluso gallina, si bien vieja y magra, como celebración por la magna fiesta— Mal Lara alargó el cuello con el fin de no perderse nada: los primeros guardias y los maceros pasaban ya por el nuevo arco dórico de tres arcos, pintado a semejanza de piedra blanca y a la vista de las torres de nueva y efímera fábrica, decoradas con las estatuas de Hércules y del río Betis pintadas en tonos imitando al bronce, rodeados de los grandes reyes de España y de la Casa de Austria; el siguiente arco, que semejaba el monte Parnaso, estaba coronado de árboles y de hierbas aromáticas, con una fuente al pie, y en su altura, sentados, se apreciaba a los actores, actrices y músicos, ricamente vestidos y adornados, que representaban a Apolo y a las musas, coronadas de guirnaldas de flores, que mientras discurría la lenta y larga procesión cantaban y tañían armoniosamente arpas, violas y vihuelas.

El maestro retiró la gorra, ya que el rey en ese momento pasaba, bajo otra estridente salva de sesenta y dos piezas de artillería disparada desde el Altozano de Triana, justo bajo el primer arco: Apolo comenzó a lanzar rosas al paso del rey seguido por las musas, cantando y tañendo loas al monarca, que departía satisfecho, disfrutando del espectáculo y de la indudable belleza del momento con el príncipe Rodolfo de Austria, que iba a su lado; tras ellos traspasaron el arco el cardenal y el archiduque Ernesto, que le acompañaba, y continuaron avanzando ante los paneles bellamente decorados y pintados que representaban las villas y ciudades dependientes de la ciudad, que abarcaban un espacio de unos ciento cincuenta pasos hasta el siguiente arco y cuya disposición y armonía dejaron muy satisfecho al monarca, que sonreía gratamente sorprendido: Coria, Puebla, Hinojos, Lebrija, Villamartín, Salteras, Huévar y las otras numerosas localidades de la tierra de Sevilla rendían así homenaje al monarca de dos mundos, entre las armas de la monarquía y los letreros que exaltaban a Felipe II como defensor de la fe, cerrando los simulacros el de la propia Sevilla, en hábito de matrona a la romana, y la figura de

la Victoria, que humillaba al turco, ubicadas ambas en el otro arco, en el que se alzaban las figuras de los santos sevillanos: san Isidoro, san Leandro, san Hermenegildo y santas Justa y Rufina, coronados por la representación del rey Fernando, conquistador de la ciudad.

Ya el rey se perdía de vista, y el maestro, poniéndose la gorra y esperando a que la masa de gente se disolviera o al menos se aquietara, se apoyó en una de las bases del arco que representaba al Parnaso y descansó su baqueteado cuerpo a la espera de poder volver a su casa: temprano por la mañana, el rey iría a visitar la galera real y se esperaba que él se la mostrara y explicara. Así es que, cuando vio despejarse algo la multitud, y a la mayor velocidad que le permitían sus cansadas piernas, buscó la puerta de San Juan para llegar, evitando el cortejo real, a su casa de la collación de San Martín.

***

El jurado Medina aferraba con ambas manos, resbaladizas por el sudor, una de las veinticuatro varas plateadas que sostenían el palio de tela de oro con el que algunos regidores, veinticuatros y jurados, entre los que inesperadamente se encontraba él mismo —sin duda el conde de Priego había presionado para que figurara entre los portadores, como un premio y un honor también inesperado— habrían de recibir al monarca y, cubriéndolo del sol, acompañarlo durante su discurrir por las calles de la Sevilla en fiestas en la que acababa de entrar. El rey llegó —su caballo, resentido del esfuerzo, espumeaba saliva por el bocado y humeaba vaho— a donde le esperaba el palio, en una capilla improvisada junto a la puerta ahora ya Real, cubierta de brocados, y fue recibido por el asistente, el duque de Arcos y el resto de regidores. Priego pidió al monarca que jurara los privilegios de la ciudad, y el rey, sonriente y benévolo, le respondió en tono alegre:

—Me place, y de muy buena voluntad, porque lo merece Sevilla.

Una vez recibió el consentimiento del rey, Doria, el teniente del escribano de cabildo —que había dejado a Medina consultar los padrones del municipio con ocasión de la búsqueda del domicilio de Freire— le acercó un misal y una cruz de esmeraldas, sobre las que el rey juró, recibiendo las llaves de la ciudad. En ese momento las músicas —ministriles, coros, trompetas, tambores, atabales, violas, flautas, oboes, vihuelas— elevaron sus sones, atronando el ambiente con las salvas que nuevamente disparaban los cañones de los barcos, a los que se sumaron los instalados en el Altozano, en Triana y en la torre del Oro. Tomando Priego y Arcos las dos primeras varas del palio, lo elevaron con los otros portadores hasta cubrir al rey por completo, y se conformó de nuevo la procesión, precedida por el

caballerizo mayor, don Antonio de Toledo, con el estoque desenvainado sobre el hombro derecho y seguido por los maceros del municipio. Tras el rey, como hasta ese momento, seguían el cardenal y los príncipes, protegidos por la guardia de archeros y seguidos por los grandes y por los cortesanos.

Medina, que llevaba una de las varas intermedias del palio —por lo que podía ver la grupa del caballo de Felipe II, que avanzaba lentamente entre las compactas filas de la multitud que aclamaba al rey a lo largo de su recorrido por la larga calle de las Armas— notaba el peso y sufría el calor de la tarde con sus ropas: sus compañeros, los veinticuatros y jurados que lo portaban —entre los que estaban Saavedra y el factor Duarte— tampoco parecían estar pasándolo mejor, ya que tenían que asegurarse de que el rey estuviera cubierto por completo por la rica tela y protegido del sol, e iban ajustando su ritmo al paso más lento o más veloz de la bestia que llevaba al monarca. Las calles, regadas, limpias y atestadas de público, mostraban como en un escaparate balcones, miradores, puertas y ventanas engalanados con telas ricas, tapices y cueros dorados y labrados, con flores en ramos y en guirnaldas; y las bellas mujeres de Sevilla se mostraban alhajadas con sus mejores galas.

Algunas especialmente hermosas, como doña Blanca, la mujer de don Manrique de Zúñiga, o la marquesa de la Algaba, fueron obsequiadas por el rey, que se destocó ante ellas: una gentileza que imitaban los cortesanos que le acompañaban. En el numeroso, rico y abigarrado grupo estaban, con los nobles sevillanos —las casas de Arcos, Medina, Algaba, Olivares y Alcalá—, el nuncio y Fresneda, el confesor del rey; el príncipe de Éboli, Ruy Gómez de Silva; los duques de Feria y de Nájera y los marqueses de Mondéjar, Velada, Cerralbo y Aguilar; los condes de Buendía, Chinchón y Fuensalida; los embajadores del Imperio, de Francia, de Portugal y de Venecia; los presidentes de los Consejos y algunos oidores, los caballeros y gentileshombres de la cámara regia, y con ellos el loco Miguel de Antona, *Velasquillo*, uno de los hombres de placer del rey, viejo ya y casi acabado, pero ricamente vestido a costa de la ciudad con una librea con caperuza de terciopelo morado y tafetán blanco con bordados de oro, montado a la brida en un caballo morcillo: el que antes fuera un pobre pastor de Quintanarredonda iba hoy ataviado como un príncipe.

Y el camino seguía: Medina continuó aferrando, acalambrado, el varal del palio, andando con cuidado para no tropezar o dar un mal paso que hubiera sido una desgracia. Apreció, complacido, cómo el rey estaba precedido, seguido y rodeado por la guardia de archeros, que creaban —el duque de Feria se había ocupado concienzudamente de eso— un muro impenetrable. Y mientras tanto ya habían llegado a la plaza, y después entraron por una acicalada calle de la Sierpe para

desembocar luego en la plaza de San Francisco y en la calle de Génova. El jurado, como los demás, siguió avanzando: cansado y sudoroso, aún le quedaba un largo trecho hasta llegar a la catedral.

***

Pacheco, en pie junto al resto de sus cofrades eclesiásticos, ataviados los canónigos con sus hábitos corales, sus mucetas y sus ricas capas pluviales y los diáconos con sus dalmáticas, en la puerta del Perdón de la iglesia mayor, estaba esperando al rey, que habría de entrar esa tarde solemnemente en la catedral. Sobrellevaba la espera con el intercambio de diversas noticias y cotilleos que intercambiaba con el abigarrado grupo canonical, que zumbaba nervioso y que había tratado en tan corto tiempo —con el deán a la cabeza— de preparar un recibimiento lo suficientemente digno dadas las adversas circunstancias que habían de sufrir, ya que el papel del estamento curial sevillano iba a quedar sumamente deslucido en dicha jornada al haber partido de la ciudad días atrás el arzobispo con el maestro Guerrero, buena parte de los músicos y no poco del rico ajuar de la seo con el fin de recibir a su llegada a Castilla a la archiduquesa de Austria, sobrina y prometida del rey, a quien habría de acompañar a sus esponsales.

El olor de la masa clerical era acre, una mezcla de rancia ancianidad, escaso aseo, sudor añejo e incienso, aunque se veía matizado por el perfume y la fresca humedad que exudaba un arco de flores y hierbas olorosas, con ramos de cidras y naranjos, que cubría la puerta del Perdón a modo de cimbra triunfal vegetal y perfumada que refrescaría al rey cuando pasara por debajo, y que estaba rodeado de doseles de brocado. Se habían preparado unos curiosos nichos en los laterales donde, a modo de estatuas vivas, se encontraban trece músicos: seis ministriles y otros siete con vihuelas de arco, ataviados ricamente de raso de colores a la antigua, que afinaban los instrumentos para tenerlos dispuestos en el momento en el que hubieran de interpretar sus piezas. Ante el vano de la puerta, el cabildo había colocado un altar con una cruz y ricos candelabros a los lados, y un sitial de brocado para Felipe II. Ya se oía a lo lejos el bullicio de la procesión real, y el monaguillo que se había enviado al cruce de la cercana calle de Génova vino corriendo hasta las gradas, donde esperaban los clérigos —ese día estaban despejadas de mercaderes, de tratantes y de los esclavos que habitualmente se vendían en ellas—, para avisarles de la proximidad del cortejo.

Con una seña imperiosa, el deán dio la orden de comenzar una procesión que llevaría al cabildo a aguardar al rey en la esquina de donde había salido el mozo que le había avisado: vestido de preste y

con capa magna ricamente bordada, sostenía el *lignum crucis* de oro engastado con piedras de gran valor en las manos, e iba precedido por sus cofrades capitulares, por las veinticinco cruces parroquiales y demás clero. Pacheco, con el resto de los beneficiados revestidos con sus sobrepellices blancas, permaneció en las gradas como había mandado el protocolo: así tenía una vista privilegiada, y en ese momento veía a los dieciséis seises, ocho cantando y otros ocho bailando, que precedían y acompañaban al caballo del rey, aún resguardado bajo el palio portado por los regidores, y a los de su cortejo. Los seises bullían alrededor de la procesión, dando un efecto alegre y festivo a tanta solemnidad y arrancando sonrisas de los clérigos y de los apretujados espectadores, que pegados unos a otros hombro con hombro apenas podían moverse.

De repente, un gran estruendo le hizo fijar la vista en la cercana Torre del Aceite, situada enfrente de la antigua y rumorosa pila del Puerco, en la que se hallaba colgado el gran modelo de una galera, que sin duda había sido una sorpresa —él no tenía noticia alguna de esa singular invención— creada por Tortello para festejar simbólicamente el poder de la flota que iba a armarse contra el turco: ¿habrían intentado los conspiradores a sueldo de Selim atentar contra el rey, pese a todos sus esfuerzos por evitarlo? Pero no: la galera era en realidad la estructura que albergaba en su interior un complejo fuego de artificio, que ardía y arrojaba bolas como balas de cañón en llamas, y cuyas explosiones y truenos subían al cielo llenando el aire de un olor a pólvora y a azufre que se mezclaba con el del incienso y el de las guirnaldas de plantas y flores, y que sin embargo no espantó al caballo de batalla que llevaba al rey, ni tampoco al propio monarca, que permaneció imperturbable.

Pacheco, que estaba situado a la derecha de la puerta del Perdón, vio desde arriba descabalgar a don Felipe, que apoyó ambos pies en un pequeño escalón que rápidamente fue retirado por un lacayuelo: no podía oír nada debido a la distancia, pero vio cómo el rey se arrodillaba ante el altar que se había dispuesto en la puerta, y cómo el deán le tomaba juramento de respetar los privilegios de la iglesia de Sevilla, que le habían sido concedidos por los reyes sus antepasados. Cuando Felipe II se incorporó, los músicos de los nichos laterales cobraron vida y atacaron sus instrumentos, los cantores dieron principio a sus cantos y entre todos produjeron una armonía que envolvió a todos los presentes: parecía que el cielo hubiera bajado a la tierra. Y el rey, buen conocedor de música —no en vano había tenido en su nómina al genial Antonio de Cabezón hasta su muerte cuatro años atrás— pareció disfrutar del concierto de las voces, del sonoro eco de los ministriles y de los delicados acordes de las vihuelas.

La procesión se puso de nuevo en marcha, y Pacheco tomó su lugar

—al ser un beneficiado reciente, iba de los primeros de la fila—, andando lentamente y siguiendo a través del gran patio cubierto de árboles, que apenas lograban ocultar los andamios, los escombros y los materiales que estaban utilizándose para la construcción de la aún inacabada capilla Real, en unas largas obras que habían dado comienzo en 1551 y que aún no habían terminado. Minutos después, las largas filas en donde se encuadraban clérigos y cortesanos, y que culminaban en el rey, a quien acompañaba el deán, entraron —cantando con lo que trataban de ser pulidas y afinadas voces un solemne *Te Deum*— en la inmensa mole de la catedral para detenerse en el altar mayor, donde el monarca reverenciaría a la pequeña imagen de madera y plata de la Virgen que daba su nombre a la gran sede antes de dirigirse hacia el Alcázar.

***

Medina, Duarte y don Juan de Saavedra charlaban animadamente a la salida de la catedral, en la puerta que llamaban del Antigua y también —y desde ahora con mayor razón— del Príncipe: a los tres les había tocado la ardua tarea de llevar las varas del palio real
—ahora apoyado contra uno de los muros de la catedral, a la espera de que volviera a ser utilizado—, y aguardaban la salida del monarca de la iglesia mayor para acompañarle con toda ceremonia hasta el vecino Alcázar. Comentaban el gesto misericordioso del rey, que atendiendo las súplicas de los presos a su paso por la cárcel real había ordenado liberar a aquellos que lo estuvieran por deudas, lo que fue aplaudido hasta lo indecible por todos aquellos que ya no esperaban más que pasar de este mundo al otro sin salir nunca de esas gruesas y crueles paredes:

—Notable gesto ha sido ese del rey nuestro señor, ¿no es cierto, señores? —dijo Duarte a Medina y a Saavedra, mientras se atusaba las ropas ceremoniales y se sacudía los bajos, amarillentos del polvo y embarrados—. Ha sido muy compasivo. Vive el cielo, que querría ahora tener dos palabras con quien haya ideado este maléfico traje. No puedo con su peso, da un calor indecible y con el largo de la túnica y del manto va recogiendo todos los miasmas de la calle, ¿no les parece? No veo el momento de poder quitármelo.

—El rey ha sido generoso en extremo, factor —respondió Saavedra, mientras Medina asentía—. No solo honra a nuestra ciudad con su visita, sino también con sus atenciones y su compasión por los más desvalidos. Y mejor será, señores, que no hablemos del traje; porque se trata más bien de un instrumento de tortura. Pero miren: llega hacia aquí un ujier. El rey debe estar ya terminando y a punto de salir por la puerta. Habrá que ir tomando de nuevo las varas del palio para

acompañarle. Vean, sí, ahí le veo. Se está despidiendo del deán, y a su lado derecho va el asistente.

—Que supongo que ahora tomará también su vara. Vamos, tomemos las nuestras y aguardémosles —dijo Medina, dirigiéndose presuroso hacia el muro donde estaba aún apoyado el palio.

Fuera estaban ya los caballos esperando en la plaza de los Cantos, junto al estudio de San Miguel, que habían limpiado y despejado en pocos días, dejando a un lado y en donde el rey no los vería los materiales —piedras, ladrillos, madera y arena— que se estaban utilizando en las interminables obras catedralicias. El monarca salía ya con el asistente, comentando divertido con él la donosura de un seise, que le había importunado entre bromas y veras hasta que consiguió sacarle una sustanciosa propina que después el conde de Chinchón le daría en el Alcázar:

—Ha sido insistente el mozo, ¿no, Priego? Parecía que fuera a tomarme en rehenes, hasta que no le diera el aguinaldo que pedía.

—Lo ha sido, majestad. Pero hay que reconocer que con su gracia se lo ha ganado. En fin, no sé si gracia o desvergüenza, que eso no está muy claro cuando se trata de los cantorcicos y seises de esta iglesia. Confío en que lo que ha visto haya placido a vuestra majestad.

—¿Placido, conde? Me ha dejado asombrado. Nunca he visto, y he viajado en mi juventud, iglesia tal. Y en cuanto a la obra nueva, mejor es su sacristía mayor que toda mi capilla real. Es asombroso, como le digo. Y me cuentan que también el Alcázar es lugar de maravillas. Por cierto —al rey no se le escapaba nada—, ¿no es uno de los pesquisidores que vuestra señoría envió a Bellaflor uno de los jurados que llevan hoy mi palio, con don Juan de Saavedra?

—Sí, majestad. Creí conveniente premiarles con ese honor. Hicieron un trabajo excelente al deshacer la conjura que hubiera herido, o quizás incluso muerto, a vuestra majestad con esos barriles de pólvora.

—Ha hecho bien. Y quiero premiarles, Priego: pero lo haré antes de marcharme de Sevilla. Piense en qué podrían desear, o necesitar. Ah, y quiero hacer lo mismo con el factor Duarte. Se ha tomado muchas molestias y ha organizado todo magníficamente. Habrá que honrarle también. Bien, conde: ahí le espera su vara, y allí me aguarda mi caballo. Sigamos hasta el Alcázar y por fin podremos descansar, que bien lo necesito después de una jornada tan larga.

El rey montó de nuevo a caballo seguido de su séquito; los regidores y los guardias, al igual que el cardenal, los archiduques y los grandes tomaron cada uno su lugar, y nuevamente la serpenteante procesión, entre las masas de gentes que a ambos lados atestaban la plaza, siguió su camino hasta la antigua fortaleza musulmana, donde el monarca —al fin— podría reposar durante esa noche.

***

El teniente jenízaro, vestido como un sencillo ciudadano cualquiera que no podía distinguirse en absoluto del resto de la gente bulliciosa que le rodeaba —gente que por un día se había lavado y aseado y lucía sus mejores galas—, se encontraba en medio de la multitud que esperaba y aclamaba al rey en la zona más cercana al palacio, en la plaza de los Cantos: había conseguido situarse ante un solar abierto junto a las herrerías cercanas a la casa de la Moneda, y desde la lejanía —le había sido imposible acercarse más, y tampoco deseaba hacerlo, ante la sin embargo improbable posibilidad de que alguien le reconociera— podía ver ya a la comitiva real, que se acercaba a la puerta de la fortaleza, abierta de par en par y custodiada por la guardia española, que rodeaba al alcaide, el conde de Olivares, que aguardaba al rey teniendo a su lado a dos pequeños lacayos: uno de ellos sostenía sobre un mullido cojín de damasco rojo las llaves de la fortaleza, para que el conde pudiera entregarlas al monarca.

La noche estaba echándose al fin, y lacayos portando hachas encendidas hicieron un pasillo para abrir camino al rey, que se acercaba rodeado de su guardia, acompañado por regidores y cortesanos; pero en ese momento comenzaron a arder con gran potencia unos fuegos artificiales en la torre del Alcázar, que partían de una estructura oculta hasta entonces y que poseía forma de dragón con las alas y boca abiertas, echando fuego por esta última y cubierto de escamas verdes, que hacía volar sobre la multitud y los tejados cohetes que explotaban y voladores que tronaban con gran fuerza. El rey hubo de sujetar su caballo espantado, contenerlo y tranquilizarlo hasta que pasaron las pirotecnias y las explosiones; y por fin, tomando las llaves de las manos de Olivares, entró en el palacio visiblemente cansado, acompañado de su séquito. Entonces se encendieron luminarias en la torre de la iglesia mayor y en los tejados de la seo: los ministriles interpretaron piezas desde el cuerpo de campanas de la torre durante largo tiempo mientras la multitud, aflojando la presión que la había tenido comprimida desde la tarde, fue dispersándose poco a poco. El turco, que había visto ya —aunque fuera de lejos— a quien si Dios lo permitiera habría de ser su víctima, volvió a la casa del alférez Molina donde un cómodo lecho le aguardaba. Había creído ver también, entre la fila de los caballeros veinticuatro, en uno de los primeros lugares —los que ocupaban los regidores más recientes— a su aliado. Esto le hizo pensar que ya faltaba menos para cumplir su propósito, el que le había traído a Sevilla: pronto, muy pronto, acabaría con la vida del rey. Solo quedaba esperar que su asociado —que lo era, aunque por lo que el turco colegía, a regañadientes tras la muerte de Freire— le avisara.

# DIECISIETE

*Sevilla, miércoles, 3 de mayo de 1570*

Y el aliado de Karaçaj salía en ese mismo momento de su casa, ya abierta la mañana el día después de la entrada del rey en la ciudad, para recoger en su coche al maestro Mal Lara. Una breve nota de Molina que le entregó su mayordomo tras acompañar, formando parte de la procesión de los veinticuatro, a don Felipe hasta el Alcázar, le convocaba para ese mismo día: el rey visitaría la colección del alférez a última hora de la tarde del miércoles. Todo se aceleraba, y un nudo áspero y prieto se instaló en su estómago. Tras la visita del rey a la galera, habría de escribir él mismo otro billete para avisar al turco: el espía de Selim tendría de todos modos tiempo suficiente para preparar el magnicidio.

La noche pasada había dormido poco y mal, y ese cansancio lo notó de inmediato Mal Lara al subir al bamboleante coche, ya que le preguntó la causa de su evidente malestar: pudo explicar su decaimiento con facilidad, aludiendo al cansancio que le había provocado su participación en el recibimiento del rey el día anterior. Con las calles casi vacías —la fiesta y la celebración habían durado hasta altas horas de la noche—, el vehículo tardó poco tiempo en llegar a las Atarazanas, que estaban vigiladas por dos filas de la guardia tudesca: el duque de Feria, con profundas ojeras de sueño, disponía lo necesario para controlar quién entraba y quién no en el edificio. El duque conocía a Mal Lara y a su acompañante: tras unos breves saludos, les permitió acceder hasta el interior, donde aguardaban ya Tortello, el escultor Juan Bautista Vázquez y otros operarios. Según les dijo, don Felipe no tardaría en llegar.

***

Don Felipe, de hecho, se encontraba en ese momento en una de las cuadras —las habitaciones— del Alcázar. Con él se encontraban Espinosa, el príncipe de Éboli —a quien el cardenal y el rey habían puesto en antecedentes de todo lo ocurrido—, Priego, don Juan de Saavedra, Martel y Mateo Vázquez, que acompañaba al cardenal. El rey escuchaba atentamente a este último, que había organizado con Priego la protección continuada del monarca mientras durara la visita. La intención era sencilla: don Felipe, además de su guardia, estaría siempre acompañado en sus salidas por alguno de los conocedores de la conspiración: Saavedra, Medina, Pacheco o Martel. Eran quienes tenían el ojo más avezado y quienes estarían más atentos, ya que sabían lo que podría ocurrir caso de que se descuidaran por un simple

instante; y hasta ahora habían conseguido evitar la tragedia planeada en Bellaflor. Eran, sin duda, la mejor —o la única— opción que tenían ante un enemigo obstinadamente oculto, además de la atenta mirada del duque de Feria y de sus guardias.

Hoy el cardenal había establecido dos turnos: por la mañana, acompañarían al rey don Juan y Martel a visitar la galera, y tanto Espinosa como Priego y Vázquez llevaban desde primera hora de la mañana valorando el programa que el rey seguiría en la ciudad durante los quince días que duraría su visita, ya que todo el mundo quería verlo: la nobleza y los gremios, las cofradías, el clero y las religiones… y todos ellos habían previsto fiestas, solemnidades y funciones, pero el rey había desechado dichos ofrecimientos

—con cordura, pensaba Espinosa— por hallarse aún de luto tras la muerte de su esposa y de su hijo.

Por ejemplo, los teatinos del colegio de San Hermenegildo querían homenajear al rey con la celebración de una función latina escrita por uno de sus clérigos, el padre Acevedo; y habían insistido mucho en la asistencia del monarca a la misma —los alumnos habían ensayado durante varios días y los padres jesuitas habían trabajado arduamente en la preparación de la obra—, pero Espinosa no era amigo, y en ello le secundó el resto, de tener al rey durante tanto tiempo en un espacio cerrado y rodeado por gentes a las que era difícil controlar, por lo que había decidido finalmente enviar una carta de disculpa al rector: sin duda quedaría desilusionado

—lo que por otra parte no disgustaba del todo al cardenal, celoso del predicamento que los jesuitas, o teatinos, estaban teniendo en la corte desde que recibieran el amparo de doña Juana de Austria, la hermana del rey, ahora retirada en el monasterio de las Descalzas que había fundado—, pero no había otro remedio. Tampoco habría toros, ya que el papa Pío V los había prohibido tres años atrás.

Otra visita, sin embargo, se mantenía por el especial interés que el rey tenía en ella: acompañado por su caballerizo don Diego de Córdoba y desplazándose de incógnito en un coche cerrado, don Felipe visitaría a última hora de la tarde la casa del alférez Gonzalo Zatico de Molina, que poseía una interesante colección de curiosidades. El rey, de mente inquieta y siempre interesado por las ciencias y las artes, tenía mucho empeño en conocer las maravillas que, según le había contado su caballerizo, poseía Molina en sus casas de la calle de los Francos.

—Eminencia —dijo Mateo Vázquez—, el jurado Medina y el beneficiado Pacheco podrían acompañar a su majestad —aquí el clérigo se inclinó ante el rey— y estar atentos y pendientes durante la visita a la casa de Molina. Puedo enviar una carta al alférez para que los añada a la lista de quienes estarán presentes durante la breve

estancia de nuestro señor en la casa.

—Bien, Vázquez, hágalo —dijo Espinosa—. Como ya he dicho, creo que, al ser los únicos que conocen realmente el peligro al que nos enfrentamos, debemos asegurar la presencia de algunos de estos caballeros en todos los movimientos que haga el rey en estos días. Su majestad —dijo, mirando al rey, presto ya a salir para el Arenal— está de acuerdo con esto.

—Lo estoy, eminencia. No puedo esconderme durante el tiempo que vaya a pasar en Sevilla, ni quiero hacerlo; pero es prudente lo que dice. La compañía de estos señores será un añadido a mi protección. Bien, marcho ya para las Atarazanas y no deseo llegar tarde. Éboli, venga vuestra excelencia conmigo. Don Juan, alguacil, ¿me acompañan? Saldremos en dos coches cerrados, así no crearemos una expectación indeseada. Luego, al mediodía, creo que habrá un almuerzo en el patio grande para agasajar a los dos cabildos, por lo que no podremos dedicarle demasiado tiempo a la visita a la galera de mi hermano, aunque es un asunto de gran interés para mí, y querría verla con detalle. Y he de volver a trabajar, porque si no, como bien saben, señores, los papeles se acumulan. Pero dejemos ahora eso y vayamos a las atarazanas.

El rey y sus acompañantes salieron, metiéndose en dos carruajes cerrados y sin señas que, con una fuerte escolta a caballo, tomaron hacia el río y llegaron en unos minutos a la puerta del viejo astillero fundado por Alfonso X en 1252, ante la antigua resolana del Guadalquivir. Pese al incógnito y al secreto, una pequeña multitud se había reunido ante el centenario edificio para aclamar al rey, que descendiendo del carruaje saludó levemente a los curiosos y entró, rodeado por la guardia y acompañado por el duque de Feria, en el amplio edificio que por entonces albergaba en su primera nave la casa de la pescadería —que se había limpiado, despejándola del género que habitualmente se vendía en ella— aunque el fuerte olor del pescado aún persistía, pese al baldeado, a la entrada del monarca. Las altas y oscuras naves góticas de ladrillo estaban sumidas en una penumbra que hacía difícil distinguir la gran galera que, fuertemente sostenida por dos andamios de madera, impresionó al monarca y a quienes le acompañaban una vez la vieron.

Aún desarbolada, el gran tamaño de la galera empequeñecía la amplia nave en donde estaba ubicada. Los mástiles le serían colocados una vez fuera fletada en el río, a donde sería llevada por carros de bueyes sobre un camino de troncos de pino recién cortados. Para que durante esa corta travesía tuviera la suficiente estabilidad, los constructores e ingenieros habían pensado en contenerla con un pasillo de paredes de tablazones hecho a su medida, sobre el que correrían dos pasaderas desde las que los operarios tirarían de las

sogas que, amarradas a las bordas, la desplazarían hasta la orilla.

La obra viva estaba apoyada mientras tanto en un fuerte maderamen que corría de proa a popa, y que le proporcionaba al buque la necesaria estabilidad para que los artistas, obreros y artesanos trabajaran en su interior, en la obra muerta. Olía fuertemente a cola, pintura y barnices, aunque la galera ya estaba, en realidad, concluida: quedaban algunos detalles por pulir, pero de menor entidad. El conde de Priego, acompañado por Tortello, por el escultor Juan Bautista Vázquez y por el maestro Mal Lara, recibió al rey en la proa, rematada por una efigie en bronce dorado de Neptuno montado en un delfín, obra de Bartolomé Morel, quien había fundido la Giganta de la torre mayor de la seo. El rey, viendo la magna obra, se entusiasmó:

—Señores, he de decir que no esperaba esto. Priego, es… magnífica. Conde, puede estar orgulloso: la comisión que se encargó a la ciudad se ha cumplido de sobras.

—Majestad —dijo el conde— el mérito es en realidad de los maestros Tortello, Vázquez y Mal Lara: el primero ha completado la arquitectura de la nave; el segundo ha esculpido, con sus ayudantes, las imágenes y los relieves; y el tercero, ayudado por otros eruditos, entre los que se encuentra el beneficiado Pacheco, a quien vuestra majestad también conoce, ha creado los motivos, los temas y el discurso simbólico de la galera.

El rey miraba con suma atención las armas de la monarquía labradas en la proa; y mientras recorría entusiasta la banda de babor del imponente barco, respondió al conde:

—¿Mal Lara? Claro, me alegra ver de nuevo a vuestra merced, maestro. Le traigo recuerdos de su buen amigo Montano, que ha quedado en Madrid con la ardua tarea de clasificar un envío de libros que acabamos de recibir para la biblioteca del Alcázar. No ha podido venir, con gran pena suya. Aún recuerdo, maestro, los hermosos poemas que compuso para mis Tizianos: sigo disfrutándolos cada vez que los miro. Me satisface mucho que haya podido, finalmente, cumplir el encargo que se le encomendó a la muerte del Bergamasco.

—Majestad —respondió el maestro, inclinándose— poco hubiera podido hacer yo sin el concurso de mis amigos, y sin el auxilio de los artistas que hoy nos acompañan, que son los verdaderos artífices de todo lo que este barco representa: la victoria indudable de la Cristiandad frente al turco.

—Victoria indudable que bien necesitamos, maestro. Señores… —dijo el rey, agarrándose a la escalera de madera desbastada que llevaba hasta la labrada escala dorada que, una vez en el mar, permitiría subir a la nave a los ocupantes de los esquifes que a ella se acostaran— ¿Subimos a ver la galera desde dentro? Debo confesarles que hoy tenía previsto trabajar, pero creo que dedicaremos, ¿no es así,

Éboli?, toda la mañana a ver esta nueva maravilla del mundo. Se me acumularán los papeles, qué vamos a hacerle; pero no puedo irme de aquí sin conocer este prodigio con todo detalle. Espero que me ilustren todo lo posible sobre su construcción y su adorno, señores —los rostros de Mal Lara, de Tortello y de Vázquez se iluminaron—. Tenemos todo el tiempo que necesiten: su trabajo merece toda mi atención. Lo demás podrá esperar.

***

Ya era pasado el mediodía, y el teniente turco acababa de recibir un billete anónimo, llevado por un pajecillo que había marchado, veloz, una vez lo depositó en sus manos. El mayordomo de Molina —un metomentodo al que Karaçaj estaba deseando, pese al poco tiempo que llevaba en la casa de la calle de los Francos, ajustarle las cuentas —, ocupado con los preparativos para la visita del rey, no había metido por una vez las narices en los asuntos ajenos; así es que pudo retirarse un momento a la cava para poder leer la breve esquela. Rompiendo el pegote de lacre sin sello bajo un candil, leyó las cortas líneas en las que el socio de Freire le describía la protección que se había dispuesto para el rey, mayor que la habitual debido a los acontecimientos que habían sucedido en Bellaflor; y le comunicaba que esa misma noche el Austria visitaría la casa del alférez. Esto último ya lo suponía, porque desde primera hora de la mañana el estrépito de los preparativos y el ruido provocado por criados, lacayos y fregonas en la limpieza de la casa había sido ensordecedor.

El caso es que no tenía mucho tiempo, pero tampoco era necesario demasiado para lo que iba a hacer. El espía de Selim se llevó la mano al pecho, donde colgaba, sostenida por una pequeña cadena, una redomilla de metal plateado que contenía una sustancia espesa y concentrada: la savia del manzanillo, un árbol procedente de las Indias que era letalmente tóxico: incluso tocar su tronco podía provocar graves lesiones, eczemas y quemaduras. Su ingesta, tanto la de su savia o la del líquido procedente de la cocción de sus hojas y sus ramas, incluso la inhalación del humo producido al quemarlo producían la muerte. Había sido el último servicio de Freire: cuando el turco le explicó su intención de atentar contra el rey, le proporcionó, explicándole las virtudes de su contenido, la pequeña redomilla que parecía tan inofensiva. Ahora solo quedaba administrar el líquido en una sencilla copa de vino que le sería servida al rey tras la visita al gabinete de las maravillas de Molina. Y entonces los enemigos del islam y del sultán se disgregarían, y nada podría impedir el triunfo de los musulmanes en la revuelta de Granada. Y ¿quién sabe? Quizá la muerte del rey de España, y el enorme vacío que se produciría tras

ella, facilitara que el islam, con la ayuda y el impulso del gran turco, volviera a señorear los lugares que había perdido: ese Al-Ándalus que ahora, con suerte, podría volver a estar al alcance de la mano.

***

El jurado Medina y Lopillo, a quien llevaba peinado y perfumado como su elegante paje, esperaban en la pequeña sala a que el beneficiado concluyera su aseo. Se oían, a través de la puerta de casetones labrados, los resoplidos —«casi como podrían ser los de ese monstruo marino que llamaban ballena», pensó Lopillo, que pese a sus ocho años largos de vida tenía ya algunas lecturas— de Pacheco, que se lavaba a conciencia: no quería aparecer sucio o sudoroso ante el rey, siempre tan pulido y tan cuidadoso de su aspecto; así es que se estaba empleando a fondo. Incluso se había lavado los dientes haciendo gárgaras con vino dulce, y en ese momento extendía su mano hacia un pequeño pomo de perfume que el ama le había dejado en la mesa de su cuarto. Colgado de un clavo en la pared, relucía —esta vez por limpio y no por los desgraciadamente habituales lamparones de grasa— su mejor hábito; y había mudado también camisa, calzones, medias y ropa interior. El bonete cepillado, el manteo repasado y desempolvado, los mejores zapatos de cuero negro que poseía esperaban a que Pacheco peinara con una lendrera de hueso su crespo y fosco pelo negro —aunque en la barba ya se divisaban algunas canas aisladas—, y finalmente saliera a la calle para subir, con el jurado y el mozo, a la cercana calle de los Francos.

—¿Le queda mucho a vuestra paternidad, padre? —preguntó el jurado, con un tonillo que indicaba que él y el descarado pajecillo se estaban riendo de lo lindo—. Lope y yo podríamos estirar las piernas en el patio, si aún os queda mucho.

—No, jurado. Pero me permito recordaros, amigo mío, que la paciencia es una virtud que Dios os premiará en el cielo. Así es que esperad un par de minutos más, que es lo que me resta para terminar.

—Claro, Pacheco. Os ruego que no os incomodéis, pero estamos citados en breve en la casa del alférez Zatico de Molina, y no quisiera llegar tarde.

En ese momento la puerta se abrió, y Pacheco salió de su cuarto envuelto en una nube de perfume, y algo amostazado porque percibía claramente que Medina y Lopillo habían pasado un buen rato a su costa. Gruñendo levemente, bebió un largo trago directamente de la jarra de barro que contenía agua fresca tomada esa misma mañana del pozo, y despabiló una de las humeantes velas de sebo —el beneficiado, con su corto sueldo, pocas veces podía permitirse las de cera— que el ama había encendido para dar luz a la estancia, ya que

el sol estaba a punto de ponerse.

—Bien, vámonos en buena compañía y con el amparo de Dios nuestro señor. Esperemos que hoy no suceda nada y podamos disfrutar en paz de la visita a la casa del alférez. La verdad es que estos días pasados me han dejado la cabeza un poco gruesa: espero despejarme con el paseo, Medina. A ver —dijo el beneficiado sonriente, dirigiéndose al pequeño Lope— mozo impertinente, un respeto a quienes son tus superiores por saber y condición: como vuelva a oírte riéndote de mí, te voy a dar un capón que no vas a olvidar —Lope se escabulló riéndose, ya que sabía que el hombre de Dios que era el beneficiado no tenía intención alguna de hacerle nada; y bajando a saltos la escalera, precediendo al caballero y al clérigo, se puso en la puerta de la calle, encaminando los tres sus pasos hacia la casa de Molina.

***

En el patio de la casa del alférez, oloroso de perfumes quemados en pebeteros, deslumbrante gracias a las llamas de las blancas velas de cera, adornado por guirnaldas de flores entre los arcos y los mármoles genoveses de las columnas, estaban ya algunos invitados departiendo con Molina, que apenas podía disimular su nerviosismo y su impaciencia: en una esquina del patio, algunos músicos —una viola, una tiorba y un arpa— tocaban bellas y suaves piezas del tratado de glosas compuesto por Diego Ortiz en Roma en 1553, que daban un ambiente refinado y sereno a la reunión. Una serenidad que buena falta le hacía al alférez Molina, que temblaba a ojos vista ante sus visitantes. A él se acercó el caballero con una copa de vino, deseando tranquilizarlo: también él, aunque lo disimulaba eficazmente, estaba nervioso. ¿Saldría bien el plan? Esperaba que sí; el turco era hombre resolutivo.

Mientras tanto, seguían llegando invitados: el caballero los conocía a todos, y saludaba a quienes se dirigían a Molina —en ese momento el alférez cumplimentaba al doctor Franco, a quien acompañaban Mal Lara y su hija, a la que él tan bien conocía, y que apenas le dedicó una mirada esquiva y desinteresada— para agradecerle haber sido incluidos en la codiciada lista de asistentes a la visita que, en escasos minutos, el rey haría a la casa de la calle de los Francos. Por la puerta entraban en ese momento Pacheco y el jurado Medina, acompañado este último por un pajecillo que se quedó junto a una de las mesas en donde el mayordomo había dispuesto una rica vajilla para el servicio del rey: el caballero vio cómo el jurado, que quizá no las tenía todas consigo con el chico, le aleccionaba para que se quedara, quieto y esperándole, al lado de la mesa.

El ruido crecía, el calor de las conversaciones se mezclaba con la tensión de la espera; pero de repente se oyó ruido en la calle: caballos y carruajes, las voces broncas de la guardia, los hombres descabalgando, las órdenes cortas y precisas. Molina palideció: el rey, como tantas veces había soñado, se hallaba en la puerta de su casa. La música calló, y por la puerta entró un teniente de la guardia, acompañado por un numeroso grupo de guardias españoles, a los que seguía el duque de Feria, ante quien los invitados se inclinaron; el rey entró, no demasiado alto pero con un empaque solemne, con una dignidad extremada que hacía que nadie pudiera dudar de su autoridad, acompañado por el príncipe de Éboli y por su caballerizo don Diego de Córdoba, hacia quien se dirigió Molina, amigo suyo desde hacía largo tiempo:

—Majestad —Gonzalo Zatico de Molina se arrodilló ante el monarca, dándole la bienvenida a su casa—, bienvenido sea a esta su casa.

—Señor —intervino Córdoba— este es el alférez Molina, dueño de esta casa, fiel servidor de vuestra majestad y propietario de una extraordinaria colección de maravillas que, tal y como le dije, es de obligada visita para toda persona con gusto que pase por esta ciudad.

—Gracias, don Diego —respondió el rey—. Y gracias, alférez. Agradezco su invitación a su casa. No es mi intención molestarle mucho rato, aunque sí deseo ver con detalle esa cámara de maravillas que me han dicho que tiene. Incluso, si no me equivoco, posee también reliquias, ¿verdad? Muchas estoy trayendo yo para la futura iglesia del nuevo San Lorenzo, aunque aún, ¿no es cierto, príncipe?, ni siquiera he logrado que se concluya el monasterio. La iglesia es de prestado, porque según me dicen todavía queda largo tiempo para dar comienzo a la que está proyectada. Pero confío en que, con el amparo del Señor, podamos darle fin para su mayor gloria.

—Sí, majestad. Tengo el honor de poseer algunas reliquias, que se guardan en el oratorio de esta casa: sería para mí un privilegio que vuestra majestad tome la que desee entre las que poseo, y así la mía forme parte de las que se custodiarán en San Lorenzo. ¿Qué mejor lugar puede haber para ella que una casa que, además de para el rey, es para Dios?

—Muy cortés es vuestra merced, alférez, y no quiero dejar que esa cortesía quede en saco roto. Así es que acepto, como no podía ser de otro modo, su oferta —dijo el rey, sonriendo benevolente y encantado tras haber conseguido una nueva presa para su fundación del Escorial, mientras avanzaba saludando a las damas y caballeros que, profundamente inclinados, le recibían en el patio—. Vayamos entonces primero a ver ese oratorio, y le ruego que me enseñe con detalle esas reliquias que tiene. Tengo pensado…

—carraspeó, con la garganta seca— tengo pensado, digo, incluso

encargar que se haga un inventario de todas las que hay en mis reinos. Y llevar a mi monasterio algunos de los restos más sagrados que hoy, con la bendición de Dios, tenemos la gracia de conservar. Pero habré de dejarlo, me temo, para más adelante: ahora hay cuestiones más urgentes a las que atender. A su oratorio iremos solo nosotros cuatro; no es necesario que sus invitados nos acompañen ahora, aunque el duque —don Felipe miró a Feria— nos seguirá. Los demás podrán sumarse a nosotros cuando vayamos a ver su gabinete. Bien, Molina: ¿comenzamos la visita?

***

El rey había visitado el oratorio de Molina y ahora llevaba entre las manos su trofeo, que dejó en las del duque de Feria: un mechón de cabellos de santa Justa, una de las patronas de la ciudad, que aún conservaba un desvaído y ya apagado tono castaño, custodiado en un bello relicario de plata dorada, esmaltes y cristal de roca, que el padre del alférez había conseguido a un alto precio. Lo había obtenido del cuidador del monasterio de San Isidoro del Campo aprovechando el vacío dejado por la huida de los monjes, convertidos al protestantismo, hacia tierras que esperaban más seguras, aunque después —de eso se ocuparon a fondo los calvinistas— no lo serían tanto. Pero el rey estaba contento, y mucho, con su nueva adquisición: y por ello, más sonriente de lo habitual, departía con un extasiado Molina que revoloteaba a su alrededor, mientras le acompañaba —seguido ya por todos sus invitados— hacia la escalera; y de allí a la galería en donde, colocados con arte y con acierto, los simulacros y curiosidades del alférez esperaban la visita del rey de las Españas. Mientras ascendían al piso de arriba, la música subió el tono, tratando de poner alguna armonía a lo que se estaba convirtiendo, por momentos, en una aglomeración sin orden ni concierto que los guardias trataban en vano de controlar.

***

Lopillo, apoyado en una de las paredes cercanas a la gran mesa, cubierta por un mantel de damasco blanco nuevo, esperaba a que el jurado y el beneficiado bajasen: la visita estaba durando más de lo previsto y el mozo se aburría. Mientras tanto, dirigidos por el seco y ceñudo mayordomo de la casa —un hombre sin duda pagado de sí mismo, según pensó el muchacho, que pese a su corta edad era buen conocedor de la naturaleza humana—, unos criados presurosos se aprestaban a colocar diversas viandas y jarras de costosos vinos enfriados en grandes bandejas llenas de nieve, con el fin de agasajar al rey y a los invitados. El mayordomo, atento a todo lo que sucedía, se

percató de que algo faltaba:

—¿Y el vino para el rey nuestro señor? ¿Dónde está el candiota? Mozos, buscadle. Ese vino debe estar puesto en la mesa antes de que el rey baje.

—Venía ahora, señor: estaba vertiendo el vino en una jarra, y subía de la cava. Mirad, ahí llega —el mayordomo se volvió, y vio a Karaçaj saliendo de las cocinas, situadas en la trasera del patio principal, llevando en las manos una rica jarra de plata labrada, recién dorada y engastada con piedras semipreciosas. Con una seña brusca, que le mereció una mirada destemplada del turco —«ya me las pagarás en cuanto tenga ocasión», pensó este último—, le indicó que colocara la jarra al lado de cuatro copas dispuestas en el centro de la mesa. El turco lo hizo así, y con lentitud se retiró por donde había venido: ahora habría que esconderse hasta que pudiera escapar de la casa.

Lopillo había palidecido al reconocer al visitante de Freire, que había estado alojado en la quinta de Triana durante su cautiverio: ahí estaba el turco al que todos estaban buscando. Recordó, como si lo estuviera viendo en ese mismo instante, el rostro embozado, la quemadura de pólvora en la cara, la mirada severa y despiadada. Con una inteligencia superior a sus cortos años, el chico se dio cuenta de lo que aquello significaba. Ese vino que había dejado el turco en la mesa… ese vino debía contener algo que no debía probar el rey. Algo mortal, algo peligroso. Aprovechando la semipenumbra de la galería en la que se encontraba, Lopillo retrocedió hasta la pared con el fin de que le ocultaran las sombras: el mayordomo había subido al piso de arriba con dos de los criados, y la mesa había quedado desatendida. Tenía que encontrar al jurado y al beneficiado como fuera: eran ellos quienes podían parar el terrible designio del turco. Pero los dos pesquisidores aún se encontraban arriba, en el piso alto de la casa de Molina. Tenía que subir; tenía que contárselo. Había que impedir que aquello sucediera. Pero en ese momento, entre un ruido creciente producido por los invitados que bajaban tras el rey, Lopillo advirtió que no había tiempo, y que tenía que obrar rápido: el rey no podía beber ese vino, no podía tocarlo. Sin duda el turco lo había manipulado, y con toda certeza estaría emponzoñado: al monarca le esperaba una muerte terrible.

Así pues, Lopillo —que advirtió de reojo cómo el rey, descendiendo las escaleras, llegaba al patio y se dirigía, acompañado de su anfitrión, hacia la mesa, para refrescarse con una copa de fresco vino— corrió a través del patio ante el asombro del rey y de sus invitados, y empujó la jarra al suelo, donde cayó con estrépito: el ruido se reprodujo a lo largo de la galería, y desconcertó al rey y a Molina. Feria, en un reflejo repentino, se acercó a coger al chico, inmovilizándolo y resbalando en el gran charco que el vino había dejado en el valioso

suelo de mármol del patio de la casa del alférez. Al apoyarse para no dar con todo su cuerpo en tierra, el duque se dolió:

—¡Quema! ¡Dadme agua, no puedo soltar al chico! ¡Echádmela en la mano derecha, rápido!

Medina y Pacheco se acercaron a toda velocidad a Lopillo, caído en el suelo con el duque, para ayudar a este último —Pacheco tiró la nieve que había enfriado la jarra sobre la mano de Feria, a la que comenzaban a salirle ampollas— y para convencerle de que soltara al niño; el rey estaba ya rodeado por su guardia, que había colocado sus alabardas en orden de ataque, acompañado por el príncipe de Éboli; y el alférez Molina, demudado, no sabía qué era lo que estaba pasando: dos guardias le tenían retenido a un lado, mientras el teniente daba la orden de cerrar todas las puertas de la casa.

—Señor duque, suelte vuestra excelencia al chico, se lo ruego —dijo Medina—. Le aseguro que si ha hecho esto, lo ha hecho por algún motivo. Él había estado cautivo en casa de Freire, sin duda ha visto algo. ¡Doctor Franco, acérquese vuestra merced, por favor! El duque de Feria está herido, parece que se ha quemado con el líquido de la jarra. Debe ser algún corrosivo, o un veneno. Chico —dijo, sacudiendo a Lope—, ¿qué ha pasado? ¿Por qué has tirado esa jarra?

—Señor jurado… el turco, el turco había servido esa jarra. Le he reconocido, estaba en el patio.

—¿El turco? ¿Aquí? Majestad —dijo Medina, dirigiéndose al rey—, señor, por favor, debe marchar de inmediato de esta casa. El espía no ha podido huir, tiene que estar aquí todavía. No podemos arriesgarnos a que trate de nuevo de atentar contra vuestra majestad.

—Tiene razón el jurado, señor —dijo Éboli—. Teniente, un pasillo seguro para el rey. Feria, acompaño a su majestad al Alcázar mientras el galeno cura a vuestra excelencia. Don Diego, venga conmigo. Que los guardias nos acompañen a los carruajes, y que quede aquí un retén para ayudar en la búsqueda del asesino. Que el alférez quede bajo custodia hasta que esto se aclare. El resto de los invitados, que dejen libre la escalera y las salidas del patio. Cabo de escuadra, tome el mando de la guardia. Que nadie, salvo el duque, el jurado y el beneficiado se mueva de su sitio. Salimos ya, ahora.

Éboli y el rey, protegidos por la guardia, llegaron al zaguán de la casa, montaron en los carruajes que esperaban y regresaron, arrollando prácticamente a los escasos transeúntes que entonces se encontraban en la calle de los Francos, a toda velocidad hacia el Alcázar. Ahora daba comienzo la caza, y la presa era verdaderamente peligrosa.

***

Aún en el patio, e impedido por el dolor que le quemaba la mano, Feria estaba siendo atendido por el doctor Franco, a quien acompañaba el beneficiado Pacheco: la alegría, la animación, la expectación que existía una hora atrás, a la llegada del rey, había desaparecido. Los invitados, mustios y vigilados por los guardias, no se atrevían a moverse; el alférez yacía desmadejado, pálido y sudoroso entre los centinelas que le custodiaban; Medina, acompañado por el mayordomo y algunos criados, encabezaba la búsqueda del espía de Selim. Lopillo le seguía.

—Doctor —preguntó Pacheco al galeno, que había enfriado la quemadura del duque con hielo y ahora le aplicaba cuidadosamente miel, mientras vendaba la mano—, ¿qué sustancia es esta? ¿Qué es lo que hace que el vino queme como si fuera algo parecido al *aqua regia*?

—No estoy cierto del todo, beneficiado: pero sé que allá, en los lejanos reinos de las Indias, existe un árbol cuya savia, que es un veneno atroz e inmediato, puede provocar en la piel síntomas como los que está padeciendo ahora el señor duque —Feria apretó los dientes—. Al estar diluido en el vino sus efectos son menores: pero si el rey lo hubiera bebido, sin duda ya no se contaría entre los vivos. Lo llaman manzanillo, aunque los médicos le han dado otro nombre, *malellulum mortis*. No hay que saber latín para entender lo que supone. Fíjese, el vino tiene un olor a manzanas ácidas. No me cabe duda de que se trata de esa sustancia. Que yo sepa, procede de la Nueva España, de las costas del Yucatán: sabe Dios cómo se habrá hecho el asesino con ella. En fin, señor duque: ha tenido suerte. El líquido ha tenido un contacto breve y superficial con su piel; serán unos días de molestias, y poco más. Que le cambien a diario el vendaje, le laven la herida con agua limpia y fresca o con nieve, y que la cubran de nuevo con miel. Espere a que las ampollas revienten por sí solas, y en poco tiempo se habrá olvidado de este incidente. Bueno… olvidado no, pero al menos habrá dejado de dolerle. Ah, picará. Y mucho, durante estos días. Debería llevar un guante, para que nada le roce.

—Gracias, doctor —dijo el duque, lastimero y mirándose el vendaje, incorporándose de la silla que le habían acercado para la cura. Se quitó con esfuerzo un costoso anillo que llevaba en la mano izquierda, la que no estaba herida, y se lo entregó al médico—. ¿Sería posible contar con los servicios de vuestra merced para las curas, hasta que partamos de Sevilla? Le estaría muy agradecido.

—Por supuesto. Mañana a la tarde iré al Alcázar y le realizaré una nueva cura, excelencia. Ahora, padre Pacheco, más valdrá que dejemos al duque y a los guardias hacer su trabajo.

—Claro, doctor Franco: nos retiraremos a esperar. Ojalá sea un buen suceso el que vengan a contarnos. Señor duque —dijo Pacheco a Feria —, estoy seguro que este joven, el alférez Molina, no ha tenido nada

que ver con este asunto. Como conozco el caso, ¿me permite que hable con él? Sin duda no sabía nada: mírele, está casi desmayado de la impresión.

—Bien, beneficiado. Si vuestra paternidad lo cree así… hable con él y luego dígame lo que le parece. Sé que el rey nuestro señor confía en ustedes. Voy en busca del jurado: tenemos que cazar a ese asesino. No se nos puede escapar. ¿Han visto hacia dónde se dirigía?

—Sí, señor duque: iba guiándole el mayordomo. Les he visto salir hacia el jardín trasero de la casa. Con él iban varios criados. Sin duda, siguiendo ese camino le encontrará.

El duque no aguardó más tiempo: llamó a un par de guardias, reclutó a un pequeño número de caballeros que conocía entre los invitados, tomó una antorcha de las que estaban colocadas en las esquinas del patio y, alumbrándose con ella, salió hacia el jardín a la mayor velocidad que pudo. Ese asesino no saldría vivo de esa casa. Él se ocuparía de eso.

***

El turco había escuchado el disturbio que la caída de la jarra había provocado en el patio, y comprendió al momento su fracaso: finalmente el rey se había salvado, y su intento había resultado fallido. Lástima por los granadinos: ahora no tendrían salvación alguna.

Sabía también que tenía pocas oportunidades de salir con vida, pero no en vano él era un jenízaro: un integrante de un cuerpo de élite, un soldado eficaz y temible. Tal vez perdiera su vida: pero iba a venderla cara. En un primer momento, trató de escapar hacia la calle; pero la rapidez del teniente de guardias, cerrando las puertas y abriéndolas solo para dar paso al rey y a Éboli, evitó que pudiera huir. Pensó en esconderse en la cava, pero ese sótano era una ratonera: sin duda, era allí donde le buscarían primero. No sabía exactamente qué era lo que había podido ocurrir, pero estaba claro que su plan había fallado. Y no habría una segunda oportunidad. Así es que ahora debería concentrar todos sus esfuerzos en tratar de escapar. Deslizándose en silencio, procuró acercarse hacia la amplia parte trasera de la casa: los grandes edificios del centro de la ciudad llamaban a engaño, ya que sus estrechas fachadas se abrían una vez se entraba a solares inmensos, que —como era el caso de la vivienda del alférez Molina— contaban con patios, jardines, huertos e incluso baños, en donde el dueño podía asearse con tranquilidad cuando le apetecía.

El edificio de los baños estaba tras las cocinas, vacías en ese momento: los criados de la casa, salvo los que acompañaban al jurado en su búsqueda, habían quedado retenidos en el patio, así es que el turco tenía el paso libre. Dejó a un lado el huerto y el vecino jardín,

donde en ese momento le estaban buscando —podía ver las antorchas encendidas moviéndose con rapidez entre los setos y los árboles— y empujando una puerta que no estaba cerrada, accedió con facilidad al recinto. Sin encender luz alguna —en una mesa había un candil de aceite y a su lado dos piedras de sílex para prender la mecha— vio dos grandes tinas de madera embreada, vacías en ese momento: el alférez se bañaba allí cuando deseaba adecentarse.

Detrás, en un estante que recorría la pared por encima del suelo, había varios cubos igualmente vacíos; y una gran chimenea —más bien casi un horno—, también apagada, aseguraba el suministro de agua caliente, que se templaba en grandes recipientes de cobre ahora colgados de la pared. Un pilón cantarín, silencioso al estar su grifo cerrado, aseguraba el abastecimiento del agua que venía de los caños que llamaban de Carmona. Los baños de la casa de Molina se componían de tres habitaciones contiguas: una sala para desvestirse, otra para el baño caliente y una última para el baño frío. Un pequeño estanque excavado en el suelo y cubierto de ladrillos hacía las veces de pequeña piscina para atemperar el cuerpo antes de concluir el aseo.

Karaçaj, acorralado, buscó en vano dónde esconderse; pero no había ningún lugar en donde hacerlo. Determinado a llevarse a algunos de sus perseguidores por delante —por los ventanucos altos del edificio se percibía, cada vez más cercano, el resplandor de las antorchas—, el teniente de Selim retrocedió lentamente hasta la primera habitación del baño, sacando un curvo y afilado yatagán de su bota derecha: sus días acababan ahí, pero no habrían de ser solo los suyos.

***

Medina, dejando ya atrás el jardín y el huerto, seguía al mayordomo hacia el edificio de los baños, que todavía no habían registrado. Andaba con prudencia, sosteniendo al pequeño Lope por el hombro:

—Lope, tú a mi lado. Y sin despegarte media vara. Ese hombre es muy peligroso.

—Sí, señor. Descuide vuestra merced, no me separaré de su lado.

Medina se detuvo un momento: le pareció haber oído algo. El mayordomo le señaló la puerta, deteniéndose ante ella. El jurado, apremiándole, le indicó que avanzara y la empujara, mientras se colocaba a su lado. El mayordomo mostró cierta renuencia lógica, al no saber con lo que se podría encontrar caso de que la puerta se abriera, pero finalmente se resignó y la empujó.

La puerta se abrió, y ambos entraron: encendieron un pequeño candil colocado sobre una mesilla junto a la entrada, que les mostró una sala vacía, aunque Medina no se confió. Ambos miraron hacia las cuatro paredes de la sala, comprobando también que el estanque central se

encontraba vacío. En ese momento entraron Lopillo y los criados. Medina mandó a ambos en busca del duque de Feria, al que había visto minutos atrás revisando la cercana huerta, y avanzó, con el mayordomo al lado, hacia la siguiente estancia, un baño de agua caliente con dos tinas y un pilón. El candil —que había tomado de la entrada— le mostraba que estaba igualmente vacía. El mayordomo, entonces, le dijo al oído:

—Aquí no hay nadie. Mire vuestra merced: a través de la cortina de la puerta de esta estancia puede verse que la entrada a los baños está abierta. Seguramente nos ha visto venir, o nos ha oído, y ha salido por donde entró.

—¿Está cierto de eso? ¿No es posible que pueda encontrarse en la sala que nos queda por revisar?

—No me cabe duda de que se ha marchado. En esa sala no hay donde pueda esconderse: solo hay un banco en donde dejar las ropas, nada más. La estancia está vacía. Voy a adelantarme y se la mostraré.

Antes de que Medina pudiera responderle, el mayordomo se separó de él y atravesó la puerta, cuyas cortinas corridas dejaban ver la entrada al edificio: el jurado oyó un ruido repentino, un gorgoteo profundo y vio, a la escasa luz del candil, cómo el mayordomo caía al suelo, apuñalado en la garganta y muerto ya sin remedio posible. El turco, aprovechando la sorpresa, salió de la estancia y agarró al chico, sosteniéndolo con fuerza y apretando contra su cuello una daga curva teñida con la sangre del criado de Molina.

—Suelte sus armas. Suéltelas. Si no lo hace, mataré al muchacho —Medina hizo lo que el turco le decía, manteniendo las manos separadas del cuerpo—. Bien, ahora debe enviarlas hacia mí. Con mucho cuidado y sin hacer ningún otro movimiento.

Karaçaj se agachó con lentitud. El chico le estorbaba, así es que una vez se hizo con las armas del jurado le dio un fuerte golpe en la cabeza con la guarda de la espada de Medina: Lopillo cayó al suelo, desvanecido.

—Bien, y ahora vamos a entendernos vuestra merced y yo. Imaginará que no va a salir vivo de aquí, por supuesto.

El jenízaro sonrió con un deje de divertida crueldad, que le deformó la cara quemada por la pólvora. Entonces avanzó sin prisa, con la clara intención de acabar con el jurado. Medina retrocedió en un acto reflejo, pero en ese momento el pequeño candil caído en el suelo mostró algo que solo el jurado, y no el teniente de Selim, podía ver, ya que la luz proyectaba las sombras hacia la espalda de su antagonista: un hombre silencioso y rápido, ágil, vestido de negro y armado con una daga corta se acercó por detrás del jenízaro y lo acuchilló sin que el turco hubiera advertido su presencia. Karaçaj no llegó a ver el rostro de su matador, a quien sin embargo Medina sí conocía. El turco

cayó al suelo sin saber qué era lo que le había ocurrido: la vida se le iba mientras sangraba profusamente. Él, que tanto había matado, ahora moría sin esperarlo. Y en ese momento, justo antes de morir, antes de que una nube roja le oscureciera definitivamente la vista y los sentidos, el turco recordó el nombre olvidado de su madre.

***

El asesino, caído y desmadejado en el suelo, había muerto. De ello daba fe el charco oscuro y creciente de sangre que se esparcía, y lentamente se absorbía, por el suelo de losas de barro. Por la puerta trasera del baño llegó a toda prisa, guiado por los criados que Medina había mandado y con la espada desenvainada en su mano izquierda —por lo que bien poco, desde luego, iba a hacer con ella— el duque de Feria seguido de sus hombres:

—Bueno, pues esto parece que se ha terminado. ¿Ese era el turco? —Medina, que se había agachado a ver cómo estaba Lopillo, respondió afirmativamente. Feria levantó admirativamente ambas cejas, dirigiéndose al hombre que había ejecutado al jenízaro:

—¿Esto es obra suya? No sabía que vuestra merced fuera tan efectivo, don Fernando. Medina, ¿conoce vuestra merced a don Fernando Manuel? Acaba de ingresar como veinticuatro en su cabildo, pocos días antes de nuestra venida a Sevilla, en la plaza de su padre. Ha llegado hace unos meses de Granada, en donde ha combatido —y por lo que sé con mucho valor— contra los rebeldes de la Alpujarra y al lado del señor don Juan. Muy bien hecho, amigo mío. ¿No lo cree así, jurado?

—Así lo creo, señor duque. Sí, conocía a don Fernando, y también su fama. Le he visto en estos días por el cabildo. Y ahora he de agradecerle que me haya salvado la vida. Aunque es una pena…

—¿Una pena, Medina? —dijo el duque— ¿Qué es una pena? No desde luego que se haya terminado con este asesino que ha estado a punto de acabar con vuestra merced, ¿verdad?

—No, señor. Me refería a que hubiera sido de gran interés interrogarlo. Pero ahora ya nada puede hacerse —Medina alargó su mano, estrechando con fuerza la de su salvador—. Don Fernando, siempre le estaré agradecido por lo que ha hecho hoy. Mi vida es, desde ahora, suya.

—Descuide, jurado —respondió el caballero, sereno aunque estuviera cubierto de la pegajosa sangre del turco—. No tiene importancia. Me sumé a la partida del duque, les vi entrar en este edificio y todo lo demás vino de corrido. Y menos mal que llegué a tiempo, porque le he visto apurado, Medina. Muy apurado, en realidad —sonrió brevemente—. En fin, no hay más que hablar sobre esto. Señor duque,

creo que habría que pedir que limpiaran esta habitación. Y creo también haber visto que en la cámara de al lado hay una pila que debe tener agua. Con su permiso, voy a lavarme: qué lástima. Me temo que se me ha echado a perder definitivamente este traje.

Sin inmutarse en modo alguno —al menos aparentemente— don Fernando Manuel, inclinándose ante el duque, pasó hacia el cuarto de al lado para asearse; Lopillo daba ya señales de vida, aunque un grueso moratón le recordaría durante algunos días su aventura. El duque daba órdenes a los criados para que retiraran los cadáveres del turco y del mayordomo de Molina, y Medina se dio cuenta de que, finalmente, todo había terminado. Entonces suspiró, y se dispuso a ir con el chico hacia el patio, para encontrarse allí con Pacheco. Decididamente, tenía mucho, mucho que contarle.

# DIECINUEVE

*Sevilla, domingo 14 de mayo de 1570*

Finalmente todo se había aclarado: se supo que el alférez Molina nada había tenido que ver en la conjura, y el asunto pasó con una reprimenda por parte de Feria, que el coleccionista aceptó compungido. En ello pesó, sin duda, el agradecimiento que sentía el rey por el obsequio de la valiosa reliquia que Molina le había regalado.

Los presos de la cárcel real y los del castillo de San Jorge seguirían distinta suerte: Rodrigo Martínez y su compañero fueron ajusticiados en silencio en los primeros días de la visita del rey, y enterrados en unos carneros fuera de la muralla, en tumbas sin nombre. Los cautivos en la quinta de Freire esperaban ahora a la lenta justicia del Santo Oficio, de la que no podían esperar nada bueno. Todos salvo Alonsico: la intercesión de Martel en su favor le salvó del proceso y de una segura condena, y el alguacil de Triana lo tomó bajo su protección, con la intención de sanarlo y de educarlo.

Duarte obtuvo del rey un codiciado privilegio para poder crear, en su casa, un deseado mayorazgo: don Felipe le había hecho llegar la patente por mano del asistente de la ciudad, en agradecimiento por la excelente organización de la visita; y el factor quedó más que complacido por tan inesperada merced real, que compensaba con creces sus noches en vela, sus trabajos y sus preocupaciones.

Gila de Ojeda olvidó definitivamente al hombre con el que había pasado tantas noches durante esos meses de 1570: fue casi como si no hubiera existido. Volvió a ayudar a su padre en sus trabajos —Mal Lara, debido a la edad y al maltrato del tiempo, necesitaba todos los cuidados que fueran posibles— y también a acompañarle en las reuniones de su erudita —y muchas veces, también jocosa— academia. Estaría a su lado durante los que serían los postreros días de su vida: el maestro murió algo menos de un año después.

Al día siguiente el rey marcharía de Sevilla, después de quince días continuados de visitas y de celebraciones. El ayuntamiento había librado ya fondos para el pago de las propinas a los músicos, los aposentadores reales, los porteros de cadena, los ujieres de saleta, los lacayos y ujieres de cámara antes de que el rey se fuera de la ciudad. Ahora el monarca estaba en la cartuja de las Cuevas, donde se alojaba antes de partir. Pero había hecho saber al conde de Priego su interés por ver a todos aquellos que se habían visto implicados en los hechos que habían tenido como protagonistas a Freire y al turco. Días atrás había comunicado, mediante un correo rápido que había agotado varios caballos en su camino a Granada, el intento de atentado que

contra él se había cometido a su hermano, don Juan: en cuanto el generalísimo conoció la noticia, redobló sus empeños contra los rebeldes de la Alpujarra, y ahora, por lo que el rey sabía, Abenabó y sus tropas estaban en franca retirada. Eso era bueno, porque le dejaría las manos libres para ocuparse de Selim en el Mediterráneo.

Esa mañana había escuchado misa en la hermosa y sencilla iglesia de los frailes cartujos, agradeciendo —como hacía todos los días, desde que el turco fue muerto— haber salvado la vida: su asesinato hubiera sido un serio quebranto para la monarquía, aún sin heredero cierto. Y por ello se sentía especialmente benévolo hacia los hombres que estaban de pie a su alrededor, en un discreto cuarto sobre el patio al que llamaban en el cenobio el claustrillo, vecino a la cercana iglesia, el lugar de descanso eterno de los Ribera, adelantados de Andalucía, que allí esperaban la resurrección de la carne. El rey, a quien acompañaban su mayordomo, Chinchón, Éboli, Feria y Priego, miró a los congregados desde su no demasiado cómoda silla —propia de la austeridad cartujana— y tomó la palabra:

—Señores, como bien saben todos, mañana marcho de la ciudad —el rey recorrió los rostros de los convocados a la reunión—, pero como les prometí, no quiero dejar de premiar lo que han sido unos excelentes servicios que me han prestado, porque bien merecidos tienen dichos premios. Y quiero que sepan que nunca olvidaré lo que han hecho por el reino al garantizar mi seguridad. A ver, muchacho, acércate —el rey se dirigió a Lopillo, a quien acompañaba su tío el inquisidor, a cuya casa había regresado tras desaparecer el peligro—. Tú has sufrido no poco, y es justo que hayas un premio. Pero aún eres muy joven para que te otorgue el que mereces. Ya habrá tiempo para ello, si Dios así lo quiere. Toma esa bolsa, la que se encuentra en esa mesa: es tuya. Con ella podrás pagar tu educación, porque no me cabe duda de que llegarás lejos, y también ayudar a tu familia. Diles que te la ha dado el rey. Y a vuestra paternidad, padre Carpio, he de pagarle con una canonjía en la capilla real. Justo es que así sea, y con ello estoy premiando también a su sobrinico, al que ha acogido con tanta generosidad en su casa. ¿Te parece bien, muchacho?

—Señor… —Lopillo, contrariamente a lo habitual, apenas podía pronunciar palabra—. Muchas gracias, majestad.

—Bien, sigamos —continuó el rey—. Beneficiado, esta carta que le entrego es para el deán. En ella le ordeno que reciba, como el padre Carpio, otra canonjía en mi capilla. Sé que el número está cerrado; pero si no pudiera ser ahora, habrá de serlo en cuanto haya una vacante, ya que mi orden es de obligado cumplimiento —Pacheco se inclinó, agradecido, viendo cómo una de sus aspiraciones se cumplía en ese momento—. Alguacil Martel, no me olvido de vuestra merced: el conde de Priego tiene ya en su poder una cédula en la que le

concedo un puesto de jurado en el cabildo; la plaza que ahora deja el jurado Medina, porque pasa a ser veinticuatro de la ciudad. Aunque sea un puesto acrecentado, Medina, le aseguro que nunca será abolido o reformado —Martel y Medina se miraron, satisfechos con el premio que el rey les daba, y se inclinaron ante el monarca sin decir palabra —. Será para vuestra merced y para sus hijos. Vázquez, también vuestra paternidad ha tenido parte en este asunto: quiero que sepa que he pedido al cardenal que, en un tiempo prudente, pase directamente a mi servicio. Sin duda, mi propia secretaría se verá beneficiada con su más que eficaz labor —Mateo Vázquez, sin poder evitarlo, se arreboló: su deseo de trabajar directamente para el rey por fin habría de cumplirse—. Don Juan de Saavedra y don Fernando Manuel: tengo mucho que agradecerles también a ambos. Su pronta actuación en la quinta de Freire, don Juan, y su rápida mano, don Fernando, en el asunto del turco han evitado mayores males. Mi mayordomo, el conde de Chinchón, tiene también dos cartas patentes que he firmado esta mañana: pasan a ser ambos desde hoy gentileshombres de mi cámara. Don Juan, eso significa que desde ahora tendré más cerca a vuestra señoría, así es que podremos evocar felices recuerdos más a menudo; y también estará la ágil y efectiva mano de don Fernando a mi disposición, que sin duda alguna vez podría serme necesaria. En fin… —el rey desvió la mirada hacia la luz clara que entraba por la ventana — desde luego, difícilmente olvidaré Sevilla, señores. Y tampoco olvidaré a vuestras mercedes. Han salvado mi vida, y con ella, como les digo, han salvado al reino. Y pronto, si Dios lo quiere, el turco recibirá una lección que no olvidará. Pueden ahora retirarse, pero no sin besarme la mano: bien merecen que tenga esta consideración con quienes me han rendido tan buen servicio.

Uno a uno, todos ellos fueron besando la mano del rey, que la dejó descansar, laxa y complacida, entre las de quienes le habían salvado: posteriormente, el conde de Chinchón les acompañó hasta la puerta de la estancia —los demás cortesanos quedaron con el monarca, preparando la partida de la corte de Sevilla— e indicó a un criado, que esperaba junto a un guardia en la puerta, que les acompañara al muelle del monasterio, en donde la pequeña falúa que les había traído de la ciudad les esperaba.

—Adiós, caballeros, y Dios nuestro señor les bendiga a todos. Han salvado vuestras mercedes la vida de un gran rey. Solo les podemos estar agradecidos.

Todos ellos se inclinaron ante el conde, y emprendieron —dejando a un lado la pequeña capilla de la Magdalena, el capítulo y el refectorio del convento— la marcha hacia el río. Ya traspasada la cerca del cenobio, Pacheco, mirando a los demás, habló:

—¿Y no les parece, señores, que estas felices noticias habríamos de

regarlas?

Y entre risas y bromas todos subieron a la barca, desde la que se veía Sevilla en lontananza.

# EPÍLOGO

*Alcázar de Segovia, sábado, 14 de noviembre de 1570*

El conde de Chinchón y el marqués de Ladrada, mayordomo uno del rey y el otro de la nueva reina Ana de Austria, subieron a revisar que todo estuviera dispuesto en la cámara que acogería las nupcias de los monarcas. La subida no era demasiado cómoda —la escalera, harto empinada como propia de un antiguo castillo, tenía demasiados quiebros y revueltas—, pero finalmente llegaron a su destino, acompañados de un gentilhombre del servicio del rey y de una dama de la reina. En el cuarto, amplio y ventilado, iluminado por un sinfín de blancas bujías de cera perfumada, se encontraba doña Aldonza Bazán, marquesa de Frómista y camarera mayor de doña Ana, aprestando todo lo necesario para que, a la llegada de los reyes, la habitación nupcial estuviera a su gusto.

La cama se había hecho: se habían ahuecado almohadas y tundido colchones, sacudido los paños que cubrían el lecho, cepillado cuidadosamente el dosel y las goteras de las cortinas que lo aislaban una vez cerradas. Y en los muebles, sobre los que estaban colocados grandes jarrones de flores, no había una sola mota de polvo: habían sido encerados cuidadosamente, y los metales —latón, bronce, plata, hierro— pulidos y limpiados con esmero. Un pebeterillo de oro quemaba un costoso y delicado perfume. Un par de damas, que acompañaban a la marquesa, estaban repasando con unos paños unas mínimas e incómodas motas de polvo que habían aparecido tras el zafarrancho general de limpieza del palacio, que había durado varios días.

Aunque los reyes se habían casado por poderes en Praga el 4 de mayo —ese día don Felipe se encontraba aún en Sevilla, y fue sustituido en la ceremonia por el archiduque Carlos de Estiria—, la reina no llegaría a Castilla hasta el 3 de octubre, desembarcando en Santander. Recorrió las villas del reino en una sucesión de celebraciones y de parabienes, y finalmente, esa misma mañana el arzobispo de Sevilla, don Gaspar de Zúñiga, asistido por el cardenal Espinosa, había celebrado las velaciones de don Felipe y de doña Ana en la sala de los Reyes del Alcázar.

El banquete de bodas que le había seguido estaba ya para concluir, y desde la emplomada ventana del dormitorio podían verse los fuegos de artificio que, obsequiados por el consistorio de Segovia, celebraban las cuartas bodas del rey Felipe, que todos esperaban largas y felices. Así pues, con el fin de comprobar que todo estuviera como debía en el tálamo real, habían subido ambos mayordomos: malo sería que el rey, que siempre estaba pendiente de todo hasta el extremo, descubriera

un fallo, aunque fuera nimio, en el arreglo y acomodo de la cámara.

Echando un vistazo detenido —ya había salido la camarera mayor con el resto de las damas de la habitación— ambos cortesanos se dieron por satisfechos: aliviados, coincidieron en que todo, absolutamente todo, se encontraba conforme con el exigente gusto del rey. Finalmente salieron del cuarto, quedando fuera los dos guardias que desde unas horas atrás lo custodiaban, firmes en el rellano que formaba el final de la escalera cubierta hoy de ricos tapices, y una vez hubieron salido, el conde de Chinchón se dirigió al caballero que le acompañaba:

—Don Fernando, cierre la puerta una vez salgamos. Y cuide de que quede cerrada.

El gentilhombre se inclinó, y tomando el pomo de la puerta la cerró cuidadosamente sin hacer ruido. Una vez cerrada, don Fernando Manuel —pues era él quien había acompañado a Chinchón y a Ladrada a revisar el cuarto real— siguió a los dos cortesanos, que bajaban hacia las salas del castillo donde ya estaba concluyendo la celebración. Y en un acto reflejo, sin pensarlo, se acomodó bien el anillo que llevaba en el anular derecho, una bellísima y antigua pieza cuyo entalle lucía una hermosa cabeza del dios Jano.

# CODA

## Escribir una novela histórica

¿Verdad o veracidad? Ambos rasgos son claves a la hora de escribir una novela histórica. El fondo, el telón, el escenario de esta novela lo conforma un hecho bien conocido: la visita a Sevilla del rey Felipe II en mayo de 1570, mientras se libraba en Granada la guerra de las Alpujarras; una visita que estuvo, además, directamente relacionada con otro hecho histórico de gran relevancia, la batalla de Lepanto, ya que el monarca conoció entonces la gran galera real en la que su hermano don Juan de Austria, como generalísimo de la Liga Santa, habría de dirigir un año después la flota aliada contra el turco.

Conocemos bien el recibimiento que la ciudad le dio al rey gracias a la crónica del humanista Juan de Mal Lara, impresa en Sevilla en ese mismo año de 1570. Pero no es la única crónica que he utilizado para recrear la llegada del rey, ya que en la Biblioteca Nacional de Madrid se conservan algunos textos —relaciones y cartas— que a ella se refieren, aunque sin llegar a la exhaustividad de la obra de Mal Lara (se trata de los manuscritos Ms. 6480 y 5938). Otro cronista, el vecino de Jerez Gaspar Rodríguez, imprimió en Valladolid en ese mismo año un poema en metro castellano relativo al acontecimiento: la *Relación muy verdadera del felice recebimiento que al invencible y serenísimo rey don Felipe, Nuestro Señor, se hizo en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla,* en la imprenta de Bernardino de Santo Domingo. He consultado, por supuesto, otras muchas fuentes: obras y artículos especializados, pero también fondos archivísticos, como las actas capitulares del Archivo Municipal de Sevilla, que me mostraron con claridad cómo se vivieron, entre las paredes del consistorio sevillano, los preparativos del recibimiento real. Fechas y acontecimientos relativos a él son absolutamente verídicos. Como se verá en el elenco de personajes que figura al inicio de esta obra, la mayoría de ellos son también históricos y reales; aunque obviamente me he permitido lógicas licencias literarias, necesarias para su desarrollo.

Y entramos aquí en el terreno de la verosimilitud: ¿Es verosímil que hubiera podido producirse un atentado contra el rey durante su visita a Sevilla en 1570? Sin duda sí: los magnicidios eran ya —y lo serían aún más en los años siguientes— moneda corriente en la Europa del siglo XVI. El propio Felipe II sufrió siete intentos de asesinato (en 1567, 1568, 1569, 1571, 1581, 1583 y en junio de 1586) cuyos autores materiales fueron flamencos, ingleses, franceses y portugueses. Incluso en diciembre de 1564 corrió por las cortes de Monzón la noticia falsa de la muerte del rey, lo que provocó que los procuradores pusieran a la villa de Cervera en armas. Las muertes de Guillermo de Orange, del rey consorte de Escocia (que falleció debido a una

explosión en su dormitorio), de Enrique III de Francia y de su sucesor Enrique IV, o el proyecto de atentado que no llegó a consumarse, la famosa *conspiración de la Pólvora* de Guy Fawkes —que quiso volar el parlamento británico con el rey Jacobo I dentro— son claros ejemplos de ello. Otros monarcas, como Isabel I de Inglaterra, sufrieron atentados finalmente —y sin duda felizmente— fallidos.

Es verídico que el sultán Selim envió a un destacamento turco en auxilio de los rebeldes granadinos, mandado por un capitán llamado Husein, que se hallaba acompañado por su hermano, de nombre Karaçaj: he utilizado a estos dos personajes históricos y los he caracterizado —adecuadamente, según espero— para construir la conspiración que es el sujeto de esta novela. Es cierto también que la primera preocupación de los capitulares sevillanos frente al recibimiento del rey fue la de asegurarse, con cargo a las arcas de la ciudad, la confección de sus costosas ropas ceremoniales. Los miembros de las comisiones —Duarte, Tortello, Hoces, Maldonado, etc.— fueron efectivamente los encargados de organizar, diseñar y buscar la financiación para el recibimiento real, que se logró mediante un anticipo del banquero Pedro de Morga. Este recibimiento fue un verdadero acontecimiento para Sevilla, en el que participaron de lleno todos los ciudadanos de la urbe andaluza, bien como actores o como espectadores.

La figura de Henrique Freire, acomodado y exitoso comerciante portugués afincado en Sevilla y contemporáneo de estos hechos es rigurosamente histórica: no así el papel que se le da en estas páginas, ya que nunca tuvo un prostíbulo en Triana, no fue agente del sultán ni tampoco conspiró contra el rey. Sin embargo, ha sido una figura muy útil para construir un personaje esencial, el del cerebro de la conspiración que es la trama principal de esta novela, como tal una ficción por defecto. Sin embargo, sí poseyó negros —nunca esclavos blancos—, ya que uno de sus negocios principales fue la trata humana, de la que se surtía en Cabo Verde: en esos tiempos, la esclavitud era un negocio como cualquier otro.

Alexandro, el cantorcico de la catedral, es igualmente histórico (también lo es su compañero Cárdenas). Con esos nombres aparecen en los libros de cuentas catedralicios, que recogen el pago de sus sueldos: pero ambos figuran años después de los sucesos que aquí he novelado, en concreto en mayo y abril de 1599. Buena parte de esos cantores eran eunucos, para preservar la pureza de las voces. En esos años dirigía el coro el maestro Francisco Guerrero, uno de los más grandes polifonistas del siglo XVI español, que sin embargo hubo de marchar con el arzobispo de Sevilla a dar la bienvenida a la reina Ana de Austria, por lo que no se halló en la entrada del monarca. Evidentemente Alexandro nunca se dedicó a la prostitución, aunque

en Sevilla la masculina se concentraba en una zona muy concreta, la Huerta del Rey, y sin duda existieron subrepticios burdeles masculinos: los predicadores de la época se refieren a la ciudad como una Sodoma o una Babilonia. El cronista Francisco de Ariño recoge la noticia de cómo se ajustició públicamente en 1597, por asesinato y sodomía a don Alonso Téllez Girón, un miembro menor de la casa de Osuna que era, sin embargo, alguacil mayor de Sevilla y administrador del ducado de Alcalá.

Juan de Mal Lara mantuvo una famosa academia bajo los auspicios del conde de Gelves en Merlina, trabajó activamente con otros humanistas y artistas —Tortello, Vázquez el Viejo, Bartolomé Morel, Villegas Marmolejo, Antonio de Arfián entre otros— en la consecución del repertorio ideológico e iconográfico de la galera real *Argo* y en el programa del recibimiento del rey, que describe exhaustivamente en su obra dedicada a la entrada de Felipe II en la ciudad. Tuvo dos hijas, Silvestra y Gila: he utilizado a la segunda en mi trama, confiriéndole un carácter que procede exclusivamente de mi pluma.

Lope de Vega vivió efectivamente en Sevilla por esas fechas, en la casa de su tío el inquisidor Miguel del Carpio. Años después, ya en 1602, volvería a avecindarse en la ciudad. No he podido resistirme a hacer al niño que después sería el Fénix de los Ingenios, uno de los personajes más singulares de esta obra, aunque le he hecho un par de años mayor para facilitar la credibilidad de la trama. Es también verídico que su tío recibió una canonjía real de Felipe II en 1570, cuando Carpio era ya muy anciano, tras la visita real.

Luis Martel se convirtió en alguacil de los Veinte el 17 de abril de 1570, en sustitución de Juan Gómez de Herrera. Le he hecho responsable del barrio de Triana por convenir así a la dinámica de esta novela.

El duque de Medina Sidonia tenía entre sus servidores a un bufón muy apreciado, *Cazoleta*, que le distraía y le acompañaba. También poseyó, de niño, una comadreja de mascota a la que llevaba atada con una cadenilla. Al igual que el duque, todos los cortesanos que menciono son rigurosamente históricos y ostentaron los cargos que usan en la novela: Priego, Chinchón, Toledo, Feria, Éboli, Ladrada, el cardenal Espinosa, Mateo Vázquez… todos eran satélites de un sol, el rey Felipe II, que se servía de ellos como le indicara su padre en sus conocidas instrucciones secretas de Palamós (1543), en las que le instaba a usar, pero a tener también embridada a la nobleza y a los ministros de la monarquía. Don Juan de Saavedra era buen amigo del rey, con quien viajó a los Países Bajos cuando aún era príncipe y con el que participó en las fiestas y torneos de Binche, el palacio de María de Hungría, tía de Felipe II, como nos relata Calvete de Estrella en su obra (*El Felicissimo Viaje del Muy Alto y Muy Poderoso Príncipe Don*

*Phelippe...*) de 1552. Aquí le he hecho intervenir directamente en la trama, resultando un personaje —al menos, eso creo— de notable carácter e interés.

Felipe II ha sido uno de los más destacados reyes de España: denigrado por la leyenda negra, su imperio alcanzó una extensión inmensa (su lema llegó a ser *«Non sufficit orbis»*), sobre todo tras asumir la corona de Portugal en 1580. Conocemos ahora muy bien su figura gracias a sus grandes biógrafos: Geoffrey Parker, Henry Kamen, Manuel Fernández Álvarez, Gonzalo Martínez Díez o José Luis Gonzalo Sánchez—Molero. Su gran sensibilidad puede apreciarse —al igual que su afecto por su familia, su amplio conocimiento de la naturaleza humana y su gusto por los jardines, las flores y los pájaros — en su maravillosa correspondencia con sus hijas, editada por Gachard y posteriormente por Bouza. Fue también un extraordinario mecenas de las artes, y el monarca más poderoso de la edad Moderna europea. Coleccionó compulsivamente libros y reliquias: en el inventario del monasterio de San Lorenzo del Escorial, estas últimas superaban las siete mil. Mandó hacer un listado de todas las existentes en sus reinos a Ambrosio de Morales, e incluso consideró seriamente llevar a San Lorenzo los restos del apóstol Santiago.

Don Fernando Manuel —aquí una especie de anónima pero constante némesis de nuestros pesquisidores— tomó el puesto de su padre homónimo como veinticuatro de la ciudad el viernes 28 de abril de 1570 por la tarde. Todos los demás hechos relativos a él narrados en esta obra son fruto de mi invención. Nunca obsequió a Argote de Molina con una copia de *El Conde Lucanor*, ya que el historiador utilizó para su obra de 1575 un manuscrito perteneciente a la biblioteca real de El Escorial. Argote recibió efectivamente al rey en su casa durante su visita, que fue auspiciada por el caballerizo real don Diego de Córdoba: nos lo relata Francisco Pacheco, el pintor y sobrino del canónigo, en su *Libro de Verdaderos Retratos* de 1599, en donde figuran los rostros reales de varios de los personajes de esta obra, entre otros el del propio Argote. Quizá su casa tuviera unos baños —en donde he situado el clímax final de esta novela—, como los tuvieron otras en la Sevilla de la época, caso de la que perteneció al comendador Garci Tello en la collación de San Marcos, que se describe en la escritura de fundación de su mayorazgo, otorgada en julio de 1570.

El jurado Fernando de Medina es igualmente un personaje histórico: culto lector de exquisito gusto artístico, tenía en sus casas una excelente colección de libros para la época (más de trescientos a su muerte) y de arte, tal y como la describo en estas páginas. Jurado de Sevilla, participó de la vida municipal desde su cargo y después como veinticuatro: he hecho que el rey Felipe le premiara con ese puesto

como resultado de sus actividades como pesquisidor, absolutamente ficticias. No obstante, el monarca le concedió una hidalguía de privilegio en diciembre de 1583, alegando los servicios que el jurado le había prestado con ocasión de la guerra de las Alpujarras.

Francisco Pacheco aún no era canónigo en 1570: lo sería años después, recibiendo una canonjía real en 1579, tras el traslado de los cuerpos reales y de la imagen de la Virgen de los Reyes a la nueva capilla Real desde la actual Biblioteca Colombina, unos hechos que nos narra al detalle el notario apostólico Francisco de Sigüenza. Sin embargo, por esos años ostentaba efectivamente el beneficio de la capilla de San Pedro, una fundación de los Deza y Tavera. Le he hecho bienhumorado y glotón: un personaje simpático que fue un erudito de su tiempo, que acogió a su sobrino homónimo —el pintor y futuro suegro de Diego Velázquez— bajo su protección. Las recetas que aparecen en esta obra —y que Pacheco disfruta con fruición— las he obtenido del *Libro de Cocina* de Ruperto de Nola, impreso en 1525. He utilizado a ambos —a Medina y a Pacheco— como los personajes conductores (aunque convenientemente auxiliados por otros) de esta novela histórica, que a la vez desea ser, quizá usando de un anacronismo, policíaca: sigo intencionadamente un esquema que funciona desde que Arthur Conan Doyle publicara, en noviembre de 1887, *A Study in Scarlet* en la revista *Beeton's Christmas Annual,* presentando al mundo a Holmes y a Watson.

Otros personajes menores —el racionero Francisco Vázquez, el mercader Horozco, Pedro Ochoa de Murga, Lucas de Atienza o Gonzalo Guajardo— son igualmente reales; y aunque Rodrigo Martínez, el escribiente de la Contratación Barahona, el descifrador Salazar, el alguacil Zapata, Garrote o el mercader asesinado en Triana, entre otros, no lo sean, recogen fielmente lo que creo que son unos arquetipos verosímiles y razonables.

El río, y por supuesto la ciudad —con sus monumentos y su grandeza, pero también con su suciedad, sus tragedias y sus miserias— son también personajes principales de esta obra. Al existir un solo puente, el de barcas, el tráfico entre las orillas de Sevilla y de Triana se hacía también en botes de remos: la iconografía existente de esa época da buena cuenta de esto, en especial el lienzo atribuido —sin duda erróneamente— al pintor Sánchez Coello que hoy se custodia en el Museo de América de Madrid. La orilla sevillana la conformaba la playa del Arenal, donde atracaban —en realidad, embarrancaban— los buques de las flotas. La banda de Triana era un barranco lleno de fábricas y de instalaciones industriales: el factor Duarte trató de disimular este hecho ante el rey, cubriendo esta banda con cincuenta barcos de la flota, convenientemente aderezados, que dispararon salvas durante la visita. Hoy, el desnivel que existía en 1570 está

salvado por la gran zapata de fábrica que puede advertirse desde el frontero paseo de Colón. La collación, pasada la fábrica de pólvora y los conventos de la Victoria y de los Remedios, estaba también llena de quintas y de huertas: la de Quitapesares, propiedad del factor Duarte, es rigurosamente histórica. Se hallaba donde hoy se encuentran los restaurantes Abades y el antiguo Río Grande. La de Bellaflor, propiedad de don Manrique de Zúñiga, donde el rey se alojó la primera noche de su llegada a Sevilla y uno de los lugares clave de esta novela, se encontraba en los hoy conocidos como jardines del Líbano, frente a la Plaza de América del parque de María Luisa. El castillo de San Jorge era tal y como aquí se describe, al igual que la cárcel Real. La decisión de que el rey entrara por la puerta de Goles se tomó al ver el mal estado en el que se hallaba la tradicional puerta de entrada de los monarcas en la ciudad, la de la Macarena: en 1570 cambiaría su nombre por la de Real.

Sobre el uso de los tratamientos, que era un asunto muy puntilloso y de mucho calado en la época: el tratamiento más extendido era el de *vuestra merced*, hoy equivalente al usted, que utilizo —y con ello sé que me tomo una licencia— alguna vez. El uso del *vos* (o «voseo») equivalía al actual tuteo, y solo se usaba con personas de gran confianza, como amigos o familiares. El *don* o el uso de títulos como los de señoría o excelencia se reservaba para los miembros de la alta nobleza o del clero (en general, excelencia solo con los grandes). Un disgusto grave tuvieron sobre ello la duquesa de Alcalá y la marquesa de la Algaba en torno también a 1570, lo que les llevó a una enemistad larga y enconada: la duquesa, doña Juana Cortés de Zúñiga, llamó a la marquesa, doña Brianda de Guzmán, «vuestra merced», en lugar de «vuestra señoría» de forma maliciosamente intencionada.

La hermandad de la Santa Caridad, desde su fundación, cuidaba de recoger los cuerpos de los ahogados en el río y de darles sepultura. Un siglo después, el caballero sevillano de ascendencia corsa Miguel Mañara creó, en el solar que ocupaban sus dependencias y en las vecinas Atarazanas Reales, un hospital que subsiste hasta hoy. Mañara era descendiente de otro personaje que figura en este libro: Juan Antonio Vicentelo el Corzo, riquísimo mercader, que vivía en sus casas de la puerta de Jerez (hoy palacio de Yanduri). Médicos como el doctor Franco colaboraban con la institución, aunque lo harían más asiduamente desde su conversión en hermandad hospitalaria tras ser nombrado Mañara hermano mayor de la corporación.

Acerca de los textos cifrados, los turcos no comenzaron a usarlos hasta ya muy avanzado el siglo XVII: en 1570 aún usaban el esteganografiado, o la ocultación de textos escritos con tintas invisibles bajo otros cuyo contenido era irrelevante. Y los jesuitas prepararon para festejar la venida del rey una obra de teatro que

nunca se estrenó, escrita por uno de sus religiosos, el padre Acevedo.

El manzanillo es uno de los más virulentos venenos que existen; las quemaduras que provoca su corteza, su resina y su savia se comparaban, en los tratados botánicos de la época, con las terribles lesiones que podía provocar el *aqua regia,* fulminante mezcla de ácido nítrico y clorhídrico.

La guerra de la Alpujarra concluyó tras la muerte de Abenabó (Aben Aboo), el sucesor de Aben Humeya, a quien asesinó en 1569; él mismo fue asesinado el 13 de marzo de 1571. En ese mismo año, el 7 de octubre, don Juan de Austria vencerá a la flota turca en Lepanto.

Y para finalizar, ¿qué mejor que con unas rendidas gracias? Sean dadas estas últimas a mis dos Rosarios y a Gerardo García León, que han leído el manuscrito y me han aportado consejos más que valiosos sobre él. Y también a Rosa García Perea, una más que perspicaz editora, que vio sus posibilidades. Sin ellos este libro, lector, no estaría ahora entre sus manos.